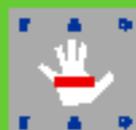




Ocio (y riesgos) de los jóvenes madrileños



Ocio (y riesgos) de los jóvenes madrileños

Juan Carlos Ballesteros Guerra, Juan Francisco de Asís Babín Vich,
Miguel Ángel Rodríguez Felipe, Eusebio Megias Valenzuela



© FAD, 2009

Edita:

FAD
Fundación de Ayuda contra la Drogadicción
Avda. de Burgos, 1 y 3
28036 Madrid
Teléfono: 91 383 83 00
Fax: 91 302 69 79

Autores:

Juan Carlos Ballesteros Guerra
Juan Francisco de Asís Babín Vich
Miguel Ángel Rodríguez Felipe
Eusebio Megías Valenzuela

Trabajo de campo cuantitativo:

EDIS
Calle Regueros, 8 – 28025 Madrid

Trabajo de campo cualitativo:

Sociológica Tres
Calle Narciso Serra, 14 – 28007 Madrid

Explotación de datos y análisis estadísticos:

Sociológica Tres
Calle Narciso Serra, 14 – 28007 Madrid

Diseño y maquetación:

Quadro
Plaza de Clarín, 7 – 28529 Rivas Vaciamadrid (Madrid)

Impresión:

Acares Gestión Gráfica, S.L.
Calle Ciudad de Frías, 12 - Nave 21 – 28021 Madrid

ISBN:

Depósito legal:

M-

JUAN CARLOS BALLESTEROS GUERRA

Miembro de Sociológica Tres. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología (UCM) y Especialista en investigación social aplicada y análisis de datos (CIS). Catorce años de experiencia en investigación social y de mercados, que abarcan todo tipo de estudios sobre consumo, opinión pública y análisis electorales. Ponente de numerosos seminarios y cursos, entre los que destaca *Gestión de la investigación social y de mercados* (2007 y 2008) para IIR (Institute for International Research). Coautor de diversas publicaciones: *Adolescentes y alcohol; la mirada de padres y madres* (La Caixa, 2007) o *Docentes y maestros; percepciones de la educación desde dentro* (FAD/Caja Madrid, 2008).

JUAN FRANCISCO DE ASÍS BABÍN VICH

Licenciado en Medicina y Cirugía. Director General del Instituto de Adicciones de Madrid. Fue Subdirector General de Epidemiología del Instituto de Salud Carlos III de Madrid y Director General de Salud Pública de la Comunidad de Madrid. Ha desarrollado una amplia labor investigadora, con varios libros, 45 artículos en revistas científicas y más de 60 ponencias y comunicaciones en congresos nacionales e internacionales. Premio Internacional Amie Award de Educación para la Salud y Gran Cruz de la Orden Civil de Sanidad.

MIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ FELIPE

Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología (UCM). Experto universitario en intervención social en drogodependencias y en análisis estadístico. Actualmente es Subdirector de Estudios y Programas de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción. Ha realizado labores docentes y de elaboración de diversos materiales didácticos vinculados a proyectos de intervención social. Ha colaborado en diversas investigaciones, entre otras *Los docentes españoles y la prevención del consumo de drogas* (FAD-Santillana, 1999), *Adolescentes ante el alcohol* (La Caixa, 2007) o *La lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad* (FAD, 2008).

EUSEBIO MEGÍAS VALENZUELA

Médico psiquiatra. Director Técnico de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción. Exdirector del Plan Nacional sobre Drogas. Autor y director de numerosas investigaciones y publicaciones en la materia; entre las más significativa: *Valores sociales y drogas* (2001), *Hijos y padres: comunicación y conflictos* (2002), *Consumo y control de drogas: reflexiones desde la ética* (2004), *La percepción social de los problemas de drogas en España, 2004* (2005), *Jóvenes y política: el compromiso con lo colectivo* (2005), *Jóvenes, valores, drogas* (2006).

ÍNDICE

1. Introducción y metodología del análisis	7
1. Introducción	7
2. Metodología	19
2. El ocio juvenil	25
1. Frecuencia de distintas actividades de ocio entre los jóvenes	26
2. Las dimensiones y gratificaciones del tiempo de ocio	33
3. Actitudes ante el riesgo en general	37
1. Actitudes ante el riesgo existencial	38
2. Valoración de concretos riesgos potenciales	42
4. Ocio, beneficios y comportamientos de riesgo	51
1. Riesgo y ocio	52
2. El equilibrio riesgos/beneficios	59
3. Una aproximación a la violencia en el tiempo de ocio	65
4. Sexo, drogas y conducción	69
5. La práctica de los comportamientos de riesgo	77
1. Los comportamientos de riesgo en el ocio	77
2. Consumos de drogas	84
3. Las posturas de los padres	92

6. Una tipología de jóvenes ante el riesgo en el ocio	95
1. Una tipología de jóvenes según las posturas frente al riesgo y al ocio ...	97
2. Características diferenciales de los tipos ideales	107
7. Los discursos juveniles sobre ocio y riesgos	121
1. Los jóvenes y el ocio: significados, actitudes y expectativas	123
2. Jóvenes, ocio y riesgos	141
3. La mirada de los adultos	159
8. Conclusiones	171
Bibliografía	189
Anexos	
1. Tablas de los capítulos 2 a 6	193
2. Cuestionario	257

CAPÍTULO UNO

Introducción y metodología del análisis

1. INTRODUCCIÓN

1.1. El punto de partida

La asociación de términos como ocio, jóvenes y riesgo da lugar a la construcción de estereotipos desde los que se tiende a afirmar como una verdad absoluta que “los jóvenes, por el hecho de serlo, tienen conductas de riesgo en el ámbito del ocio”.

Afirmación global que difumina la infinidad de matices que cada uno de los elementos tiene y que convierte a los jóvenes en un todo homogéneo, a los riesgos en algo irremediablemente malo, y al ocio en un tiempo descontrolado.

Los estereotipos suelen construirse a base de fragmentos parciales de representaciones sociales, son ideas simplificadas de fácil calado que borran cualquier matiz que pueda relativizarlas, lo que las hace susceptibles de error.

Tienen un fuerte impacto colectivo por su simplicidad y su fácil comprensión, lo que facilita su interiorización como creencias. Así, adolescentes y jóvenes son etiquetados de manera unívoca, las maneras de concebir y analizar el ocio sufren una manipulación similar, y la percepción de los riesgos se consolida exclusivamente desde la visión de los temores a los posibles daños asociados; una mirada simplificadora que puede estigmatizar a un colectivo y condicionar cualquier relación con el mismo.

El ser humano en su búsqueda de la comprensión de la realidad necesita definirla y delimitarla. En ese proceso de construcción del pensamiento tiende a establecer premisas y axiomas inamovibles que le posibiliten la sensación subjetiva de control.

A lo largo de su existencia, el individuo maduro va incorporando en su modo de pensar la capacidad para relativizar. Este rasgo de comprensión profunda de que los acontecimientos tienen múltiples interpretaciones, el darse cuenta de las distintas percepciones de los actores que participan, el tomar conciencia de las múltiples aristas que tiene en sí mismo el acontecimiento sobre el que se reflexiona, es un camino hacia la flexibilidad, hacia la asunción consciente de que la realidad es mucho más dinámica, multiforme y heterogénea. Es un rasgo de madurez evolutiva que no siempre se da porque implica saber vivir en la incertidumbre de la realidad y no todos los individuos pueden convivir con esa inseguridad. Se hace mucho más sencillo tener unas creencias firmes, erróneas o no, que sirvan como parámetros para interpretar la realidad y moverse en ella.

Los fenómenos sociales y culturales no son estáticos ni homogéneos ni monocordes. Su origen siempre es multicausal y están conformados a través de la influencia de múltiples variables que van a marcar su forma en cada momento.

Asimismo, su interpretación va a estar condicionada por la mirada y el lugar del observador y por el momento y el contexto en el que se haga esa observación. Todo esto es perfectamente pertinente cuando se habla de los riesgos: la elección o aceptación de los diferentes tipos de riesgo (Caballo, 2002) habla más del tipo de sociedad en la que vive o desea vivir un individuo que de estimaciones probabilísticas. En cada contexto social se destacan unas amenazas y se ignoran o se reducen otras; existe así una *cultura del riesgo*. Una cultura del riesgo que cobra su máxima expresión cuando se analizan determinadas acciones y comportamientos juveniles, en los que ese riesgo queda incorporado de forma natural al trasfondo de sus motivaciones y forma parte de los ritos de socialización de esa etapa: desde la búsqueda de nuevas sensaciones y la necesidad de experimentación, el riesgo constituye parte inherente al tránsito desde la infancia hacia la vida adulta.

Y es importante tener presente la propia complejidad del concepto de riesgo, al igual que la de las diferentes posiciones que se pueden adoptar frente a él. No existe una sola posición ni manera de analizar el riesgo, y diferentes tradiciones teóricas se han ocupado de mostrarlo. Baste con mencionar el enfrentamiento entre las posiciones más *precaucionistas* (Jonas, 1995) frente a las derivadas de los análisis sistémicos que promueven una cierta *negociación* social ante los riesgos (Luhmann, 1998). Las primeras optan por la evitación sistemática del riesgo, y las segundas apuestan por la necesidad de avanzar en contextos de incertidumbre y de inseguridad, en los que es imposible “calcular” los riesgos ante la evidencia de que no existe la seguridad absoluta (Beck, 1999). Esta segunda perspectiva, quizá la más acorde con nuestro contexto social actual, es la que parte de la base de que es necesario un análisis concreto de los daños y beneficios asociados a los diferentes contextos de riesgo, para determinar las oportunidades de avance y crecimiento derivados de

ellos, siempre desde la perspectiva de la “democratización” de las tomas de decisiones, esto es, del conocimiento de las posiciones subjetivas de los diferentes individuos o colectivos implicados, y no sólo de las decisiones y análisis “expertos”.

Desde las ciencias sociales precisamente se ha enfatizado la necesidad de extraer el análisis del riesgo del estaticismo y el dogma, reforzando la importancia de las lecturas subjetivas, los contextos sociales y culturales, y la diversidad de posiciones a la hora de valorar los diferentes tipos de amenaza (Douglas, 1986), así como de enfatizar la necesidad de no confundir sistemáticamente riesgo con daño (Puy, 1994).

Sin embargo, y desde las premisas comunes de la aproximación que se ha venido realizando desde muchas instancias a “los jóvenes y las actitudes de riesgo asociadas al ocio”, la tendencia es a posicionarse como si estuviéramos ante un fenómeno total, frente al que quedan inherentemente asociados, y en buena medida confundidos, los elementos de la triada, dando lugar a un inevitable sumatorio, estereotipado y simplista, de jóvenes, riesgo y ocio.

Sabemos que la realidad no es exactamente así. En una reciente investigación (Rodríguez, Ballesteros, Megías y Rodríguez, 2008) se ha puesto de manifiesto que, lejos de esta visión estereotipada, la posición de los y las jóvenes españoles respecto a la asunción de los riesgos en general, es muy moderada y matizada; también que dentro del colectivo joven se pueden establecer tendencias muy diferenciadas, y que claramente existen muchos tipos de jóvenes ante el riesgo, y muchas maneras de entender, concebir y afrontar los riesgos. Y, sobre todo, que en la relación entre riesgos y ocio, existe una clara conciencia, por parte de la población joven, de los posibles daños asociados a ciertos comportamientos de riesgo. Sin embargo, la constatación de esta conciencia de los daños no es suficiente para entender los comportamientos puesto que pasa por el tamiz de una lectura subjetivizada y selectiva, sobre todo cuanto se enfrentan los daños posibles a las compensaciones, en términos de posibles beneficios, que se perciben de dichos comportamientos.

Esta lectura subjetiva y centrada en los beneficios, en la práctica implica la selección y aceptación de determinados riesgos. Esto, sin el conocimiento preciso de las condiciones en que se produce, es difícil de entender; y, si no se entiende, imposible actuar en los casos necesarios.

En todo caso, los tres elementos (jóvenes, ocio y riesgo) son construcciones culturales de finales del siglo XX y, como tales, merecen ser analizadas desde el contexto en el que han surgido. Deben ser pensadas por separado porque cada una de ellas ha supuesto un fenómeno social con idiosincrasia propia, que ha impregnado todas las miradas y provocado múltiples posiciones. Del mismo modo, es imprescindible repensar la posición desde la que se observa y desde la que se construye el discurso. Esto permitirá llegar al punto de intersección en el que confluyen y en el

que se combinan hasta conformar el constructo “los jóvenes y las actitudes de riesgo asociadas al ocio”. Pero el viaje no termina ahí, y ese es el propósito de este estudio, preguntar a los actores protagonistas por su propia visión, lo que permitirá incorporar una nueva mirada que aportará nuevos matices a un discurso que se construye de manera dinámica y multiforme.

1.2. Sociedad y ocio

Para la sociedad occidental los últimos cien años han supuesto la eclosión de grandes transformaciones que venían fraguándose a lo largo de los siglos anteriores. Son innumerables los avances tecnológicos, científicos, sanitarios, sociales, políticos y económicos y éstos han ido sucediéndose con una premisa compartida: la gran velocidad de las dinámicas y los cambios, una rapidez que se ha retroalimentado con las sinergias producidas entre unos y otros avances. Todo esto ha dibujado en muy pocas décadas un nuevo mapa social y relacional para los individuos. Seguramente, en el futuro se hablará del siglo XX como de un tiempo revolucionario que transformó globalmente a la población de todo el planeta. Y como en cualquier mudanza social las estructuras tradicionales se tambalean, los roles se redefinen y las funciones cambian en un contexto de aceleración, que va incorporando nuevos elementos que continúan transformando las relaciones.

A lo largo de ese siglo se han movido las estructuras más básicas que conforman una sociedad, las familias y el ámbito educativo. Se han flexibilizado, se han enriquecido y se han abierto a las necesidades de los ciudadanos, de las comunidades y de los mercados. Pero ese acelerado proceso de cambio ha desdibujado el papel del adulto significativo y su función como transmisor de afectos, de valores y de actitudes.

En el contexto actual, la omnipresencia de la publicidad, la potencia del “sector pantallas”, el libre acceso a cantidades no selectivas de información y la rapidez con la que nuestro entorno se renueva y modifica, compiten con la influencia que sistemas como la familia o la escuela han tenido tradicionalmente como ejes para la transmisión de pautas culturales y sociales. Estos cambios obligan a estos agentes tradicionales de socialización (familias y entornos educativos formales) a replantearse su papel, aceptando sus limitaciones y ofreciendo nuevas respuestas acordes con las condiciones actuales. Asimismo, demandan al adulto una revisión de sus propios roles, debiendo establecer nuevos modelos de autoridad y nuevas pautas educativas y socializadoras.

Por otro lado, el nuevo contexto social, por razón de esa dinámica acelerada de la que se hablaba, es cada vez menos estable, lo que obliga a los individuos a un difícil equilibrio para aceptar y adaptarse a los cambios. Se ha propiciado la transformación de una sociedad sólida a una “líquida” (Baumann, 2000), con una difusa y

cambiante delimitación del orden colectivo y de sus estructuras, produciéndose nuevas fracturas y situaciones de enorme vulnerabilidad para todos los grupos sociales. Las desigualdades, la inestabilidad escolar y laboral, la necesidad permanente de capacitación requerida para conseguir un adecuado posicionamiento en la sociedad y la consecución de logros exitosos (en competencia con otras vías más inmediatas), conducen a los ciudadanos a explorar y encontrar gratificación a sus necesidades en entornos específicamente creados para ello: los contextos de ocio, que han pasado a constituirse en el epicentro actual de la socialización juvenil, hasta el punto de que muchos análisis actuales reflejan la importancia identitaria de los espacios y tiempos de ocio como sustitutivos de lo que el espacio laboral o profesional han venido aportando hasta el momento a la identidad social.

En otro orden de cosas, si se habla de ocio, hay que advertir de entrada que pocos términos existen tan polisémicos y que puedan ser interpretados de forma tan subjetiva por cada individuo o cada grupo, pese a ser algo universalmente reconocido en la sociedad occidental. Esa diversidad de significados obliga a una breve reflexión sobre de qué ocio hablamos, cómo lo vive quien lo disfruta y en qué contexto se desarrolla.

El ocio nace bajo el paraguas del tiempo libre que surge en las sociedades industrializadas, en las que para la regulación del trabajo fue necesario establecer límites al espacio laboral. El tiempo libre es el tiempo que resta una vez realizadas las obligaciones (trabajo, estudio, tareas domésticas, etc.) y cubiertas las necesidades básicas (sueño, alimentación, higiene, etc.). Es durante ese tiempo cuando se realizan las actividades libremente elegidas, pudiendo tener o no un carácter lúdico o de divertimento. Se podría decir que el tiempo libre es el continente en el que el ocio surge como uno de sus contenidos.

La delimitación del concepto de ocio incluye diferentes dimensiones: la autonomía (el sujeto debe percibirse como libre para elegir lo que quiera hacer), la finalidad (el ocio se busca por sí mismo, no hay otro objetivo) y la actividad (el ocio debe ser grato y placentero). Es, en definitiva, un tiempo para ser vivido tal y como uno desea, al margen de cualquier convencionalismo o regla asumida para el resto de la semana, en un ejercicio de escenificación del alejamiento del contexto de la obligatoriedad. Esta predisposición de laxitud en espacios para el ocio impregna a niños, adolescentes, jóvenes y adultos, y se manifiesta en cada uno de ellos de un modo singular, acorde con su momento evolutivo y con el contexto en el que desarrollan sus vidas.

Para adolescentes y jóvenes, el tiempo libre y en concreto el ocio, se convierten en un espacio para ser ellos mismos, sin los condicionamientos de los contextos adultos. Sus protagonistas hacen de esos microespacios temporales un lugar de desarro-

llo y de búsqueda de identidad. Esa exploración se manifiesta en el ensayo de conductas a través de actividades y de nuevas vivencias, en un ejercicio consciente o no, pero siempre activo y predispuesto. Es un espacio para “dejarse llevar” por el grupo, la oferta o la moda, e incorporarse al mismo de una forma pasiva; un único ejercicio es obligado: elegir entre lo que el contexto ofrece.

Por todo ello, para esos sujetos adolescentes, en no pocas ocasiones el ocio sirve como espacio para la magnificación de la ruptura con el mundo adulto, a través de una teatralización hedonista del “no límite”. Y es aquí donde a veces se producen los deslizamientos hacia comportamientos disruptivos: en el afán del cambio, en la búsqueda de una libertad absoluta, se disparan las conductas de riesgo, a través de una legitimación del “no control” como algo intrínseco al ocio.

En las sociedades capitalistas, la construcción del mercado del ocio emerge con fuerza porque sus innumerables ofertas calan con éxito en una población deseosa de experiencias que la hagan salir de su cotidianeidad. La oferta se modula en torno a una necesidad de ruptura con la rutina, y es muy común ofrecer al consumidor la posibilidad de vivir una realidad diferente que le libere por unos instantes de la propia. La literatura, el cine, los parques temáticos, los videojuegos, etc., ofrecen la capacidad de soñar, y su éxito confirma su capacidad facilitadora de la ruptura con la cotidianeidad. En la misma oferta entrarían los bares, las discotecas, “la marcha” y las drogas: simples elementos de un conjunto destinado a ofrecer una nueva realidad, un orden distinto, el del bienestar y el disfrute. Así surge una amplísima y diversificada oferta dirigida a todos los estratos de la sociedad y a todos los colectivos: niños, adolescentes, jóvenes, adultos, mayores, familias... Propuestas que se renuevan cada temporada, para encandilar al consumidor alejándolo, al menos desiderativamente, de lo más temido, de la posibilidad de aburrimiento y de tedio.

Muchas de las ofertas de ocio existentes presentan una característica común: se ofrecen como algo que valida la trasgresión de normas sociales, propiciando un contexto de “no límites”. Así, se oferta diversión ilimitada, juegos que bordean la ética del comportamiento, espacios sin reglas para el consumo, etc. Encontrar el límite queda sólo en manos del participante, en función de su capacidad y de sus intereses. Es un ejercicio de libertad al alcance de todos los colectivos, independientemente de su desarrollo evolutivo, de su edad y de su capacidad para el autocontrol. Eso implica que, quien tiene acceso a estos escenarios, no siempre tiene idénticas posibilidades de encontrar sus propios límites. Esto, que en principio se presenta como un problema de carácter individual, puede también plantearse en términos colectivos; además de las singularidades individuales que puedan explicar ciertos comportamientos, también hay rasgos grupales que son potenciales detonantes de conductas de riesgo en según qué contextos.

¿Dónde está el límite del placer en el ocio?, ¿cuándo tiene que acabar la fiesta, el concierto, la lectura, el videojuego?, ¿cuándo queda satisfecha la necesidad de disfrute? Poner coto al goce es difícil, máxime cuando aquél se localiza en una cultura social que ha enfatizado la necesidad de una constante satisfacción de los deseos y que abomina el tedio. El círculo se cierra cuando, precisamente por la sobredimensionada expectativa de diversión, la frustración casi se hace inevitable, y con ella la necesidad de seguir persiguiendo el estímulo, lo novedoso y lo placentero, en un tramposo círculo retroalimentado: expectativas exageradas, frustración, mayor énfasis de las expectativas...

1.3. Los protagonistas, los adolescentes

Para tratar de comprender la vivencia de los riesgos en la adolescencia hay que partir del análisis de los cambios cognitivos, emocionales y comportamentales que se producen durante esa etapa de transición, máxime si tenemos en cuenta la disociación entre los riesgos objetivos (definidos, contrastados y categorizados por expertos) y los subjetivos (contextualizados, matizados y contrapuestos en los diferentes espacios y tiempos de elección comportamental).

El incremento en la esperanza de vida y los nuevos referentes y metas sociales hacen cada vez más difícil distinguir entre adolescencia y juventud. Las etapas evolutivas tienden a dejar de tener límites claros, alargándose o acortándose en el tiempo, siendo la sociedad, sus componentes culturales y sus estilos de vida, quienes definen básicamente el período en el que se encuentran los sujetos. La diferenciación (o indiferenciación) entre ambientes rurales o urbanos, la progresiva interculturalidad y el país de que se trate (con sus estilos de vida, sus ritos y, desde luego, su estructura socioeconómica), todo influye de manera determinante en el hecho de ser adolescente y de vivirse como tal. Por ejemplo, en España, en los últimos cien años, se ha pasado de una situación en la que la adolescencia prácticamente no existía (al menos, en la representación colectiva) a otra en la que se prolonga muchos años y ha adquirido un carácter marcadamente específico.

Hay un amplio consenso en considerar a este periodo como una etapa fundamental del individuo ya que en ella se producen procesos claves, entre los que caben destacar (Krauskopf, 1993) la exploración, la necesidad de diferenciarse del contexto más cercano (la familia fundamentalmente) y la búsqueda de pertenencia y de proyección vital. La adolescencia implica el planteamiento y el inicio de la búsqueda de quién se es realmente, o de quién se espera llegar a ser. Es un viaje sin retorno hacia la individuación y la autonomía, completa o deficiente, en la que el adolescente ensaya conductas, actitudes, valores, relaciones, etc., que irá haciendo suyas o descartando, en un proceso de conformación de la identidad adulta. Es el ámbito

de los primeros pasos que conducen al siguiente peldaño, la juventud; pasos que serán claves para situarse, y sobre todo para cómo situarse, en la plataforma definitiva de la adultez. Esta etapa, de incertidumbres y cambios, supone la condición de paso necesaria para los importantes logros que deben posibilitar el establecimiento de la propia identidad (Chandler, Boyes y Ball, 1990), pero también puede facilitar el establecimiento de algunas conductas peligrosas que, si no son exclusivas, sí son características de los adolescentes.

La psicología evolutiva ha prestado una atención especial a algunas características de gran relevancia, con objeto de comprender qué función desempeñan las conductas de riesgo en esta edad, subrayando especialmente dos: reducir la incertidumbre y construir la propia identidad. Una manifestación específica de estas necesidades funcionales es la convicción de que los adolescentes y jóvenes son invulnerables (Schinke, Botvin y Orlandi, 1991), especialmente frecuente en la adolescencia temprana y que surge como consecuencia de una cierta forma de egocentrismo que aparece en dicha edad y que origina lo que se ha denominado como “auditorio imaginario y fábula personal” (Elkind, 1967).

La “fábula personal” se basa en la inclinación adolescente a centrarse en uno mismo, a buscar la diferenciación y la coherencia interna en esa diferencia, lo que lleva con frecuencia al convencimiento de que la experiencia personal es algo especial y único; una distorsión cognitiva que puede estar en la base de las graves conductas de riesgo en que eventualmente se implican algunos adolescentes, creyendo que las consecuencias más probables de dichas conductas no pueden sucederles a ellos porque son especiales. A todo ello hay que añadir que, algunos estudios sociológicos realizados en los últimos años en nuestro país (Martín Serrano y Velarde Hermida, 2001) destacan como una característica actual de la identidad adolescente la escasa orientación hacia el futuro y la dificultad para apropiarse de lo que se va a ser y para construir un proyecto propio, un fenómeno al que suele denominarse presentismo; esta característica se incorpora como un elemento más a esos rasgos adolescentes que incrementan la orientación a las conductas de riesgo. Obviamente, no tener en cuenta lo anterior puede restar eficacia a los programas de prevención que se limitan a dar información sobre las posibles consecuencias de las conductas (Díaz-Aguado, 1996).

La adolescencia pues, es un despertar a la vida con voz propia, en el que los cambios biológicos, físicos y psicológicos se disparan hacia unas capacidades hasta entonces desconocidas por el sujeto. Para algunos adolescentes supone un periodo convulso y contradictorio, para otros un crecimiento más sosegado, y para todos la entrada en una nueva etapa llena de retos y expectativas; igual que se dice que los padres y las madres aprenden el ejercicio de su rol a través de la experiencia del día a día en la relación con sus hijos, los adolescentes aprenden a base de experiencias,

de aciertos y de errores, en un ejercicio de sucesivos ensayos de independencia. Quieren ser tratados como adultos, su maquinaria física ya se comporta de manera acorde con esa pretensión por más que el conjunto de su persona se mantenga en un estadio anterior, quieren caminar a solas y ensayar nuevas posiciones; están haciendo una evolución y, en ese proceso, no todas las conductas ni las actitudes que ponen en marcha darán buenos resultados.

Seguramente cometerán errores en sus decisiones, y la equivocación formará una parte esencial en ese aprendizaje. Pues bien, pese a estos errores potenciales, es necesario que el adolescente se implique y participe en un proceso continuo de toma de decisiones, de búsqueda de información y de experiencias, para culminar nuevos aprendizajes o para poner en práctica lo ya aprendido.

1.4. Los riesgos

El riesgo de errar, con las consecuencias que esto tiene, forma parte del margen de “no seguridad” que hay que asumir cuando se toman decisiones y se dan pasos hacia delante. El riesgo es inherente a cualquier proceso de aprendizaje y abarca mayores o menores dimensiones, según el actor que lo valore (y la valoración que haga) y el momento histórico y cultural que se viva. El riesgo podría entenderse como la probabilidad de que ocurra algo no deseado a partir de una situación que se busca intencionadamente; incluye elementos como la incertidumbre, el dilema o el desconcierto.

Atendiendo a esta formulación, es obvio que cualquiera afronta numerosas situaciones de riesgo a lo largo de toda su vida; no obstante, estas circunstancias parecen acumularse en determinadas etapas vitales, y tradicionalmente se ha considerado que riesgo y adolescencia van íntimamente unidos. La búsqueda de identidad personal, la incertidumbre ante el futuro y la falta de planificación, pueden llevar al adolescente a explorar gratificaciones más inmediatas, sin tener en cuenta otras consecuencias, favoreciendo el incremento de conductas de riesgo (Gardner, 1993). En cualquier caso, para comprender las conductas de riesgo en esta etapa es necesario tener en cuenta que no acontecen de forma gratuita, sino que responden a funciones psicológicas y sociales, en sí mismas o a falta de otros recursos. Entre dichas funciones cabe destacar la integración en el grupo de compañeros, la reducción del estrés y de la incertidumbre sobre la propia identidad, la búsqueda de experiencias de poder y de protagonismo social, el logro de la autonomía respecto a los padres, la explicitación del rechazo de las normas y valores de la autoridad convencional y la materialización del tránsito de la infancia al estatus de adulto (Jessor, 1992; Díaz-Aguado, 1996). Todos estos elementos de funcionalidad se completan con el hecho de que la asunción de estas formas de comportamiento

proporciona al adolescente unas vivencias de estímulo, que compensan los elementos de ansiedad derivados de la conciencia de que debe protegerse más, debido a su falta de experiencia vital y a la carencia de estrategias adecuadas para el afrontamiento de lo nuevo (Apter, 1992).

Pues bien, este análisis de la relación entre el adolescente o joven y las diferentes situaciones de riesgo con las que se tropieza, puede realizarse desde una doble vertiente, tal como han apuntado diferentes autores. Desde un punto de vista desadaptativo o negativo, podría percibirse un adolescente inmerso en una maraña de comportamientos (consumo de drogas, violencia, relaciones sexuales inadecuadas, trasgresión de normas sociales, etc.) que le irán alejando cada vez más de sus objetivos personales y de los valores sociales deseables en todo ciudadano; sobre todo, por la búsqueda de sensaciones y experiencias novedosas, por la falta de sistemas de protección y por la búsqueda de gratificaciones inmediatas, todas ellas características propias de este periodo. Desde una vertiente positiva la aceptación de riesgos puede favorecer la interacción con el medio, proporcionando entornos menos endogámicos que los familiares, necesarios para la construcción de la identidad y la autonomía personales. La postura excesivamente conservadora, que enfatiza la evitación de riesgos, puede acarrear un desarrollo deficitario en estas áreas, además de reducir la tolerancia al estrés o dificultar la integración, limitando el repertorio personal de estrategias adecuadas para hacer frente a estas situaciones (Oliva, 2004).

La conciencia de este dilema permite analizar el riesgo como una realidad que no se puede negar y posibilita establecer unas mejores condiciones para que los adolescentes puedan gestionar las amenazas, integrándolas como parte necesaria de su crecimiento. Es el mismo dilema que hemos apuntado anteriormente en el debate Jonas-Luhmann, entre el precaucionismo y la negociación democrática de los riesgos, para el que, en el caso de adolescentes y jóvenes, es fundamental tener en cuenta la perspectiva de “selección” de riesgos, que no necesariamente determina un único itinerario personal sino que más bien contrapone, en cada situación, qué elección concreta, de entre los diferentes riesgos posibles, es la más acorde a las necesidades inmediatas. Y es ahí quizás, donde la intervención social debe estar atenta.

Por poner un ejemplo, los daños conocidos de consumir alcohol de una determinada manera se contraponen a los daños conocidos de no participar de los escenarios y tiempos de intercambio social e identitario que se esperan (como prescripción social) de los jóvenes en nuestra sociedad. En esa situación, cada joven opta por uno de esos dos riesgos, y lo hace desde un discurso particular y subjetivo. Opción que, por cierto, no es muy diferente a la que adoptan la mayoría de padres y madres al respecto (Megías y Elzo, codirs., 2006).

La gestión del riesgo es una capacidad (en cualquier caso, una exigencia) intrínseca a la persona y debe ser potenciada y facilitada. Para ello deben estimularse unas capacidades naturales de los individuos, desde las etapas más tempranas de su vida: la seguridad en uno mismo, el pensamiento crítico y la toma reflexiva de decisiones forman parte del entrenamiento vital; además, el aprendizaje por ensayo/error permite ir ganando nuevas seguridades y destrezas, en un ejercicio que, aunque debe contar con una adecuada supervisión, tiene que ser individual e instintivo; sorteando las dificultades y calculando los riesgos de cada nuevo reto, quien los gestiona va ganando en habilidad. Por tanto, en función de todo lo expuesto, es evidente que para prevenir las conductas de riesgo no basta con enseñar a rechazarlas sino que es preciso apoyar el desarrollo de alternativas que relativicen la necesidad de esas conductas o las hagan innecesarias.

En esencia, la elección y resolución de situaciones de riesgo implican en los sujetos cinco dimensiones básicas: la asunción consciente de las consecuencias que conlleva la exposición, la eventualidad del suceso que provoca el riesgo, la posibilidad de realizar una toma de decisiones sobre aventurarse o no, el conocimiento y la adopción de comportamientos alternativos y un entorno facilitador de dichas conductas alternativas. Con lo que se abre una nueva pregunta: ¿es real la existencia actual de un entorno facilitador, con alternativas válidas, que permita elecciones adecuadas?

1.5. La dialéctica jóvenes/riesgos/ocios

Es muy habitual que cuando una persona, independientemente de su edad, no recibe atención, haga llamadas para hacerse notar, llamadas que indican que está ahí y que tiene necesidades. Es un comportamiento instintivo que los sujetos realizan desde su nacimiento y que, en función del grado de madurez y de las habilidades adquiridas, se presenta de una u otra manera. La psicología evolutiva ha venido demostrando en innumerables investigaciones que muchos comportamientos disruptivos en niños y adolescentes están asociados a una falta de atención adulta, en un contexto que no les pone límites (Díaz-Aguado, 1996). Estas conductas, se van exacerbando ante una insuficiente respuesta, pudiendo llegar a tomar una forma alarmante por transgresora o dañina.

La falta de atención adulta se significa de muchas formas, no sólo por la no presencia. Hay otras maneras de estar ausente, e incluso en las posiciones más sobreprotectoras puede darse una “no presencia”. La ausencia se pone de manifiesto cuando, por ejemplo, se atienden asuntos tangenciales y no esenciales de las necesidades del otro, cuando se está pero no se escucha, cuando se intermedia pero no se dedica tiempo, cuando se ofrece una atención superficial y no profunda, cuando se cubren las exigencias de “tener” y no la de “ser”. La sociedad actual busca respues-

tas rápidas a sus necesidades, en un intento permanente de adaptarse de forma eficaz y flexible al vértigo de los cambios sociales. En nuestro medio, los padres y las madres del siglo XXI son una generación que ha elegido libremente tener descendencia y sus hijos, en general, son hijos conscientes y numéricamente deseados. Éstos, a su vez, nacen en un contexto lleno de recursos accesibles que les apoyan educativa, psicológica, social y lúdicamente en su desarrollo evolutivo. De hecho, una frase común, dicha por los adultos al referirse a los adolescentes y jóvenes es que “lo tienen todo y no lo aprecian”. Pero continúa sin resolverse la cuestión de si lo que tienen esos hijos son meros recursos materiales, a falta de la satisfacción de exigencias profundas como personas. En este contexto, en el que los adultos encuentran y facilitan respuestas a cada una de las necesidades materiales de sus hijos y son capaces de hacerles llegar los apoyos instrumentales que requieren, siguen existiendo carencias en el acompañamiento afectivo que posibilita el crecimiento emocional.

En la búsqueda social de entornos facilitadores, se ha desarrollado todo un mercado dispuesto a dar respuestas a las demandas más variadas. Se diseñan y crean servicios a terceros que, con carácter profesional y garantía de calidad, miden la satisfacción del usuario por el grado de consecución de los objetivos; pero sus logros están, inevitablemente, desprovistos de vínculos afectivos, imprescindibles para que las personas se integren y sientan que forman parte de un proyecto que les incumbe y acoge; en definitiva, que son algo importante para el otro. Resulta paradójico que, en la era de la atención individualizada y de la búsqueda de la calidad, haya habido un deslizamiento que desdibuja la relación real con el sujeto.

En ese proceso de debilitamiento, la ausencia de la relación se va haciendo más o menos patente. Cuando esto ocurre, los individuos y los grupos se resienten y, automáticamente, ponen en marcha, con más o menos fortuna, una respuesta de “llamada de atención”. El contexto en el que esa “llamada de atención” se realiza puede ser cualquiera; sin embargo, los momentos de ocio se convierten, con frecuencia, en catalizadores para la misma. Son espacios y tiempos de ruptura, que enfrentan al individuo consigo mismo en su autorregulación, en la articulación efectiva de sus límites; y cuando éstos no están interiorizados, el contexto no se los va a facilitar, ni mucho menos a exigir. En estas condiciones, el margen natural de riesgo que las personas deben asumir en todo aprendizaje, también queda desdibujado por un entorno que invita al disfrute sin límites, introduciendo al sujeto en un camino confuso donde sólo una situación de elevado displacer puede actuar como freno.

Con estas premisas, el presente estudio es sólo un ejercicio en el camino de conseguir mejorar la intervención ante las conductas de riesgo y los problemas y efectos asociados a ellas; un renovado ejercicio de aproximación a la realidad, en un sistema racionalizado de riesgos y oportunidades. Para ello se ha decidido, una vez más,

acercarse a los protagonistas del triángulo jóvenes/riesgo/ocio, no para observarlos sino para preguntarles directamente sobre sus vivencias, en un ejercicio que va más allá de tenerles en cuenta, que trata de hacerles partícipes activos en la construcción de las alternativas de mejora de su desarrollo evolutivo.

2. METODOLOGÍA

La primera parte de la investigación que tiene por objeto conocer y entender las relaciones entre riesgo y tiempo de ocio de los jóvenes madrileños se aborda mediante el empleo de una metodología cuantitativa, por medio de la técnica de entrevista personal domiciliaria a una muestra representativa de jóvenes residentes en la ciudad de Madrid.

Los objetivos concretos de esta fase son, de manera sucinta:

- Identificar las pautas sobre el ocio de los jóvenes y empleo de su tiempo libre, además de establecer el grado de satisfacción con el mismo.
- Valorar las distintas actitudes y posiciones ante el riesgo en general y analizar el grado de peligros potenciales de distintos comportamientos de riesgo genéricos.
- Analizar las posiciones ante determinados comportamientos en el tiempo de ocio y los elementos contextuales del mismo, como la violencia.
- Valorar los comportamientos de riesgo desde la perspectiva de los beneficios, frente a los peligros asociados a dichos comportamientos.
- Estudiar la frecuencia de determinados comportamientos de riesgo y de los consumos de sustancias.
- Establecer una tipología de jóvenes en función de las posiciones frente al riesgo en su tiempo de ocio.

Mediante los datos que aporta la encuesta, se trata de dimensionar y cuantificar tanto las actitudes formales de los jóvenes ante el ocio como las relaciones que potencialmente pueden establecerse entre éste y los comportamientos de riesgo.

Estos datos, combinados con la información que ofrece la parte cualitativa de la investigación (que ha nutrido de manera importante los contenidos del cuestionario empleado), permiten ofrecer un panorama global sobre las relaciones entre riesgo y ocio que se dan en los jóvenes madrileños de entre 15 y 24 años.

2.1. La encuesta. Universo, muestra y desarrollo del trabajo de campo

La encuesta se orientó a jóvenes residentes en el municipio de Madrid, con edades comprendidas entre los 15 y los 24 años. Para contar con una muestra lo suficiente-

mente representativa, el tamaño de la muestra tuvo que tener en cuenta los siguientes aspectos esenciales:

1. Representación de todos los distritos (21) de la ciudad de Madrid, considerando su tamaño y la población objetivo del estudio residente en los mismos.
2. Proporción adecuada de edades y sexos.

En base a estos aspectos, la muestra se diseñó con arreglo a las siguientes características:

- Tamaño de la muestra: 1.200 entrevistas.
- Error muestral: con el tamaño definido, para el caso de muestreo aleatorio simple (MAS) y suponiendo que $p=q=0,25$, el error muestral para dos sigmas se sitúa en el $\pm 2,8\%$.
- Tipo de muestreo y fases:

Fase 1. Selección de tipo de muestreo: La elección se orientó hacia el muestreo aleatorio simple entre todas las secciones censales de la ciudad de Madrid. Con este tipo de muestreo se asegura la representación proporcional de todos los distritos municipales en base a su población residente, y se asegura la equiprobabilidad necesaria.

Fase 2. Fijación de cuotas de sexo y edad: respecto a la población total de jóvenes en el municipio de Madrid y no en base a los distritos, por cuanto no era objeto del estudio dar una visión diferenciada de las zonas.

Fase 3. Sorteo de 120 secciones censales entre todas las secciones censales de los 21 distritos de la ciudad de Madrid. En cada sección censal escogida, se realizó una ruta de 10 entrevistas, sumando en total 1.200 entrevistas.

Obviamente, el tamaño del estudio (1.200 entrevistas) imposibilitaba una distribución directamente proporcional al tamaño de la población joven en cada distrito, porque algunos (Barajas, por ejemplo) apenas habrían contado con entrevistas suficientes. Por otro lado, si se hubieran seleccionado los distritos en función del peso de su población joven, al realizar las tareas de trabajo de campo, éstas se hubieran visto notoriamente dificultadas, dada la escasez de población de estas características en algunas zonas, y la dificultad de encontrar a la población joven en casa. Todo ello hubiera alargado inaceptablemente el plazo de realización del trabajo de campo.

Por ello, el sorteo de secciones censales tuvo en cuenta, exclusivamente, el tamaño del distrito en función de su población total. Así, de manera probabilística, se asegura la representación proporcional también de la población joven en cada sitio, aún asumiendo una cierta distorsión por considerar que ésta no era estadísticamente significativa. A efectos de afijación de la muestra, el sorteo de secciones censales

otorga más entrevistas a los distritos con mayor peso poblacional pero no descarta completamente a los distritos más pequeños. El alcance y la distribución teórica y real de la muestra se reflejan en la Tabla 1.1.

TABLA 1.1.
Universos poblacionales y entrevistas por distrito

DISTRITO	POBLACIÓN 15-24 AÑOS (PADRÓN MUNICIPAL 2007)	PORCENTAJE POBLACIÓN 15-24 SOBRE TOTAL	ENTREVISTAS REALIZADAS	PORCENTAJES ENTREVISTAS REALIZADAS
Centro	11.522	3,5	50	4,2
Arganzuela	14.427	4,4	40	3,3
Retiro	11.772	3,6	40	3,3
Salamanca	12.922	4,2	43	3,6
Chamartín	13.884	4,3	50	4,2
Tetuán	15.113	4,6	70	5,8
Chamberí	12.688	3,9	80	6,7
Fuencarral-El Pardo	22.979	7,0	74	6,2
Moncloa-Aravaca	11.637	3,6	40	3,3
Latina	25.753	7,9	104	8,7
Carabanchel	26.243	8,0	71	5,9
Usera	15.342	4,7	40	3,3
Puente de Vallecas	28.387	8,7	89	7,4
Moratalaz	10.599	3,3	64	5,3
Ciudad Lineal	22.767	7,0	78	6,5
Hortaleza	17.667	5,4	77	6,4
Villa de Vallecas	9.371	2,9	24	2,0
Vicálvaro	6.872	2,1	30	2,5
San Blas	15.640	4,8	45	3,8
Barajas	4.516	1,4	20	1,7
Total	326.507	100%	1200	100%

La distribución de la muestra refleja de manera similar la distribución de la población joven en cada distrito, con lo que puede afirmarse que, aun con ligeras discrepancias, lo obtenido refleja la distribución de la población entre 15 y 24 años de la ciudad de Madrid, en cada uno de los distritos considerados.

Teniendo en cuenta el sexo y las edades, el hecho de que las cuotas fueran fijadas para el conjunto de las entrevistas y de los universos reales de la población joven de Madrid y no para cada distrito, introduce ciertos sesgos al realizar las distribucio-

nes en cada ruta. Estas distorsiones tienden a producirse en distritos con escasa población joven, dada la imposibilidad de encontrar exactamente los perfiles buscados. Pueden observarse las distribuciones reales y teóricas, en base al sexo y la edad, en la Tabla 1.2.

TABLA 1.2.
Universos poblacionales y muestrales por sexo y edad

	PORCENTAJE ESTUDIO	PORCENTAJE POBLACIÓN	ENTREVISTAS TEÓRICAS	ENTREVISTAS REALIZADAS
Sexo				
Hombres	52,3	50,2	602	627
Mujeres	47,8	49,7	598	573
Edades				
15 años	9,4	8,4	101	113
16 años	9,2	8,2	98	110
17 años	9,3	8,4	101	112
18 años	6,8	8,7	104	82
19 años	8,8	9,3	112	106
20 años	11,5	9,9	119	138
21 años	9,8	10,6	127	118
22 años	8,7	11,2	134	104
23 años	10,2	12,2	146	122
24 años	16,3	13,1	157	195
Total	100	100	1200	1200

Pese a que, por todo lo apuntado, existen ciertas diferencias tanto en la distribución por sexo como por edades, éstas no son estadísticamente significativas con respecto a la realidad de la ciudad de Madrid.

El trabajo de campo de la encuesta se llevó a cabo en los meses de octubre y noviembre del año 2008, habiéndose realizado una comprobación telefónica del 20% de la muestra.

2.2. Metodología cualitativa

Además de los datos descriptivos de la encuesta, la investigación busca una aproximación cualitativa, basada en grupos de discusión y entrevistas en profundidad, que es necesaria para detectar los elementos que dan forma a las opiniones y las vivencias y para determinar cómo se produce la construcción social de los argumentos sobre los que se investiga.

La población de estudio principal con la que se diseñaron los grupos fue la compuesta por los jóvenes de entre 16 y 24 años de Madrid, tomando como referencia el que residieran dentro de diversos sectores de la capital, al objeto de poder con-

trolar la variable geográfica como posible elemento de variación de discursos. Se pensó también que el sexo podía incidir en el discurso y en las actitudes hacia el ocio y el riesgo, así que fue introducida también como variable de control.

Además, se realizaron algunos grupos de padres/madres, dos en concreto, así como diversas entrevistas en profundidad a docentes, educadores y otros profesionales relacionados con el ocio y la cultura juveniles.

En total se realizaron 11 grupos de discusión (nueve a jóvenes y dos a padres/madres). Para la composición de los grupos de jóvenes se tuvieron en cuenta las variables de: edad, sexo y zona de residencia (centro, norte, sur)¹. Los grupos de padres/madres fueron mixtos².

Los grupos, que fueron grabados y transcritos para su posterior análisis, finalmente fueron los siguientes:

1. Mujeres, 18-20 años
2. Hombres, 18-20 años
3. Mixto, 16-17 años
4. Mixto, 16-17 años
5. Mixto, 16-17 años
6. Mixto, 16-17 años
7. Mixto, 21-24 años
8. Mixto, 21-24 años
9. Mixto, 21-24 años
10. Padres con hijos/as entre 16 y 24 años
11. Padres con hijos/as entre 6 y 15 años

Las entrevistas se realizaron a un docente de Secundaria (colegio concertado del norte de Madrid capital), un educador de calle (distrito de centro) y a un agente tutor de la Policía municipal (distrito de Vallecas).

El trabajo de campo se realizó en los meses de marzo y abril de 2007.

1. Esto se hizo tratando de atender a posibles diferencias socioeconómicas en la medida en que éstas podrían suponer diferentes estrategias en la construcción del ocio juvenil.

2. Pese a que la población objeto de la investigación eran los adolescentes y jóvenes entre 15 y 24 años, se consideró conveniente, en lo que se refiere a los grupos de padres, incluir uno de padres/madres de hijos menores con el fin de desvelar las posibles diferencias en los discursos entre aquéllos que están viviendo las etapas potencialmente más conflictivas y los que aún las ven en la distancia.

CAPÍTULO DOS

El ocio juvenil

Un estudio que aborde las vivencias de los riesgos juveniles en el tiempo de ocio necesita, en primer lugar, de una mirada siquiera concisa sobre cómo se conforma ese tiempo. Sabido es que el ocio entre los jóvenes va mucho más allá del simple disfrute de tiempo libre, y que se configura como una auténtica seña de identidad, tanto por la naturaleza de las actividades que lo integran (de hecho, muy diferentes de las de los adultos) como por el significado que a aquéllas se les otorga.

Si en el mundo adulto el ocio está constituido por elementos que van desde la autorrealización hasta la simple relajación o el cambio de la actividad rutinaria, el ocio juvenil trasciende la perspectiva de un enfoque individual (aunque retenga elementos de la misma) para situarse, sobre todo, como un espacio de relación e identificación grupal.

La necesidad de constituirse “desde el otro” (identificación) y “con el otro” (relación) marca el tipo de actividades que se realizan en ese tiempo y las vivencias anexas al mismo; así, el ocio se plantea entre los jóvenes como un espacio y un tiempo en el que pueden ser ellos mismos, libres de ataduras y constricciones, separado del momento de la responsabilidad (trabajo, estudios, etc.).

Entender estos significados y buscar su relación con los riesgos, objetivo principal de este estudio, implica definir los términos de la ecuación empezando por los aspectos más básicos: cómo emplean su tiempo de ocio los jóvenes de Madrid. Para ello, este capítulo está dedicado al análisis del tiempo libre, comenzando por una relación puramente descriptiva de las actividades realizadas por los entrevistados.

1. FRECUENCIA DE DISTINTAS ACTIVIDADES DE OCIO ENTRE LOS JÓVENES

La primera aproximación analiza las actividades juveniles en el tiempo libre en función de su frecuencia, lo que es una buena medida de su importancia relativa. En el cuestionario se incorporó una batería de actividades (14), que debían puntuarse en función de la frecuencia con que se realizaban, desde el 1 (“poca o ninguna”) hasta el 10 (“muchísima frecuencia”). La pregunta concreta era “Para empezar, dime con qué frecuencia realizas cada una de las siguientes actividades de tiempo libre. Valora de 1 a 10, siendo 1 que no las realizas nunca y 10 que las realizas con muchísima frecuencia.”

Unos primeros resultados, en función de los valores medios de frecuencia y de los porcentajes de posicionamiento en escala agrupada, se presentan en la Tabla 2.1.

TABLA 2.1.
Grado de frecuencia de realización de diferentes actividades de ocio
Medias en la escala 1/10, y % en tramos agrupados

	% EN LA ESCALA (1-10)			MEDIA
	NINGUNA/POCA FRECUENCIA (1-3)	FRECUENCIA MEDIA (4-7)	BASTANTE/MUCHA FRECUENCIA (8-10)	
Escuchar música/radio	3,0	31,3	65,6	8,0
Estar con amigos	5,0	32,3	62,4	7,8
Ver televisión	13,6	43,8	42,4	6,7
Ir a bares/discotecas	16,3	40,2	43,3	6,5
Internet	16,1	45,1	38,8	6,4
Hacer deporte	25,3	44,9	29,8	5,7
Ir al cine, teatros...	20,3	58,8	20,7	5,5
Leer	29,3	47,9	22,7	5,3
Viajar	34,0	48,9	16,9	4,9
Hacer botellón	42,5	36,1	20,8	4,6
No hacer nada	41,9	40,4	17,3	4,6
Videojuegos	49,6	29,9	20,2	4,2
Visitar museos	64,1	28,8	6,8	3,2
Colaborar con ONGs	77,4	15,3	6,7	2,4
Media general				5,4

Observando los valores medios puede detectarse una tendencia a la agrupación, en función de su frecuencia, de ciertas actividades. En primer lugar, existen dos actividades que tienden a concentrar la mayor parte del tiempo de ocio de los entrevista-

dos: “escuchar música/radio” (con un 8,0 de media de frecuencia) y “estar con amigos” (apenas a dos décimas de distancia de la primera: 7,8). Estas son las tareas a las que los jóvenes dedican una especial atención y tiempo. Es sobradamente conocida la relación de los jóvenes con la música, y lo mismo ocurre con la necesidad y la presencia de la relación grupal: ambas actividades son realizadas de manera muy o bastante frecuente por más del 60% de los jóvenes.

A distancia de estas dos actividades principales pero emergiendo con fuerza en cuanto a la frecuencia de su realización, se destacan tres. El ocio pasivo que supone “ver televisión” alcanza un 6,7 de valor medio en frecuencia, muy parecido al que obtiene “ir a bares/discotecas” (6,5) y “chatear o navegar por Internet”, que alcanza un 6,4 de valor medio. Son actividades que, a diferencia de los dos ítems anteriores, parecen estar algo más repartidas en los tramos de frecuencia de realización, sin que pueda hablarse de polarización; apenas superan el 40% los entrevistados que se posicionan en el tramo de alta frecuencia y casi iguales porcentajes se sitúan en las frecuencias medias.

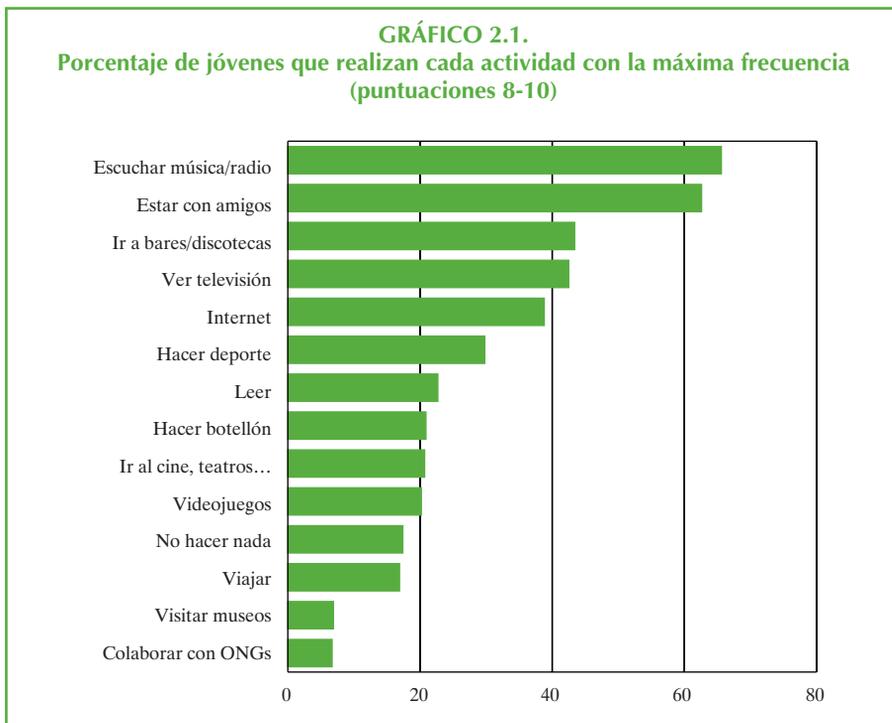
Hay otras dos actividades que superan la media global de 5,4, pero que parecen tener menos presencia en el ocio joven: “hacer deporte” obtiene un 5,7 sobre 10 puntos posibles e “ir a cine/teatros” alcanza el 5,5 de media. En ambas actividades, las posiciones de frecuentación se acumulan en el tramo medio y se distribuyen armónicamente en los extremos.

Otras actividades de ocio no parecen ocupar un excesivo tiempo de los jóvenes y se sitúan por debajo del 5,4 de la media general. Así, “leer” o “viajar” se sitúan sólo unas décimas por debajo de la media de grupo, con un reparto de frecuencias acumulado en las notas medias, y sujetas, como se verá más adelante, a un fuerte desequilibrio entre hombres y mujeres. Una mención especial merece “no hacer nada”, que obtiene un 4,6 de nota media, con un 17% de jóvenes que han declarado que es algo que viven de manera muy o bastante frecuente.

Con la misma media se encuentra “hacer botellón”, lo que puede resultar sorprendente, y lo es desde una lectura tópica; es muy probable que una parte de quienes lo realizan, lo incorporen a la categoría, más amplia, de “estar con amigos”. También de manera sorprendente, los “videojuegos” sólo obtienen un 4,3 de media de frecuencia; es obvio, como se comprobará después, que esta media, en principio escasa, se debe a la gran distancia en la frecuencia de realización entre hombres y mujeres.

Las actividades que menos acaparan la atención de los entrevistados son la colaboración con ONGs, que apenas si obtiene un 2,4 de media de frecuencia, y algunas actividades culturales como “visitar museos”, con sólo un 3,2 de valor medio.

Probablemente se obtiene un panorama más gráfico, aunque algo menos explicativo, si se atiende a los porcentajes de entrevistados que se han situado en el tramo 8/10 en la escala de frecuencia de realización. Es lo que se realiza en el Gráfico 2.1.



Como se decía, dos actividades destacan por encima del resto: “estar con amigos” (62,6%) y “escuchar música/radio” (65,6%) son las conductas más frecuentes, a distancia de las demás. Se puede decir sin duda que ambas integran la base formal del tiempo de ocio entre los jóvenes (más aún cuando el ítem “estar con amigos” es, de hecho, una categoría de orden superior ya que subsume otras actividades como “botellón” o “ir a bares y discotecas”).

Otras tres actividades (“Internet”, “ver televisión” e “ir a bares/discotecas”) consiguen que cerca de un 40% de jóvenes declaren realizarlas de forma muy frecuente. Por un lado, de nuevo, lo relacional aparece con fuerza y relevancia en las actividades del joven, tanto de forma directa como a través de tecnologías de comunicación¹. Por otro, el ocio pasivo alrededor de la televisión también tiene un gran

1. Cabría interpretar que conectarse a Internet es una actividad solitaria, pero lo ya conocido respecto al sentido de uso de esa herramienta legitima la interpretación propuesta.

peso en la estructuración del tiempo del joven, aunque sólo sea como complemento o sustitutivo de otras actividades.

En el hecho de que “hacer botellón” sólo alcance un 21% de entrevistados que dicen realizarlo con frecuencia quizás esté actuando cierta tendencia a la negación, dado el rechazo social y la alarma que esa conducta genera en la representación colectiva.

Mención especial merecen las actividades de orden más personal y cultural, “visitar museos”, “colaborar con ONGs”, cuyos porcentajes de frecuentación máxima no alcanzan ni el 10%. Más allá de cualquier consideración hay que recordar que el ocio joven se conforma no tanto desde lo individual cuanto desde lo relacional, y no desde lo cultural sino desde lo festivo, como demuestran los porcentajes hallados.

Resulta necesario en esta visión de las actividades de ocio entre los jóvenes de Madrid tener en cuenta las posibles diferencias significativas en función de perfiles sociodemográficos. Para ello, se han realizado los cruces de las correspondientes variables con la escala agrupada en tres tramos: baja/nula frecuencia (valores de 1 a 3), frecuencia media (valores de 4 a 7) y alta frecuencia (valores de 8 a 10).

En función de estas agrupaciones obtenemos las tablas situadas en el Anexo (tablas desde A2.1 a A2.13), que ofrecen los resultados que se detallan a continuación:

- Para el ítem “escuchar música”, la actividad más frecuente, apenas se encuentran diferencias en los distintos perfiles socio demográficos; es lógico teniendo en cuenta la fuerte adscripción en la generalidad de los jóvenes. Tan sólo aparecen con comportamientos más polarizados (más que lo practican poco y más que lo practican mucho) los que están en paro y quienes cursan 1º y 2º de ESO.
- “Estar con amigos” también aparece como algo transversal entre los jóvenes, aunque con ciertos matices; parece más frecuente cuanto menor es la edad declarada (aunque cuando se es mayor, si se tiene un nivel de estudios más bajo, también aumenta el porcentaje de los que dicen que realizan poco esa actividad).
- “Ver televisión” resulta un hábito más frecuente cuanto menor edad se declara y, coherentemente, cuando se cursan los niveles más inferiores de estudios. También, entre quienes están en paro.
- “Ir a bares/discotecas” es algo muy condicionado por la edad: los jóvenes lo practican menos que los mayores. También parece ser menos frecuentado por los más religiosos (católicos o no), mientras se practica más por quienes están trabajando y por aquéllos que disponen de mayores ingresos semanales.

- El uso de “Internet” ampliamente extendido entre la población joven, se incrementa entre los de menor edad y los estudiantes (sobre todo de los últimos cursos de ESO y Bachillerato); también entre los que disponen de más ingresos.
- “Hacer deporte” es algo mucho más frecuente entre los hombres (40,7% de máxima frecuencia frente a 18,0% de las mujeres), sobre todo los más jóvenes, y que va disminuyendo con la edad. También se practica más por los estudiantes. Al tiempo, es algo que parece encontrar más eco en las sensibilidades ideológicas de centro y derecha. Lo practican menos quienes viven en pareja y quienes están en paro.
- “Ir al cine/teatros” es una actividad de ocio mucho más practicada por las mujeres, por los que viven solos y por quienes tienen niveles de estudios más elevados. Menos frecuente entre quienes están en paro y (probablemente en la medida en que traduce una situación socioeconómica) entre los creyentes de religiones que no son la católica.
- “Leer” es una actividad mucho más frecuente entre las mujeres², y los entrevistados de más edad. También parece darse más entre las sensibilidades de izquierda y los agnósticos. Igualmente leen más los universitarios, lo que parece lógico, y los que están en paro³.
- “Hacer botellón” parece algo más frecuente entre los hombres, en las edades intermedias (17-18 y 18-20), entre los estudiantes y los que conviven con sus padres. Quienes viven en pareja o los que se confiesan católicos practicantes son los que menos frecuentan esta práctica.
- “No hacer nada” es algo más frecuente en los grupos de edad más joven (hasta los 18 años) y entre los católicos no practicantes. Se da mucho menos entre los que trabajan y los que viven solos.
- “Los videojuegos” son más practicados por los chicos, sobre todo los más jóvenes, y por los que estudian (sobre todo ESO). Son mucho menos frecuentes entre quienes se sitúan en la izquierda o se consideran agnósticos (o creyentes no católicos), y entre los que viven solos o con amigos.
- “Ir a museos/exposiciones” es una actividad más frecuentada por mujeres, por los grupos de mayor edad, por quienes se declaran practicantes no católicos y por los que viven con amigos o conocidos.

2. El 32,2% de los chicos dice leer poco o nada, frente al 22,9% de las mujeres, mientras sólo el 17,5% mde ellos lee mucho cuando el 28,5% de las chicas lo hace.

3. En este caso, parece, por razones de oportunidad, puesto que los que trabajan son bastante menos lectores.

- “Viajar”, una de las actividades teóricamente más deseadas, que representa en cierta forma el ideal del tiempo libre, presenta una distribución irregular en función de las distintas variables, polarizándose en algunas ocasiones, con lo que la interpretación sociológica es difícil.
- “Colaborar con ONGs”, la actividad menos frecuente en la escala, no presenta variaciones significativas desde el punto de vista estadístico en función de distintos perfiles sociodemográficos.

Para completar el análisis de las actividades de ocio es posible intentar una agrupación apoyándose en un análisis factorial, al objeto de resumir la información. Las catorce actividades que componen la batería inicial de actividades se pueden resumir en cinco grupos que, conjuntamente, explican el 58,92% de toda la variabilidad de los ítems originales. La existencia de nada menos que cinco agrupamientos, como se verá más adelante, no sólo indica una gran dispersión en las menciones de frecuencia de las actividades sino que anuncia que éstas definen tipologías muy diferentes entre los jóvenes consultados (Tabla 2.2).

TABLA 2.2.
Posiciones factoriales ante distintas formas de ocio
(58,93% varianza total explicada; KMO= .677)

	FACTOR 1	FACTOR 2	FACTOR 3	FACTOR 4	FACTOR 5	MEDIA* EN LA ESCALA DE FRECUENCIA	PORCENTAJE** DE 8 A 10
Leer	0,639						
Visitar museos	0,769						
Colaborar con ONGs	0,603					4,3	18,5
Viajar	0,567						
Ir al cine, teatros...	0,537						
Ir a bares/discotecas		0,801				5,5	32,2
Hacer botellón		0,774					
Estar con amigos			0,554				
Escuchar música/radio			0,693			7,4	55,7
Internet			0,533				
Ver televisión				0,537		5,6	30,0
No hacer nada				0,818			
Hacer deporte					0,862	5,0	25,5
Videojuegos					0,571		
% Varianza	18,95	13,27	10,02	9,14	7,540		

* Media global de los ítems del factor.

** Porcentaje medio de quienes se sitúan en el tramo 8-10 de la escala en el conjunto de ítems del factor.

Se aprecia que los cinco factores ofrecen cada uno un relativo bajo nivel de varianza, siendo el factor 1 el más potente en este sentido, al alcanzar casi un 19% de potencia explicativa; en el caso contrario, tenemos que el factor 5 abarca tan sólo un escaso 7,54 de varianza. El modelo presentado, por tanto, no resulta especialmente potente a efectos de resumen de la información (objetivo primario de un análisis factorial), pero sin duda permite tener una visión clara de las agrupaciones en función del sentido y relevancia que tienen para los jóvenes.

El primero de los factores integra cinco de las catorce actividades propuestas. Como puede observarse, todas ellas son actividades marcadamente definidas por su cierto valor cultural además de sumar “colaborar con ONGs”. La media general, esto es, la media de frecuencia de realización, es relativamente baja (un 4,3 sobre 10 puntos posibles) si se compara con el resto de factores; además, tan sólo un 18% de jóvenes se sitúa en el tramo de alta frecuencia de realización. Todo ello explicita la escasa prevalencia de estos comportamientos entre los jóvenes consultados.

El segundo factor agrupa a las actividades más relacionadas con la expansión lúdica, en las que el alcohol ocupa un papel predominante: “hacer botellón” e “ir a bares/discotecas”, con una media de frecuencia de 5,5 sobre 10, son actividades que ocupan frecuentemente a cerca de un 32% de jóvenes. No cabe duda de que, sin ser el comportamiento más destacado en el conjunto de actividades, ocupa una buena parcela del ocio juvenil.

En el tercer factor parecen primar las actividades más transversales, aquéllas que parecerían construir la base del ocio juvenil; desde lo que se hace casi siempre, independientemente de qué otra cosa se esté haciendo (escuchar música), hasta lo dirigido a mantener la relación grupal (estar con los amigos) o, al menos, a contactar con ese grupo (Internet). La importancia de estos comportamientos viene reflejada tanto por la media alcanzada (7,4) como por el porcentaje de entrevistados que declaran realizarlos con mucha frecuencia (casi el 56%).

Existe un cuarto factor compuesto por “no hacer nada” y “ver televisión”. Poco puede añadirse al explícito significado de tales actividades, salvo que alcanzan una media de frecuencia del 5,6 y que son realizadas frecuentemente por un 30% de los entrevistados (dado el matiz de pasividad evidente en estas actuaciones, casi se podría hacer una broma: son “no” realizadas).

Por último, aparece un quinto factor, a primera vista un tanto disonante puesto que aglutina dos actividades (“hacer deporte” y “jugar a videojuegos”) de carácter muy diferente. La media de frecuencia es de 5,4 y las realizan frecuentemente el 25,5% de los entrevistados.

Queda por tanto patente que las actividades que los jóvenes madrileños realizan más frecuentemente son las destinadas a contactar y estar con los amigos (y, como

siempre aparece, a escuchar música). Tras ellas, ocupan su tiempo y su interés las destinadas al ocio/fiesta, con el alcohol como intermediario significativo. Después, casi con el mismo tiempo, no hacer nada o el “casi no hacer nada” de ver la televisión. El deporte y los videojuegos vienen a continuación, ya a distancia, y cerrando el *ranking* del tiempo dedicado, todo el paquete de actividades culturales o solidarias. Al margen del juicio que a cada cual merezca, un panorama muy clarificador y que parece aproximarse bastante a lo que la percepción común señala.

2. LAS DIMENSIONES Y GRATIFICACIONES DEL TIEMPO DE OCIO

Hasta aquí, se han descrito las actividades que componen más frecuentemente el ocio de los jóvenes; se puede enriquecer el análisis abordándolo desde otras perspectivas.

Por un lado, la distinción del tiempo desde una lectura relacional: qué parte del ocio se comparte con familia o amigos, o se pasa en soledad. Por otro, con qué nivel de satisfacción se experimentan esas distintas maneras de vivir el tiempo libre.

Para la primera aproximación, en el cuestionario se formularon las siguientes preguntas “Pensando en tu tiempo libre durante los fines de semana, ¿qué porcentaje aproximadamente de ese tiempo pasas con tu familia/amigos/solo?”

Los resultados para cada una de las dimensiones tratadas se registraban según una escala cuyas puntas abarcaban desde “prácticamente nada” hasta “prácticamente todo el tiempo”. A efectos de simplificar el análisis y otorgar al mismo mayor potencia explicativa, se ha reconvertido la escala original, que constaba de cinco ítems (“prácticamente nada”, “poco”, “más o menos la mitad”, “algo más de la mitad” y “prácticamente todo el tiempo”), en otra agrupada: “prácticamente nada/poco”, “más o menos la mitad” y “algo más de la mitad/prácticamente todo el tiempo”. Los porcentajes de encuestados que se sitúan en los diferentes tramos, para cada situación, están reflejados en la Tabla 2.3.

TABLA 2.3.
Tiempo libre que se pasa con la familia, con los amigos o solo
En % (escala agrupada)

	PRÁCTICAMENTE NADA/POCO	MÁS O MENOS LA MITAD	MÁS DE LA MITAD/ PRÁCTICAMENTE TODO	TOTAL
Con la familia	47,5	31,9	21,5	100
Con los amigos	16,7	31,1	52,2	100
Solo	82,5	11,2	6,3	100

Los resultados no parecen sorprendentes y se ajustan de forma clara a lo ya sabido y a las hipótesis previas.

El tiempo que se pasa con los amigos ocupa buena parte del fin de semana. El 52% de los entrevistados declara que está con sus amigos “más de la mitad o prácticamente todo el tiempo”; si a esto se suman aquéllos que declaran pasar “más o menos la mitad” de ese tiempo, se ve que más de un 83% de jóvenes emplean buena parte de su tiempo libre con su grupo de pares, siendo casi residual el porcentaje que declara que dedica poco tiempo a esta forma de relación (no alcanza el 17%).

El tiempo que se pasa en familia presenta una distribución que tiende a lo contrario que lo visto en relación con los amigos; en este caso, casi la mitad de los encuestados (un 47,5%) afirma no pasar apenas tiempo con su familia y el 21%, por el contrario, dedica a estas relaciones más o mucho más de la mitad de su tiempo (los que, más o menos, les dedican la mitad de las horas de ocio del fin de semana, son algo menos de uno de cada tres).

Coherentemente con esa dimensión grupal que siempre se señala para el ocio del joven, los que pasan gran parte o todo su fin de semana en soledad son poco más del 6%, mientras que quienes prácticamente nunca se ven en esa situación son más del 80%.

La lectura de la satisfacción derivada de estos tiempos dedicados a las distintas formas de relación completa el marco y, en teoría, podría indicar hasta qué punto esa jerarquía de tiempos es voluntaria (si resulta gratificante) o impuesta de alguna manera (si no lo resulta).

Pues bien, la escala de satisfacción relacionada con cada una de las posibilidades de relación coincide bastante exactamente con el tiempo que se les dedica (Tabla 2.4).

TABLA 2.4.
Satisfacción derivada del tiempo que se pasa con la familia o con los amigos, o solo. En % (escala agrupada)

	MUY/BASTANTE SATISFACTORIO	REGULAR SATISFACCIÓN	NADA/POCO SATISFACTORIO	TOTAL
Con la familia	72,4	22,0	4,6	100
Con los amigos	92,5	5,5	2,0	100
Solo	58,1	22,7	18,2	100

La tabla es suficientemente explicativa por sí misma; el tiempo disfrutado en compañía de los amigos es, con diferencia, del que se derivan las mayores satisfacciones

(un 92% lo califica de “muy o bastante satisfactorio”) al tiempo que es, hay que recordarlo, a lo que más horas de ocio dedica el joven. Las relaciones con la familia, a las que se dedican menos tiempo, son no obstante bastante satisfactorias (lo son para tres de cada cuatro entrevistados). No sorprende que la actitud más reticente sea para calificar el tiempo que se pasa en soledad; lo que sorprendería es que ese estar solo puede ser gratificante para casi seis de cada diez chicos o chicas.

Analizando los perfiles sociodemográficos más sobrerrepresentados en los distintos niveles de satisfacción por las diversas formas de pasar el tiempo, se encuentran escasas diferencias significativas. Las mujeres muestran una mayor tendencia a estimar “Muy/Bastante satisfactorio” el tiempo en familia (76.8% frente a 70.2 de sus compañeros varones); todo lo contrario que les ocurre a aquéllos con mayor nivel de ingresos semanales para ocio. Además, hay más que están muy satisfechos del tiempo de relación con los amigos entre los estudiantes, entre los universitarios, entre quienes se dicen agnósticos. Por otro lado, la capacidad de extraer satisfacción del hecho de estar solo es mayor en las sensibilidades de izquierda, entre quienes viven solos o con amigos y entre quienes tienen estudios superiores.

CAPÍTULO TRES

Actitudes ante el riesgo en general

Toda vez que el objetivo de esta investigación es conocer y analizar las posturas de los jóvenes frente al riesgo en el ocio, parece consecuente que, después de describir las actividades que aquéllos desarrollan en su tiempo libre, se pase a ofrecer una perspectiva general sobre qué y cómo entienden el riesgo y de qué manera ese riesgo está presente en sus vidas cotidianas y, en especial, en su tiempo de asueto.

El abordaje de este análisis parte del supuesto (construido teóricamente y evidenciado en otras investigaciones) de que el riesgo no es solamente un elemento más en la ecuación entre los peligros de ciertos comportamientos y los beneficios que de ellos se obtienen; además, ese riesgo, al menos entre algunos jóvenes, adquiere un marcado carácter de experimentación con los límites propios y consueña con la necesidad de adquirir experiencias para futuros ciclos vitales.

De hecho, parece existir una conciencia general sobre el carácter marcadamente arriesgado de la sociedad actual. Y precisamente esta apreciación, fruto de un constructo social determinado, válido para una época y lugar, está determinando ciertas actitudes proactivas hacia el riesgo desde el momento en que éste no se lee tanto desde su significado de peligro cuanto desde la utilidad, incluso la necesidad, de ciertas experiencias; desde la exigencia de una “educación emocional en el riesgo” que preparará para la incorporación al mundo adulto. Ello no significa, desde luego, que no pueda existir un rechazo formal explícito de los comportamientos peligrosos, pero sí que la exposición a éstos se entiende como parte de un devenir vital más o menos normalizado¹. Incluso cuando personalmente existe una aver-

1. Una reflexión teórica sobre el riesgo y la cambiante percepción del mismo más allá del resumen que se hace en la introducción de este texto, se encuentra en Rodríguez, E.; Megías, I.; Ballesteros, J.C. y Rodríguez, M.A. (2008). *La lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad*. Madrid: FAD.

sión a arriesgarse, la presión del grupo y la norma definida desde lo colectivo, puede llegar a violentar, al menos a condicionar severamente, la decisión supuestamente individual.

En todo caso, éstos son presupuestos teóricos que los datos deberán confirmar o descartar, pero que ofrecen un marco contextualizador para ubicar de manera más comprensible la vivencia juvenil. Para una primera delimitación de ese marco explicativo se tomarán dos ejes analíticos, expresados formalmente en el cuestionario a través de dos líneas temáticas: la percepción del riesgo desde una perspectiva existencial y personal (actitudes globales que los jóvenes manifiestan), y la percepción de los problemas que pueden acarrear determinados comportamientos (la valoración de riesgos potenciales concretos).

1. ACTITUDES ANTE EL RIESGO EXISTENCIAL

Es indudable que, además de otros factores que pueden suponer condicionamientos evidentes, tanto de carácter estructural como de naturaleza puntual, existe un fuerte componente de base personal e individual en la valoración del riesgo. Este componente pertenece a la esfera más íntima del individuo y puede influir no solamente en la asunción de las amenazas, sino también en las posiciones previas ante las mismas. Para abordar este componente personal y comprobar hasta qué punto el riesgo como elemento vital está o no presente en la vida cotidiana del joven, se hizo necesario analizar las actitudes generales de los jóvenes participantes en el estudio. Para ello se propuso a los entrevistados que valorasen distintas posiciones, favorables o no, ante el riesgo; se trataba, en definitiva, de presentar al entrevistado una dicotomía en términos de actitudes, que permitiera definir perfiles diferenciales en el conjunto de los participantes.

En el cuestionario diseñado se incorporó una batería de afirmaciones, presentadas a los entrevistados por medio de la siguiente pregunta “A continuación te voy a leer una serie de afirmaciones, para que me digas en cada una de ellas hasta qué punto estás de acuerdo con lo que dice. Vamos a utilizar la misma escala del 1 al 10, de tal manera que 1 es que no estás nada de acuerdo y 10 que estás totalmente de acuerdo con la afirmación”. Lógicamente, la batería estaba equilibrada en el número de proposiciones contrapuestas, al objeto de no introducir sesgos.

Un primer resultado de las respuestas se refleja en la Tabla 3.1. La observación de los valores medios ofrece algún aspecto que conviene remarcar para comenzar el análisis. Todas las proposiciones (tanto las positivas como las negativas) han superado el 5 de valor medio en la escala de acuerdo. Las que superan la media de grupo (6,7) son seis, dos de ellas en la línea de aceptación del riesgo (“los jóvenes

TABLA 3.1.
Actitudes hacia el riesgo existencial
Medias en la escala 1/10, y % en escala agrupada

	MEDIA	ESCALA AGRUPADA ACUERDO/DESACUERDO		
		ACUERDO MÍNIMO (1-3)	ACUERDO MEDIO (4-7)	ACUERDO MÁXIMO (8-10)
Es mejor evitar cosas que compliquen el futuro	7,6	6,0	33,6	60,4
Prefiero pensar las cosas antes de hacerlas	7,4	5,9	39,6	54,5
En la vida hay que arriesgarse	7,3	7,2	40,6	52,2
Los jóvenes arriesgan más	7,2	6,3	43,7	50,0
La prudencia es fundamental	7,1	7,1	46,5	46,5
Jugarse el tipo en aventuras es una locura	6,8	11,1	46,6	42,2
Los que arriesgan son los que ganan	6,4	10,9	55,3	33,8
Me gusta experimentar aunque sea un riesgo	6,1	17,8	52,5	29,8
Prefiero una vida tranquila, sin riesgos	6,0	20,3	47,1	32,6
Importa el presente, no el futuro	5,4	29,1	45,2	25,6
Media	6,7			

arriesgan más” y “en la vida hay que arriesgarse”) y cuatro de carácter opuesto (“jugarse el tipo en aventuras es una locura”, “la prudencia es fundamental”, “prefiero pensar las cosas antes de hacerlas” y “es mejor evitar cosas que compliquen el futuro”). En general, tomando la puntuación de cada una de las afirmaciones que han superado la media general, se observa que la propensión al rechazo del riesgo es algo mayor que la propensión hacia éste, en términos puramente descriptivos y contando sólo con el número de proposiciones a favor o en contra que superan la media.

Más allá de esto, existen elementos dignos de mención en los resultados, sobre todo centrándose en los porcentajes que se sitúan en la posición de máximo acuerdo. Las cuatro primeras frases suscitan un elevado grado de sintonía con sus propuestas, ya que más de la mitad de los entrevistados se posicionan en un nivel de acuerdo igual o superior a 8; entre ellas hay dos claramente negativas hacia el riesgo “es mejor evitar cosas que nos compliquen el futuro” y “prefiero pensar las cosas antes de hacerlas” y otras dos más positivas. Una de las propuestas positivas que obtienen una media de acuerdo más alta puede tener un significado ambivalente: la frase “los jóvenes arriesgan más”, con un 50% de aceptación en valores del 8 al 10, puede suponer que quien responde lo haga más en función de lo que ve que

a partir de lo que cree deseable. Sea como fuere, esta afirmación pone de manifiesto que existe una conciencia general entre la juventud de que “ellos” (o, “los otros”, si se hace caso al principio exculpatorio de “los demás lo hacen pero yo no”) presentan una propensión mayor al riesgo que otros grupos de edad. Además, en ese primer grupo de propuestas más aceptadas se encuentra también una declaración que presenta al riesgo como desiderativamente inscrito en el devenir vital (obviamente en función de sus ventajas): “en la vida hay que arriesgarse”. El grado de acuerdo con eso, en posiciones de 8 a 10, es de algo más del 52%. Su propuesta contraria en términos conceptuales, “prefiero una vida tranquila, sin riesgos”, sólo congrega a su favor (con las mismas puntuaciones) a un 32% de entrevistados.

El resto de proposiciones presenta un equilibrio mayor que las cuatro ya citadas en los porcentajes de acuerdo-desacuerdo. Las que presentan afirmaciones que positivizan el riesgo como valor (“los que arriesgan son los que ganan”, “me gusta experimentar aunque sea arriesgado” e “importa el presente y no el futuro”) ofrecen porcentajes de acuerdo medio (puntuaciones entre 4 y 7) elevados, cerca del 50%; si a esos porcentajes se suman los de quienes están totalmente de acuerdo, resulta que una gran mayoría de entrevistados coincide con esas propuestas (al menos, para ser más exactos, no las rechazan tajantemente). Con las proposiciones que negativizan el riesgo (“la prudencia es fundamental”, “jugarse el tipo en aventuras es una locura”) sucede algo parecido: la suma de los porcentajes de los que están algo y totalmente de acuerdo rondan el 80%.

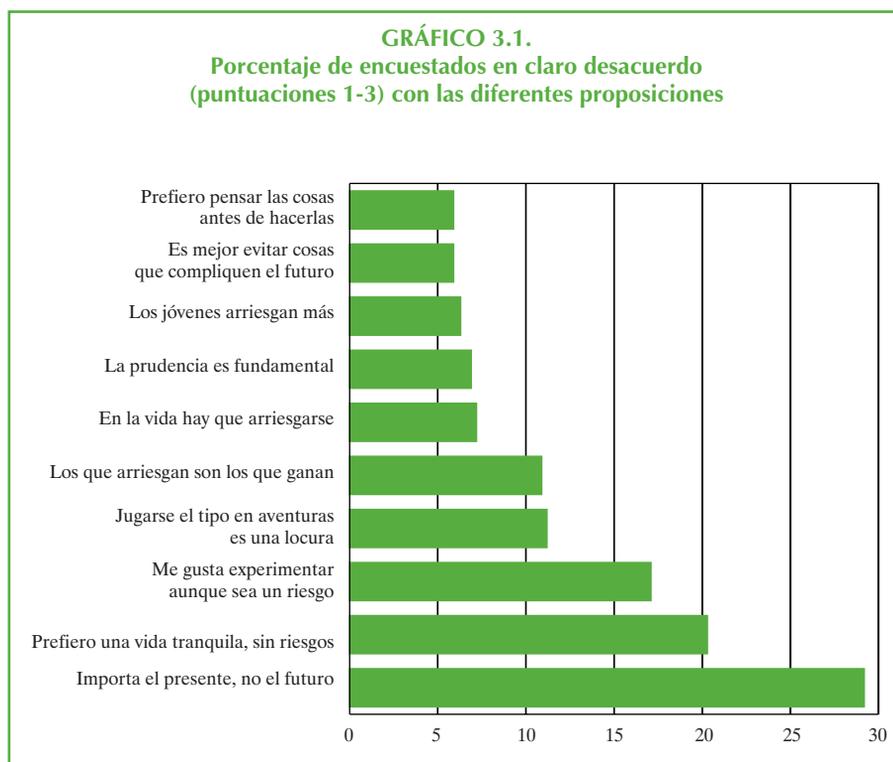
Comparando las medias de los ítems agregados en dos grupos según su naturaleza proactiva o reactiva ante el riesgo, se observa (Tabla 3.2) que, aunque el grupo de proposiciones contrarias a arriesgarse obtienen de media una nota mayor que el otro grupo, no parece existir una diferencia excesiva (cinco décimas de punto), lo cual traduce una cierta ambivalencia frente al concepto de riesgo y en las posturas personales hacia el mismo.

TABLA 3.2.
Actitudes hacia el riesgo existencial. Medias en la escala 1/10

PROPOSICIONES A FAVOR DEL RIESGO	MEDIA	MEDIA	PROPOSICIONES EN CONTRA DEL RIESGO
En la vida hay que arriesgarse	7,3	7,4	Prefiero pensar las cosas antes de hacerlas
Los jóvenes arriesgan más	7,2	7,1	La prudencia es fundamental
Los que arriesgan son los que ganan	6,4	6,8	Jugarse el tipo en aventuras es una locura
Me gusta experimentar aunque sea un riesgo	6,1	6,0	Prefiero una vida tranquila, sin riesgos
Importa el presente, no el futuro	5,4	7,1	Es mejor evitar cosas que compliquen el futuro
Media de grupo	8,1	8,6	Media de grupo

Llevando un poco más lejos la interpretación, es posible pensar que existe entre los jóvenes un cierto equilibrio a la hora de valorar los términos de riesgo y prudencia; este equilibrio acaso podría traducirse en un pensamiento ambivalente, que se resuelve en términos de practicidad. Se sabe o se intuye que el riesgo es generador no sólo de problemas sino de experiencias vitales y, con ellas, de ganancias emocionales preferibles a las que oferta una vida tranquila (propuesta que se sitúa en el penúltimo lugar de la escala de notas medias). Ahora bien, es difícil saber cómo hay que resolver en la práctica esta confrontación entre el valor defensivo de la prudencia y la mejor valoración del riesgo como filosofía vital. Lo que no puede negarse es que la ambivalencia está presente, al menos dialécticamente, en las actitudes de los jóvenes.

En otros términos analíticos, considerando los porcentajes en total desacuerdo con las proposiciones, resulta el Gráfico 3.1.



Ninguna de las proposiciones proactivas hacia el riesgo genera un importante porcentaje de rechazo; la que más (“importa el presente, no el futuro”), sólo tiene en contra a un 29,2% de entrevistados. Igual pasa con las proposiciones reactivas: la

que genera más desacuerdos, “prefiero una vida tranquila, sin riesgos”, alcanza *sólo* el 20,3% de posturas contrarias.

Parecería a primera vista que se está ante una supuesta contradicción en términos conceptuales: aunque se acepta la prudencia como actitud fundamental, existe una más que significativa proporción de jóvenes que también está de acuerdo con el riesgo como valor. Superando esa contradicción, lo que parece desprenderse del análisis es que un importante número de jóvenes se sitúa ante el riesgo y la prudencia de manera equidistante, aceptando la necesidad de la primera pero entendiendo a la vez el riesgo como un elemento básico en algunos aspectos de la vida.

Al fijarse en las posibles diferencias que, según perfiles sociodemográficos, se pueden encontrar en las distintas proposiciones, los resultados se reflejan en las tablas del Anexo, A3.1 a A3.10. Para los cruces se han utilizado los tramos extremos de la escala agrupada (1-3, bajo-nulo acuerdo; 7-10, alto acuerdo). Globalmente, aunque existen numerosos matices, hay variables de corte sociodemográfico que influyen notoriamente sobre los resultados. Antes que nada, el sexo: resulta casi tópico afirmar que, en general, las mujeres se muestran menos propensas a declarar posturas proactivas hacia el riesgo, y valoran en mayor medida que los hombres la prudencia y la reflexividad como filosofía vital. La edad no se muestra influyente, acaso porque la desagregación en múltiples franjas de edad complica la significación estadística. La situación laboral también influye: los trabajadores parecen mostrarse más reticentes ante el riesgo que los que son estudiantes; entre éstos, los de menor nivel académico suelen mostrarse más prudentes que los universitarios.

Las variables ideológicas puras también parecen influir. En general, el autopoicionamiento en la izquierda y la declaración de agnosticismo suele correlacionarse con posturas más proclives al riesgo. Mientras, la religiosidad declarada o la ideología de derechas parecen enfatizar las posiciones más prudentes.

2. VALORACIÓN DE CONCRETOS RIESGOS POTENCIALES

Para completar la panorámica de las actitudes ante el riesgo, objetivo de este capítulo, se situó a los entrevistados ante determinados comportamientos, hipotéticamente frecuentes en los jóvenes, con el fin de que definieran su postura frente a la posibilidad de que esas conductas supongan un problema importante para sus protagonistas. Se trata, antes que nada, de establecer un puente entre el riesgo como actitud vital y el riesgo como dimensión precisa, a través de la ejemplificación del mismo. Para ello, se preguntó a los entrevistados: “A continuación te voy a leer una serie de situaciones. De cada una de ellas se trata de que digas en qué medida te parece que pueden suponer un problema importante, en una escala del 1 al 10, siendo 1 nada importante y 10 muy importante.”

La batería de comportamientos presentada a los entrevistados constaba de 14 proposiciones. Los resultados generales, expresados con las medias de puntuación en la escala 1 a 10, se reflejan en la siguiente Tabla 3.3.

TABLA 3.3.
Valoración de riesgos potenciales. Medias en la escala 1-10

	MEDIA
Ir en vehículo conducido por alguien bebido	8,92
Conducir bebido	8,87
Ser consumidor frecuente de cocaína	8,76
Tener relaciones sexuales sin protección	8,36
Conducir a mucha velocidad	8,33
Participar en peleas	7,83
Fumar frecuentemente porros	7,13
No tener claro lo que se quiere estudiar	6,87
Tener problemas con los estudios	6,87
Tener pocos amigos	6,50
Tener relaciones sexuales estando bebido	6,39
Emborracharse los fines de semana	6,29
No poder salir cuando los otros lo hacen	5,87
Tener gustos/aficiones diferentes de los del grupo	3,86
Media	6,9

Todos los comportamientos valorados por los entrevistados, excepto el de “tener gustos/aficiones diferentes de los del grupo” superan el 5 de media, lo cual nos indica que existe una tendencia generalizada a considerar a la práctica totalidad de los mismos como fuente importante de problemas. Pero existe una gran dispersión en la importancia atribuida a la posible conflictividad de cada uno de los comportamientos, con una horquilla de notas medias que va desde 4,86 hasta 8,92.

Con las puntuaciones más altas (casi 9 de media), los riesgos mayores se refieren a la combinación de alcohol y conducción (“conducir bebido” o “ir en un vehículo conducido por alguien bebido”), figurando también, con valor medio algo menor, “conducir a mucha velocidad”. Parecería que la experiencia vivida, y quizás las políticas y mensajes sobre los riesgos de la conducción, han conseguido generar un cierto efecto en las actitudes de los jóvenes, al menos en lo declarativo. También por encima del valor 8 de media se sitúan “tener relaciones sexuales sin protección” o “ser consumidor frecuente de cocaína”. Este quinteto de comportamientos

forma la base de los comportamientos percibidos como más problemáticos, con unas posibles consecuencias muy presentes en los jóvenes, acaso tanto por la gravedad estimada de las mismas como por sus rasgos de inmediatez². “Participar en peleas” (7,83) y “fumar frecuentemente porros” (7,13); sin dejar de ser hechos considerados como fuentes de posibles problemas de entidad, se mueven en un rango de menor importancia atribuida.

Alrededor de la puntuación media de 6 se encuentra una mixtura de cinco comportamientos. Los tres primeros, con valores relativos más altos, están referidos, más que a conductas, a circunstancias particulares del desempeño del individuo que pueden afectar a su desarrollo social: “no tener claro lo que se quiere estudiar”, “tener problemas con los estudios” y “tener pocos amigos”. Evidentemente, son circunstancias que, no sólo parecen verse como menos problemáticas, sino que desplazan las hipotéticas consecuencias hacia el futuro. Tras ellas, “tener relaciones sexuales estando bebido” y “emborracharse los fines de semana”; parecen combinar el consumo episódico pero abusivo de alcohol, naturalizado entre una buena parte de jóvenes con conductas de clara potencialidad negativa; en esta combinación parece pesar más la primera parte de la ecuación y eso hace que resulte una percepción de relativa baja problematicidad.

Los dos últimos ítems en la jerarquía de importancia de las consecuencias, “no poder salir cuando otros lo hacen”, y “tener gustos/aficiones diferentes a los del grupo”, no parecen suponer un serio problema para los encuestados, por mucho que en el plano teórico entren en conflicto evidente con la tantas veces reseñada dimensión social-grupal en estas cohortes de edad; quizás, además de la diferente naturaleza de los problemas potenciales y de la menor trascendencia de éstos, en la menor atribución de importancia ha influido una percepción de que no son situaciones irreversibles, sino más bien de carácter coyuntural: se puede salir en otro momento o se puede buscar un grupo con intereses más comunes.

Para completar el análisis conviene contemplar los porcentajes de distribución de los jóvenes en los distintos tramos de la escala agrupada, para cada comportamiento. Los datos se presentan en la Tabla 3.4.

Existen tres proposiciones que a juicio de los entrevistados son fuente de problemas muy importantes: “ir en un vehículo conducido por alguien bebido”, “conducir bebido” y “ser consumidor frecuente de cocaína”; escasamente rebasan el 5% las personas que minimizan la gravedad, y la gran mayoría (alrededor del 85%) se acumula en el tramo superior de la escala. Con porcentajes similares, también muy

2. Son consecuencias negativas, no sólo potencialmente graves sino en gran parte ligadas de forma inmediata al comportamiento. Es sobradamente conocido que los riesgos aplazados, aunque sean potencialmente serios, parecen impactar poco en el imaginario juvenil.

TABLA 3.4.
Valoración de riesgos potenciales (% en la escala agrupada)

	NADA/POCO IMPORTANTES (1-3)	IMPORTANCIA REGULAR (4-7)	MUY IMPORTANTES (8-10)
Ir en vehículo conducido por alguien bebido	5,3	7,9	86,8
Conducir bebido	5,4	8,4	86,2
Ser consumidor frecuente de cocaína	6,8	9,7	83,6
Relaciones sexuales sin protección	6,4	16,0	77,5
Conducir a mucha velocidad	5,0	18,3	76,7
Participar en peleas	10,7	20,4	68,9
Fumar frecuentemente porros	13,8	31,7	54,5
No tener claro lo que se quiere estudiar	10,8	44,3	45,0
Tener problemas con los estudios	15,5	36,8	47,7
Tener pocos amigos	20,5	33,3	46,2
Tener relaciones sexuales estando bebido	25,3	27,8	46,9
Emborracharse los fines de semana	19,3	41,2	39,6
No poder salir cuando los otros lo hacen	24,0	44,4	31,7
Gustos/aficiones diferentes al grupo	36,5	44,5	19,0

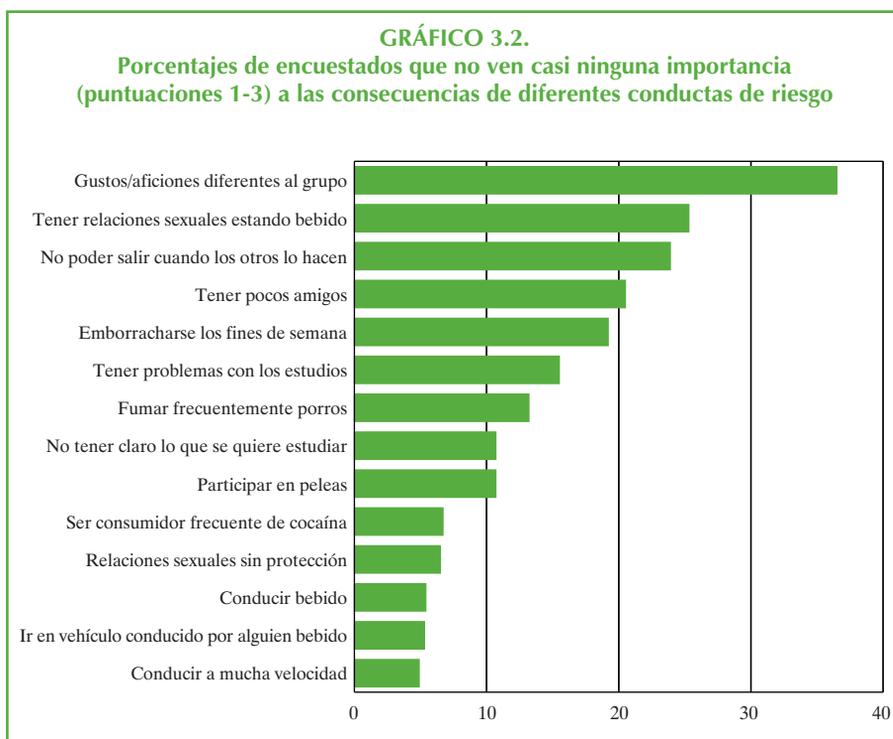
escasos, de encuestados que minimizan la importancia de sus consecuencias, pero con una distribución algo más repartida en los otros tramos, se encuentran “tener relaciones sexuales sin protección” (un 16% de entrevistados le adjudica una importancia regular) y “conducir a mucha velocidad” (un 18% de personas asigna una puntuación intermedia en la importancia de sus consecuencias). “Participar en peleas” y “fumar porros frecuentemente” son propuestas a cuyas consecuencias se atribuye una importancia que, aunque mayoritariamente se imagina como alta, ya está mucho más distribuida a lo largo de la escala. Los porcentajes que minimizan esa importancia son más significativos y, sobre todo aparece una tasa respetable de jóvenes que la relativizan (en el caso de “fumar porros”, casi uno de cada tres).

El resto de las proposiciones no agrupa a más del 50% de encuestados en ninguno de los rangos propuestos, estando los porcentajes mucho más repartidos en distintas horquillas. Frente a “no tener claro lo que se quiere estudiar”, “tener problemas con los estudios”, “tener pocos amigos” y “tener relaciones sexuales estando bebido”, los porcentajes de adscripción a los distintos niveles de importancia de las consecuencias respectivas continúan siendo crecientes a lo largo de la escala, aunque aumentan sensiblemente quienes se abonan a señalar poca gravedad y, sobre todo, una gravedad relativa (44,3%, 36,8%, 33,3% y 27,8%, en cada uno de los casos).

Para el comportamiento “emborracharse los fines de semana”, los números son aún más expresivos; un 39,6% le asigna una importancia entre 8 y 10, pero la mayoría (41,2%) se decanta por asignar una puntuación intermedia; y un 19,3% apenas reconoce que este consumo dé algún tipo de problemas significativo. Es indudable la fuerte presencia de un discurso minimizador de los problemas que pueda ocasionar este comportamiento.

“No poder salir cuando otros lo hacen” y “tener gustos y aficiones diferentes al grupo” son los dos últimos ítems en la escala de gravedad de los problemas derivados; en ambos casos la mayoría de entrevistados se situaría en los puntos intermedios de la escala. En estos riesgos “relacionales” (a los que habría que añadir “tener pocos amigos”) hay que destacar que, pese a sus relativamente bajas medias, un porcentaje muy significativo de jóvenes los estima de mucha importancia; es claro que la necesidad de no verse aislado del grupo de referencia puede ser considerado, al menos por una importante parte de jóvenes, un elemento de primer rango.

Como se hizo anteriormente, a efectos de mostrar gráficamente la percepción juvenil de las consecuencias de las conductas propuestas, el Gráfico 3.2 refleja, de más a menos, los porcentajes de encuestados que niegan trascendencia a los diferentes supuestos (puntos 1-3 de la escala).



Es de reseñar que relativamente amplios porcentajes niegan la importancia de emborracharse o de tener relaciones sexuales en estado de embriaguez. Fumar porros, como ya resulta conocido y habitual, mantiene esa posición ambivalente, de bisagra, entre las conductas más estereotipadamente rechazadas y las que son más o menos banalizadas por la percepción adolescente y juvenil.

Los perfiles que se encuentran sobrerrepresentados en las posturas frente a cada ítem (opiniones sobre si las consecuencias son nada o poco importantes, o por el contrario, muy importantes) pueden observarse en las Tablas A3.11 a A3.24 del Anexo. Para construir las tablas, en el cruce con las distintas variables sociodemográficas o ideológicas, se han utilizado los tramos 1-3 y 8-10 de la escala agrupada (1-3: nada/poco importantes; 8-10: muy importantes).

- La opinión sobre la importancia de las consecuencias de “ir con un conductor bebido” muestra perfiles poco claros. Parece ser más aguda en los de la franja de menor edad, mientras los que están entre los 17 y los 18 años puntúan más bajo el riesgo. También parece ser más señalada por los universitarios y algo minimizada en franjas de estudios medios.
- Al ítem “conducir bebido” las mujeres le asignan mayor peligrosidad; y lo mismo hace el grupo de edad más joven (entre 15 y 16 años).
- En cuanto a “ser consumidor frecuente de cocaína”, las mujeres tienden a asignarle mayor nivel de peligro que los hombres; igual que hacen los que disponen de menores recursos económicos y los que conviven con sus padres.
- “Tener relaciones sexuales sin protección” es percibido como una fuente mayor de problemas por las mujeres que por los hombres, cosa ya conocida, mientras que quienes viven solos le quitan importancia (algo que resulta muy significativo).
- “Conducir a mucha velocidad” se presenta como un comportamiento más problemático para mujeres, no encontrándose ninguna otra diferencia según el resto de variables propuestas.
- Quienes asignan mayor importancia a “participar en peleas” y sus consecuencias son las mujeres, los grupos de edad superior a 19 años y aquellos que cursan estudios de formación profesional o universitarios. Los riesgos son minimizados por los menores de edad y por los que cursan estudios inferiores. Las sensibilidades de izquierda, frente a las de centro, también parecen quitar algo de importancia a esta conducta.
- La importancia de “fumar frecuentemente porros” va siendo relativizada con la edad, de forma lineal. Es enfatizada por los que sólo estudian o están en paro y por quienes tienen menores recursos económicos semanales. También perciben mayor peligrosidad en este hábito los religiosos practicantes (sobre

todo católicos, pero también otros), los que se declaran de centro y los que conviven con sus padres o no superan los niveles educativos de ESO. Los agnósticos, los que se posicionan en la izquierda y quienes viven con la pareja o con amigos, minimizan las posibles consecuencias.

- “No tener claro lo que se quiere estudiar” plantea mayores problemas entre aquellos que estudian (y, por pura coherencia, menos entre quienes ya trabajan o están en paro y no estudian); también entre quienes se declaran católicos practicantes y los que se declaran de centro político.
- “Tener problemas con los estudios” significa mayores dificultades, lógicamente, para los que estudian, y los católicos practicantes (y de otras religiones). La edad se muestra más errática frente a este ítem.
- “Tener pocos amigos” es una fuente potencial de mayores problemas para los más jóvenes, para los que están estudiando, para los que se declaran católicos practicantes, para los posicionados en la derecha de la escala política y para los que conviven con sus progenitores.
- La mayor importancia a “tener relaciones sexuales estando bebido” la conceden las mujeres y los grupos de edad menor; además, en la misma línea perceptiva se encuentran quienes están en paro, los que disponen de menores recursos económicos semanales, los que son religiosos practicantes o se declaran de centro; también, los que conviven con sus padres. Son mayores los porcentajes que restan importancia entre quienes viven con amigos, son mayores, cursan estudios superiores, no son religiosos y se declaran más politizados (de izquierda o de derecha).
- Prácticamente se repiten los perfiles anteriores frente a “emborracharse los fines de semana”. No parece casual que esto sea así cuando se advierte que son dos comportamientos muy relacionados (si no íntimamente conectados); incluso para la disposición de dinero semanal se repite la concordancia.
- El grupo que da más importancia a “no poder salir cuando otros lo hacen” coincide casi punto por punto con el que lo hacía a “tener pocos amigos”: más jóvenes, estudiantes, católicos practicantes, que se declaran de derechas y que viven con sus padres.
- “Tener gustos y aficiones diferentes a los del grupo” apenas ofrece perfiles diferenciales y las escasas especificidades no permiten una interpretación coherente.

Para finalizar el análisis sobre la importancia concedida a los riesgos potenciales, aunque en este caso añade poco a lo ya descrito, se ha procedido a un análisis factorial basado en el método de componentes principales. Los resultados de dicho análisis se muestran en la Tabla 3.5.

TABLA 3.5.
Posiciones factoriales frente a la importancia otorgada a problemas derivados de diferentes conductas (60,49% varianza total explicada; KMO= .877)

	FACTOR 1	FACTOR 2	FACTOR 3	MEDIA EN LA ESCALA DE IMPORTANCIA	PORCENTAJE DE 8 A 10
Relaciones sexuales sin protección	0,612	0,275	0,084		
Ser consumidor frecuente de cocaína	0,788	0,180	0,138		
Participar en peleas	0,600	0,392	0,091	8,5	79,3
Conducir bebido	0,876	0,128	0,111		
Ir en vehículo conducido por alguien bebido	0,901	0,112	0,074		
Conducir a mucha velocidad	0,765	0,247	0,080		
No tener claro lo que se quiere estudiar	0,289	0,369	0,244		
Fumar frecuentemente porros	0,333	0,756	0,042		
Emborracharse los fines de semana	0,130	0,886	0,007	6,7	55,7
Tener relaciones sexuales estando bebido	0,224	0,800	0,005		
Gustos/aficiones diferentes al grupo	-0,091	0,182	0,663		
No poder salir cuando los otros lo hacen	0,087	-0,059	0,767	5,6	36,2
Tener pocos amigos	0,205	-0,089	0,740		
Tener problemas con los estudios	0,372	0,198	0,477		
% Varianza	37,87	12,65	9,96		

El análisis factorial reproduce esencialmente lo que ya se observaba en el análisis de las puntuaciones medias, cuando se comprobaba que los ítems se estructuraban básicamente alrededor de tres ejes de sentido. Hay tres factores, que explican en su conjunto un 60,49% de la varianza, lo que afirma la potencia del modelo explicativo obtenido.

El primer factor reúne básicamente a los ítems que han obtenido una alta puntuación media en la batería de valoración: “conducir bebido”, “ir con conductor bebido”, “tener relaciones sexuales sin protección”, “ser consumidor frecuente de cocaína” y “conducir a mucha velocidad”; además, se añade a estos cinco (que habían obtenido las notas más altas en la escala) el ítem “participar en peleas”. No cabe duda que estos seis comportamientos son percibidos de manera generalizada como

fuente importante de problemas. En este factor, hasta un 79,3% de los entrevistados ha otorgado puntuaciones entre 8 y 10 en la escala de “importancia” al conjunto de estos seis comportamientos.

El segundo factor agrupa los comportamientos a cuyas consecuencias se atribuía una importancia algo menor. En el factor se incluyen los ítems “no tener claro lo que se quiere estudiar”, “fumar porros frecuentemente”, “emborracharse los fines de semana” y “tener relaciones sexuales estando bebido”. Los entrevistados que les otorgaron máxima importancia han sido el 55,7%, un porcentaje que lo sitúa a buena distancia del factor anterior.

Por último, el tercer factor agrupa a los comportamientos que pueden dar lugar a problemas de competencia y desempeño social más que a otros de un carácter más amenazador: “tener gustos y aficiones diferentes a los del grupo” (hay que recordar que este ítem obtenía la nota media de importancia más baja), “no poder salir cuando otros lo hacen”, “tener pocos amigos” y “tener problemas con los estudios”. En el caso de este factor, el porcentaje de entrevistados que puntúa entre 8 y 10 a los diferentes ítems del factor (como media general) se sitúa en el 36,2%, lo que implica una severa distancia con respecto a los porcentajes de los anteriores factores.

CAPÍTULO CUATRO

Ocio, beneficios y comportamientos de riesgo

En este capítulo se da un paso más en el análisis de la percepción del riesgo, enfocando especialmente aquellos comportamientos más relacionados con el tiempo de ocio. En este tiempo es cuando el joven, ya se apuntaba antes, define su espacio de autonomía; es importante, por tanto, comprender hasta qué punto y desde qué actitudes se abordan algunas consecuencias. Mucho más, puesto que es en este tiempo en el que el joven invierte gran parte de su capital personal y social, construyendo modos y maneras de integrarse y relacionarse con sus congéneres (socialización), aun a costa de tener que adoptar las claves de comportamiento que cree que esos congéneres esperan de él (influencia).

No hay que suponer *a priori* que existe un continuo entre la perspectiva personal frente al riesgo en general y el ligado a los comportamientos en el tiempo de ocio; más bien, puede hipotetizarse que la dimensión especialmente relevante del ocio en el colectivo juvenil y la posible influencia del grupo en las representaciones sociales condicionan un cambio de actitud frente al riesgo en ese tiempo. Es eso lo que se trata de desvelar.

El capítulo se estructura alrededor de cuatro ejes analíticos. En primer lugar, el estudio de las actitudes de los jóvenes ante algunos comportamientos que se presumen en el tiempo de ocio: se trata de comprobar o falsar la hipótesis adelantada de que puede existir una ruptura, siquiera sea cuantitativa, entre las posturas genéricas ante el riesgo y las que se dan cuando se cierra la observación al espacio de ocio. En segundo lugar, el análisis de los beneficios potenciales (de cualquier tipo: emocional, vivencial, experimental, etc.) que los jóvenes presuponen a los comportamientos de riesgo; esta ecuación riesgos/beneficios es de consideración obligada para comprender mejor las actitudes y conductas resultantes. En tercer lugar, como

un elemento de comprensión añadido, el análisis de las manifestaciones de violencia, paradigma de la peligrosidad en el tiempo libre juvenil. Finalmente, la observación de las posturas de chicos y chicas frente a unas conductas que, tan paradigmáticamente como la violencia, parecen connotar la peligrosidad del ocio nocturno: los comportamientos sexuales, la conducción y los consumos de drogas.

1. RIESGO Y OCIO

Para este primer nivel de análisis se propone que los entrevistados manifiesten su acuerdo o desacuerdo con ciertas afirmaciones que, en general, postulan diferentes actitudes (de nuevo, proactivas o reactivas) hacia comportamientos que pueden darse en el tiempo de ocio. La batería consta de 9 propuestas que para el análisis de las actitudes utilizan como soporte diferentes circunstancias del ocio nocturno: la aventura, las relaciones sexuales, el “desfase” (en términos de comportamientos y consumos), el consumo de alcohol o la prudencia. Por la intencionalidad del análisis, la batería está ligeramente balanceada hacia posturas que presentan una cierta proactividad hacia el riesgo.

Las respuestas generales a esta batería, teniendo en cuenta los valores medios de las notas otorgadas en la escala de 1 (nada de acuerdo) a 10 (totalmente de acuerdo), se muestran en la tabla 4.1.

TABLA 4.1.
Actitudes ante el riesgo en el tiempo de ocio.
Grado de acuerdo con diferentes afirmaciones (medias en la escala 1/10)

	MEDIA
No estoy dispuesto a arriesgarme sólo porque otros lo hagan	7,15
Me divierto igual aunque no beba	6,92
Lo que más me gusta de la noche es no saber lo que va a pasar	5,92
No importa arriesgarse, si pasara algo, los colegas me ayudarían	4,98
Me divierto más cuando desfase	4,81
Tratar de ser prudente me arruina la diversión	4,28
No importa arriesgarse; al final, no pasa nada	4,18
Usar preservativo me “corta el rollo”	3,28
Prefiero no salir para no meterme en líos	3,07
Media	4,95

Los resultados nos muestran elementos extremadamente diferenciales entre el conjunto de las propuestas. Al contrario que en las baterías de acuerdo/desacuerdo

precedentes, en esta ocasión existe una gran distancia en nota media entre los 9 ítems; el más aprobado, “no estoy dispuesto a arriesgarme sólo porque otros lo hagan”, obtiene un 7,15 de media, mientras que el que menos grado de acuerdo suscita apenas supera el 3 de nota media (3,07).

La nota media general de la escala de grupo (5,5) se sitúa muy cerca de la media de la batería (4,95), por lo que a efectos del análisis inicial se considerará esta última nota como punto de corte. De esta forma, existen cuatro afirmaciones con las que el acuerdo supera la media (4,95). De éstas, dos reflejan posturas reactivas ante el riesgo “no estoy dispuesto a arriesgarme sólo porque otros lo hagan” (7,15) y “me divierto igual aunque no beba” (6,92), y otras dos posiciones proactivas hacia aquél; una de estas últimas contiene claros elementos de vinculación hacia la experimentación y la emoción (“lo mejor de la noche es no saber lo que va a pasar”, con 5,92 de media) y la otra explicita una percepción francamente laxa de los riesgos, justificada por la protección esperada en un grupo cohesionado de amigos (“no importa arriesgarse; si pasa algo, los colegas me ayudarían”, con 4,98 de media).

Por debajo de la media de grupo, pero cerca de ésta, se encuentran acuerdos con algunos ítems favorables al riesgo; en concreto con “me divierto más cuando desfaso” (4,81), “tratar de ser prudente me arruina la diversión” (4,28) y “no importa arriesgarse, al final no pasa nada” (4,18). Las dos afirmaciones que menor acuerdo despiertan entre los entrevistados funcionan en sentido opuesto frente al riesgo; una proactiva (“usar preservativo me corta el rollo”, con 3,28 de media) y otra reactiva (“prefiero no salir de marcha para no meterme en líos”, con 3,07).

Parece claro que existe una marcada tendencia en lo declarativo, al igual que ocurría en casos anteriores, a enfatizar las proposiciones que destacan el valor de la prudencia, dos de las cuales ocupan las posiciones principales en grado de acuerdo. Sin embargo, existen propuestas de carácter contrario que, pese a suscitar menores medias de acuerdo, matizan con intensidad ese teórico rechazo mayoritario. “Lo que más me gusta de la noche es no saber lo que va a pasar”, con 5,92, la tercera nota más alta en grado de acuerdo, resume, tanto en su formulación como por el valor de acuerdo alcanzado, una posición bastante común entre los jóvenes: el ocio nocturno implica una expectativa ideal de ruptura, experimentación y sorpresa, que está detrás de muchos comportamientos (y también de bastantes frustraciones). Esto se ve subrayado por los niveles de acuerdo que consiguen afirmaciones tan rotundas como “me divierto más cuando desfaso” o “tratar de ser prudente me arruina la diversión”, que aunque no alcanzan la media de la escala, ni la de la batería, no dejan de ser muy significativos. Todo lo cual aún se subraya si se entiende que “no estoy dispuesto a arriesgarme sólo porque otros lo hagan”, más que prevención ante el riesgo, puede estar evidenciando el valor del individualismo y la autonomía para el joven.

En todo caso, una de las proposiciones más interesantes para el análisis es la de “prefiero no salir de marcha para no meterme en líos”, la que genera el menor grado de acuerdo; queda claro que la postura de exclusión del riesgo por medio de la evitación de potenciales situaciones peligrosas no es un comportamiento mayoritariamente aceptable. Coincidiendo con esto, en el informe más cualitativo de este estudio, se verá que la exposición al riesgo (a un riesgo siempre externo, al que generan “los otros”) está asumida de forma más o menos natural entre los jóvenes, que, lejos de considerarla como un problema, la ven como inevitable parte del paisaje en el que se desarrolla el ocio.

Otra dimensión analítica, quizás más rica, es la del estudio de la distribución de los encuestados en los diferentes tramos de la escala agrupada de acuerdo/desacuerdo. Como habitualmente, se ha reducido la escala original de 10 posiciones a otra de tres (Bajo/nulo acuerdo, de 1 a 3; acuerdo medio, de 4 a 7; alto acuerdo, de 8 a 10). Los resultados se presentan en la siguiente tabla 4.2.

TABLA 4.2.
Actitudes ante el riesgo en el tiempo de ocio
(% en los diferentes tramos de acuerdo de la escala agrupada)

	BAJO/NULO ACUERDO (1-3)	ACUERDO MEDIO (4-7)	ALTO ACUERDO (8-10)
No estoy dispuesto a arriesgarme sólo porque otros lo hagan	15,2	26,8	57,9
Me divierto igual aunque no beba	15,5	34,6	50,0
Lo que más me gusta de la noche es no saber lo que va a pasar	24,0	41,5	34,5
No importa arriesgarse, si pasara algo, los colegas ayudarán	30,5	49,8	19,7
Me divierto más cuando desfaso	35,9	45,9	18,2
Tratar de ser prudente me arruina la diversión	43,9	42,6	13,5
No importa arriesgarse; al final, no pasa nada	43,3	46,0	10,6
Usar preservativo me “corta el rollo”	65,8	21,0	13,2
Prefiero no salir de marcha para no meterme en líos	67,0	23,7	9,4

Se encuentran porcentajes mayoritarios en las posiciones de alto nivel de acuerdo, con dos afirmaciones, en principio contrarias a la asunción de riesgos, “no estoy dispuesto a arriesgarme sólo porque otros lo hagan”, que congrega alrededor del 58% de los entrevistados, y “me divierto igual aunque no beba”, con la que se muestran muy conformes la mitad de los encuestados. Hay que anotar que en el extremo contrario de la escala (posiciones de bajo/nulo acuerdo) se concentran el 15% de entrevistados para ambos ítems.

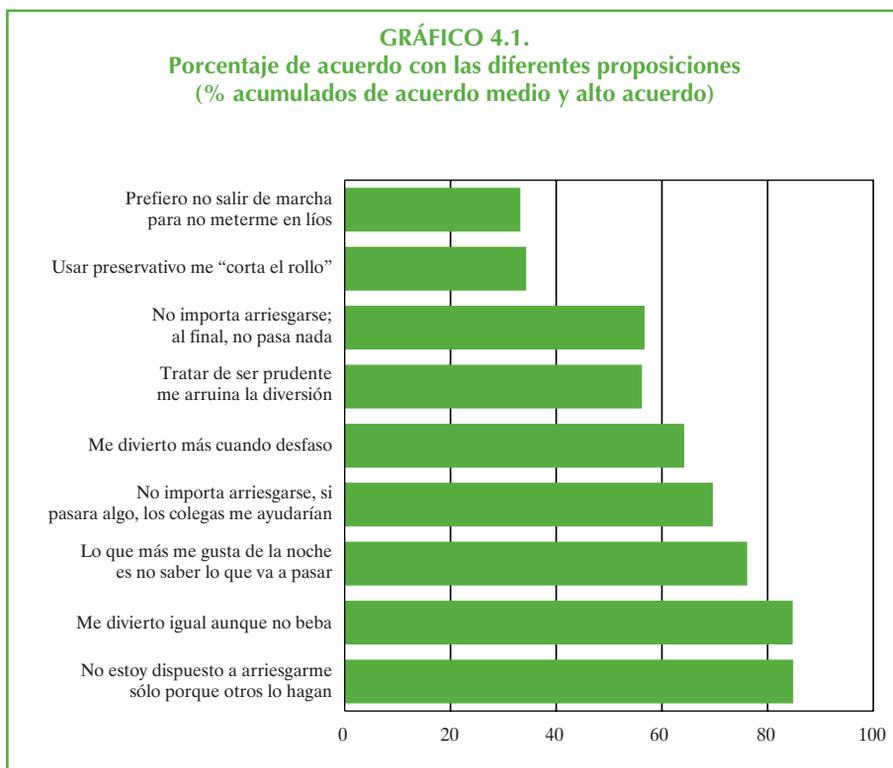
Los porcentajes mayoritarios se sitúan en las posiciones 4-7 (acuerdo medio) frente a las proposiciones “lo que más me gusta de la noche es no saber lo que va a pasar” (un 41,5%, en este tramo, pero con porcentajes notables en los extremos de la escala: 24% con bajo/nulo acuerdo y 35% en alto acuerdo), “no importa arriesgarse; si pasara algo, los colegas me ayudarían” (49,8% en el tramo medio, pero con un significativo 30,5% con bajo/nulo acuerdo) y “me divierto más cuando desfaso”, con un 45,9% en acuerdo medio y 35,9% en el tramo inferior de acuerdo.

Por último, para cuatro ítems, los porcentajes son mayoritarios en el segmento más bajo de la escala de acuerdo. “Tratar de ser prudente me arruina la diversión”, con cita un 43,9% en ese punto, “no importa arriesgarse, al final no pasa nada”, 43,3%, “usar preservativo me corta el rollo”, 65,8% y “prefiero no salir de marcha para no meterme en líos” es el que genera menor nivel de coincidencia entre los entrevistados, con un 67% de los mismos que dicen no estar nada o casi nada de acuerdo con la propuesta. En los dos primeros casos, estas posturas contrarias a lo enunciado se matizan por el hecho de que porcentajes muy elevados se sitúan en el espacio del acuerdo medio, y minorías significativas dicen estar altamente conformes. En los dos últimos ítems, la mayoría contraria a la propuesta es más clara.

Parece evidente que, aun aceptando que las posiciones abonan mayoritariamente las posturas de prudencia, existe una cierta tendencia a la dispersión del acuerdo/desacuerdo, lo que indica que las actitudes frente a los potenciales riesgos del tiempo de ocio no presentan un perfil claro entre los entrevistados. Hay importantes porcentajes de jóvenes que se decantan hacia posturas intermedias y otros en que las posiciones aparecen polarizadas. En cualquier caso, no puede dejar de subrayarse que, para minorías muy significativas, el riesgo no sólo aparece naturalmente incluido en el paisaje del ocio sino que forma parte indisoluble (acaso deseada, al menos idealizada) del mismo.

Para mostrar gráficamente lo anterior, se ha hecho el ejercicio de acumular los porcentajes que se sitúan tanto en el tramo de acuerdo máximo como en el de acuerdo medio, excluyendo sólo a quienes se muestran frontalmente contrarios a cada afirmación. Eso es lo que se muestra en el Gráfico 4.1.

Obviamente corresponde a cada lector desarrollar sus propios juicios de valor sobre los resultados. En cualquier caso, desde una mirada de pretensiones preventivas, resulta significativa la jerarquización de los distintos componentes actitudinales. En cabeza, las posturas de rechazo formal de los riesgos, al menos de los que pueden plantearse como gratuitos. Enseguida el elemento de expectativa idealizada de la noche, la aventura y la sorpresa. Luego, los elementos de negación o desplazamiento de la amenaza a través de postulaciones defensivas (habrá algo que, desde fuera, resuelva la situación). Por fin, con apoyos (aún de diversa intensidad)



de más de la mitad de los jóvenes madrileños, la enfatización del descontrol como elemento básico de la noche. Al final de todo¹, a través de una formulación negativa, la declaración de que, de todas maneras, lo último sería renunciar a la marcha para evitar los riesgos; si éstos existen, tanto peor, pero no se puede renunciar a salir de fiesta.

Tratando de avanzar en los perfiles que se aglutinan alrededor de las posturas extremas de acuerdo o desacuerdo (en escala agrupada), se han cruzado los sujetos situados en los puntos 1-3 (bajo/nulo acuerdo) y 8-10 (alto acuerdo) con las variables sociodemográficas e ideológicas. Los resultados pueden verse en las tablas A4.1 a A4.9, situadas en el Anexo. Dejando que quien se sienta interesado "bucee" en las tablas, se podrían resumir las principales sugerencias que éstas ofrecen. Para ello, siguiendo la descripción que se hacía del Gráfico 4.1, puede decirse que esa

1. Tras un ítem relativo al rechazo de medidas preventivas, concretamente al uso del preservativo, aunque una mayoría de jóvenes apuesta claramente por esta precaución, quedan uno de cada tres que se oponen o muestran reticencias ante la misma.

postura genérica que defiende a la vez la prudencia y la autonomía (no hago lo que los otros), es bastante transversal, sin perfiles claros diferenciados. En cambio, cuando el pronunciamiento es más claramente contrario al riesgo (no necesito beber), es más apoyado por las chicas, por los de menor edad, por los menos politizados y menos religiosos, y por quienes son sólo estudiantes y viven con sus padres.

La expectativa de excepcionalidad de la “marcha” tampoco ofrece perfiles muy característicos; parece subrayarse más en determinados grupos de perfil “medio”: católicos no practicantes y estudiantes medios y universitarios, y entre aquéllos que viven con los amigos. En cambio, las formulaciones más proactivas hacia comportamientos de riesgo o más críticas con las posturas de prudencia son apoyadas más por los varones, por los que trabajan, por los más “tibios” desde el punto de vista religioso (ni practicantes ni agnósticos o ateos) y por quienes disponen de más dinero semanal.

La postura más defensiva, la que propone renunciar a la “marcha” para evitar problemas, parece polarizar las posiciones, incluso entre gente del mismo perfil; tan sólo se ve claramente que discriminan las variables más ideológicas: es algo que defienden más los más religiosos y menos politizados; y también quienes viven en pareja, frente a los que comparten vivienda con amigos o conocidos. En general, el sexo supone diferencias entre hombres (más proclives al riesgo) y mujeres (algo más prudentes); los perfiles de edad más joven también tienden a declararse algo más prudentes; lo mismo pasa con quienes conviven con pareja y con los más religiosos.

Para completar el análisis, realizando un análisis factorial para comprobar cómo se agrupan los diferentes comportamientos en base al acuerdo con la dimensión de riesgo que en ellos se estima, el resultado deja bien claras las agrupaciones (Tabla 4.3).

Se definen con claridad tres factores en los que se agrupan las 9 proposiciones; estos tres factores explican en su conjunto un 59,08% de la varianza. El primer factor agrupa todos los ítems que destilan, indudablemente, unos comportamientos muy proactivos hacia el riesgo (“lo que más me gusta de la noche es no saber lo que va a pasar”, “me divierto más cuando desfaso”, “tratar de ser prudente me arruina la diversión” y “usar preservativo me corta el rollo”). Un 19,8% de los entrevistados se posiciona en un nivel de acuerdo máximo (8 a 10) con los ítems de este factor.

El segundo factor agrupa los comportamientos que relativizan la percepción del riesgo (“no importa arriesgarse; al final, no pasa nada” o “no importa arriesgarse, si pasara algo, los colegas me ayudarían”). En este factor se incluye también “prefiero no salir de marcha para no meterme en líos”. Los entrevistados que han puntuado entre el 8 y 10 la escala de acuerdo para estas propuestas son el 13,2%.

Por último, el tercer factor agrupa los comportamientos que presentan un perfil más reactivo ante el riesgo y que se sitúan en los primeros puestos de la escala de

acuerdo. En este factor se han incluido “no estoy dispuesto a arriesgarme sólo porque otros lo hagan” y “me divierto igual aunque no beba”. En este caso el porcentaje de entrevistados que asigna notas entre 8 y 10 al conjunto de los dos ítems se sitúa en el 53,9%, porcentaje mayoritario, en coherencia con lo ya dicho; sin embargo, este factor sólo explica el 12,76 de varianza, lo cual da idea de su escasa entidad en el conjunto explicativo de los factores.

TABLA 4.3.
Posiciones factoriales del acuerdo con posturas frente a comportamientos en tiempo de ocio (59,08% varianza total explicada; KMO= .702)

	FACTOR 1	FACTOR 2	FACTOR 3	PORCENTAJE 8 A 10
Lo que más me gusta de la noche es no saber lo que va a pasar	0,750	0,066	0,003	
Me divierto más cuando desfaso	0,813	0,037	-0,131	19,8
Tratar de ser prudente me arruina la diversión	0,749	0,154	0,037	
Usar preservativo me “corta el rollo”	0,629	-0,008	0,125	
No importa arriesgarse; al final, no pasa nada	0,243	0,696	-0,111	
No importa arriesgarse, si pasara algo, los colegas me ayudarían	0,369	0,662	-0,161	13,2
Prefiero no salir para no meterme en líos	-0,209	0,588	0,201	
No estoy dispuesto a arriesgarme sólo porque otros lo hagan	0,276	-0,190	0,830	53,9
Me divierto igual aunque no beba	-0,335	0,455	0,607	
% Varianza	29,768	16,557	12,760	

Todo lo descrito hasta ahora destaca la dificultad de medir la propensión al riesgo en el tiempo de ocio, más aún desde parámetros racionales y ejercicios de cálculo; en estas actitudes entran en juego aspectos emocionales de difícil evaluación y difícil medición. En cualquier caso, los datos no dejan de ofrecer un panorama algo más clarificador de las citadas actitudes. No es posible hablar de un rechazo absoluto y general hacia cualquier comportamiento que entrañe peligros; una gran parte de los entrevistados (en algunos casos mayoritaria) manifiesta una actitud equidistante entre la aceptación y el rechazo. Puede intuirse que estas posiciones medias destilan subjetividades en cuanto a la percepción del riesgo, que se asumirá o no dependiendo de “cuándo, cómo y con quién”, y también, claro está, de los beneficios esperados e, indudablemente, de una implicación emocional que condiciona buena parte de los comportamientos reales.

2. EL EQUILIBRIO RIESGOS/BENEFICIOS

Un paso fundamental es tratar de establecer cómo se posicionan los jóvenes ante el riesgo en función de los beneficios a obtener. Ya se decía que es difícil medir la implicación emocional, elemento determinante en la aceptación o no, pero se puede articular algún elemento de análisis que ayude a obtener un panorama más preciso de la relación entre los peligros que se está dispuesto a afrontar en función de los beneficios (de cualquier orden) a conseguir. Para ello se presentó a los entrevistados una serie de propuestas sobre comportamientos en el tiempo de ocio con potenciales consecuencias negativas; de tal forma que lo que se pedía era decidir si de la adopción de esos comportamientos se derivaban beneficios que compensasen los potenciales riesgos.

La batería con la que se afrontó este ejercicio estaba integrada por 12 comportamientos, presentados con la siguiente formulación: “En la vida casi todo tiene ventajas y desventajas. ¿Hasta qué punto te compensaría asumir los posibles riesgos para poder disfrutar de las ventajas de los siguientes comportamientos? Puntúalos en una escala donde 1 es que no compensaría nada en absoluto y 10 que compensaría completamente.”

Los resultados, en medias, se presentan en la Tabla 4.4:

TABLA 4.4.
Grado de compensación de comportamientos de riesgo.
(Medias en la escala 1-10)

	MEDIA
Salir de “marcha” toda la noche	6,4
“Liarte” con alguien desconocido	5,6
Practicar deportes de riesgo	5,2
“Pasarte” de copas un fin de semana	4,6
Pasar muchas horas ante el ordenador (chateando, jugando, navegando)	4,3
No usar preservativo	3,2
No salir “de marcha” por las noches	2,9
“Colocarte” el fin de semana	2,7
Conducir a mucha velocidad	2,6
Ir en un coche o moto que conduce alguien que ha bebido	2,0
Tener peleas	1,9
Conducir cuando se han consumido alcohol u otras drogas	1,7
Media	3,6

La tabla muestra que del total de posibles comportamientos evaluados, tan sólo tres obtienen una nota mayor que la media natural de la escala de compensación y superan de manera evidente la barrera de la no compensación: “salir de marcha toda la noche” (6,4), “liarte con alguien desconocido” (5,6) y “practicar deportes de riesgo” (5,2). Aun no superando la media, el ítem “pasarte de copas un fin de semana” obtiene una nota media relativamente cercana (4,6) y está próximo al nivel de compensación. A una escasa distancia por debajo se sitúa el ítem “pasar muchas horas delante del ordenador” (4,3).

El resto de propuestas está muy por debajo (en las notas medias) de las anteriores. “No usar preservativo” (3,2) no parece resistir la comparación entre beneficios y peligros, igual que pasa con “no salir de marcha por las noches” (la media de 2,9 es concordante con la obtenida por la propuesta contraria, “salir de marcha toda la noche”, que ocupa en primer puesto en la escala de compensación). “Colocarte el fin de semana” también resulta mayoritariamente rechazado en términos de compensación (2,7 de nota media), casi en los mismos términos que “conducir a mucha velocidad” (2,6). Cerrando la lista, los tres comportamientos que menos compensa adoptar en función de sus riesgos son “ir en un coche o moto que conduce alguien que ha bebido” (2,0), “tener peleas” (1,9) y “conducir cuando se han consumido alcohol u otras drogas” (1,7).

En sentido estricto, ninguno de los ítems obtiene una nota media muy alta, siendo el mayor valor el 6,4 obtenido por “salir de marcha toda la noche”. Es obvio que, a la vista de los datos, en general se puede afirmar que los beneficios de la mayoría de los comportamientos no compensan de los potenciales riesgos. Sin embargo, hay que completar esta visión con el hecho de que existen varias situaciones que se mueven por encima o al nivel del equilibrio de compensación riesgos/beneficios. De entre ellas, tres están directamente relacionadas con la “marcha”: prolongarla toda la noche, abusar del alcohol y mantener relaciones sexuales con desconocidos.

Para ofrecer una visión más detallada de las posiciones de los entrevistados frente a esta cuestión, se presentan (Tabla 4.5) los porcentajes de posicionamiento en los tramos de la escala agrupada de compensación (1-3 “Baja/nula compensación”, 4-7 “Compensación media” y 8-10 “Alta compensación”).

En principio, el análisis de la escala agrupada no aporta resultados especialmente diferenciales frente al análisis de las notas medias; la distribución tiende a acumularse en posiciones medias o bajas de las escalas aunque no dejan de observarse matices significativos.

Hay siete ítems con la mayoría de entrevistados en posiciones 1-3 (no compensa nada o casi nada), con tasas de más de seis, a veces hasta nueve, de cada diez. Sin embargo, incluso frente a estas propuestas aparecen minorías muy significativas a

las que les compensa, ocasionalmente mucho, el comportamiento. Esto sucede para “no usar preservativo”, con casi un 10% a los que compensa totalmente, e igualmente para “colocarte el fin de semana” o “conducir a mucha velocidad”, conductas que casi uno de cada cuatro entrevistados encuentra en un cierto equilibrio entre riesgos y beneficios.

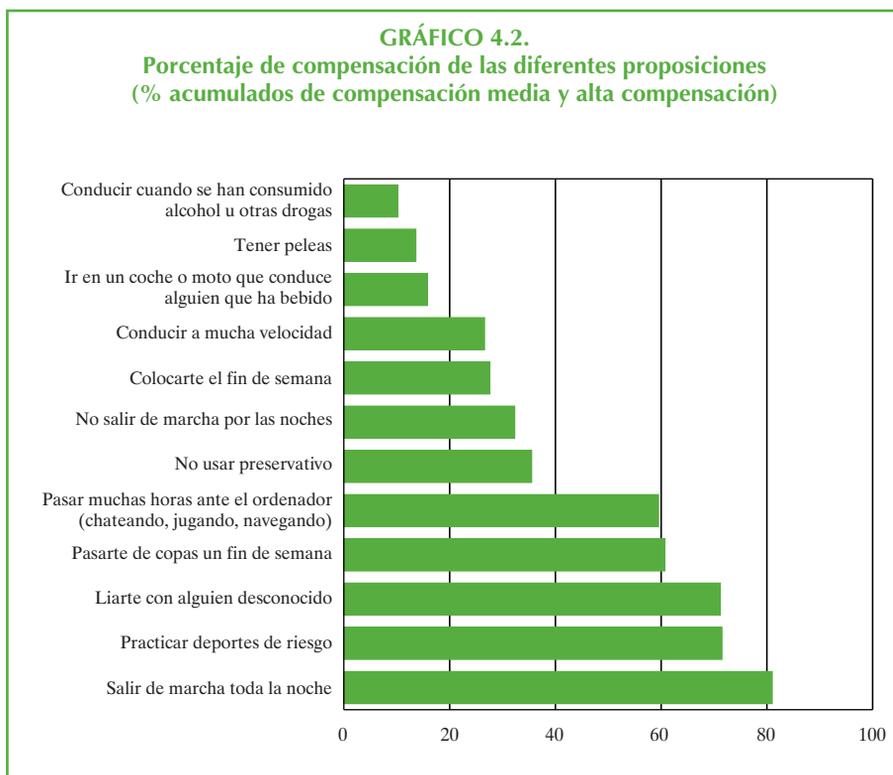
En esta línea, aún es más balanceada la visión de “pasarte de copas el fin de semana”, y ya se encuentran muy equilibrados los juicios de valor sobre “practicar deportes de riesgo” o “liarte con un desconocido”, propuestas estas últimas ante las que los encuestados se muestran muy divididos (alrededor de un tercio de los mismos en cada posición).

El equilibrio se rompe ante “salir de marcha toda la noche”, que compensa al máximo nivel a una mayoría de jóvenes madrileños (lógicamente, su contraria, “no salir”, es algo que compensa a pocos y que la mayoría parece rechazar incuestionablemente).

TABLA 4.5.
Grado de compensación de comportamientos de riesgo.
(% en los diferentes tramos de la escala agrupada)

	BAJA/NULA COMPENSACIÓN (1-3)	COMPENSACIÓN MEDIA (4-7)	ALTA COMPENSACIÓN (8-10)
Salir de marcha toda la noche	18,9	38,7	42,3
Liarte con alguien desconocido	28,8	39,0	32,2
Practicar deportes de riesgo	28,5	48,4	23,1
Pasarte de copas un fin de semana	39,3	42,8	17,9
Pasar muchas horas ante el ordenador (chateando, jugando, navegando...)	40,5	47,5	12,0
No usar preservativo	64,5	25,8	9,7
No salir de marcha por las noches	67,6	25,4	6,9
Colocarte el fin de semana	72,4	21,2	6,4
Conducir a mucha velocidad	73,4	22,8	3,8
Ir en un coche o moto que conduce alguien que ha bebido	84,2	13,2	2,6
Tener peleas	86,3	11,6	2,0
Conducir cuando se han consumido alcohol u otras drogas	89,8	8,2	2,0

Como en ocasiones anteriores, se ha elaborado el Gráfico 4.2 para mostrar plásticamente lo descrito hasta aquí. En él se han acumulado los porcentajes de entrevistados que, frente a cada comportamiento, se han situado en los tramos de “compensación media” y de “alta compensación”.



Los comportamientos que compensan en alguna medida o mucho son “salir de marcha toda la noche” (al 81% de los entrevistados les compensa), “practicar deportes de riesgo” y “liarte con alguien desconocido” (cuyos porcentajes de compensación son similares, alrededor del 71%) y “pasarte de copas un fin de semana” (60,7%) y “pasar muchas horas ante el ordenador” (59,5%).

El beneficio del resto de proposiciones no compensa a la mayoría de entrevistados, aunque hay que destacar que unas minorías significativas de jóvenes parecen muy volcadas ante el riesgo: “no usar preservativo” compensa mucho o algo a un 35% de entrevistados, “colocarte el fin de semana” a un 27,6%, “conducir a mucha velocidad” a un 26,6%, “ir en coche o moto que conduce alguien que ha bebido” a un 15,8%, “tener peleas” a un 13,6% y “conducir cuando se han consumido drogas ilegales o alcohol” a un 10,2%.

A la vista de estos datos, parece necesario ofrecer una mínima información sobre los perfiles sociodemográficos en torno a las posturas más decantadas.

Las tablas que ofrecen estos cruces, A4.10 a A4.21, se encuentran en el Anexo.

- “No usar preservativo” compensa más a los varones, a los grupos de edad mayor, a los que trabajan (ya sea habitual o esporádicamente) y a los que disponen de mayor renta semanal; también a los católicos, así como a los que se posicionan en el centro/derecha en la escala política.
- “Conducir vehículos cuando se ha consumido alcohol u otras drogas” parece compensar más a quienes tienen (o cursan) niveles educativos inferiores; por el contrario, las chicas son más reticentes ante este ítem. “Ir en coche o moto que conduce alguien que ha bebido” tampoco muestra un perfil de compensación muy definido. Como en el caso anterior son los de menores niveles académicos (a los que ahora se unen quienes disponen de más dinero a la semana) quienes parecen estar más próximos a este comportamiento.
- “Tener peleas” es un comportamiento que compensa en mayor medida a los varones, a los grupos de edad inferiores y a los de nivel inferior de estudios.
- “Conducir a mucha velocidad” compensa más, de nuevo, a los hombres; además, tienden a declarar mayores niveles de compensación los que disponen de más renta semanal y los de niveles de estudio inferiores.
- “Pasar muchas horas ante el ordenador” compensa más a los chicos, a los más jóvenes y con menos nivel académico (aunque estas dos categorías parecen polarizar mucho sus posturas) y a quienes se posicionan en la derecha.
- “Practicar deportes de riesgo” genera mayores compensaciones entre los varones y entre quienes se declaran agnósticos o ateos.
- “Pasarte de copas un fin de semana” compensa en mayor medida a los chicos, a los grupos de edad entre 19 y 22 años, a aquéllos con un nivel económico superior y a los más posicionados en los extremos de la escala política.
- “Salir de marcha toda la noche”, dada su aceptación casi universal, presenta un perfil muy transversal de aquéllos que dicen que les compensa. Parecen más reticentes los más jóvenes y los más religiosos.
- “Liarte con desconocidos” compensa claramente más a los hombres, a los mayores y a los que declaran mayores niveles de dinero disponible. También a los menos religiosos y a los universitarios.
- “No salir de marcha por las noches” es mejor aceptado entre los más jóvenes y los que tienen un nivel de estudios inferior (en este caso, parece, en relación con la edad).

En general podría decirse que los beneficios son más subrayados que los riesgos entre los chicos, entre los que poseen menor nivel de estudios y (en bastantes casos) entre quienes disponen de más dinero semanal. Los más jóvenes encuentran

más aceptables las peleas, mientras los mayores subrayan más las ventajas de “liarse” con desconocidos o de mantener relaciones sexuales sin protección.

Para cerrar esta perspectiva analítica, se ha realizado el habitual análisis factorial, con el fin de encontrar agrupaciones que concentren los hallazgos. El modelo alcanzado resume la información en tres factores, que alcanzan un 56,63% de explicación de la varianza (Tabla 4.6).

TABLA 4.6.
Posiciones factoriales del nivel de compensación en diferentes comportamientos de riesgo (56,636% varianza total explicada; KMO= .824)

	FACTOR 1	FACTOR 2	FACTOR 3	PORCENTAJE 8 A 10
No usar preservativo	0,425	0,238	-0,015	
Conducir cuando se han consumido alcohol u otras drogas	0,757	-0,002	0,263	
Tener peleas	0,690	0,061	0,285	4,4
Conducir a mucha velocidad	0,684	0,243	0,072	
Ir en un coche o moto que conduce alguien que ha bebido	0,784	0,004	0,002	
Colocarte el fin de semana	0,665	0,195	-0,285	
Salir de marcha toda la noche	0,075	0,803	-0,143	
Liarte con alguien desconocido	0,148	0,797	-0,091	28,9
Practicar deportes de riesgo	0,048	0,669	0,257	
Pasarte de copas un fin de semana	0,300	0,719	-0,169	
No salir de marcha por las noches	0,106	-0,234	0,712	
Pasar muchas horas ante el ordenador (chateando, jugando, navegando...)	0,116	0,495	0,574	9,5
% Varianza	31,03	16,45	9,15	

Por orden de importancia en el grado de explicación de la varianza, en primer lugar el factor 1 agrupa a los comportamientos que parecen compensar menos (o a menos encuestados), en los que parece estar más subrayada la visión de los peligros: “no usar preservativo”, “conducir cuando se ha consumido alcohol u otras drogas”, “tener peleas”, “conducir a mucha velocidad” e “ir en un coche o moto que conduce alguien que ha bebido”. Sólo un 4,4% (media ponderada) de los entrevistados otorgan a este conjunto una puntuación máxima en la escala de compensación.

El factor 2 agrupa a los ítems que han sido valorados como los que más compensan en función de sus beneficios (un 28,9% de entrevistados, de media, se posiciona en

el tramo 8-10). Predominan aquéllos que se relacionan directamente con la fiesta: “salir de marcha toda la noche”, “pasarte de copas un fin de semana” o “liarte con alguien desconocido” (la búsqueda sexual en el tiempo de ocio-fiesta es uno de los móviles más explicitados). Se añade “practicar deportes de riesgo”.

Por último, el factor 3 reúne tan sólo dos comportamientos; “pasar muchas horas ante el ordenador” y “no salir de marcha por las noches”. Aunque no deja de resultar una especulación, es muy sugerente pensar que un mismo perfil se aglutina en torno a ese casi 10% que entiende que estos dos comportamientos compensan claramente.

3. UNA APROXIMACIÓN A LA VIOLENCIA EN EL TIEMPO DE OCIO

La violencia parece haberse convertido en un elemento contextual muy asumido por los jóvenes en su tiempo de ocio; de hecho, se configura discursivamente como un argumento que tiende a justificar los comportamientos arriesgados, ya que se entienden como naturales en un entorno que se presume contaminado de amenazas, operando así (la percepción de la violencia) como un elemento modificador de la representación subjetiva de los riesgos. Desde otra perspectiva, la violencia, cierta o no, forma parte de las preocupaciones sociales sobre el comportamiento de los jóvenes en su ocio.

Por todas estas razones parece justificado incluir en un capítulo que habla de los riesgos y el ocio una mirada sobre las percepciones de la violencia. Más allá de la consideración genérica, es conveniente profundizar en el análisis de las actitudes frente a los comportamientos violentos y a la violencia estructural.

Buscando este objetivo se incorporó en el cuestionario una batería de cuestiones, planteadas de la siguiente forma: “Te voy a leer una serie de afirmaciones que otros jóvenes nos han hecho sobre diversas situaciones cuando salen “de marcha”. Dime, para cada una de ellas, si estás de acuerdo (utilizando la misma escala de 1 a 10)”. Las respuestas generales a esta batería son las que se presentan en la tabla 4.7.

Resultaba esperable un alto grado de acuerdo con la afirmación “se resuelven mejor los problemas sin peleas” (un 8,43 de valor medio) ya que marca una posición con la que resulta difícil no identificarse, al menos en lo declarativo y actitudinal. Sin embargo, esta convicción parece frustrada por la percepción de un acusado nivel de convivencia con situaciones habituales de violencia: “hay gente que sólo se divierte buscando bronca” (7,99 de valor medio) o “aunque se procure evitar situaciones violentas, en ocasiones resulta imposible” (6,97). De ese modo, parece configurada una situación clara (se está mejor sin peleas ni violencia, pero éstas existen), pese a que aparecen posturas contradictorias (obtiene mayor nota media la postura

de evitación, “quien no quiere meterse en broncas no se mete”, con 7,46 y otra afirmación en el mismo sentido, “a pesar de lo que se dice, la gente por la noche se respeta”, consigue una puntuación de 5,97). La misma contradicción que reflejan las dos últimas proposiciones, que describen posturas esencialmente distintas y reciben valoraciones similares (“cuando se sale de fiesta son frecuentes las situaciones violentas”, 5,65 *versus* “por la noche no hay tanta violencia como se dice”, 5,63).

TABLA 4.7.
Actitudes frente a la violencia en el tiempo de ocio.
Grado de acuerdo con diferentes afirmaciones (Medias en la escala 1/10)

	MEDIA
Se resuelven mejor los problemas sin peleas	8,43
Hay gente que sólo se divierte buscando bronca	7,99
Quien no quiere meterse en broncas no se mete	7,46
Aunque se procure evitar situaciones violentas, en ocasiones resulta imposible	6,97
A pesar de lo que se dice, la gente por la noche se respeta	5,97
Cuando se sale de fiesta son frecuentes las situaciones violentas	5,65
Por la noche no hay tanta violencia como se dice	5,63
Media	6,8

Resulta sugerente comprobar que los datos ofrecen un panorama clarificador acerca de las percepciones de la violencia. El primer acercamiento se realiza desde una postura de corrección actitudinal, moral y ética, y se da un acuerdo generalizado en rechazarla, desde el punto de vista de su inutilidad para resolver conflictos y también de su peligrosidad (conviene recordar el análisis de ese comportamiento en su dimensión de riesgo/beneficio). Pero a la vez, los jóvenes señalan la existencia de grupos que hacen de los comportamientos violentos una parte señalada de sus salidas de ocio y fiesta (“hay gente que sólo se divierte buscando bronca”). Y, llegados a este punto, se da una cierta contradicción o una polarización de posturas: por una parte, una tendencia algo mayoritaria a afirmar que la violencia y broncas se pueden evitar (“quien no quiere meterse en broncas, no se mete”), por otra la opinión contraria, no muy lejos en valoración de la anterior, de que aunque no se busque bronca, a veces es imposible evitarla.

El más claro enfrentamiento perceptivo, o la mayor polarización, se da en relación con la hipotética visión generalizada de la violencia. Dos proposiciones contrarias obtienen valoraciones semejantes. A estas alturas del análisis no puede saberse si la contradicción está determinada por perfiles diferentes de entrevistados abonados a

una u otra posición. En cualquier caso la dicotomía no se explica por la leve diferencia en la formulación de las preguntas, la distinción entre “fiesta” y “noche”; no hay que argumentar que, para los jóvenes, la noche es el territorio más propicio para el ocio/fiesta, hasta el punto de llegar a identificarse ambos conceptos.

El análisis de la escala agrupada de acuerdo va a permitir poder precisar más las posiciones; como siempre, la escala original se reagrupa en tres tramos: bajo/nulo acuerdo (puntuaciones de 1 a 3), acuerdo medio (puntuaciones de 4 a 7) y alto acuerdo (de 8 a 10).

TABLA 4.8.
Actitudes sobre la violencia en el tiempo de ocio. Grado de acuerdo con diferentes afirmaciones (% en diferentes tramos de la escala agrupada)

	BAJO/NULO ACUERDO (1-3)	ACUERDO MEDIO (4-7)	ALTO ACUERDO (8-10)
Se resuelven mejor los problemas sin peleas	3,1	21,2	75,7
Hay gente que sólo se divierte buscando bronca	4,3	29,8	66,0
Quien no quiere meterse en broncas no se mete	8,9	32,9	58,1
Aunque se procure evitar situaciones violentas, en ocasiones resulta imposible	9,5	45,4	45,2
A pesar de lo que se dice, la gente por la noche se respeta	14,8	58,2	27,1
Cuando se sale de fiesta son frecuentes las situaciones violentas	23,7	48,1	28,2
Por la noche no hay tanta violencia como se dice	21,3	54,0	24,6

En primer lugar, hay tres proposiciones que reúnen a la mayor parte de entrevistados en el punto de alto acuerdo: “se resuelven mejor los problemas sin peleas” (75,7%), “hay gente que solo se divierte buscando bronca” (66%) y “quien no quiere meterse en broncas, no se mete” (58,1%). No obstante, frente a esta última afirmación, ya hay un 9% de personas que están en franco desacuerdo; casi la misma proporción de rechazos que la que se da frente al ítem siguiente (referido a la imposibilidad de evitar los enfrentamientos), que ya agrupa porcentajes similares en los tramos de acuerdo medio y de alto acuerdo. Para el resto de las propuestas se produce una distribución a lo largo de la escala, con porcentajes mayoritarios en el tramo intermedio.

Todo lo anterior abona la necesidad de tratar de definir diferencias en los perfiles sociodemográficos, en un intento de avanzar en la clarificación de las polarizaciones.

Las tablas que ofrecen estos perfiles se encuentran en el Anexo, numeradas de A4.22 a A4.28.

- Para la proposición “cuando se sale de fiesta son frecuentes las situaciones violentas” se encuentran mayores niveles de acuerdo entre los grupos de edad más joven y con estudios correspondientes a esa edad, entre quienes viven con sus padres (coherentemente con lo anterior), entre católicos no practicantes y entre los posicionados en el centro político. Un perfil por tanto muy indiferenciado, marcado por la menor edad.
- “Por la noche no hay tanta violencia como se dice” apenas suscita diferencias de perfil. Tan sólo parece ser algo que perciben más los que tienen más edad que los que se posicionaban de acuerdo con el ítem anterior.
- “Hay gente que sólo se divierte buscando bronca” tampoco genera perfiles especialmente diferenciales en la escala de acuerdo, salvo por ser más defendido por aquéllos que conviven con los padres, frente a quienes viven solos o en pareja (que muestran mayor desacuerdo).
- “Aunque se procure evitar situaciones violentas, en ocasiones resulta imposible” obtiene más altos niveles de alto acuerdo entre los varones, entre los más jóvenes, entre quienes tienen menos dinero disponible, conviven con los padres, poseen niveles inferiores de estudios y se declaran de centro.
- “Quien no quiere meterse en broncas no se mete” también obtiene más acuerdo de los más jóvenes y entre los católicos practicantes.
- “Se resuelven mejor los problemas sin peleas” genera alto acuerdo en todos, pero aún más significativamente entre los de mayor edad y los estudiantes universitarios y de FP.
- Con “a pesar de lo que se dice, la gente por la noche se respeta” están más de acuerdo los mayores y los que están trabajando, así como los que están estudiando FP o niveles universitarios.

Es difícil sacar conclusiones generales y, consiguientemente, avanzar en la explicación (a través de perfiles diferenciales) de las polarizaciones que se describían en la percepción. Lo único que parece darse es una mayor proclividad en edades inferiores a tener visiones algo “catastrofistas”, mientras que cuando se crece (y con ello se avanza en niveles de estudio, se trabaja o se cambia las formas de convivencia) esa visión se dulcifica un tanto y la noche va perdiendo su imagen de peligrosa.

Como siempre, la percepción de la violencia asociada al tiempo de ocio se completa en su análisis con el estudio de las agrupaciones de las variables originales; el modelo factorial (Tabla 4.9) consigue agrupar las siete proposiciones originales en tres, que explican el 61,94% de la varianza, algo que subraya su potencia explicativa.

TABLA 4.9.
Posiciones factoriales del grado de acuerdo frente a percepciones de la violencia en tiempo de ocio (61,94% varianza total explicada; KMO= .580)

	FACTOR 1	FACTOR 2	FACTOR 3	PORCENTAJE 8 A 10
Cuando se sale de fiesta son frecuentes las situaciones violentas	0,619	-0,107	-0,232	
Hay gente que sólo se divierte buscando bronca	0,700	0,283	-0,028	46,5
Aunque se procure evitar situaciones violentas, en ocasiones resulta imposible	0,801	-0,008	0,097	
Quien no quiere meterse en broncas no se mete	0,067	0,778	0,140	66,9
Se resuelven mejor los problemas sin peleas	0,020	0,837	-0,024	
A pesar de lo que se dice, la gente por la noche se respeta	-0,123	0,245	0,738	25,9
Por la noche no hay tanta violencia como se dice	0,010	-0,100	0,841	
% Varianza	23,817	22,723	15,402	

El factor 1 agrupa las variables que ponen de manifiesto la percepción de un nivel de violencia alto en las salidas de ocio-fiesta (esa visión “catastrofista” que se decía como más propia de los más jóvenes): “cuando se sale de fiesta son frecuentes las situaciones violentas”, “hay gente que sólo se divierte buscando bronca” y “aunque se procure evitar situaciones violentas, en ocasiones resulta imposible”. El porcentaje de personas (en promedio) que tienden a mostrar alto acuerdo con esas opiniones (puntuaciones de 8 a 10) es del 46,5%.

El segundo factor agrupa las dos variables que, aun reconociendo potencialmente la existencia de violencia, intentan superarla mediante la no aceptación de la misma: “quien no quiere meterse en broncas no se mete” y “se resuelven mejor los problemas sin peleas”. Casi un 67% de entrevistados manifiesta un alto nivel de acuerdo con estas propuestas.

Por último, el factor 3 se caracteriza por incluir las proposiciones que descartan la presencia del elemento violencia en el ocio festivo: “por la noche no hay tanta violencia como se dice” y “a pesar de lo que se dice, la gente por la noche se respeta”. Estas afirmaciones consiguen en promedio un porcentaje menor de personas que manifiestan un alto acuerdo con ellas: un 25,9%.

4. SEXO, DROGAS Y CONDUCCIÓN

El siguiente paso es tratar de desvelar las actitudes de los jóvenes madrileños ante una serie de posibilidades concretas, potencialmente muy presentes en el tiempo de fiesta, y que además (junto con la violencia) alimentan buena parte de las preo-

cupaciones presentes en la representación social de los adultos. El objetivo es profundizar en las posiciones juveniles frente a las drogas, las relaciones sexuales de riesgo y la conducción; no de forma genérica, sino expresadas a través de unos comportamientos fácilmente reconocibles en la realidad (o en lo que se imagina de ésta) de las conductas juveniles.

Con estos objetivos, la batería propuesta consta de 15 ítems, con diversas afirmaciones con las que los jóvenes debían mostrar acuerdo o desacuerdo en la escala de 1 (totalmente en desacuerdo) a 10 (totalmente de acuerdo).

Las respuestas generales a esta batería, en términos de valores de media, se presentan en la Tabla 4.10.

TABLA 4.10.
Posturas frente a diversos comportamientos de riesgo.
Grado de acuerdo con afirmaciones (medias en la escala 1-10)

	MEDIA
El alcohol y otras drogas facilitan las broncas	8,26
Usar drogas tiene demasiados riesgos, es preferible evitarlas	7,70
Es preferible quedarse solo que ir con un conductor bebido	7,36
Usar drogas no tiene beneficios de ningún tipo	7,31
Los riesgos de las relaciones sexuales son, sobre todo, para las chicas	4,65
Se exagera mucho los riesgos de las relaciones sexuales	4,44
Algunas relaciones sexuales no necesitan protección	4,43
La velocidad te da emociones que no te puedes perder	3,81
Consumir drogas es cosa de jóvenes	3,59
Las drogas tienen riesgos, como todo lo que merece la pena en la vida	3,50
En la vida hay que probar de todo; también drogas	3,22
Si se piensa mucho en protegerse, se arruinan las relaciones sexuales	2,76
Las drogas no suponen más peligro que cualquier otra forma de diversión	2,52
Se conduce igual de bien con un par de copas	2,20
Media	4,4

De los 15 ítems propuestos a los entrevistados, tan sólo 4 superan ampliamente la media de acuerdo de la escala y todos ellos son afirmaciones que expresan posiciones reactivas frente a diversos comportamientos relacionados con los consumos de drogas. “El alcohol y otras drogas facilitan las broncas” obtiene el mayor valor en nota media de acuerdo, con un 8,26. “Usar drogas tiene demasiados riesgos, es preferible evitarlas” alcanza la segunda nota media más alta de acuerdo, 7,70. “Es preferible quedarse solo que ir con un conductor bebido” obtiene también un alto

grado de acuerdo, con un 7,36. La última propuesta, “usar drogas no tiene beneficios de ningún tipo”, alcanza un 7,31 media. Todo esto abunda en lo ya sobradamente conocido: el rechazo formal de los jóvenes frente a las drogas, y el reconocimiento que hacen de los riesgos (al menos, de algunos riesgos concretos) de éstas; rechazo formal y vivencia de riesgos que en modo alguno se constituyen como la variable única, con frecuencia ni siquiera la más decisiva, a la hora de consumir o no².

Los siguientes tres ítems, todos ellos relacionados con las relaciones sexuales y con formulaciones que relativizan los potenciales riesgos de esas relaciones, no llegan a alcanzar la media de acuerdo y se mueven entre 4 y 5 de puntuación media: “los riesgos de las relaciones sexuales son, sobre todo, para las chicas” (4,65), “se exageran mucho los riesgos de las relaciones sexuales” (4,44) y “algunas relaciones sexuales no necesitan protección” (4,43). Son posturas que, aun moviéndose en el espacio de la prudencia, no expresan ni de lejos la virulencia con que se tiñe la confrontación estereotipada con las drogas.

Inmediatamente, con valores entre 3 y 4, “la velocidad te da emociones que no te puedes perder” (3,81), y tres propuestas más relacionadas con las drogas: “consumir drogas es cosa de jóvenes” (3,59), “las drogas tienen riesgos, como todo lo que merece la pena en la vida” (3,50) y “en la vida hay que probar de todo, también drogas” (3,22). Todos los ítems expresan de una u otra manera la presencia de beneficios en los comportamientos sugeridos; pues bien, esos beneficios parecen explícitamente reconocidos sólo por una minoría (si bien nada desdeñable) de la muestra.

Por último, tres propuestas que cuestionan la prudencia (curiosamente, una para cada temática tratada, sexo, drogas y conducción), bien por innecesaria, bien por sus costes: “si se piensa mucho en protegerse, se arruinan las relaciones sexuales” (2,76), “las drogas no suponen más peligro que cualquier otra forma de diversión” (2,52) y “se conduce igual de bien con un par de copas” (2,20). En su bajo nivel de aceptación, las tres formulaciones expresan claramente la escasa anuencia que las proclamas explícitamente contrapreventivas consiguen en el plano de lo formal.

Como viene siendo habitual, se ha profundizado en el análisis estudiando los porcentajes agrupados alrededor de la escala simplificada de acuerdo/desacuerdo, que fija tres posiciones básicas: bajo/nulo acuerdo, acuerdo medio y alto acuerdo. Los resultados de la agrupación se presentan en la Tabla 4.11.

2. Esa hipótesis fue el punto de partida de una investigación monográfica de la FAD: Rodríguez, E.; Megías, I.; Ballesteros, J.C. y Rodríguez, M.A. (2008). *La lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad*. Madrid: FAD.

TABLA 4.11.
Posturas frente a diversos comportamientos de riesgo. Grado de acuerdo con afirmaciones (% en los diversos tramos de la escala agrupada)

	BAJO/NULO ACUERDO (1-3)	ACUERDO MEDIO (4-7)	ALTO ACUERDO (8-10)
El alcohol y otras drogas facilitan las broncas	6,0	19,7	74,3
Usar drogas tiene demasiados riesgos, es preferible evitarlas	11,7	23,1	65,2
Es preferible quedarse solo que ir con un conductor bebido	15,6	22,5	61,9
Usar drogas no tiene beneficios de ningún tipo	16,7	21,9	61,4
Los riesgos de las relaciones sexuales son, sobre todo, para las chicas	43,7	32,5	23,8
Se exagera mucho los riesgos de las relaciones sexuales	45,7	35,9	18,4
Algunas relaciones sexuales no necesitan protección	49,0	26,2	24,8
La velocidad te da emociones que no te puedes perder	54,7	31,1	14,2
Consumir drogas es cosa de jóvenes	58,9	26,5	14,7
Las drogas tienen riesgos, como todo lo que merece la pena	62,8	21,8	15,4
En la vida hay que probar de todo, también drogas	63,1	26,5	10,4
Si se piensa mucho en protegerse, se arruinan las relaciones sexuales	71,5	22,2	6,3
Las drogas no suponen más peligro que cualquier otra forma de diversión	74,5	20,7	4,8
Se conduce igual de bien con un par de copas	80,7	15,6	3,6

Evidentemente, el estudio de los porcentajes agrupados tiene como finalidad analizar la distribución de las puntuaciones y, en especial, los porcentajes residuales; así se proporciona una visión sobre los grupos de entrevistados que se posicionan en contra de las opiniones mayoritarias.

En este sentido, las cuatro proposiciones que generaban mayor acuerdo (“el alcohol y otras drogas facilitan las broncas”, “usar drogas tiene demasiados riesgos, es preferible evitarlas”, “es preferible quedarse solo que ir con un conductor bebido” y “usar drogas no tiene beneficios de ningún tipo”) presentan una distribución porcentual muy tendente al acuerdo alto y (secundariamente) medio, pero salvo para

la primera de ellas el número de entrevistados que no están de acuerdo supera el 10% (para “usar drogas tiene demasiados riesgos”) e incluso el 15% para “es preferible quedarse solo que ir con un conducto bebido” y “usar drogas no tiene beneficios de ningún tipo”.

Las siguientes tres propuestas, todas de contenido sexual, aunque coherentemente con sus medias acumulan mayores porcentajes en los niveles de desacuerdo, en realidad ofrecen una distribución muy repartida de las posiciones. Una distribución que se hace menos equilibrada y que enfatiza la acumulación en los tramos de desacuerdo frente a las cuatro afirmaciones que, se decía, subrayan la dimensión de beneficios potenciales. Y que se extrema en las tres últimas propuestas, benévolas frente a los consumos de drogas, en las que la distribución se decanta masivamente hacia el polo del desacuerdo³.

Resulta muy significativo contemplar los porcentajes residuales frente a algunas de las propuestas. Más del 10% se dice muy de acuerdo con que “en la vida hay que probar de todo, también drogas” y alrededor del 15% con que “las drogas tienen riesgos, como todo lo que merece la pena en la vida” y con que “consumir drogas es cosa de jóvenes”. “La velocidad te da emociones que no te puedes perder” también es firmemente aceptado por el mismo porcentaje de jóvenes (14,2%). Además, entre el 18 y el 25% se muestran plenamente de acuerdo con “algunas relaciones sexuales no necesitan protección”, “se exagera mucho los riesgos de las relaciones sexuales” y “los riesgos de las relaciones sexuales son, sobre todo, para las chicas”.

Lo descrito puede verse muy gráficamente cuando se elabora un cuadro de barras, acumulando los porcentajes en todos los tramos de acuerdo (del 4 al 10, del acuerdo medio al alto acuerdo). Eso es lo que se hace en el Gráfico 4.3.

El gráfico ofrece un panorama visual y explícito de los matices de acuerdos y desacuerdos con respecto a las proposiciones evaluadas. Así, salvo para las cuatro propuestas formales de rechazo de las drogas, en las que las minorías que van contr corriente son claramente escasas, en el resto de afirmaciones hay significativos porcentajes de jóvenes que muestran algún grado de acuerdo con la minimización de los riesgos, en la enfatización de beneficios o con el cuestionamiento de las necesidades de prevención.

3. No obstante, para “se conduce igual de bien con un par de copas” existe un 19,2% de entrevistados que manifiestan algún grado de acuerdo, y frente a “las drogas no suponen más peligro que cualquier otra forma de diversión” el porcentaje de entrevistados que se muestra de acuerdo en diferentes grados es del 25,5%.



Concretamente estos porcentajes rondan el 50% para “algunas relaciones sexuales no necesitan protección”, “se exagera mucho los riesgos de las relaciones sexuales” y “los riesgos de las relaciones sexuales son, sobre todo, para las chicas”. Las afirmaciones que proclaman que las drogas merecen la pena, que son cosa de jóvenes y que deben probarse, están más o menos de acuerdo con lo que piensan cuatro de cada diez chicos y chicas. Que la prudencia arruina el placer sexual es aceptado por casi el 30%, e incluso, pese a las insistentes campañas, casi dos de cada diez jóvenes no rechazan totalmente que unas copas no suponen riesgo para la conducción.

Hay que avanzar analizando las posibles influencias que sobre las proposiciones evaluadas muestran los perfiles sociodemográficos. Las tablas que las muestran se encuentran en el Anexo, numeradas de la A4.29 a la A4.42.

- “En la vida hay que probar de todo, también las drogas” genera mayor nivel de acuerdo entre hombres, en grupos de mayor edad (entre 21 y 24 años), entre los que trabajan habitual o esporádicamente, y entre los que tienen más dinero disponible, se declaran agnósticos/ateos, se posicionan en los polos de la escala política, o viven solos o con amigos.
- “Las drogas tienen riesgos, como todo lo que merece la pena en la vida” convoca a más entrevistados en las posiciones de acuerdo medio y alto entre los hombres, en los de 15 a 16 años, entre aquéllos que están en paro, los que tienen mayor disponibilidad económica, los que se declaran de izquierda y los que cursan la primera etapa de ESO.
- “Se conduce igual de bien con un par de copas” encuentra algo mayor eco entre los hombres, de los 19 a 22 años, entre los que poseen más dinero semanal, los que se sitúan a la derecha en la escala ideológica y quienes poseen estudios de nivel académico inferior.
- “Las drogas no suponen más peligro que cualquier otra forma de diversión” genera más acuerdo entre hombres y entre quienes trabajan o se declaran en paro, y polariza las posturas de los más religiosos.
- “Si se piensa mucho en protegerse, se arruinan las relaciones sexuales” es algo más aceptado por los hombres, por aquéllos que trabajan o están en paro, y por los que tienen un nivel de disponibilidad económica de más de 75 euros semanales.
- Para “consumir drogas es cosa de jóvenes” sólo se encuentran diferencias significativas en los grados de acuerdo entre aquéllos que se declaran católicos practicantes y entre los posicionados a la derecha en la escala ideológica, que se muestran más de acuerdo con tal afirmación.
- “Es preferible quedarse solo que ir con un conductor bebido” es algo más coincidente con la postura de las mujeres, de aquéllos que se posicionan en los polos políticos, y de los que cursan estudios universitarios o los últimos cursos de la ESO.
- “Usar drogas no tiene beneficios de ningún tipo” es una afirmación que encuentra mayor eco entre las mujeres, entre los católicos (practicantes o no) y los miembros de otras religiones, y entre quienes se posicionan en el centro político.
- “Se exagera mucho los riesgos de las relaciones sexuales” genera mayores niveles de acuerdo entre los hombres, en el grupo de edad más bajo (hasta los 17 años) y en los que tienen estudios primarios o cursan la ESO.

- “Usar drogas tiene demasiados riesgos, es preferible evitarlas” es un aserto más evidente para las mujeres, para las edades más bajas (hasta 18 años), para los estudiantes, para los que disponen de menores ingresos semanales, para los que se posicionan en el centro ideológico, los que se declaran más religiosos y los que viven con sus padres.
- Frente a “la velocidad te da emociones que no te puedes perder” no hay más diferencias que las derivadas del género: es algo más aceptado por los hombres que por las mujeres.
- “Los riesgos en las relaciones sexuales son sobre todo para las chicas” es algo más cierto para las mujeres, para los de menor edad, para los que cursan niveles académicos de ESO, para quienes viven con sus padres, y para los que se confiesan de derecha política y dicen ser católicos practicantes.
- “El alcohol y otras drogas facilitan las broncas” genera mayores acuerdos entre las mujeres (aunque éstas muestran posiciones polarizadas); también hay más en el tramo de mayor acuerdo entre los más jóvenes, entre estudiantes, entre quienes tienen ingresos semanales de hasta 30 euros, en católicos, en los de centro, y entre quienes viven con sus padres (también, solos).
- Para finalizar, la proposición “algunas relaciones sexuales no necesitan protección” es más cierta para los hombres, para los de edades altas, para aquéllos que trabajan, ya sea habitual o esporádicamente, para los católicos practicantes o de otras religiones, para los posicionados en la derecha de la escala ideológica, y para los que conviven con amigos o conocidos.

En suma, como ya es conocido, los hombres son más propensos a estar de acuerdo con visiones más positivas de los usos de drogas y de otros comportamientos de riesgo. A su vez, los de menor edad (y correspondientemente, quienes estudian niveles inferiores y viven con sus padres) tienden a mostrar mayor desacuerdo con esa visión positiva de los riesgos, frente a sus compañeros de edades más altas cuyas posturas son, como tendencia, más proactivas hacia los comportamientos arriesgados. La posición religiosa tiende a discriminar en la medida en que los católicos, sobre todo los practicantes, se muestran más confrontados con esas prácticas que quienes se declaran agnósticos o ateos. En igual sentido, aunque con evidentes matices, parece funcionar el posicionamiento político. Probablemente mayor énfasis merezca la evidente mayor sensibilidad de las mujeres ante todos los posibles riesgos relacionados con los comportamientos sexuales.

CAPÍTULO CINCO

La práctica de los comportamientos de riesgo

Habiendo procedido al análisis de las posturas de los jóvenes madrileños frente al ocio y a los riesgos que potencialmente entraña éste, llega el momento de tratar de concretar la realidad de los comportamientos juveniles. Para ello se preguntó a los encuestados por su consumo de determinadas sustancias, así como por la frecuencia de realización de algunas conductas, presentes en las dinámicas de ocio de los jóvenes y como potencialmente peligrosas.

1. LOS COMPOR TAMIENTOS DE RIESGO EN EL OCIO

Se construyó una batería de riesgos, asociada a una escala de frecuencia, para que el entrevistado definiera su comportamiento real. La escala estaba graduada en función del número de veces que se había realizado el comportamiento en el último año, desde una frecuencia baja o puntual (entre 1 y 3 veces en el año) hasta una frecuencia diaria; además, lógicamente, existía la posibilidad de contestar negativamente (nunca se hizo o se hizo, pero no en el último año).

Los resultados generales para esta batería de conductas y frecuencias de realización se muestran en la Tabla 5.1.

Comenzando por el conjunto de los que respondieron negativamente, una clara mayoría de jóvenes declara no haber realizado en los últimos doce meses los comportamientos por los que se ha preguntado, salvo dos de ellos: los que no se emborracharon apenas sobrepasan el 30% y quienes no han viajado con un conductor que había bebido o tomado otras drogas son poco más de la mitad (54,6%). El resto de los supuestos son de realización más minoritaria, siendo porcentajes de

jóvenes mucho mayores los que han evitado esas conductas en el último período anual. Casi el 75% no ha tenido relaciones sexuales sin preservativo, un 87% no condujo habiendo bebido, más del 93% tampoco lo hizo habiendo tomado otras drogas, y casi el 69% no se vio envuelto en peleas y el 89% no las provocó. Como se decía, salvo en los dos casos citados, comportamientos minoritarios pero que, en la lectura inversa, no niegan la realidad de que hay porcentajes, a veces muy significativos, de chicos y chicas madrileños de entre 15 y 24 años, que practican (con más o menos frecuencia) comportamientos de riesgo.

TABLA 5.1.
Frecuencia de comportamientos de riesgo en el último año (en %)

ENTRE 1 Y 3 VECES	ENTRE 4 Y 10 VECES	ENTRE 11 Y 20 VECES	TODOS O CASI TODOS LOS FINES DE SEMANA	A DIARIO O O CASI A DIARIO	TOTAL SÍ	NO, NUNCA LO HE HECHO	NO, LO HICE PERO ESTE AÑO NO	TOTAL NO
He tenido rel. sexuales (con alguien que no era mi pareja) sin preservativo								
16,7	4,7	2,5	0,9	1,1	25,9	64,7	9,4	74,1
He conducido estando bebido								
7,4	2,8	1,1	0,8	0,9	13,0	81,4	5,6	87,0
He conducido habiendo tomado otras drogas								
2,8	1,2	0,6	0,9	1,3	6,8	91,1	2,1	93,2
He viajado con un conductor que había bebido o consumido drogas								
29,6	9,6	3,8	1,8	0,6	45,4	45,9	8,6	54,6
Me he visto envuelto en peleas								
22,5	4,9	2,5	0,8	0,7	31,4	55,0	13,6	68,6
He provocado peleas								
7,9	1,1	0,4	0,6	1,3	11,3	83,4	5,4	88,2
Me he emborrachado								
17,9	14,3	18,1	17,9	0,9	69,1	26,4	4,4	30,9

Continuando con el análisis del grupo de los que no realizaron los supuestos por los que se preguntaba, parece claro que en gran medida se nutre de personas que nunca se comportaron de esa forma; los porcentajes de quienes sí lo hicieron pero se abstuvieron en el último año son claramente reducidos (apenas llegan al 10% de la muestra en los casos de las conductas más extendidas). Esto, que podría interpretarse en el sentido de que los componentes cognitivos y actitudinales que subyacen en las conductas cambian relativamente poco durante los años que abarca el estudio (15 a 24 años), se ve paradigmáticamente reflejado en el caso de las borracheras; el 30% que no se embriagó está básicamente integrado por quienes nunca lo hicieron; sólo el 4,5 muestra la posibilidad de haber vivido un cambio que llevó a evitar algo que antes sí se practicó.

En cualquier caso, puede resultar más iluminador el análisis de quienes sí practicaron aquello por lo que se preguntaba, puesto que, en principio, todas son conductas que entrañan riesgos (a veces, potencialmente muy graves).

La mayor prevalencia entre los comportamientos realizados se da para el ítem “me he emborrachado”, con un 69,1% de entrevistados que al menos lo ha hecho una vez en los últimos 12 meses. El segundo comportamiento más presente es el de “he viajado con un conductor que había bebido o consumido drogas”, con un 45,4% de menciones totales. Así como la frecuencia de borracheras parece correlacionarse con lo tantas veces señalado para el ocio juvenil (defensa del consumo alcohólico, enfatización del descontrol, etc.), y coincide con las posturas ya señaladas en este estudio sobre la irrenunciabilidad de la “marcha” y de lo que ésta conlleva, en cambio parece advertirse una cierta contradicción entre el último dato señalado (la frecuencia con que se viaja con conductores bebidos) y las posturas de rechazo hacia ese hecho repetidamente señaladas en este mismo informe. Esta contradicción remite a lo ya expresado anteriormente: una cosa son los rechazos formales y otra, a veces muy diferente, esa ambigüedad de posturas que sólo se resuelve en términos de practicidad en cada momento.

A cierta distancia de las cifras anteriores se coloca el 31,4% de entrevistados que declara haberse visto envuelto en peleas, tasa que viene a abonar el temor adulto al respecto y que coincide con esa visión de violencia “estructural” que forma parte de las representaciones juveniles sobre la “marcha”, y que se completa con ese más del 11% de encuestados que declara haber provocado peleas. Luego, un más que significativo 13% de entrevistados declara haber conducido en estado de embriaguez y algo más del 7% afirma haber conducido bajo los efectos de otras sustancias diferentes al alcohol.

Ahora bien, para la exacta comprensión de estas prevalencias es preciso distinguir la mayor o menor frecuencia o reiteración de los distintos comportamientos; si se dan de forma puntual o sistemática. Para ello, sin perjuicio de que quien esté interesado pueda analizar los datos pormenorizados en la tabla, a efectos de una visión más comprensiva, se ha aglutinado la escala original en otra, con tres niveles de frecuencia: frecuencia muy baja-baja (categoría “entre 1 y 3 veces en el último año”), frecuencia media (suma de las categorías “entre 4 y 10 veces” y “entre 11 y 20 veces”) y alta-muy alta frecuencia (suma de las categorías “todos o casi todos los fines de semana” y “todos o casi todos los días”). Eso es lo que refleja la Tabla 5.2, que señala los porcentajes de las frecuencias agrupadas para el total de entrevistados, representativos de los chicos y las chicas entre 15 y 24 años, de la ciudad de Madrid. No obstante, acaso sea de más fácil comprensión la lectura de los datos reconvertidos a base 100. Esto quiere decir que se considera a la suma de personas que han realizado el comportamiento como el 100% de los casos. De esta manera los resultados son más iluminadores. En realidad, una vez conocido el porcentaje

total de quienes hicieron algo, lo que realmente interesa es separarlos (a ellos y no al conjunto de la muestra) en tasas diferentes según la frecuencia de realización de lo que se trate en cada caso. Eso es lo que se muestra en la Tabla 5.3.

TABLA 5.2
Frecuencia de comportamientos de riesgo en el último año
entre los jóvenes madrileños (%). Escala de frecuencia agrupada en tres tramos*

	FRECUENCIA BAJA-MUY BAJA	FRECUENCIA MEDIA	FRECUENCIA ALTA-MUY ALTA	PORCENTAJE EN EL ÚLTIMO AÑO
He tenido relaciones sexuales (con alguien que no era mi pareja habitual) sin preservativo	16,7	7,2	2,0	25,9
He conducido habiendo bebido	7,4	3,9	1,7	13,0
He conducido habiendo tomado otras drogas	2,8	1,8	2,2	6,8
He viajado en un coche que conducía alguien que había bebido o tomado otras drogas	29,6	13,4	2,4	45,4
Me he visto envuelto en peleas	22,5	7,4	1,5	31,4
He provocado peleas	7,9	1,5	1,9	11,3
Me he emborrachado	17,9	32,4	18,8	69,1

* Frecuencia baja-muy baja: entre 1 y 3 veces; frecuencia media: entre 4 y 20 veces; frecuencia alta-muy alta: de casi todos los fines de semana a todos los días.

TABLA 5.3
Frecuencia de comportamientos (% del total que realizó cada comportamiento
en el último año). Escala de frecuencia agrupada*

	FRECUENCIA BAJA-MUY BAJA	FRECUENCIA MEDIA	FRECUENCIA ALTA-MUY ALTA	PORCENTAJE EN EL ÚLTIMO AÑO
He tenido relaciones sexuales (con alguien que no era mi pareja habitual) sin preservativo	64,4	27,7	7,7	100% (310 casos)
He conducido habiendo bebido	57,1	29,5	13,5	100% (156 casos)
He conducido habiendo tomado otras drogas	40,7	25,9	33,3	100% (82 casos)
He viajado en un coche que conducía alguien que había bebido o tomado otras drogas	65,2	29,7	5,2	100% (545 casos)
Me he visto envuelto en peleas	71,7	23,7	4,5	100% (376 casos)
He provocado peleas	70,1	13,4	16,4	100% (135 casos)
Me he emborrachado	25,9	46,9	27,2	100% (829 casos)

* Frecuencia baja-muy baja: entre 1 y 3 veces; frecuencia media: entre 4 y 20 veces; frecuencia alta-muy alta: de casi todos los fines de semana a todos los días.

Del total de entrevistados que tuvieron relaciones sexuales con alguien que no era su pareja y sin preservativo, la mayoría (64,4%) declara que eso sucedió de forma puntual; un 22,7% de ellos repitieron el comportamiento con frecuencia media y hasta un 7,7% (lo que significa el 2% del total de jóvenes entre 15 y 24 años) lo hicieron con gran frecuencia.

Conducir bebido es algo que mayoritariamente se ha producido de forma más o menos puntual (57,1%), pero que adquiere gran significación cuando se considera que casi uno de cada tres de quienes lo hicieron repitieron el hecho hasta veinte veces al año y, más aún, que un 13,5% de ellos lo hacen de forma prácticamente habitual. A esto hay que añadir que, aunque evidentemente son menos, los que condujeron algún vehículo bajo la influencia de sustancias ilegales, lo hicieron con una distribución de frecuencias más transversal: un tercio de ellos habitualmente y alrededor del mismo porcentaje con frecuencia media o de forma puntual. En realidad esto significa que, sobre el conjunto de los jóvenes entre 15 y 24 años, el 3,9% y el 1,8% conducen bajo la influencia del alcohol u otras drogas, respectivamente, con una frecuencia media (entre 4 y 20 veces al año); y que el 1,7% y el 2,2% hacen lo mismo todos los fines de semana o más frecuentemente aún¹.

Viajar con un conductor bebido o drogado, aunque prioritariamente es algo esporádico, se da con cierta frecuencia en casi el 30% de los casos y muy frecuentemente en un 5,2% (esto implica que, del conjunto de todos los chicos y chicas, el 13,4% y el 2,4% corren ese riesgo con frecuencia media o de forma habitual).

“Me he visto envuelto en peleas” concentra su frecuencia en el punto más bajo de la escala (un 71,7%), pero algo más de un 23% declara una frecuencia de entre 4 y 20 veces en el último año (la equivalencia para el total de jóvenes sería del 7,4% de los mismos). Provocar peleas también resulta un comportamiento mayoritariamente puntual: el 70,1% de los entrevistados que lo han hecho dice que fue en 1-3 ocasiones en el último año.

Por último “me he emborrachado” resulta ser un comportamiento más presente si se considera como algo de frecuencia media o habitual. Entre quienes lo hicieron, más o menos la mitad repitieron (eso supone que un 32,4% de todos los chicos y chicas madrileños se embriagaron con esa frecuencia. Además, el 18,8% (también del total de jóvenes) vive esa situación prácticamente todos los fines de semana.

1. Resulta muy sugerente que el porcentaje de quienes dicen conducir con la mayor frecuencia bajo los efectos de sustancias diferentes del alcohol (hay que imaginar que, sobre todo, cánnabis) es mayor que el de quienes lo hacen habiendo bebido. Esto puede dar pie a diferentes interpretaciones (tanto sobre la normalización de ciertos usos de sustancias como sobre el perfil de los consumidores que conducen) que, gustosamente, se dejan a cada lector.

El cruce de frecuencia de comportamientos de riesgo con variables sociodemográficas e ideológicas da unos resultados que se muestran en las tablas del Anexo, numeradas de la A5.1 a la A5.7. Para estos cruces se ha utilizado la totalidad de la muestra, con la intención de poder trazar perfiles diferenciales entre quienes no han practicado los comportamientos y quienes sí lo han hecho. Estos últimos se han distribuido agrupando la frecuencia de realización en dos tramos: baja o media frecuencia (entre 1 y 20 veces al año) y alta frecuencia (todos o casi todos los fines de semana, y a diario o casi a diario).

Frente a la posibilidad de mantener relaciones sexuales con una pareja diferente a la habitual y sin preservativo, la variable género se muestra muy discriminante. Los hombres están sobrerrepresentados entre quienes lo han hecho con una frecuencia media o baja, mientras que las mujeres lo están tanto entre quienes no lo realizaron en el último año o nunca como, significativamente, en el grupo que lo hizo con mucha frecuencia; es como si las mujeres fueran más prudentes pero un grupo de entre ellas se enfrentase más habitualmente con esta situación de riesgo. También la edad marca perfiles diferenciales, con más integrantes de los de menor edad entre quienes no realizaron el comportamiento, lo cual resulta esperable; tampoco extraña que, coherentemente, en ese grupo haya más estudiantes de ESO y Bachillerato, de los que viven con sus padres y de quienes tienen menos ingresos semanales. En sentido contrario, los mayores, los que viven con amigos y los que trabajan o están en paro, nutren más los grupos que mantuvieron este comportamiento con diversa frecuencia. Llama la atención que, así como quienes viven solos están más presentes entre los que no realizaron lo propuesto, sean los que viven en pareja quienes se encuentren sobrerrepresentados entre los que tuvieron con mucha frecuencia relaciones sexuales sin preservativo (no hay que olvidar: con una pareja no habitual).

Conducir habiendo bebido es algo que hacen con mayor frecuencia los hombres; las mujeres aparecen más en el grupo de quienes no lo realizaron. También tienen más presencia entre quienes lo hicieron, lógicamente, los mayores (sobre todo los de 21 y 22 años están muy sobrerrepresentados en el grupo que condujo bebido con mucha frecuencia), los que ya no viven con los padres y quienes tienen más ingresos económicos o trabajan (si bien hay un grupo de estudiantes con importante presencia entre los que muy frecuentemente condujeron “con copas”). También es significativa la presencia entre las frecuencias medias o altas de un grupo que sólo alcanzó estudios primarios, pese a la edad (que ya se decía es la que corresponde a las franjas más elevadas).

Prácticamente los mismos hallazgos se repiten para “he conducido habiendo tomado otras drogas”. Sólo cabe señalar la no aparición de estudiantes en el perfil de alta frecuencia de realización y la inclusión de una variable ideológica (autoposicio-

narse en la derecha) entre quienes más aparecen en la realización del comportamiento con frecuencia media o baja.

Entre quienes nunca viajaron cuando conducía alguien bebido o drogado, tienen más presencia los más jóvenes, los estudiantes, aquéllos con menos ingresos y las mujeres. Estas últimas, que también son más escasas de lo que correspondería cuando se trata de haber viajado en esas circunstancias con frecuencia media, están en cambio representadas más de lo esperado entre quienes lo hicieron muy frecuentemente. En este último grupo también tienen más presencia los que se posicionan a la izquierda y quienes tienen estudios primarios o de FP.

La situación antedicha reaparece en las mujeres que se han visto involucradas en peleas: tienen más presencia entre quienes no lo vivieron pero también entre quienes pasaron por esa situación con frecuencia muy alta. Por otro lado, esta situación (verse envuelto en peleas) está mucho más presente entre los más jóvenes pero, contradictoriamente, también entre una parte de los que ya no viven con sus padres (lo cual apuntaría a una mayor edad). También están más presentes en esas peleas los que se posicionan en el centro y, sobre todo, en la derecha y (de forma inesperada) un grupo de católicos practicantes. Es significativa la presencia de personas con estudios primarios (7,9% frente a 1,4% de media general).

Casi el mismo perfil se repite entre los que provocaron las peleas. Entre quienes no lo hicieron en los últimos doce meses tienen más presencia los mayores, los estudiantes de Bachillerato y FP y las mujeres. Una vez más se repite que un grupo de estas últimas aparece en el conjunto que, por el contrario, provocó peleas con mucha frecuencia. El mismo fenómeno se da en este caso con los que se posicionan en la izquierda, sobrerrepresentados entre los que no provocaron peleas pero también entre los que lo hicieron con mucha frecuencia (cosa que no pasa con los de derecha, que abundan entre quienes sí “montaron bronca” en todas las frecuencias consideradas).

Las mujeres tienen más presencia de la que les correspondería entre quienes nunca se emborracharon, pero también entre quienes lo hicieron con frecuencia media o baja; mientras, los hombres dominan claramente en la alta frecuencia de borracheras. También parecen emborracharse más los más mayores (sobre todo hasta los veinte años), los que ya trabajan (habitual o esporádicamente) y los que tienen más ingresos semanales. En este caso no parece tener influencia (al menos estadísticamente significativa) la situación de convivencia, y muy dudosa la autoadscripción política (menos borracheras los de centro y más los de izquierda o derecha). Sí hay un impacto claro de la postura religiosa, con más católicos practicantes y confesos de otras religiones entre quienes no se han emborrachado.

De todo ello, acaso lo que más llama la atención sea que la ya conocida y esperable mayor presencia de los chicos entre los protagonistas de conductas de riesgo se ve

rota por un grupo de chicas que tiene una presencia clara en la máxima frecuencia de realización de muchas de esas conductas: relaciones sexuales sin protección, viajar con alguien drogado, provocar y verse envueltas en peleas; no, en cambio, en los otros supuestos. Con todo ello, domina la impresión de que es posible que haya una presión grupal que arrastra a las chicas a situaciones de riesgo, más como sujetos pasivos que como protagonistas activas del comportamiento.

2. CONSUMOS DE DROGAS

En este análisis de los comportamientos de riesgos reales y de su frecuencia, era necesario prestar una atención especial a los consumos de drogas. No sólo por cuanto pueden constituir un riesgo por sí mismos, también porque su presencia condiciona (al menos se correlaciona) con los otros comportamientos analizados, cosa que ya se ha tenido ocasión de comprobar. Obviamente, entre los objetivos de la presente investigación no se encuentra el realizar un análisis detallado de la dimensión epidemiológica del consumo de drogas entre los jóvenes madrileños, pero conviene una cierta aproximación a dicha realidad no sólo por lo antedicho sino porque, utilizándola como variable independiente, se obtendrá una visión más completa sobre las opiniones y valoraciones que los jóvenes realizan sobre el ocio y los riesgos.

Las conductas de consumo se estudian a través de una pregunta del cuestionario, estructurada de forma similar a la destinada al análisis de los otros comportamientos. Por tanto, con opciones de respuesta excluyentes en dos niveles: un primer nivel que determina el consumo o no de la sustancia en el último año y un segundo en el que, a los que consumieron, se les preguntaba en cuántas ocasiones lo hicieron (“entre 1 y 3 veces”; “entre 4 y 10 veces”, “entre 11 y 20 veces”, “todos o casi todos los fines de semana” y “a diario o casi a diario”), y a los que no lo habían hecho, si nunca habían probado la sustancia o si la consumieron, pero no en el último año.

En función de ese planteamiento de agrupación de las frecuencias de consumo ha de señalarse que, para la información que se presenta en este apartado sobre características que definen el perfil de los consumidores, se ha optado, en el caso de los consumos más habituales en la población estudiada (tabaco y alcohol), por referirse a consumos de todos o casi todos los días y todos o casi todos los fines de semana. En el caso del cánnabis se contemplan los consumos en esos períodos, y también los realizados al menos entre 11 y 20 ocasiones, en una frecuencia que podría equipararse a la de al menos una vez al mes. En el caso de sustancias con menores niveles de consumo, la búsqueda de referencias y afirmaciones realizadas con un mínimo de significación estadística lleva a trabajar los resultados de consumo en el

intervalo de un año; es el caso de la cocaína, de la heroína o del grupo de anfetaminas, alucinógenos y éxtasis.

Como primera aproximación, se ofrece un panorama general de los consumos de los jóvenes madrileños (Tabla 5.4), acumulando cualquier prevalencia de consumos en el último año (por tanto, separando a los que consumieron en esos doce meses de los que nunca lo hicieron y de aquéllos que habiendo consumido antes no lo hicieron el año anterior).

TABLA 5.4
Consumo actual de las diferentes sustancias (%)

	TABACO	ALCOHOL	CÁNNABIS	ANFETAMINAS, ALUCINÓGENOS, ÉXTASIS	COCAÍNA	HEROÍNA
Alguna vez, al menos, en el último año	59,1	83,7	36,0	8,0	8,6	1,7
Nunca se consumió	29,6	13,0	48,5	82,3	82	96,4
Se consumió en el pasado, pero no en el último año	11,0	3,3	15,5	9,6	9,2	1,8
NS/NC	0,3	0,0	0,0	0,1	0,2	0,1
Base	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200

En general, el panorama resultante sobre el consumo de drogas por parte de los jóvenes madrileños es bastante coincidente con lo conocido por otras investigaciones sobre esta población, y mantiene un patrón similar al de los jóvenes de otros lugares del país. El alcohol es la sustancia más consumida ya que ocho de cada diez jóvenes confiesan haber bebido en el último año; también, seis de cada diez han fumado tabaco. Entre las sustancias ilegales, destaca el consumo de cánnabis, realizado por algo más de uno de cada tres (siempre en el período citado, del último año). Algo más de un 8% declara haber consumido cocaína y un porcentaje similar refiere consumos de éxtasis, anfetaminas o alucinógenos. Los consumos de heroína son muy minoritarios (1,7% en el año).

Desde la perspectiva contraria, cabría señalar que casi un 30% de los jóvenes nunca ha fumado, casi la mitad de ellos no han consumido nunca cánnabis y ocho de cada diez no han probado nunca ni la cocaína ni el éxtasis, las anfetaminas o los alucinógenos. Además, la dimensión experimental de los consumos viene sugerida por el hecho de que un 15,5% de jóvenes ha consumido cánnabis pero no en los últimos doce meses, y un 9,6% y 9,2% respectivamente hicieron lo propio con las “pastillas” o con la cocaína. Es el alcohol la sustancia que, no sólo se consume más sino que supone una mayor “fidelización” en su uso: apenas un 3% de chicos y chicas que bebieron en el pasado no lo hicieron en el último período anual.

2.1. Consumo de tabaco

La mayoría de los jóvenes madrileños entrevistados (siete de cada diez) reconocen haber fumado tabaco alguna vez en su vida, y seis de cada diez lo hicieron en el último año. Entre ellos, la mayoría, casi cuatro de cada diez, dicen fumar a diario; sumando a éstos los que dicen fumar todos los fines de semana, se podría decir que casi la mitad de la población juvenil estudiada es fumadora habitual.

TABLA 5.5
Consumos de tabaco en el último año (%)

	%
Total que consumió	59,1
Entre 1 y 3 veces	4,6
Entre 4 y 10	2,6
Entre 11 y 20	4,1
Todos o casi todos los fines de semana	9,4
Sí, a diario o casi a diario	38,4
Total que no consumió	40,9
No, nunca lo he hecho	29,6
No, lo hice pero este año no	11,0
NS/NC	0,3
Total	100,0
Base	1.200

En el Anexo de Tablas, se encuentra la A5.8, que ofrece los resultados de cruzar el consumo de tabaco habitual (fines de semana y a diario o casi a diario), que realizan el 47,8% de los jóvenes, con diferentes variables. En el perfil resultante para el fumador habitual, lo que más resalta es el incremento que se produce a partir del grupo de 17-18 años, así como el alto porcentaje de aquéllos que viven con amigos y de estudiantes de estudios básicos y Formación Profesional.

2.2. Consumo de alcohol

Sólo un 13% de los jóvenes madrileños afirma no haber probado nunca el alcohol y, por otro lado, la mayoría de los que lo han probado afirma tener un consumo relativamente habitual. De hecho sólo un 16% dice haber bebido menos de 10 veces al año, frente a más del 52% de los jóvenes que declara beber al menos todos o casi todos los fines de semana y al 5% que lo hace a diario (Tabla 5.6).

TABLA 5.6
Consumo de alcohol en el último año (%)

	%
Total que consumió	83,7
Entre 1 y 3 veces	7,3
Entre 4 y 10	8,9
Entre 11 y 20	14,9
Todos o casi todos los fines de semana	47,8
Sí, a diario o casi a diario	4,8
Total que no consumió	16,3
No, nunca lo he hecho	13,0
No, lo hice pero este año no	3,3
NS/NC	-
Total	100,0
Base	1.200

Los resultados muestran, una vez más, no sólo lo extendido del consumo de alcohol en nuestra sociedad sino también hasta qué punto está arraigado entre los jóvenes el patrón de fin de semana (además, como ya se decía, de la continuidad del hábito del consumo).

En cuanto a los cruces de aquellos jóvenes que refieren consumos habituales (todos o casi todos los fines de semana y todos o casi todos los días) con las variables de perfil (Tabla A5.9 del Anexo) puede señalarse como más destacable el hecho de que la edad parece determinar claramente un impacto en el consumo, suponiendo más del doble el porcentaje de jóvenes que consumen alcohol habitualmente en el grupo de los de 17-18 años que en el de los de 15-16. Además, los chicos superan en diez puntos porcentuales a las chicas. También destacan los que tienen estudios primarios, de Formación Profesional y universitarios. Por fin, tener trabajo, habitual o esporádico, supone un claro mayor consumo habitual de alcohol frente a estudiar o estar en paro. Se encuentra también un mayor porcentaje de consumidores habituales de alcohol entre quienes viven con amigos y solos, entre los que se definen como no creyentes, ateos, agnósticos o indiferentes en lo religioso, y (ligemente) entre los que se declaran de izquierdas.

2.3. Consumo de cannabis

El 48,5% de los jóvenes madrileños de 15 a 24 años declara no haber probado nunca el cannabis, mientras el 15,5% lo hizo pero no en el último año. Entre quie-

nes sí lo hicieron en ese período parece que el 8% lo hizo en contadas ocasiones (menos de tres en el año), un 6% entre cuatro y diez veces al año y otro 6% entre once y veinte veces. En categorías de consumo mucho más habitual se encuentra más de un 7% de los jóvenes, que declaran fumar cánnabis todos o casi todos los fines de semana; finalmente, un 8,8% son los que lo consumen a diario o casi a diario (Tabla 5.7).

TABLA 5.7
Consumos de cánnabis en el último año (%)

	%
Total que consumió	36,0
Entre 1 y 3 veces	8,1
Entre 4 y 10	5,9
Entre 11 y 20	5,8
Todos o casi todos los fines de semana	7,4
Sí, a diario o casi a diario	8,8
Total que no consumió	64,0
No, nunca lo he hecho	48,5
No, lo hice pero este año no	15,5
NS/NC	-
Total	100,0
Base	1.200

Para el análisis del perfil de los consumidores, en este caso se ha procedido desdoblado la población a estudiar. Por un lado se ha trabajado con el grupo acumulado de los que consumieron al menos once veces en el último año (11-20 veces, los fines de semana, o a diario), lo que supondría al menos una frecuencia mensual. Por otro, tratando de afinar más el perfil de los usuarios más habituales, se han construido los cruces con la agrupación de los consumidores de todos los fines de semana y de los que fuman cánnabis prácticamente a diario. Los resultados, en el Anexo de Tablas, están reflejados en las tablas A5.10 y A5.11.

Entre el 22% de jóvenes que consumen cánnabis al menos 11 veces al año aumenta claramente el consumo en relación con la edad. Ese consumo de cánnabis es significativamente mayor entre los hombres (casi el doble que entre las mujeres), entre los que se declaran no religiosos, entre los que trabajan esporádica o habitualmente, entre los que poseen estudios primarios o de Formación Profesional, entre los que se posicionan políticamente a la izquierda y entre quienes disponen de más de 75 euros cada semana para gastar en su ocio.

Centrándose en aquéllos que realizan un consumo más frecuente (consumos en fines de semana y a diario o casi a diario), las tendencias mencionadas se mantienen, atemperándose en algunos casos y acentuándose en otros. Así, se puede apreciar que este patrón de consumo crece también según la edad, pero en una medida aún más clara; por ejemplo, estos consumidores habituales en el grupo de los 17-18 años duplican en porcentaje a los del grupo de 15-16 años. Además, el consumo con esta frecuencia entre los chicos es más del doble que entre las chicas. Sin embargo, aunque continúa siendo mayor el porcentaje de “no religiosos” que consumen, y lo mismo sucede con los que cursan estudios primarios y los que se sitúan políticamente a la izquierda, en este caso las diferencias son algo menores que para el grupo más amplio anteriormente descrito.

Parece posible afirmar, por lo tanto, que entre los jóvenes madrileños de 15-24 años existe un perfil claramente diferencial en aquéllos que son consumidores de cánnabis con una frecuencia que supera lo esporádico (más de once veces al año). En cambio, aun acentuándose algunas características de ese perfil, no puede decirse que se construya otro claramente diferente cuando el grupo estudiado se limita a aquéllos que son consumidores habituales. Dicho de otra manera, entre quienes consumen con frecuencia intermedia y los que lo hacen más intensamente, hay diferencias pero menores que entre los primeros y los que no son consumidores.

2.4. Consumo de éxtasis/anfetaminas/alucinógenos

Más del 82% de los jóvenes madrileños afirma no haber probado nunca el éxtasis, las anfetaminas o los alucinógenos, y el 9,6% ha probado alguna o todas esas sustancias, pero no en el último año. El tamaño muestral hace difícilmente detectables las magnitudes de consumo de “pastillas”, salvo para el caso de los consumos puntuales o experimentales (entre una y tres veces al año), que han sido realizados por casi el 4% de los jóvenes. Como practicantes de consumos más frecuentes, agrupados en diversas categorías, aparecen para cada caso alrededor del 1% de los jóvenes madrileños: un 1,1% consumió entre 4 y 10 veces al año, un 1,3% entre 11 y 20 veces, un 0,8% todos o casi todos los fines de semana y un 1% todos o casi todos los días (Tabla 5.8).

El resultado de cruzar esos consumidores del último año con características personales y sociodemográficas parece mostrar (Tabla A5.12 del Anexo) que el consumo es más de chicos que de chicas, y que el porcentaje de consumidores crece conforme avanza la edad (hasta situarse en el máximo dentro del grupo de edad de 21-22 años, tras lo cual se produce un descenso). La escasa muestra sólo permite encontrar cierto nivel de significación estadística en el cruce de los consumos con la situación laboral y el dinero disponible semanalmente para gastos; así, trabajar habitual

o esporádicamente parece suponer una mayor probabilidad de consumo, y se manifiesta cierta tendencia al menor consumo entre aquellos que disponen de menos dinero (algo que acaso pudiera estar dependiendo de la edad).

TABLA 5.8
Consumo de éxtasis, anfetaminas y alucinógenos, en el último año (%)

	%
Total que consumió	8,0
Entre 1 y 3 veces	3,8
Entre 4 y 10	1,1
Entre 11 y 20	1,3
Todos o casi todos los fines de semana	0,8
Sí, a diario o casi a diario	1,0
Total que no consumió	91,9
No, nunca lo he hecho	82,3
No, lo hice pero este año no	9,6
NS/NC	0,1
Total	100,0
Base	1.200

Conviene señalar que en el conjunto con el que se han cruzado las variables podrían coexistir subgrupos potencialmente distintos: los consumidores experimentales (hasta diez veces al año) y los más habituales (más de once veces al año); y que entre estos dos subgrupos podría haber diferencias. Para dilucidar eso se elaboró la Tabla A5.13 (en el Anexo) que trabaja sólo con los consumidores de frecuencia mínima mensual.

Lo que la tabla muestra es que, aunque el perfil sigue siendo prácticamente el mismo, cambia sensiblemente el peso de algunas variables. Así, en la definición del perfil de estos consumidores más habituales pierde fuerza el sexo (la ratio hombre/mujer pasa de 1,6 a 1,3), se incrementa notablemente el descenso de porcentajes a partir de 22 años (lo que indica que es a esa edad cuando en mayor medida “cristaliza” el hábito de consumir) y pierde mucho peso la variable “dinero disponible”.

2.5 Consumo de cocaína

En el último año, un 8,6% de los jóvenes madrileños manifiesta haber consumido cocaína: un 4,4% de modo esporádico, un 1,3% entre cuatro y diez veces, y otro

1,6% de manera frecuente (todos o casi todos los fines de semana o todos o casi todos los días). En sentido contrario, un 91,2% asegura no haber probado la cocaína en el último año, siendo un 82% los jóvenes que dicen no haberla probado nunca y el 9,2% los que lo hicieron antes pero no en los últimos doce meses (Tabla 5.9).

TABLA 5.9
Consumo de cocaína en el último año (%)

	%
Total que consumió	8,6
Entre 1 y 3 veces	4,4
Entre 4 y 10	1,3
Entre 11 y 20	1,3
Todos o casi todos los fines de semana	0,6
Sí, a diario o casi a diario	1,0
Total que no consumió	91,2
No, nunca lo he hecho	82,0
No, lo hice pero este año no	9,2
NS/NC	0,2
Total	100,0
Base	1.200

Respecto al perfil de los consumidores de cocaína en el último año (Tabla A5.14 del Anexo), a medida que aumenta la edad se encuentra mayor presencia de consumidores, con un pico de aumento claro a los 17 años y otro a los 23. Predominan claramente los varones frente a las mujeres, así como quienes disponen de más recursos económicos y quienes trabajan o están en paro (los estudiantes consumen la mitad que los que no estudian). Tienen una presencia similar quienes se declaran de izquierdas o de derechas, frente a una menor presencia de los de centro.

Las razones ya apuntadas para otras sustancias llevaron a tratar de discriminar el perfil de los consumidores más habituales (desde once veces al año hasta el consumo diario). Los resultados (Tabla A5.15 del Anexo) indican que las tendencias señaladas se mantienen, pero con alteración del peso de las diferentes variables. Así, se acerca mucho más la presencia de las mujeres (ratio hombre/mujer pasa de 1,9 a 1,2) y se matizan las diferencias según la edad (el pico de aumento a los 23 años parece hacerse sobre todo a costa de consumos, al menos de momento, más experimentales). Las diferencias por ideologías tienden a diluirse, y lo mismo sucede con la situación laboral y con el dinero disponible.

2.6. El consumo de heroína

Más del 96% de los jóvenes madrileños de 15 a 24 años declara no haber probado nunca la heroína, mientras que un 1,8% dice no haberlo hecho el último año. Del resto, son prácticamente imperceptibles los porcentajes de quienes la han consumido de modo esporádico o relativamente frecuente. Solamente poco más de un 1% dice consumirla a diario (Tabla 5.10).

TABLA 5.10
Los consumos de heroína en el último año (%)

	%
Total que consumió	1,7
Entre 1 y 3 veces	0,1
Entre 4 y 10	0,1
Entre 11 y 20	0,1
Todos o casi todos los fines de semana	0,1
Sí, a diario o casi a diario	1,3
Total que no consumió	98,2
No, nunca lo he hecho	96,3
No, lo hice pero este año no	1,8
NS/NC	0,1
Total	100,0
Base	1.200

Más allá de que a las edades de que se ocupa el estudio, los consumidores de heroína son de frecuencia diaria (probablemente adictos) y de que la escasa muestra no permite hacer aseveraciones muy firmes sobre consumos puntuales o experimentales, poco cabe añadir. Incluso acumulando los datos de consumo, el número es insuficiente para poder obtener perfiles estadísticamente significativos en función de las distintas variables.

3. LAS POSTURAS DE LOS PADRES

Como un elemento complementario al análisis de los comportamientos de riesgo de los jóvenes, se preguntó a éstos sobre la actitud de sus padres ante esas conductas y sobre cuál deberían tener. Estas preguntas enriquecen especialmente la investigación, por cuanto añaden otro elemento a la visión de los encuestados sobre ellos mismos y sobre sus comportamientos, en la medida en que son ellos quienes

responden (aunque sea sobre el reflejo que lo que hacen puede tener en otros, en este caso los padres). Todo ello además de que, por supuesto, también se proporciona información sobre las actitudes y conductas de esos padres.

En suma, se trata de una valoración más sobre los comportamientos del propio joven, mediada por elementos externos al mismo y susceptible de constituirse como un aporte analítico desde un punto de vista radicalmente diferente.

Para abordar esta cuestión, se planteó la siguiente pregunta a los entrevistados: “En relación con estas cuestiones sobre las que hemos preguntado (relaciones sexuales, peleas, consumos...), ¿qué crees que deberían hacer tus padres?” Las categorías de respuestas para esta pregunta eran: “No meterse, dejarme tranquilo”, “Estar más enterados de lo que hago, pero sin decirme lo que tengo que hacer” o “Preocuparse y tratar de orientarme”.

Y posteriormente, otra pregunta estudiaba el comportamiento real de los padres: “Y en relación con estas cuestiones sobre las que hemos preguntado (relaciones sexuales, peleas, consumos...), ¿qué es lo que hacen tus padres habitualmente?”, con las mismas posibilidades de respuesta. Evidentemente, las categorías están articuladas alrededor de un eje que va desde una ausencia de control por parte de los progenitores (“no meterse, dejarme tranquilo”) hasta una postura de intervención máxima (“preocuparse y tratar de orientarme”).

La siguiente Tabla 5.11 proporciona el resultado de las dos preguntas, que se presentan de manera combinada para mostrar las diferencias.

TABLA 5.11
Comportamiento ideal y real de los padres
ante los comportamientos de riesgo de sus hijos (%)

	COMPORTAMIENTO IDEAL ¿QUÉ DEBEN HACER?	COMPORTAMIENTO REAL ¿QUÉ HACEN?
No meterse, dejarme tranquilo	26,5	17,7
Estar más enterados de lo que hago, pero sin decirme lo que tengo que hacer	24,9	25,1
Preocuparse y tratar de orientarme	48,6	57,2

Si se observan primero las respuestas a la pregunta sobre el comportamiento ideal de los padres, se evidencia que prácticamente la mitad de los jóvenes manifiestan un deseo de alta implicación de los padres frente a sus comportamientos; algo más del 48% propone la categoría “Preocuparse y tratar de orientarme” como demanda a sus progenitores. Las restantes categorías de respuesta sobre el comportamiento

ideal de los padres se reparten de forma similar: un 24,9% de “Estar más enterados, pero sin decirme lo que tengo que hacer” y un 26,5% para “No meterse, dejarme tranquilo”.

De manera implícita, los repartos porcentuales parecen indicar que se reclama por una importante parte de los entrevistados una alta atención hacia sus problemas, y quizás esta reflexión induce a creer que ellos mismos se manifiestan preocupados acerca de sus propios comportamientos. Lo que no niega que también sean abundantes, aunque minoritarias, las posturas a favor de una intervención mínima o nula (“No meterse, dejarme tranquilo”).

Se han cruzado estos datos con algunos de los perfiles sociodemográficos de la muestra de jóvenes, constatando, como era lógico y esperable, que los más jóvenes son los que más necesidad de orientación expresan, mientras que a medida que se incrementa la edad las demandas se orientan hacia la independencia y el no intervencionismo de los padres. Sin embargo, no se han encontrado diferencias significativas en función de la presencia o no de comportamientos de riesgo (mantener relaciones sexuales sin protección con desconocidos, tener peleas, conducir bajo los efectos de alcohol y otras drogas, etc.), lo que puede significar que la petición de mayor o menor intervención no está tan asociada a la presencia o no de esos comportamientos como al desarrollo vital del joven.

Por otro lado, estas demandas frente a la intervención parental se ven iluminadas por lo que los mismos jóvenes cuentan sobre los comportamientos reales paternos. El 57% declara que sus progenitores “se preocupan y tratan de orientarlos”; son casi nueve puntos porcentuales más que los que pedían esta postura. Quizá, más allá del señalamiento de una *praxis* concreta en los padres, este dato está sugiriendo que hay casi un 10% de jóvenes que ven excesiva la preocupación paterna. La postura menos intervencionista (“no meterse, dejarme tranquilo”) es la más minoritaria: sólo un 17% de los jóvenes califica así el comportamiento de sus padres, nueve puntos menos que los que creían que eso era lo que debía suceder, curiosamente el mismo porcentaje que el que antes se señalaba como discrepancia ideal/real, y que viene a reforzar la impresión de que uno de cada diez jóvenes quiere que sus padres se ocupen menos de ellos, que les “agobien” menos.

La postura intermedia (“estar enterados de lo que hago, pero sin decirme lo que tengo que hacer”) mantiene porcentajes similares (de alrededor del 25%) en ambos planos, real e ideal, lo que es coherente con su posición más neutra. Al igual que ocurría con los comportamientos que se esperaban de los padres, los perfiles que definen una percepción más intervencionista de esos padres señalan la importancia de la edad (los menores) y del sexo (las mujeres), sin que existan otros factores de peso que marquen diferencias significativas.

CAPÍTULO SEIS

Una tipología de jóvenes ante el riesgo en el ocio

Hasta ahora, la orientación analítica seguida por este informe ha sido describir minuciosamente las actitudes y percepciones de los jóvenes sobre la relación entre riesgo y ocio, abordando esta cuestión por medio del estudio de diferentes aspectos de esta relación y considerando las diferentes posturas hacia los mismos. No se puede concluir este análisis sin intentar presentar una visión global de todo lo dicho hasta ahora, ofreciendo para ello los resultados mediante una óptica más global, sintética y explicativa del conjunto de la información; en definitiva, de lo que se trata en este capítulo es de obtener una tipología de individuos en función de sus actitudes y percepciones sobre la relación riesgo-ocio, tipología que debe expresar, en el grado y manera más adecuada posible, el conjunto de posiciones descritas en los capítulos precedentes.

La construcción de esta tipología es, ni más ni menos, el intento de ofrecer una visión más allá de la circunstancia y de lo parcial, puesto que sólo la lectura multidimensional de los elementos permite una aproximación a las actitudes globales que se dan entre los jóvenes. No tendría sentido, en ningún análisis de este tipo lo tiene, quedarse en el detalle sin subir a una atalaya que ofrezca un panorama que incluya las distintas variables respecto a la totalidad de los individuos que han participado en el estudio, y que además las relacione con diferentes perfiles sociodemográficos.

El intento de clasificar, ordenar y dar un sentido global a una realidad compleja, como lo es ésta, es siempre dificultoso en extremo, ya que las grandes agrupaciones siempre tienden a ocultar los matices y detalles, matices que incluso acontecen dentro de una misma posición general compartida por un número importante de individuos; sin embargo, la potencia de esta clasificación añade calidad interpretativa y comprensión global del fenómeno del riesgo en el ocio, aun a costa de perder riqueza y complejidad.

En suma, el intento y las explicaciones derivadas de este análisis siempre tendrán como horizonte describir lo global a partir de los detalles más pertinentes, pero sin que éstos impidan “ver el bosque”, con el fin de construir un “mapa del territorio” que oriente hacia el conocimiento preciso de lo que ocurre en el terreno.

Para esta construcción de tipos se ha empleado una de las técnicas más potentes para la clasificación y agrupación, el análisis *cluster*, que debe ser explicada, siquiera brevemente. Este tipo de análisis utiliza la información de una serie de variables para cada sujeto y, conforme a éstas, se mide la similitud entre los individuos. Una vez medida la similitud o disimilitud, los individuos se agrupan en varios conjuntos homogéneos internamente y diferentes entre sí. Con estas agrupaciones o *clusters* se obtiene una clasificación de tipo “taxonómico” y se simplifica la dimensión de los datos, ofreciendo nuevas estructuras de estudio (los tipos o *clusters*).

Ahora bien, hay que precisar que esta técnica de análisis no tiene propiedades inferenciales y que, por tanto, los resultados logrados sirven sólo para cada diseño, que tiene que ver naturalmente con los objetivos de investigación (clasificación de los entrevistados en función de unas preguntas determinadas); por tanto, en el resultado final influyen de manera determinante la variables relevantes utilizadas, el criterio de similitud utilizado, el nivel de agrupación final elegido y otros elementos. Optar por unas u otras formas de clasificación determina de manera evidente el resultado obtenido, de tal modo que podemos afirmar que no existe una única agrupación o tipología posible, sino tantas como variables queramos añadir o restar al modelo final.

Desde el criterio del equipo investigador, y teniendo en cuenta los resultados comentados en capítulos precedentes, las variables empleadas en la construcción de la tipología han sido las que, *a priori*, parecían más determinantes en la relación entre riesgo y ocio. Estas variables son:

1. Las que ofrecen información sobre la percepción de problemas en determinados comportamientos (bloque de preguntas P.10 del cuestionario)
2. Las que tenían por objetivo determinar actitudes ante el riesgo general (bloque de preguntas P.11)
3. Las que determinaban posiciones ante el riesgo con respecto al tiempo de ocio mediante el acuerdo/desacuerdo con afirmaciones (bloque de preguntas P.12)
4. Las que detectaban actitudes ante drogas y comportamientos de riesgo en el tiempo de ocio (batería P.14)
5. Las que analizaban el grado de compensación que se obtiene a la hora de afrontar diversos comportamientos de riesgo en función de los potenciales beneficios a obtener (batería de preguntas P.15)

Como puede apreciarse, se han empleado para esta clasificación casi todas las preguntas que conformaban el centro de esta investigación, ya que cada una aborda el problema desde distintas perspectivas complementarias, pero todas ellas esenciales.

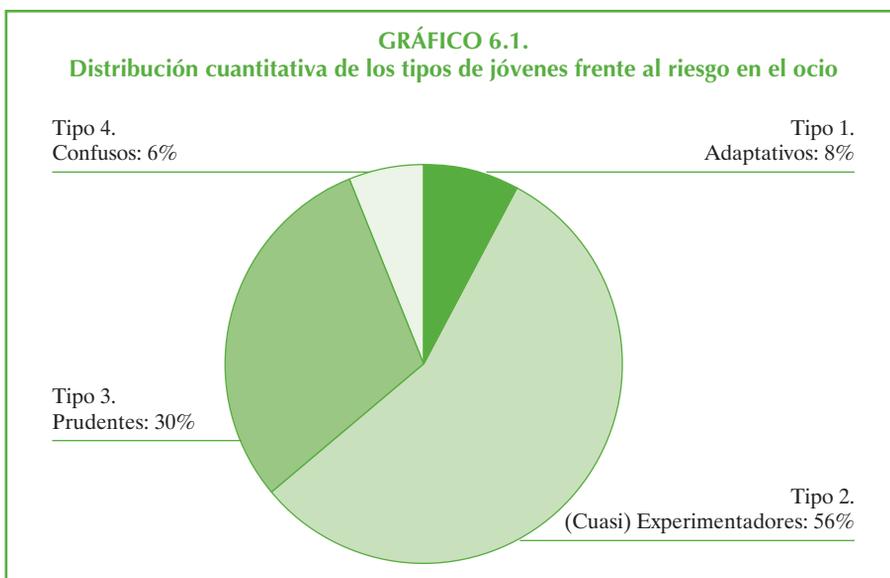
Una vez definidos los grupos (en función de su mayor o menor similitud en cuanto a las variables antes seleccionadas) se comentarán los diferentes perfiles sociodemográficos de cada uno de ellos, lo que permitirá caracterizar mejor a los tipos resultantes.

1. UNA TIPOLOGÍA DE JÓVENES SEGÚN LAS POSTURAS FRENTE AL RIESGO Y AL OCIO

El modelo, construido con las agrupaciones en torno a las variables comentadas anteriormente, forma cuatro tipos básicos de posiciones ante el riesgo en el tiempo de ocio.

- **Tipo 1. *Adaptativos*:** Rechazo del riesgo como postura vital pero aceptación de sus manifestaciones concretas en el tiempo de ocio, como peaje para la integración.
- **Tipo 2. *(Cuasi) Experimentadores*:** Aceptación de riesgo como postura vital y en sus manifestaciones concretas, pero desde posturas precavidas.
- **Tipo 3. *Prudentes*:** Aceptación del riesgo sólo como constructo teórico o como ideal, con claro rechazo de las expresiones operativas del mismo.
- **Tipo 4. *Confusos*:** Cierta mitificación del riesgo teórico, enfatizando los peligros concretos; todo ello desde una cierta mala integración con los iguales.

Estos cuatro grupos, tal y como el análisis *cluster* los ha definido, presentan variaciones significativas en cuanto a su tamaño, siendo los dos primeros los más numerosos y el cuarto el que menos individuos agrupa (Gráfico 6.1).



La descripción extensa de cada uno de las tipologías sería la siguiente:

Tipo 1. Adaptativos: cuando lo importante es integrarse (o el riesgo como mal menor)

Este Tipo es uno de los que menor número de individuos agrupa, tan sólo el 8% de los entrevistados. En él tiene especial importancia, ya que lo marca y lo distingue claramente del resto de tipologías, su fuerte tendencia a los comportamientos gregarios; sus integrantes son los que más de acuerdo están con que es grave “tener pocos amigos”, “tener gustos o aficiones diferentes al grupo” o “no poder salir cuando otros lo hacen”. Así que la seña de este grupo es, de manera visible, la significación de la exclusión como el verdadero peligro a enfrentar, más aún que otros peligros potenciales, como se verá más adelante.

Su postura de rechazo ante el riesgo como actitud vital o existencial está claramente marcada por cuanto son los que más desacuerdo muestran con proposiciones como “en la vida hay que arriesgarse”, “me gusta experimentar aunque sea un riesgo”, “importa el presente, no el futuro” o “los que arriesgan son los que ganan”. En consonancia con esta postura muestran, de manera general, altos grados de acuerdo con proposiciones que explicitan el valor de la prudencia como “la prudencia es fundamental”, “prefiero pensar las cosas antes de hacerlas”, “jugarse el tipo en aventuras es una locura” y “prefiero una vida tranquila, sin riesgos”. Sin duda, para este grupo las actitudes que positivizan el riesgo como valor genérico y actitudinal no tienen demasiado fundamento.

Ahora bien, esta actitud de rechazo del riesgo no permite una extrapolación directa a sus posiciones en cuanto al riesgo en el tiempo de ocio. Cuando se refieren a su grado de acuerdo con determinadas actitudes que positivizan el riesgo, tales como “lo mejor de la noche es no saber lo que va a pasar”, “me divierto más cuando desfaso”, “tratar de ser prudente me arruina la diversión” o “usar preservativo me corta el rollo”, manifiestan normalmente acuerdos altos con las mismas, en comparación a otros grupos. Y es más, cuando se les inquiere sobre su percepción de comportamientos arriesgados, tienden también a mostrar grados relativamente altos de acuerdo con los mismos (al menos, en cierto número de ellos) en comparación siempre con el resto de grupos; un ejemplo de esta postura son las medias alcanzadas por este grupo en “en la vida hay que probar de todo, también drogas” (un 4,2 de media, frente al 2,6 de media de los otros tres grupos) o “se conduce igual de bien con un par de copas” (un 3,6 de acuerdo frente al 1,9 del resto de grupos).

Para terminar con la definición de este grupo, observando sus resultados en las preguntas que giran alrededor de la compensación entre riesgos y beneficios de deter-

minados comportamientos, son los que mayor grado de equilibrio (es decir, de aceptación de estos comportamientos de riesgo en función de sus potenciales beneficios) encuentran en los mismos; por ejemplo, para el comportamiento “no usar preservativo” encuentran que les compensa en una media de 5,4 (en una escala donde 1 es “no compensa nada” y 10 “compensa totalmente”), frente al 3,5 del resto de grupos; “practicar deportes de riesgo” alcanza en este grupo una nota media de 6,1, bastante más alta que la alcanzada por el resto de grupos (media de 4,6). Por otra parte, queda clara su mayor aceptación de determinados comportamientos en base a su componente social: “pasarte de copas un fin de semana” es valorado por este grupo en la escala de compensación con un 7,9 frente al 4,1 del resto de grupos, “salir de marcha toda la noche” alcanza nada más y nada menos que un 9,7 frente al 5,4 de media y “liarte con un desconocido” el 9,5 frente al 4,6 del conjunto de los tres grupos restantes.

Tipo 2. (Cuasi) Experimentadores: el riesgo como valor vital (dentro de un orden)

Este Tipo es el mayoritario, llegando a agrupar a más de la mitad de los encuestados, concretamente, al 56% de los mismos. Por tanto sería el Tipo que representa en mayor medida al universo de jóvenes con los que se ha trabajado.

Observando sus declaraciones en torno al riesgo como actitud vital, se encuentra un moderado mayor nivel de aceptación del mismo que en el conjunto del resto de grupos, sin duda mucho más alto que en el grupo anterior; por ejemplo, en lo que se refiere a la sintonía con las afirmaciones que positivizan el riesgo como valor vital, se encuentran grados de acuerdo altos (siempre en relación con los otros Tipos) con afirmaciones como “me gusta experimentar aunque sea un riesgo” (un 6,6 de media frente a un 4,3 del resto de grupos). En consonancia con esta actitud francamente tendente hacia cierta mayor aceptación del riesgo como principio, también sus niveles de acuerdo con respecto a declaraciones que alientan la prudencia como elemento positivo son más bajas que en el resto de grupos; así, mientras que la media de acuerdo con la afirmación “la prudencia es fundamental en la vida” (siendo 1 “nada de acuerdo” y 10 “totalmente de acuerdo”) es del 7,5 en el conjunto de los tres grupos restantes, en éste la media es de 6,4; lo mismo ocurre con la afirmación “prefiero pensar las cosas antes de hacerlas”, que se sanciona con un 6,7 de media mientras que alcanza un 7,7 en el conjunto de los otros Tipos; incluso “es mejor evitar cosas que nos compliquen el futuro” alcanza en este grupo “tan sólo” un 6,8, mientras que en el resto se puntúa con un 8,6.

Correlacionando con esta tendencia a percibir el riesgo como un eje de conducta ideal, sus actitudes hacia los comportamientos arriesgados en el tiempo de ocio

siguen el mismo camino aunque de forma más moderada; sus grados de acuerdo en estos casos no son ni tan altos como en el grupo anterior con respecto a afirmaciones como “lo mejor de la noche es no saber lo que va a pasar”, “me divierto más cuando desfase” o “tratar de ser prudente me arruina la diversión”, ni tan bajos como en otros grupos; su actitud general, por tanto, es de discreta aceptación del riesgo como eje director de comportamientos en el tiempo de ocio, aunque con elementos de contención y moderación.

Obviamente, esta contención no implica que renuncien de manera expresa a esos comportamientos. Con las sustancias están dispuestos a experimentar hasta cierto punto: sus grados de acuerdo con respecto a afirmaciones que positivizan el consumo de drogas son elevados, siempre en comparación al resto de grupos. Por ejemplo, la frase “las drogas tienen riesgo, como todo lo que merece la pena en la vida” alcanza un grado de acuerdo en este grupo del 4,0, bastante alto comparado con el 2,3 que consigue en el promedio de los tres grupos restantes; a “las drogas no suponen más peligros que otras formas de diversión” se le otorga una puntuación media de 2,7, que si bien por sí misma es baja, es la segunda nota más alta entre los cuatro grupos (la primera corresponde al grupo 4, con un 3,9 de acuerdo, que se comentará más adelante); lo mismo ocurre con la proposición “en la vida hay que probar de todo, también las drogas”, que este grupo puntúa con una media de 3,7 en el grado de acuerdo, siendo la segunda nota más alta entre los cuatro grupos.

Asimismo, cuando se analizan en este grupo las proposiciones que negativizan los consumos de sustancias, los grados de acuerdo que expresan los integrantes de este grupo son menores que los de sus compañeros de otras agrupaciones; por ejemplo, “usar drogas tiene demasiados riesgos, es preferible evitarlas” alcanza un 6,8 de grado de acuerdo mientras que en los otros grupos el promedio es de 8,5; para “usar drogas no tiene beneficios de ningún tipo” la nota otorgada es de 6,2, mientras que en el resto de grupos la media para la misma propuesta es de 8,5.

Analizando otros comportamientos de riesgo, como la conducción, el resultado es el mismo; pese a que a se sancionan, los niveles de rechazo no son tan altos como en el resto de grupos; a “la velocidad te da emociones que no te puedes perder” se asigna una nota de acuerdo de 4,4, mientras que en el resto de grupos el apoyo es menor (3.1); al ítem “se conduce igual de bien con un par de copas” se le asigna una media de acuerdo de 2,4, la segunda entre todos los Tipos.

Este perfil, montado en base a un reticente compromiso con el riesgo en general, pero con elementos de legitimación del mismo en función de una cierta necesidad de experimentación (siempre de forma relativa; frente a los otros Tipos), queda más claro analizando las respuestas a las preguntas que versan sobre el grado de compensación que ofrece adoptar comportamientos de riesgo. En el conjunto de la

batería que aborda estos temas casi siempre queda en segunda posición, cuando no en la primera, en el nivel de compensación encontrado, siendo el Tipo 1 al que en general más compensan estos comportamientos. Por ejemplo, a “colocarte el fin de semana” le otorga un 3,3 en la escala de compensación, mientras que el resto de grupos asigna una nota media de 2,1; “ir en un vehículo con alguien que ha bebido” obtiene un 2,3 de media, mientras que el conjunto de los tres grupos restantes asigna una media ponderada de 1,8; para “pasarte de copas un fin de semana” la nota de este grupo es de 5,0, la segunda más alta; “liarte con un desconocido”, 6,2 (también la segunda puntuación más alta); “tener peleas” obtiene 2,2, media evidentemente baja pero la más alta entre las cuatro agrupaciones.

Queda claro por tanto que en este grupo se conjuga la moderación, característica del conjunto del colectivo juvenil, con una cierta tendencia al riesgo: pese a que muestra rechazo por ciertos comportamientos y actitudes de potencial peligrosidad, éste no es tan alto como el que se encuentra en los otros grupos.

Tipo 3. Prudentes: el riesgo sólo como apuesta teórica

Este perfil es el segundo en tamaño ya que agrupa al 30% de los encuestados. Por su relación con el riesgo y el ocio son los más fáciles de definir, ya que se caracterizan por una moderada aceptación de ese riesgo sólo como actitud teórica, mientras que muestran una sanción elevada de los comportamientos que lo traducen; es decir, apuestan de manera discreta por el riesgo como actitud pero no trasladan esa apuesta a sus posturas frente al ocio ni a sus posiciones frente a los consumos y a otros comportamientos de potencial peligrosidad.

En primer lugar, es el grupo que más problemas encuentra a “tener relaciones sexuales estando bebido” o “tener relaciones sexuales sin protección”, a “conducir bebido” o a “ir con un conductor bebido” y “conducir a mucha velocidad”. Sus componentes son, además, los que más preocupados se muestran ante “tener problemas con los estudios” y los segundos que más se preocupan por “no tener claro lo que se quiere estudiar”; en el resto de comportamientos, el Tipo muestra, como mínimo, grados de preocupación iguales o superiores a la media.

Sin embargo, su posición teórica ante el riesgo como concepto global manifiesta cierta tendencia a una mayor aceptación; están algo más de acuerdo, como media, que sus compañeros del grupo 2 (al que ya se describía como moderados en su tendencia al riesgo general) en afirmaciones tales como “en la vida hay que arriesgarse”, “me gusta experimentar aunque sea un riesgo”, “los jóvenes arriesgan más”, “importa el presente, no el futuro” y “los que arriesgan son los que ganan”. Ahora bien, esta discreta aceptación teórica del riesgo como actitud global no se ve refle-

jada en sus comportamientos en el tiempo de ocio; así, es el grupo que más bajo acuerdo muestra, en general, con afirmaciones como “lo mejor de la noche es no saber lo que va a pasar”, “me divierto más cuando desfase”, “tratar de ser prudente me arruina la diversión”, “usar preservativo me corta el rollo” o “no importa arriesgarse, si pasa algo los colegas me ayudarían”.

Los chicos y chicas de este grupo se sitúan en la misma línea de prudencia real a la hora de enjuiciar los consumos de sustancias y otros comportamientos de riesgo; por ejemplo, son los que menor grado de acuerdo declaran con “las drogas no suponen mayor riesgo que otras formas de diversión” (un 1,9 frente a una media de 3 del resto de grupos) y “se conduce igual de bien con un par de copas (con un 1,5 frente a un 2,6 de media general). Coherentemente, también son quienes están más de acuerdo con “usar drogas tiene demasiados riesgos; es preferible evitarlas”, o con “los riesgos de las relaciones sexuales son, sobre todo, para las chicas”. Para otras afirmaciones se sitúan, como poco, alrededor de la media de los tres grupos restantes, aunque sus grados de acuerdo sean más altos en algunas ocasiones como, por ejemplo, para las afirmaciones “se exagera mucho con los riesgos de las relaciones sexuales”, con un 4,7 de media frente a una media general de 3,7 o “las drogas tienen riesgo, como todo lo que merece la pena en la vida” (con un 3 de nota media frente al 2,7 del resto de grupos)¹.

Pero, sin duda, donde se demuestra de manera más evidente el bajo nivel de amenazas que el grupo está dispuesto a asumir es en la batería de preguntas sobre el grado de compensación de comportamientos en función de sus beneficios; son, de largo, el grupo al que menos compensa adoptar los comportamientos de “no usar preservativo”, “tener peleas”, “conducir a mucha velocidad”, “ir en un vehículo con alguien que ha bebido”, “pasarte de copas un fin de semana”, “colocarte un fin de semana” y “liarte con un desconocido”.

Tipo 4. Confusos: la ambivalencia ante el riesgo

Es el grupo menos numeroso de la tipología, con sólo un 6% de los encuestados. A la vez, es el Tipo más difícil de definir por sus respuestas muchas veces contradictorias. Si resulta extraordinariamente complejo en su análisis es porque, entre otras cosas, no es un grupo que (al contrario que el resto de agrupaciones) destaque excesivamente por nada; más bien sus comportamientos y actitudes son una mixtura de posiciones y actitudes muy diversas.

1. Quizá no sea casual que este mayor acuerdo con propuestas de riesgo se dé precisamente con aquéllas que en su formulación se aproximan a proclamas puramente teóricas.

En primer lugar, son los que menos problemas adjudican a aspectos de su vida cotidiana como “tener pocos amigos”, “tener gustos y aficiones diferentes al grupo”, “no poder salir cuando otros lo hacen” o “tener problemas con los estudios”. Asimismo, es uno de los grupos que más problemas o riesgos encuentra en “emborracharse los fines de semana”, “tener relaciones sexuales estando bebido”, “fumar porros frecuentemente”, “participar en peleas” o “no tener claro lo que se quiere estudiar”². Es decir, es uno de los grupos que más posibilidades de conflicto encuentra en numerosos comportamientos o circunstancias que pueden darse en la vida de joven, exceptuando de esa visión amenazadora a los posibles riesgos de carácter relacional.

Al tiempo que subrayan este alto grado de potenciales peligros en numerosos comportamientos, tienden a declarar los niveles más altos de desacuerdo con proposiciones que presentan al riesgo general como actitud positiva, como “me gusta experimentar aunque sea un riesgo”, “los jóvenes arriesgan más” o “importa el presente, no el futuro”. Ahora bien, esta actitud de conflicto con el riesgo en lo personal contrasta fuertemente con sus actitudes hacia el riesgo como valor general, ofreciendo uno de los más altos grado de acuerdo en dos afirmaciones clave: “en la vida hay que arriesgarse” (un 7,3 frente al 6,5 de media) y “los que arriesgan son los que ganan” (un 7,1 frente al 5,9).

Esta posición que se podría describir como de reivindicación del riesgo como valor ideal al tiempo que se enfatizan los peligros concretos de llevar a la práctica ese valor ideal, se complementaría con el relativamente bajo nivel de acuerdo con proposiciones que enfatizan el papel de la prudencia: frente a “la prudencia es fundamental” y “prefiero pensar las cosas antes de hacerlas” es el Tipo que califica a las mismas con puntuaciones más bajas.

Muestran también una moderada tendencia a aceptar los riesgos implícitos en el tiempo de ocio; son los que más concuerdan con “me divierto más cuando desfaso”, “tratar de ser prudente me arruina la diversión” y “no importa arriesgarse, si pasa algo los colegas me ayudarían”. No obstante, para el resto de preguntas de este bloque, sus medias de acuerdo son más bajas, como por ejemplo, para las proposiciones “no importa arriesgarse, al final no pasa nada”. Finalmente, en este apartado llama poderosamente la atención que sea el grupo que más puntúa su coincidencia con “prefiero no salir para no tener líos” (6,7 puntos frente a una media de 2,5 del resto de los Tipos); no puede evitarse correlacionar esto con la baja importancia concedida a conflictos de carácter social o relacional.

2. Esta contradicción (es más grave no saber lo que se va a estudiar que tener problemas con los estudios) sugiere alguna hipótesis especulativa: son buenos estudiantes pero, en su propio aislamiento social y en la confusión que les define, subrayan las amenazas de un futuro que ven incierto.

Rechazan (no los que más, pero rechazan) los comportamientos que conllevan altos niveles de riesgo, tales como conducción bajo los efectos de alcohol (“se conduce igual de bien con un par de copas”) o el consumo de sustancias; son los que menos están de acuerdo con proposiciones como “en la vida hay que probar de todo, también las drogas”, “las drogas tienen riesgo, como todo lo que merece la pena en la vida” o “si se piensa mucho en protegerse, se arruinan las relaciones sexuales”. De igual manera son uno de los grupos que menos puntúan, de media, los comportamientos de riesgo en la escala de compensación riesgos-beneficios, pareciéndose mucho, en este caso, a lo observado en el grupo 3 de la tipología.

En esencia, un grupo extraordinariamente difícil de clasificar, puesto que su apuesta es la propia indefinición. Se podría decir, en cierto sentido, que la mezcla del deseo de aceptación de cierto grado de riesgo contrasta fuertemente con sus prácticas habituales, generando una cierta confusión. Y todo ello en lo que cabría hipotetizar como un cierto aislamiento social. Haciendo constar de entrada todo lo que tiene de especulativo, este Tipo sugeriría un conjunto de chicos y chicas que se sienten poco integrados con los otros jóvenes y que en ese aislamiento combinan la rumia de sus temores con una reacción contrafóbica de mitificación teórica de la aventura.

Para que el lector pueda avanzar por sí mismo en el análisis de las tipologías, se reproducen a continuación las Tablas correspondientes (Tablas 6.1 a 6.5).

TABLA 6.1.
Diferencias en la valoración de riesgos potenciales,
según tipos de agrupación (medias en la escala 1-10)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Gustos/aficiones diferentes al grupo	6,3	4,5	5,6	2,8
No poder salir cuando los otros lo hacen	7,6	5,8	6,3	2,6
Tener pocos amigos	7,8	6,3	7,3	2,6
Ser consumidor frecuente de cocaína	10,0	8,1	9,6	8,9
Participar en peleas	9,0	7,0	8,8	9,2
Fumar frecuentemente porros	6,6	6,2	8,7	9,3
Emborracharse los fines de semana	4,3	5,4	7,8	9,2
Tener relaciones sexuales estando bebido	3,2	5,5	8,3	9,2
Relaciones sexuales sin protección	8,5	7,7	9,4	9,1
Tener problemas con los estudios	8,1	6,3	8,3	4,2
No tener claro lo que se quiere estudiar	7,8	6,2	7,4	9,0
Conducir bebido	9,9	8,2	9,8	9,0
Ir en vehículo conducido por alguien bebido	9,8	8,3	9,8	9,3
Conducir a mucha velocidad	8,9	7,6	9,4	9,3
N	90	615	337	71

TABLA 6.2.
Diferencias en las actitudes ante el riesgo existencial,
según tipos de agrupación (medias en la escala 1-10)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
En la vida hay que arriesgarse	4,3	7,2	8,1	7,3
Me gusta experimentar aunque sea un riesgo	3,9	6,6	6,0	3,2
Los jóvenes arriesgan más	6,8	7,2	7,6	6,7
Importa el presente, no el futuro	3,8	5,5	5,8	3,9
Los que arriesgan son los que ganan	4,9	6,4	6,5	7,1
La prudencia es fundamental	7,7	6,4	8,2	6,8
Prefiero hacer las cosas antes de hacerlas	8,4	6,7	8,6	6,3
Jugarse el tipo en aventuras es una locura	9,2	6,0	7,7	6,2
Es mejor evitar cosas que compliquen el futuro	8,8	6,8	8,6	8,4
Prefiero una vida tranquila, sin riesgos	8,5	5,1	6,8	7,4
N	90	615	337	71

TABLA 6.3.
Diferencias en la valoración de riesgos en el tiempo de ocio,
según tipos de agrupación (medias en la escala 1-10)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Lo mejor de la noche es no saber lo que va a pasar	8,8	6,0	4,8	7,5
Me divierto más cuando desfaso	6,4	5,1	3,3	7,3
Tratar de ser prudente me arruina la diversión	6,9	4,1	3,3	7,5
Usar preservativo me "corta el rollo"	6,8	3,3	2,3	2,9
No importa arriesgarse, al final no pasa nada	3,8	4,4	4,0	3,7
No importa arriesgarse, si pasa algo, los colegas ayudan	4,5	5,0	4,4	7,6
No me arriesgo porque otros lo hagan	9,2	6,8	7,3	7,8
Me divierto igual aunque no beba	5,9	6,0	8,7	7,7
Prefiero no salir para no tener líos	1,3	2,4	4,0	6,7
N	90	615	337	71

TABLA 6.4.
Diferencias en la valoración de actitudes ante drogas y comportamientos de riesgo,
según tipos de agrupación (medias en la escala 1-10)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
En la vida hay que probar de todo, también drogas	4,2	3,7	2,3	2,0
Las drogas tienen riesgo, como todo lo que merece la pena	2,3	4,0	3,0	1,8
Se conduce igual de bien con un par de copas	3,6	2,4	1,5	2,0
Las drogas no suponen más riesgos que otras formas de diversión	2,4	2,7	1,9	3,9
Se exagera mucho con los riesgos de las relaciones sexuales	3,3	4,6	4,7	3,3
Si se piensa mucho en protegerse, se arruinan las relaciones sexuales	3,7	3,1	2,1	1,8
Consumir drogas es cosa de jóvenes	6,8	3,3	3,4	3,3
Es mejor quedarse solo que ir con un conductor bebido	8,4	6,8	8,6	3,8
Usar drogas no tienen ningún beneficio	8,9	6,2	8,9	7,7
Usar drogas tiene demasiados riesgos, es mejor evitarlas	8,8	6,8	9,1	7,6
La velocidad da emociones que no te puedes perder	2,8	4,4	2,9	3,6
Los riesgos de las relaciones sexuales son, sobre todo, para las chicas	2,8	4,6	5,3	4,6
El alcohol y las drogas facilitan las broncas	9,2	7,8	8,9	8,5
Algunas relaciones sexuales no necesitan protección	6,5	4,6	4,0	2,6
N	90	615	337	71

TABLA 6.5.
Diferencias en el grado de compensación riesgos-beneficios,
según tipos de agrupación (medias en la escala 1-10)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
No usar preservativo	5,4	3,1	2,3	5,2
Conducir cuando se han consumido alcohol o drogas	1,5	2,0	1,3	1,7
Tener peleas	1,3	2,2	1,4	1,8
Pasar muchas horas ante el ordenador (no estudiando/trabajando)	6,7	4,4	3,6	3,2
Conducir a mucha velocidad	2,6	3,1	1,9	2,0
Practicar deportes de riesgo	6,1	5,9	4,0	3,9
Ir en un vehículo con alguien que ha bebido	2,0	2,3	1,5	1,9
“Pasarte” de copas un fin de semana	7,9	5,0	3,1	4,3
“Colocarte” el fin de semana	2,3	3,3	1,7	2,2
Salir de marcha toda la noche	9,7	6,8	5,3	4,1
“Liarte” con alguien desconocido	9,5	6,2	3,7	4,0
No salir de marcha por las noches	1,1	2,8	3,5	1,9
N	90	615	337	71

2. CARACTERÍSTICAS DIFERENCIALES DE LOS TIPOS IDEALES

2.1. En relación con el perfil sociodemográfico e ideológico

Los cuatro tipos descritos con anterioridad presentan sensibles diferencias intergrupales en cuanto a su composición y a las características de los individuos que los integran. Los perfiles básicos están expresados en la Tabla A6.1 del Anexo.

En el Tipo 1, *Adaptativos*, hay mayor representación de los grupos de edad de 19 a 22 años, de los estudiantes, de quienes tienen más ingresos semanales, de los católicos practicantes, de los autopoisonados a izquierda y derecha, y de quienes viven con su pareja o con amigos.

En el Tipo 2, *(Cuasi) Experimentadores*, quienes están sobrerrepresentados son los hombres, los de 17 a 18 años, los que trabajan, los de mayores ingresos semanales, los agnósticos, los situados en la izquierda política y quienes viven solos o con amigos o conocidos. Todo muy coherente con lo conocido.

El Tipo 3, *Prudentes*, tiene una proporción más alta de la que correspondería de mujeres, de los más jóvenes (15-16 años), de quienes disponen de menos dinero, de católicos practicantes y confesos de otras religiones, de los que se sitúan en el centro político y de quienes viven en pareja. Como se ve, un perfil que encaja perfectamente con lo esperable en el grupo de los más prudentes.

Finalmente, el Tipo 4 (*Confusos*) tiene una sobrerrepresentación de mujeres, de los de 15-16 años, pero también de los de 26-24, de estudiantes, de los que disponen de bajos y medios ingresos semanales, de católicos no practicantes, de los autopoisonados en el centro político y de quienes siguen viviendo con los padres.

En cualquier caso, para abundar en la descripción también se ha procedido en otro sentido: tomando cada Tipo como unidad, analizar qué porcentajes de la misma se nutren de los encuestados distribuidos por las distintas variables que se consideran.

Eso es lo que se muestra en las Tablas A6.2 a A6.9 del Anexo.

TIPO 1. ADAPTATIVOS (8% DE LA MUESTRA, 90 CASOS)

- En este grupo, los porcentajes por sexos están igualados; en este sentido, este grupo tiende a parecerse a la tipología 4 (*Confusos*) y a ser muy disímil con respecto a las tipologías 2 y 3, *(Cuasi) Experimentadores* y *Prudentes*.
- En cuanto a la edad, los mayores porcentajes se corresponden con el tramo que va desde los 21 a los 24 años (un 50% de sus componentes se encuentra dentro del rango); es decir, es un grupo caracterizado por jóvenes un poco más adultos que en el resto de grupos, cuyas edades tienden a estar sensiblemente más repartidas.

- En cuanto a la situación laboral propia, la mayoría de este grupo declara estar estudiando (el 66%), frente a una minoría que declara trabajar, ya sea esporádica o habitualmente; en este aspecto, este grupo es parecido al grupo 4 (*Confusos*) y disímil a los grupos 2 y 3, (*Cuasi*) *Experimentadores* y *Prudentes*.
- Por sus ingresos, es un grupo que está muy repartido entre los distintos rangos de ingresos propios semanales; un 36% declara 30 euros o menos, un 31% entre 31 y 75 euros y un 32% más de 75 euros semanales; es decir, más del 67% declara ingresos semanales por debajo de 75 euros.
- La mayoría de este grupo se declara católica no practicante (un 40%), pero existe una buena proporción de personas que se declaran agnósticos/ateos (un 32%); en cuanto a su ubicación ideológica, en este grupo pesan más los individuos que se autoubican en posiciones de izquierda (un 42%). En estos aspectos, se parece más al grupo 2, (*Cuasi*) *Experimentadores* y es más disímil de los grupos 3 y 4.
- Para finalizar, en lo que se refiere a estudios, la gran mayoría (un 75%) declara estar cursando o haber cursado estudios universitarios (ya sean diplomaturas o licenciaturas); a este respecto es el grupo que mayor proporción de estudios altos presenta.

TIPO 2. (CUASI) EXPERIMENTADORES (56% DE LA MUESTRA, 615 CASOS)

- En este grupo, los porcentajes de sexos están más desequilibrados a favor de los hombres (que son el 57% del total) frente a las mujeres (el 43% restante), siendo el único grupo donde se encuentra, de manera abultada, una mayoría de hombres; lógico, por cuanto se ha determinado en anteriores capítulos la mayor tendencia al riesgo de los varones frente a las mujeres.
- Es un grupo cuyo perfil de edad está muy repartido entre todas las frecuencias, aunque promedia más bajo que el grupo 1 (*Adaptativos*); existe un 29% de personas entre los 23 y 24 años, pero también un importante 15% de personas entre los 15 y 16 años. Un 67% se sitúa entre los 19 y 24 años, siendo éste el rango de frecuencia más alto.
- En cuanto a la situación laboral propia, la mayoría declara estar estudiando (un 53%), pero hay un importante 42% que declara trabajar, ya sea habitual o esporádicamente; es el grupo donde aparecen más personas que declaran trabajar, seguido a muy corta distancia por el grupo 3 (*Prudentes*). En cuanto a los ingresos, más de la mitad (52%) declara ingresos por debajo de 30 euros semanales y un 30% entre 30 y 75 euros.
- Es el grupo donde se encuentra a más jóvenes que se declaran agnósticos/ateos (el 50%) y donde también encontramos la proporción más alta de personas posicionadas a la izquierda en la escala política (el 45%).

- En cuanto a los estudios, ya que el promedio de edad es más bajo que el anterior, hay más personas que declaran estar estudiando o haber alcanzado niveles de 2º de ESO o BUP/COU., aunque también existe una buena proporción de personas con estudios universitarios (el 36%).

TIPO 3. PRUDENTES (30% DE LA MUESTRA, 337 CASOS)

- En este grupo, son mayoritarias las mujeres (un 55% frente al 45% de los hombres). Es un dato lógico, según lo ya sabido.
- En cuanto a las edades, es un grupo que promedia entre los 15 y los 19 años, con un 60% de entrevistados que se sitúan en estas edades (un 25% de los mismos son personas entre 15-16 años), la frecuencia más alta en esta categoría entre los distintos grupos.
- La mayor parte de los entrevistados de este grupo declara estar estudiando (un 49%), frente a un 41% que trabaja; es necesario hacer constar que es en este grupo donde mayor proporción se encuentra de personas que declaran estar en paro o “no hacer nada” (casi un 10%). En línea con este dato, es el grupo que menores ingresos semanales declara, con un casi 61% de los mismos que afirma disponer de 30 euros semanales o menos.
- En función de las creencias religiosas, este grupo se define por la mayoritaria presencia de católicos no practicantes (un 38% del conjunto de entrevistados). En lo referido a ideología política, una mayoría se decanta por posiciones situadas en el centro de la escala ideológica (un 56%).
- En cuanto a los estudios, el porcentaje de mayor entidad está en las categorías de primer y segundo ciclo de ESO y BUP/COU.

TIPO 4. CONFUSOS (6% DE LA MUESTRA, 71 CASOS)

- En este grupo, la presencia de hombres y mujeres está equilibrada casi al 50%.
- Es el grupo que promedia más a una edad media-alta, ya que más del 62% de la muestra está entre los 19 y 24 años.
- Es el grupo donde encontramos mayor porcentaje de personas que declara estar estudiando (casi el 72%), y uno de los que menor promedio de ingresos declara (un 98% declara menos de 75 euros).
- Es el grupo donde hay más personas que se declaran católicos no practicantes (casi el 96% así lo manifiesta) y, asimismo, una abrumadora mayoría se sitúa en posiciones de centro ideológico (algo más del 94% de los pertenecientes a este grupo).
- También es el grupo donde más se declaran niveles de 1º y 2º de ESO.

2.2. En relación con las conductas de riesgo, el consumo de sustancias y las actividades de tiempo libre

Habiendo comprobado que las diferentes tipologías se posicionan de forma distinta ante el ocio y el riesgo, parece interesante señalar las diferencias que puedan darse frente a la praxis de los consumos y a los comportamientos potencialmente conflictivos. Para ello, se cruzará a cada una de las tipologías con las frecuencias de esas prácticas.

LAS TIPOLOGÍAS Y LA FRECUENCIA DE COMPORTAMIENTOS DE RIESGO

En lo referido a la realización o no y a la frecuencia de esa realización, los datos sobre cada uno de los comportamientos propuestos se reflejan en las tablas siguientes.

TABLA 6.6.
“He tenido relaciones sexuales (con alguien que no era mi pareja) sin preservativo”.
Diferencias en la frecuencia, según Tipos
(% de integrantes de cada Tipo, en escala agrupada)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Hasta veinte veces	48,9	24,5	10,4	64,8	23,9
Todos o casi todos los fines de semana	0,0	1,6	0,3	0,0	0,9
A diario o casi a diario	0,0	1,5	0,9	0,0	1,1
No en este año, o no las ha realizado nunca	51,1	72,4	88,4	35,2	74,1
N	90	615	337	71	1.113

La mayor frecuencia de relaciones sexuales sin protección con personas que no eran la pareja habitual se da en el grupo 4 (*Confusos*); un 64% de los pertenecientes a este grupo afirma haberlas realizado hasta un máximo de 20 veces en este año; continuando la línea habitual, la menor frecuencia se da en el grupo 3 (*Prudentes*), formado en su mayor parte por mujeres.

En lógica consecuencia con los datos aportados sobre la actitud de rechazo manifiesta hacia la mezcla de alcohol y conducción, la gran mayoría de entrevistados de todas las tipologías declara no haber realizado el último año o nunca dicha conducta. Ahora bien, entre las tipologías 1 y 2 hay más de un 10% de personas que

declaran haberlo hecho hasta 20 veces en el transcurso del año; recordemos que la tipología 1 es la que hemos denominado como *Adaptativos* y la 2 como (*Cuasi*) *Experimentadores*.

TABLA 6.7.
“He conducido habiendo bebido”. Diferencias en la frecuencia, según Tipos
(% de integrantes de cada Tipo, en escala agrupada)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Hasta veinte veces	12,2	15,0	5,7	1,4	11,3
Todos o casi todos los fines de semana	0,0	1,3	0,6	0,0	0,8
A diario o casi a diario	0,0	1,5	0,6	0,0	0,9
No en este año o no las ha realizado nunca	87,8	82,2	93,2	98,6	87,0
N	90	615	337	71	1.113

TABLA 6.8.
“He conducido habiendo tomado otras drogas”. Diferencias en la frecuencia,
según Tipos (% de integrantes de cada Tipo, en escala agrupada)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Hasta veinte veces	2,2	7,3	0,3	1,4	4,6
Todos o casi todos los fines de semana	0,0	1,5	0,6	0,0	0,9
A diario o casi a diario	0,0	1,8	1,5	0,0	1,3
No en este año, o no las ha realizado nunca	97,8	89,4	97,6	98,6	93,2
N	90	615	337	71	1.113

Si la conducción bajo los efectos del alcohol se rechaza mayoritariamente, esto aún se extrema frente a otras sustancias; sólo en el grupo 2, (*Cuasi*) *Experimentadores*, encontramos un porcentaje algo relevante (el 7%) de personas que declaran haberlo realizado un máximo de 20 veces en el año.

TABLA 6.9.
“He viajado en un coche que conducía alguien que había bebido o tomado otras drogas”. Diferencias en la frecuencia, según Tipos (% de integrantes de cada Tipo, en escala agrupada)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Hasta veinte veces	75,6	44,6	28,6	59,2	43,0
Todos o casi todos los fines de semana	0,0	2,3	1,2	0,0	1,8
A diario o casi a diario	0,0	1,0	0,3	0,0	0,6
No en este año, o no las ha realizado nunca	24,4	52,1	69,9	40,8	54,6
N	90	615	337	71	1.113

Ante la situación de haber viajado con alguien bebido o drogado se encuentran sensibles diferencias entre los grupos, aunque existe una gran tendencia a descubrir altas frecuencias en casi todos los grupos; en los *Adaptativos* (Tipo 1), el 76% declara haberlo realizado al menos una vez en el año, mientras que el Tipo 3 (*Prudentes*) es en el que se encuentran menores frecuencias de este comportamiento (no obstante, bordea el 30% el porcentaje de quienes lo hicieron en el último año).

TABLA 6.10.
“Me he visto envuelto en peleas”. Diferencias en la frecuencia, según Tipos (% de integrantes de cada Tipo, en escala agrupada)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Hasta veinte veces	5,6	31,0	24,6	64,8	29,9
Todos o casi todos los fines de semana	0,0	1,5	0,0	0,0	0,8
A diario o casi a diario	0,0	0,5	1,5	0,0	0,7
No en este año, o no las ha realizado nunca	94,4	67,0	73,9	35,2	68,7
N	90	615	337	71	1.113

En general, la frecuencia de haberse visto envuelto en peleas es muy baja, a tenor de lo expresado en la Tabla, salvo para el Tipo 2, (*Cuasi*) *Experimentadores*, donde la mayor presencia de hombres quizás está orientando este resultado (el 31% de los entrevistados declaran haberlo realizado hasta 20 veces). Asimismo, en el Tipo 4 encontramos la mayor frecuencia, ya que un 65% declara haberlo vivido en el últi-

mo año; dato que contrasta con la ausencia absoluta de los mismos entre quienes provocaron peleas (ver la Tabla 6.11); es un elemento más que enriquece la definición de un Tipo enormemente complejo: ese esfuerzo por evitar el aislamiento, esas posturas mezcladas (fóbicas y contrafóbicas) les llevan a situarse en posición de agentes pasivos de unos riesgos, mientras evitan totalmente otros.

TABLA 6.11.
“He provocado peleas”. Diferencias en la frecuencia, según Tipos
(% de integrantes de cada Tipo, en escala agrupada)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Hasta veinte veces	1,1	11,5	9,5	0,0	9,4
Todos o casi todos los fines de semana	0,0	0,8	0,6	0,0	0,6
A diario o casi a diario	0,0	1,8	0,9	0,0	1,3
No en este año, o no las ha realizado nunca	98,9	85,9	89,0	100,0	88,2
N	90	615	337	71	1.113

De nuevo la tipología 2 es la que mayores frecuencias presenta ante la provocación de peleas; casi un 12% declara haberlo hecho al menos una vez en este año y casi un 2% a diario o casi a diario.

TABLA 6.12.
“Me he emborrachado”. Diferencias en la frecuencia, según Tipos
(% de integrantes de cada Tipo, en escala agrupada)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Hasta veinte veces	78,9	51,2	40,8	62,3	50,3
Todos o casi todos los fines de semana	15,6	24,0	8,3	8,7	17,9
A diario o casi a diario	0,0	1,0	1,5	0,0	0,9
No en este año, o no las ha realizado nunca	5,6	23,8	49,4	29,0	30,9
N	90	615	337	71	1.113

Tal y como se ha visto en los capítulos precedentes, el consumo de alcohol de tipo festivo es uno de los comportamientos que menos dudas o recelos suscitaba entre los entrevistados, y uno de los comportamientos que menor sanción recibía. De tal

modo, no extraña que los datos de frecuencia sean los más altos entre los distintos comportamientos; salvo en la tipología 3 (*Prudentes*), las frecuencias son altas, especialmente entre los *Adaptativos*, entre los que el 79% declara haberlo realizado hasta 20 veces y un 15% todos o casi todo los fines de semana. Entre los (*Cuasi*) *Experimentadores*, la frecuencia de “todos o casi todos los fines de semana” sube hasta el 24%, la más alta entre las diferentes tipologías. La menor frecuencia de este comportamiento se da en la tipología 3 (*Prudentes*) donde “tan sólo” el 41% declara realizarlo un máximo de 20 veces en el último año.

Leído en otros términos, lo que se lleva descrito hasta aquí podría resumirse diciendo que el Tipo *Adaptativo* sería el que más se emborracha con una frecuencia media-baja, el segundo que más lo hace con alta frecuencia y el que tiene menor porcentaje de sujetos que no abusaron del alcohol en el último año. También están en cabeza de los que viajaron con un conductor bebido o drogado, y en segundo lugar (no a mucha distancia de los (*Cuasi*) *Experimentadores*) de quienes condujeron habiendo bebido o consumido otras drogas. Igualmente son los segundos (en este caso, tras los *Confusos*) en porcentaje de relaciones sexuales sin protección. Y, en cambio, son los que menos provocaron o se vieron envueltos en peleas. Como se ve un panorama muy coherente con ese esfuerzo de integración en el tópico del ocio juvenil: “marcha, desfase y buen rollito”.

El Tipo 2, de (*Cuasi*) *Experimentadores*, es el que presenta porcentajes más altos de sujetos que realizaron con mucha frecuencia casi todos los comportamientos propuestos, y también de los que lo hicieron con alguna menor frecuencia³. En conjunto, un panorama de mayor cercanía a todos los comportamientos de riesgo, desde una actividad proactiva; no se puede decir que “se vean arrastrados”, más bien toman la iniciativa.

El Tipo 3, *Prudentes*, es el conjunto en el que sus integrantes (ya se sabe que predominantemente chicas) participa claramente menos de los comportamientos peligrosos, en una actitud coherente (no con las contradicciones de los *Confusos*), salvo para dos supuestos relativos a verse envuelto en peleas (los *Adaptativos* las evitan mucho mejor) o en provocarlas (tanto los *Adaptativos*, con su habilidad de integración, como los *Confusos*, quizás atenazados por el temor, son más eficaces en ese sentido).

El Tipo 4, *Confusos*, como ya se ha comentado, evita especialmente las conductas de riesgo que exigen una proactividad (conducir bebido o drogado, provocar pe-

3. En este último caso, con la excepción de viajar con alguien bebido, acaso porque conducían ellos, mantener relaciones sexuales sin protección, o verse envuelto en peleas que quizás entienden haber provocado.

leas) y en cambio no saben hacerlo en los casos en que otros toman la iniciativa y la proactividad es necesaria para evadirse (relaciones sexuales sin protección, ir con conductores bebidos, verse envuelto en peleas...). Respecto a emborracharse, conducta activa pero que puede vivirse como exigencia grupal, su posición en frecuencia es la segunda, tras los *Adaptativos* (los reyes de las maniobras de integración).

LAS TIPOLOGÍAS Y LOS CONSUMOS DE SUSTANCIAS

En lo referido a los consumos de sustancias, las diferencias entre las tipologías se muestran en las tablas siguientes; en este caso, se ha optado por no agrupar, como antes, las escalas, al objeto de disponer de información más minuciosa:

TABLA 6.13.
Consumo de TABACO. Diferencias en la frecuencia de consumo, según Tipos (% de integrantes de cada Tipo)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Entre 1 y 3 veces en este año	5,6	4,2	6,5	0,0	4,6
Entre 4 y 10 veces	0,0	3,4	2,4	0,0	2,6
Entre 11 y 20 veces	3,3	5,0	3,3	0,0	4,1
Sí, todos o casi todos los fines de semana	17,8	10,9	7,1	0,0	9,4
Sí a diario o casi a diario	55,6	39,0	28,5	53,5	38,4
Total Sí	82,3	62,6	47,8	53,5	59,1
Nunca consumí + No consumí este año	17,8	37,1	51,9	46,5	40,9
N	90	615	337	71	1.113

Las frecuencias de consumo de tabaco presentan sensibles diferencias entre los grupos. Este consumo es mayoritario en los Tipos 1 (*Adaptativos*: el 82,3% declara haber consumido tabaco al menos una vez) y 2 (*Cuasi* *Experimentadores*: el 62,6% declara lo mismo); entre los *Confusos* (Tipo 4) es donde se presenta una frecuencia de consumo más alta (todos los que lo hacen lo consumen a diario: el 53,5%). En el Tipo 3 (*Prudentes*) es donde menos frecuencia de consumo encontramos (una mayoría declara no haberlo probado en el último año o nunca, el 53,2%).

En consonancia con los datos anteriores sobre la frecuencia de comportamientos, el consumo de alcohol es mayoritario entre los jóvenes de la muestra; en todos los Tipos supera el 70 el porcentaje de entrevistados que afirman haberlo consumido en el año, siendo la frecuencia más habitual la ya conocida de todos o casi todos los

fin de semana. El menor consumo se da en el Tipo 3 (*Prudentes*). Llamamos de nuevo la atención los Tipos 4, donde todos los que consumen alcohol declaran hacerlo los fines de semana y 1, donde casi el 100% de sus integrantes declara beber con una u otra frecuencia.

TABLA 6.14.
Consumo de ALCOHOL. Diferencias en la frecuencia de consumo, según Tipos (% de integrantes de cada Tipo)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Entre 1 y 3 veces en este año	1,1	5,0	13,6	0,0	7,3
Entre 4 y 10 veces	2,2	9,1	12,5	0,0	8,9
Entre 11 y 20 veces	10,0	18,9	13,1	0,0	14,9
Sí, todos o casi todos los fines de semana	84,4	53,2	26,7	69,0	47,8
Sí a diario o casi a diario	2,2	5,4	4,2	0,0	4,8
Total Sí	99,9	91,5	70,0	69,0	83,7
Nunca consumí + No consumí este año	0,0	8,5	30,0	31,0	16,3
N	90	615	337	71	1.113

TABLA 6.15.
Consumo de CÁNNABIS. Diferencias en la frecuencia de consumo, según Tipos (% de integrantes de cada Tipo)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Entre 1 y 3 veces en este año	27,8	7,5	5,3	0,0	8,1
Entre 4 y 10 veces	17,8	7,5	1,5	0,0	5,9
Entre 11 y 20 veces	3,3	8,1	3,0	5,6	5,8
Sí, todos o casi todos los fines de semana	4,4	10,4	4,5	0,0	7,4
Sí a diario o casi a diario	0,0	12,7	5,3	1,4	8,8
Total Sí	53,3	46,2	19,6	7,0	36,0
Nunca consumí + No consumí este año	46,7	53,8	80,4	93,0	64,0
N	90	615	337	71	1.113

En las declaraciones sobre consumo de cánnabis encontramos fuertes variaciones entre los distintos Tipos, considerando que en dos de ellos este consumo es mayori-

tario o está cerca de serlo. Las menores frecuencias de consumo se dan en el Tipo 4 (*Confusos*, sólo el 7% declara haberlo consumido alguna vez en este año) y en el 3 (*Prudentes*, el 19,6). Los grupos 1 y 2 son los que más declaran consumir: más de la mitad de sus integrantes (el 53%) en el primero y algo menos de la mitad en el Tipo 2 (el 46%); en este último, además, es donde más se declara la alta frecuencia, ya que el 10% de sus integrantes afirma fumar cánnabis “todos o casi todos los días”.

El consumo de anfetaminas, alucinógenos o éxtasis es francamente minoritario en el conjunto de los Tipos analizados. En el Tipo 2 es donde más personas declaran consumir, con un 11,7% acumulado en las distintas frecuencias, que en su mayoría lo ha hecho entre una y tres veces (5,2%). El Tipo 1 es el más parecido al anterior, ya que un 5,6 declara haber consumido alguna vez en el año, siendo su frecuencia más alta entre 1 y tres veces. En el resto de Tipos el consumo de estas sustancias es muy minoritario.

TABLA 6.16.
Consumo de ANFETAMINAS/ALUCINÓGENOS/ÉXTASIS. Diferencias en la frecuencia de consumo, según Tipos (% de integrantes de cada Tipo)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Entre 1 y 3 veces en este año	4,4	5,2	1,2	0,0	3,8
Entre 4 y 10 veces	1,1	2,0	0,0	0,0	1,1
Entre 11 y 20 veces	0,0	2,0	0,9	1,4	1,3
Sí, todos o casi todos los fines de semana	0,0	1,3	0,3	0,0	0,8
Sí a diario o casi a diario	0,0	1,3	0,9	1,4	1,0
Total Sí	5,6	11,7	3,3	2,8	8,0
Nunca consumí + No consumí este año	94,4	88,3	96,4	97,2	91,9
N	90	615	337	71	1.113

En cuanto a la cocaína, son los grupos 1 y 2 los que más declaran consumos, siendo porcentajes muy minoritarios los que aparecen en el resto de tipologías. Casi el 9% de entrevistados pertenecientes al grupo 1 declaran haber consumido cocaína en el último año y la gran mayoría, entre una y tres veces (6,7%). Para el grupo 2 el porcentaje de los que declaran haberla consumido es más alto (el 13%), con una mayoría que afirma haberlo hecho entre una y tres veces (el 7%), pero con cierta presencia de personas que declaran frecuencias de entre 4 y 10 veces (el 2,1%) y un 1,5% que afirma hacerlo a diario o casi a diario.

TABLA 6.17.
Consumo de COCAÍNA. Diferencias en la frecuencia de consumo,
según Tipos (% de integrantes de cada Tipo)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Entre 1 y 3 veces en este año	6,7	7,0	0,9	0,0	4,4
Entre 4 y 10 veces	2,2	2,1	0,0	0,0	1,3
Entre 11 y 20 veces	0,0	1,5	1,2	1,4	1,3
Sí, todos o casi todos los fines de semana	0,0	1,1	0,0	0,0	0,6
Sí a diario o casi a diario	0,0	1,5	0,6	1,4	1,0
Total Sí	8,9	13,2	2,7	2,8	8,6
Nunca consumí + No consumí este año	91,1	86,7	97,0	97,2	91,2
N	90	615	337	71	1.113

Los consumos de heroína son prácticamente residuales en toda la tipología, siendo el dato más importante el 2,8% que afirma haberlo hecho al menos una vez en el Tipo 4 (donde un 1,4% lo realiza a diario o casi a diario) y el resto entre 11 y 20 veces. También hay que destacar que en el Tipo 2, un 2,1% declara su consumo, mayoritariamente todos o casi todos los días (un 1,6%).

TABLA 6.18.
Consumo de HEROÍNA. Diferencias en la frecuencia de consumo,
según Tipos (% de integrantes de cada Tipo, en escala agrupada)

	TIPO 1 ADAPTATIVOS	TIPO 2 (CUASI) EXPERIMENTADORES	TIPO 3 PRUDENTES	TIPO 4 CONFUSOS	TOTAL MUESTRA
Entre 1 y 3 veces en este año	0,0	0,2	0,0	0,0	0,1
Entre 4 y 10 veces	0,0	0,2	0,0	0,0	0,1
Entre 11 y 20 veces	0,0	0,0	0,0	1,4	0,1
Sí, todos o casi todos los fines de semana	0,0	0,2	0,0	0,0	0,1
Sí a diario o casi a diario	0,0	1,6	0,9	1,4	1,3
Total Sí	0,0	2,1	0,9	2,8	1,7
Nunca consumí + No consumí este año	100,0	97,7	98,8	97,2	98,2
N	90	615	337	71	1.113

Resumiendo una vez más, habrá que decir que frente a los consumos de sustancias los diferentes Tipos se muestran coherentes con lo dicho hasta aquí. El Tipo 1, de *Adaptativos*, es un gran consumidor de tabaco, alcohol y cánnabis, las sustancias reinas de la integración. Se muestra más reticente frente a la cocaína o las “pastillas”, situándose en segundo lugar (tras el Tipo 2) en estos consumos. Y no quiere saber nada de la heroína, la droga de la exclusión en el tópico actual.

El Tipo 2, el de los (*Cuasi*) *Experimentadores*, mantiene un segundo lugar, tras los *Adaptativos*, en las sustancias más integradas (o más para integrarse: tabaco, alcohol y cánnabis), y encabeza el *ranking* para el consumo de anfetaminas, alucinógenos, éxtasis y cocaína (en heroína, está prácticamente a la par, siempre con porcentajes muy minoritarios, con el Tipo 4).

El Tipo 3, *Prudentes*, está a mucha distancia de los Tipos 1 y 2 frente a los usos de todas las sustancias (en porcentajes y en frecuencia), de manera sintónica con sus actitudes y posturas; todo ello sin que deje de haber porcentajes de consumidores.

Los *Confusos* del Tipo 4, como ya resulta conocido, mantienen actitudes y conductas dispares. Son quienes consumen menos alcohol, cánnabis y “pastillas” (sobre todo cánnabis), y en cambio igualan los consumos del Tipo 3 para la cocaína y les superan en tabaco y, muy llamativa y notablemente, en heroína. Pese a estas discrepancias, no es difícil encontrar una lógica de conexión con lo que se conoce de este Tipo, esa mezcla fóbica/contrafóbica que no hace difícil aventurar un subgrupo de integrantes con conflictos.

LA TIPOLOGÍA Y LAS ACTIVIDADES DE OCIO

No se puede concluir el análisis de los diferentes Tipos del *cluster* sin ofrecer, siquiera brevemente, una descripción de la relación de los mismos con las distintas actividades de ocio. Para ello, se han cruzado las diferentes tipologías con la frecuencia de realización de actividades, agrupando la escala original de frecuencia en otra de tres tramos (baja/nula frecuencia, frecuencia media y alta frecuencia). Las tablas que recogen estos cruces se presentan en el Anexo, con los números A6.10 a A6.23.

- El perfil tipológico 1, *Adaptativos*, se define por realizar actividades de ocio como leer e ir a discotecas o bares en mayor medida que otros grupos, y practicar en menor medida otras como ver la televisión, jugar con videojuegos, no hacer nada, visitar museos o estar con amigos.
- El perfil 2, (*Cuasi*) *Experimentadores*, parece tener su definición de ocio dimensionada en mayor medida en actividades como hacer deporte y leer, siendo el grupo que menos declara ver la televisión; en el resto de actividades, no parece distinguirse excesivamente del resto de Tipos.

- El perfil 3, *Prudentes*, destaca especialmente por la frecuencia de actividades de ocio del tipo estar con amigos y conectarse a Internet, y también (aunque no en exceso) en otras como hacer deporte y escuchar música. Es el grupo que menor frecuencia declara para “ir a discotecas/bares”.
- El perfil 4, *Confusos*, es el más disímil del resto de grupos en cuanto a las actividades de ocio que le definen; es donde mayor frecuencia se encuentra para actividades como escuchar música, ir a bares/discotecas, ver la televisión, no hacer nada, usar videojuegos, practicar botellón y viajar; y es el que con menor frecuencia dice leer.

CAPÍTULO SIETE

Los discursos juveniles sobre ocio y riesgos

El período de la adolescencia, y luego la juventud, proporciona al individuo la base de un conocimiento concretado en una suerte de “aprendizaje empírico” que, por medio de la experiencia y la experimentación, debe dotarle de la madurez y recursos necesarios para dirigir de manera eficaz su vida y para integrarse en el colectivo¹. Es una etapa convulsa, donde las directrices recibidas de los progenitores se enfrentan a una natural necesidad de experimentación y que, por tanto, provoca tensiones y conflictos internos y externos entre el ideario recibido y el comienzo de un camino vital propio. Además, si existe alguna señal que tanto pública (desde la percepción extrajuvenil) como privadamente (desde la propia percepción del colectivo afectado) define de manera inequívoca a los jóvenes y, por extensión, a la juventud como grupo social, es el ocio. En concreto, la vivencia del ocio juvenil está muy marcada por determinados comportamientos que sólo parecen ser propios del joven o, al menos, que sólo son susceptibles de ser entendidos en el marco de una etapa vital determinada, más o menos extensa en función de acontecimientos de índole biográfica y personal.

Así pues, decir ocio vinculado a los jóvenes es imaginar una actividad de características intransferibles a otros colectivos. No es un ocio individual, sino más bien tendente a lo social, que busca en el grupo la integración entre sus pares y la pertenencia a un colectivo con el que se comparten elementos que permiten reconocerse y ser reconocido. También es un ocio limitadamente sujeto a decisiones individuales y claramente influenciado; el joven yuxtapone muchas veces el gusto del grupo al suyo propio.

1. El concepto de socialización basada en la experiencia se encuentra ampliamente desarrollado en Wertsch, 1993.

Parecería, en suma, que el ocio juvenil tuviera como fin no sólo realizar determinadas actividades de una forma característica, sino también adoptar ciertas pautas de comportamiento que, ante la ausencia de elementos de decisión individual, son ecos de un acuerdo grupal y social de lo que significa estrictamente “ser joven”; la publicidad, por ejemplo, sabe mucho de este tema, imponiendo modelos de referencia. Y, como consecuencia de esta cierta “obligatoriedad de comportarse como joven” parece que se desprendiera un perfil actitudinal típico para el que los propios jóvenes se postulan, sabiendo de hecho que les resulta no sólo en cierto modo inexorable (tengo que “ser joven”) sino que, como una consecuencia más positiva, les marca y diferencia con respecto a otros colectivos o grupos y les da una entidad de la que, supuestamente, carecen por sí mismos.

Si bien en los adultos el ocio contempla actividades de autorrealización o de simple esparcimiento, en el joven está diseñado para constituirse como un espacio de libertad y trasgresión, el último escalón que separa a la pubertad de un mundo adulto de deberes y obligaciones. Y este significado de trasgresión modula la lectura del riesgo y la exigencia de asumirlo o no. Se realizan “locuras”, y el joven así lo va a reconocer, pero es evidente que realizarlas es casi una obligación, porque “las hace todo el mundo” o porque “se está en época de hacerlas”.

El orgullo de ser joven y la necesidad consciente o inconsciente de comportarse como tal, es resultado tanto de una expectativa pública socialmente acordada, las más de las veces convenientemente explotada desde ámbitos comerciales y mediáticos, como de la apropiación de los significantes necesarios por parte de los jóvenes. Aún más, resulta “raro”, y para algún adulto francamente incomprensible, que los jóvenes no se comporten como tales (tanto para lo bueno como para lo malo), negando por mor del mencionado imaginario grupal una individuación que es característica en otros sectores poblacionales. Si ser adulto significa una capacidad de actuaciones y de diferenciaciones sólo limitada por la responsabilidad propia, ser joven significa encontrarse dentro de un esquema de comportamientos con límites muy marcados y márgenes de actuación estrechos.

Así pues, cuando se habla de los jóvenes, cuando se les juzga y se opina sobre ellos, se hace casi siempre desde una visión de éstos como totalidad y menos veces desde una perspectiva individualizadora. En muchos casos, la imagen que se tiene sobre el colectivo joven (y que los propios jóvenes asumen en no pocas ocasiones) es una amalgama de tópicos y estereotipos tanto negativos como exaltadores de virtudes que, sin dejar de reconocer determinadas realidades, muestra al todo por las partes y presenta una gran posibilidad de ser manipulado; por los propios jóvenes, para justificar o ser justificados, o por otros, para cargar las tintas en los aspectos más preocupantes o señaladores de conflictos supuestos o reales.

Y aquí se entra en el terreno de la paradoja: el joven reprocha que se hable de la juventud como masa, anulando las individualidades, y a la vez utiliza las mismas imágenes, vindicándolas como ciertas, para afirmar que se comportan como son, que están “en la edad”. En otros casos, esta imagen pública (esencialmente recogida en los medios) es muy criticada por los jóvenes², por parcial, injusta y focalizada en los aspectos más negativos.

De todo esto se tratará en las páginas siguientes, entendiendo que la definición de riesgo desde un punto de vista exclusivamente negativo es insuficiente para dar cuenta de la realidad. El riesgo ha de ser entendido, también, como experimentación³, y es difícil que los jóvenes asuman la dimensión de peligro de unos comportamientos desde una perspectiva adulta, que les es muy ajena.

1. LOS JÓVENES Y EL OCIO: SIGNIFICADOS, ACTITUDES Y EXPECTATIVAS

Como ya hemos visto, rebeldía, trasgresión y cierto nivel de conflicto forman parte inseparable de la panoplia de motivaciones que impulsan al joven a comportarse como lo hace en su ocio, porque el propio significado vital de “ser joven” así se lo dicta. Y no es menos cierto que este tipo de actitudes está asumido como integrado en lo juvenil desde la mirada externa y pública, porque “los jóvenes son así”. Existe un acuerdo casi pleno en asimilar un cierto grado de confrontación de los jóvenes con normas y reglas, entendible desde la comprensión de una actitud vital propia de la edad.

“—Pues yo creo que lo que pasa es que... cuando nos ponen prohibiciones, pues inconscientemente intentamos ir en contra, que si no puedes beber pues tú, lo contrario, te pones a beber que si es en el parque... siempre vas en contra de... las reglas. Es como una diversión.”

(MIXTO, 16-17)

2. En *Jóvenes en los medios. La imagen mediática de la juventud desde su propia mirada* (Rodríguez y Megías, 2007) se explica de la siguiente forma: “Esta imagen globalizada (de los jóvenes) estaría construida en torno a los elementos que componen el elenco de las representaciones más negativas de los y las jóvenes, en función de su peso mediático; representaciones basadas en riesgos asociados al consumo de drogas y alcohol, problemas con los estudios y con la incorporación al mercado laboral”.

3. La apuesta por una concepción del riesgo no sólo negativa, sino integrada y entendible desde el punto de vista de crecimiento personal, se encuentra en *Informe Juventud en España 2004* (Comas, 2005).

Profundizando en este aspecto, interesa abordar el ocio joven desde uno de sus significados más relevantes: la ruptura de los vínculos paternos y el hito que marca la entrada en el mundo adulto. Algunos autores han definido estos patrones de conducta como formas de ritualización que marcan el comienzo de la edad adulta. De esa forma, el joven tiende a definirse a través de la ruptura de los vínculos familiares y la adscripción a los usos o costumbres del grupo de referencia. En este proceso, el ocio se conforma como un elemento esencial en la vida del adolescente y se configura como el eje alrededor del cual el joven vertebrará sus actividades⁴. Pues bien, la principal actividad de ocio, la más demandada y reconocida, son las salidas de fin de semana, “salir de fiesta”.

“—Hombre, diferente sí... Durante la semana, o gimnasio, o piscina, lo que sea. Y luego el ocio de los fines de semana.”

(HOMBRES, 18-20 AÑOS)

Y es tan potente la vinculación entre ocio y fiesta que, aunque se empiece hablando de un concepto general que abarca una multiplicidad de actividades, muy pronto se acaba eliminando lo accesorio para centrarse en una única actividad. Más pronto que tarde, el ocio del que hay que hablar, el vinculado a la edad, el de más rotundo significado, aparece.

“—Yo creo que el ocio más o menos a nuestra edad se relaciona más al fin de semana que entre semana. Y yo creo que todos hacemos más o menos lo mismo. Salir de fiesta.”

(MUJERES, 18-20 AÑOS)

Que el joven se centre en un tipo concreto de ocio no significa que desconozca otras posibilidades o que no tenga otras perspectivas: viajar, hacer deporte, asistir a conciertos, emplear horas delante del ordenador y otras tantas, representan posibilidades conocidas y apreciadas, pero se da una propensión a valorarlas según una escala cuyo punto más alto se sitúa en lo festivo. Existe un ocio de carácter más individual, casi intimista, en el que el joven realiza las actividades más acordes con sus gustos y preferencias, o que sirve simplemente para “pasar el rato” (leer, hacer deporte, ver la televisión, jugar con videojuegos, pasear, etc.); y otro, más subraya-

4. “Reflejo de los cambios sociales, el valor otorgado por los jóvenes al tiempo libre y al ocio ha ido en aumento en los últimos diez años; mientras que en 1995 el 85% de los jóvenes declaraba que era muy importante, en el año 2005 este porcentaje asciende al 92%.” (López Ruiz, 2006).

do, fundamentalmente centrado en las salidas nocturnas de fin de semana, mucho más relevante en todos los aspectos⁵. La ruptura con lo cotidiano, el encuentro con el grupo de pares, la evasión, la falta de control externo, los consumos asociados, son sólo algunos elementos de los que construyen esa conexión casi perfecta entre unas expectativas y un tiempo y espacio determinados.

—*Hombre, yo qué sé, yo prefiero salir por la noche más que nada, pues yo qué sé...
—Por conocer gente nueva, hacer amigos...
—Y eso es un poco más como de... libertad... porque dices no me están viendo a lo mejor las personas más cercanas que tengo de mi entorno, o estoy con los amigos o yo qué sé.
—Bueno, nosotros pensamos que es una forma de evadirnos... en la que puedes beber, te puedes emborrachar, pasas un poco de los problemas o de... no de los problemas, pero vamos, que tienes toda la semana clases... y lo que te apetece es... pues yo qué sé... a lo mejor a todos nos gusta pillarnos el puntillo, incluso algunos nos emborrachamos... y así acaba.
—Claro, de fiesta.
—Y siempre igual.”*

(HOMBRES, 18-20 AÑOS)

En contra de ese discurso mayoritario, algunas minorías (sobre todo, mujeres) se esfuerzan en afirmar que sus intereses son más variados, que no están tan circunscritos a “la marcha”.

—*O ocio simplemente estar en casa, tumbada, a mí me encanta, y eso. Soy supercasera. Quedarme viendo una película en plan...
—Las siestas...
—Me encantan.
—O bajarme música y también... o sea, la música y escuchar música, a mí me encanta.
—Sí...
—Y los conciertos... a mí los conciertos me... o sea, puede ser... vamos, vale, pero... No sé, me encanta ir aunque sea un... Estuve en el festival de Benicàssim y he estado... ya he perdido la cuenta de todos los conciertos. Me encanta, ir a conciertos.
—...a los conciertos, a los bares, en plan...
—Sí...”*

(MUJERES, 18-20 AÑOS)

5. Esta especial propensión al reparto y distribución de actividades caracterizada por la dualidad semana/fin de semana esta bien descrita en numerosas publicaciones; entre ellas cabe citar *Jóvenes y estilos de vida* (Comas, 2004).

La clase social facilita una explicación sujeta a una lógica todavía más aplastante: los grupos de clases más bajas están más limitados, su campo de posibilidades está más acotado que el de individuos con mayor potencialidad económica. Viajar, por ejemplo es, desde el ideal, una de las actividades favoritas de los jóvenes, pero sólo en los grupos de clase más alta se encuentra una verbalización explícita de los viajes realizados o de los proyectados.

—Yo... como viajar. Bueno a mí me encanta...
 —Sí.
 —Sí.
 —... siempre que tengo... al año, después de exámenes y eso, siempre que... solemos ir las amigas pues a hacer un viaje...
 —Sí, nosotras también.
 —Aunque solo sea para estar o irte a... yo qué sé, al sur, o al puerto, o lo que sea
 —Una semanita.
 —Una semanita, descansar, o aunque sea estar en un país extranjero, y... y aunque no haya nada planeado, simplemente estar allí y a no hacer nada.”
 (MUJERES, 18-20 AÑOS)

En teoría, el número de “cosas” que se pueden realizar roza prácticamente el infinito y, evidenciado esto por los propios jóvenes, lo que emana de los grupos es una amplia panoplia de justificaciones. Evidentemente, un presupuesto ajustado requiere un análisis coste/beneficio, que suele explicitarse en los términos siguientes: cuánto dinero gastar frente a la expectativa de beneficios a conseguir. Una actividad que no incluya suficiente “calidad” de ocio es descartada, no sólo por su objetivamente alto coste para el joven, sino porque no proporciona un beneficio acorde o consecuente con las demandas. El teatro, por poner un ejemplo, proporciona un indudable beneficio, pero lejano de la utilidad emocional y relacional que proporciona el ocio/fiesta; por lo tanto, será muy caro en función del escaso beneficio que proporciona. Al final, la única salida lógica será descartarlo como actividad, aunque, de hecho, opere en el nivel discursivo, siquiera como justificación.

—También son un poco caros los conciertos.
 —Bastante.
 —¡Joder!
 —[...]
 —Es igual que el teatro, por ejemplo, el teatro también es carísimo.
 —Y por eso lo ponen tan caro porque la gente acaba yendo...
 —Vas a ver una obra y no vas a ver jóvenes, todo gente mayor...
 —Está bien, pero para los jóvenes... pero, o sea, gástate tú sesenta euros en una entrada.”
 (MIXTO, 21-24 AÑOS)

Otro argumento potente para limitar o justificar la limitación de las actividades de ocio remite a las dificultades no ya económicas sino estructurales (falta de medios para la movilidad, falta de permiso paterno, etc.). Evidentemente, las restricciones de movimiento impiden planificar algunas actividades; el problema es que esa negación de posibilidades maximalistas funciona como coartada para otras más realizables. Al final, las expectativas de ocio son una mezcla de deseos ideales, irrealizables, y posibilidades factibles; y estas últimas con frecuencia se reducen a la “marcha”.

—Puedes hacer mazo de cosas, puedes hacer puenting...
 —Que es una pasta...
 —...una pasta y hoy por hoy... Claro, yo por mí... yo querría hacer...
 —Si tienes coche puedes hacer muchas más cosas.
 —Claro.
 —Yo, por mí me iría a hacer rappel, me iría a hacer puenting, me iría a hacer rafting.
 —Te puedes ir a la montaña, te puedes ir a no sé dónde, a la playa...
 —[...]
 —A mí me gusta montar en Quad, me gusta llevar Quad... pero...
 —Para eso tienes que ir a un sitio donde haya...
 —Claro, me tengo que ir a un sitio donde esté habilitado para eso y tenga...
 —No, en Sierra Morena, no sé dónde, ahí hay para montar a caballo...
 —[...]
 —Pero eso es para gente que trabaja y tiene... porque para nosotros, para estudiantes, no.” (HOMBRES, 18-20 AÑOS)

Ocasionalmente, el ocio alternativo a las salidas de fiesta se sitúa en otro ámbito, en otro lugar, supuestamente inalcanzable.

—Es que... yo qué sé. Ahora, por ejemplo, cuando me den las vacaciones dentro de nada ya, la semana que viene prácticamente o a la otra, no sé. Pues yo lo que pienso hacer, por ejemplo, bueno mis padres siempre me dan un dinerillo para el verano, y bueno pienso organizar e irme a algún sitio de esos... pues una semana o una cosa así, ¿sabes?, para salir de la rutina. Porque ¡joder! todo el verano en Madrid... es que en Madrid no tenemos sierra, no tenemos playa... Tenemos piscina a punta pala, sí pero... ¡joder! la playa, tío, que es lo barato, bueno, lo barato... que es gratis.
 —[RISAS]
 —Si es un sitio de playa, bajas y ya estás ahí
 —Claro, por eso te digo, ¿sabes? Que no tienes que... nada y llevas tus botellitas, llevas tu neverita y te montas el chiringuito tú solo.”

(HOMBRES, 18-20 AÑOS)

Estas tentativas de ampliar la visión del ocio son débiles en sus contenidos, y el discurso se agota con rapidez. Al fin y al cabo, en todos los grupos se llega a la misma conclusión: ser joven y pensar en el ocio conduce sin remedio a hablar casi exclusivamente de fiesta y de fin de semana, aunque sólo sea para hacer autocritica de ello. Incluso, las teóricas alternativas quedan subordinadas a la capacidad para realizarlas, teniendo en cuenta el desgaste que supone una noche de fiesta.

*“—Pero vamos,... piensas que estoy deseando irme de fiesta...
—Sí... y tal y cual, lo que sea. Que es lo que yo veo de los jóvenes, que sólo piensan en... bueno, yo... Luego desperdicias una noche, yo qué sé, el sábado entero en irte a jugar al tenis con no sé quién, es como no, porque salgo el viernes, y el sábado no me levanto porque tal y prefiero salir el viernes porque... sabes, a veces, yo pienso que... los jóvenes solo pensamos en la fiesta...”*

(MUJERES, 18-20 AÑOS)

Ese centro de interés constituido casi en exclusividad por la fiesta con los amigos, centrada en el consumo de alcohol, se percibe con más claridad en los grupos de edades comprendidas entre los 17 y 20 años. Es el tiempo en el que se evidencia de manera más clara el corte del cordón umbilical entre el adolescente y su familia, y la búsqueda de espacios y tiempos propios.

*“—...¿qué se hace un viernes o un sábado por la tarde? Se sale por ahí.
—Depende de la edad que tengas, si tienes DNI... la hora.
—Si no tienes DNI, pues yo qué sé, lo consigues por algún sitio, hay otros sitios...
—También depende de lo que le dejen a los amigos...
—Sí.
—Las horas.
—No, depende de la hora que te dejen a ti.
—Sí, si tú quieres salir, sales.”*

(MIXTO, 16-17)

En franjas de edad superiores (alrededor de los 22-24 años), las declaraciones, aunque todavía centradas en las salidas de fin de semana, comienzan a mostrar una cierta tendencia a la diversificación; en ello pueden influir algunos aspectos biográficos, tener pareja, un mayor nivel de ingresos, una cierta saturación por la repetición de la actividad monotemática, etc. Declarativamente, se empieza a exigir un contenido mayor al ocio, a rechazar que sea una simple expresión de ruptura conducente a ciertos excesos en los consumos, contemplándolo como oportunidad de profundizar en la relación con el grupo. Sobre todo, lo que se busca es la diferen-

ciación de las cohortes de edad menor, del “beber por beber” tan propio de los adolescentes en sus primeras salidas.

En ningún caso eso significa que las actividades realizadas a esa mayor edad se trastocuen, ni que las salidas de fiesta hayan perdido importancia. Lo que parece ocurrir es que estos jóvenes comienzan a hacer una lectura distinta, donde se subrayan discursivamente los elementos tendentes a poner en valor la relación social, por encima de la simple ingesta de alcohol y la borrachera (elemento de descontrol, que es central en estas salidas). Si el adolescente, en sus primeras salidas, busca la ruptura del vínculo familiar y la experimentación trasgresora, el joven se siente obligado a buscar otros significados, más ricos en expresividad y más dotados de contenidos.

Así, en estos grupos de edad mayor no se trata tanto de criticar el modelo de ocio festivo, como de aprovechar de manera diferente las oportunidades que puede ofrecer. Evidentemente, se sigue saliendo a fiestas y consumiendo alcohol y otras sustancias, pero de lo que se trata es de justificarlo de forma renovada; donde antes reinaba el beber por el beber, ahora se enfatiza la bebida compartida; donde antes sólo estaba el grupo, ahora empieza, siquiera tímidamente, a surgir el individuo; donde antes se situaba la trasgresión ritualizada, ahora surge el concepto de esparcimiento con contenido. Es decir, las actividades pueden ser las mismas, pero se nombran y se viven de forma diferente. No existe una crítica a la *praxis* del ocio, tan sólo un cambio de expectativas alrededor de éste. Por ejemplo, si cuando se tienen 16 años el “botellón” es la excusa para beber, salir del entorno del hogar y explorar la independencia, con más edad el “botellón” se transforma en la excusa para relacionarse con los amigos en un entorno conocido, del que el joven lleva apropiándose desde la adolescencia.

Parecería, en suma, que las tornas hubiesen cambiado: del ocio como excusa para beber y consumir otras sustancias, a la bebida como vehículo apropiado para un ocio que se reclama más social. Y en ello procura el joven poner el acento para separarse significativamente de comportamientos percibidos como de adolescentes⁶.

—*Tengo esa suerte, no necesito el botellón por eso, precisamente, acaban todos mis colegas en mi casa porque tengo un sitio habilitado para eso, pero...*

—*Claro, es que eso...*

6. Este tipo de discurso, que puede considerarse como emergente por cuanto empieza a constituir una fisura en el discurso mayoritario sobre el uso y consumo del alcohol, se ha puesto ya de manifiesto en estudios recientes como *Adolescentes ante el alcohol. La mirada de padres y madres* (Megías, E. (dir.), 2007).

—No lo necesitamos porque realmente lo que queremos es eso, estar con los amigos, estar en un sitio para...

—Por eso a mí me parece el botellón de puta madre. Ahora, que cuando yo iba de botellón, que era cuando tenía 16 años, mi objetivo era cogermelo el pedo del siglo.

—Claro, eso con 16... ahora tú vas de botellón y encima bebes menos.

—Estás más tiempo hablando que bebiendo.”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

En parte, como se ha señalado en múltiples ocasiones, este discurso es una disociación justificativa, un constructo cognitivo destinado a desplazar hacia otros los comportamientos propios más negativos. Es un planteamiento muy común en el colectivo joven que descarga así, al menos lo formal, una supuesta “mala conciencia” sobre sus hábitos.

—Si nosotros somos dejados, los que ahora mismo tienen 14... pasan prácticamente de todo.

—Es eso, los niños de ahora... no quiero ni pensarlo. Además, es que son malos...

—[...]

—Yo me comparo ahora con un niño de 14 años, 15 y... digo imadre mía, por favor! ¡Qué mentalidad tienen! Si el niño ese es más maduro que tú.

—Ya ves.

—Es que tienen una mentalidad y una... cosa que dices, pero... porque yo a tu edad estaba jugando a... las Barbies.

—¿Qué esperas? Si han nacido con la cultura de Gran Hermano.”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

Más allá de todos estos matices emergentes, el discurso mayoritario sobre qué es ocio aparece con claridad meridiana: ocio es, ante todo y según lo describen los jóvenes de forma directa, un tiempo propio compartido preferentemente con el grupo de pares, vinculado idealmente a la realización de una serie de actividades centradas en las salidas de fiesta, que van a suponer una ruptura con lo cotidiano y una expresión pública del propio estatus de “ser joven”. Este tipo de ocio puede ser interpretado de diferentes maneras y atrapar distintos significados según características personales, de género o trayectoria vital, pero indudablemente, desde lo real o lo ideal, constituye la manera principal de emplear el tiempo libre.

Tomando como referencia esta definición, la segmentación principal de las actividades tiene como eje el tiempo en que se realizan; claramente se diferencia el ocio de fin de semana del ocio semanal, ya que en este último caso, las obligaciones restringen el formato a unas actividades, que son las permitidas y que constituyen el entorno de lo posible. Esta diferenciación opera con tal potencia connotativa que, no infrecuentemente, a estas actividades semanales se las desprovee del calificativo de ocio para sustituirlo por otras denominaciones muy cargadas de simbolismo; en lugar de ocio, se habla de tiempo libre, mostrando de manera evidente la diferencia sustantiva entre ambos⁷.

—Hay que distinguir entre tiempo libre doméstico, quedarse en casa; también hay muchas horas muertas y te dedicas al Messenger, eso... vamos, es el mata-tiempos por excelencia.

—Y luego también hay que distinguir los fines de semana. El nocturno, el nocturno que todos lo practicamos, ¿no?, discotequero y de alcohol y eso. Y... luego también, el deportivo, yo, al menos, intento hacer deporte... entre semana, me encanta el rugby y también... no sé... me gusta pasar el tiempo jugando con mis amigos tal, luego la cervecita... ¿Qué opináis? ¿Coincidís?

—Sí.”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

De hecho, el ocio/fiesta se convierte en el obligado, al menos desde la perspectiva de los jóvenes, ya que es la única alternativa accesible, en un elenco casi ilimitado de opciones que quedan como algo puntual o extraordinario.

—Al fin y al cabo, para resumirlo, lo resumes en tres actividades: dormir, estar por la tarde... tomando algo en plan con tus amigos, y luego por la noche salir de fiesta. O sea, pocas veces es como... sí, este fin de semana me he ido de excursión a no sé dónde, o me he ido de viaje, o me he ido a la playa a pasar el fin de semana. Eso... realmente son... puntualizaciones que haces de... muy de vez en cuando.”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Por otro lado, el deseo que opera como ideal es tener una vida social lo más amplia posible, ya que eso se ve como la condición básica del devenir vital. De ahí la

7. Ya es un clásico en la literatura sobre jóvenes la dualización del tiempo de ocio, en la que las actividades a realizar están marcadas por la contraposición entre la semana y el fin de semana (cuando parecen quedar en suspenso los límites impuestos al joven y donde le está permitido, como colectivo, apropiarse de un espacio y de un tiempo propio). Como referencia: *Conclusiones de las Jornadas organizadas por el INJUVE sobre Juventud y ocio de fin de semana* (Murcia, 2000).

importancia de las manifestaciones de ocio de carácter masivo. Y de ahí que el joven defina a su grupo de amigos como un elemento necesario para disfrutar. El grupo de referencia no es sólo un medio para compartir el ocio; es uno de los objetivos del mismo.

—Moderador: *¿Qué es para vosotros el ocio?*
 —[...]
 —Es... *hacer una actividad... fuera de mi casa o fuera de lo común, algo que me guste...*
 —*Y compartirlo con gente.*
 —*Sí, también.*
 —*Disfrutar haciendo algo diferente.*
 —*Claro, en grupo.*”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

Por lo tanto, lejos de constituirse como una actividad secundaria en la vida del joven, el ocio y la relación social que conlleva son aspectos absolutamente elementales para el crecimiento y la maduración.

—*Si no tienes ocio, no tienes vida social.*
 —[...]
 —*Tú puedes tener un compañero de clase que te caiga antipático y que sólo quieras por los apuntes, pero... no vas a salir con él de fiesta.*
 —*Claro.*
 —*Y eso es una diferencia de unos a otros.*
 —*Hombre, es distinto. Yo... en clase tengo mis amigos de clase, y son con los que estoy ahí en la universidad, y no salgo con ellos de fiesta...*”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

Incluso si la salida de ocio/fiesta es aburrida o poco acorde con los gustos y preferencias del joven, se seguirá llevando a cabo, por la falta de alternativas contempladas; por su funcionalidad y por un fuerte sentido de obligación comunitaria frente a esta forma de comportamiento (obligación que no sólo dicta los sitios a que acudir sino qué hacer en cada sitio).

Por eso, en unos pocos casos, esta forma de ocio casi podría definirse como tarea, por cuanto, si bien en muchas ocasiones es una actividad placentera y deseada, en otras circunstancias llega a adquirir el significado de un deber; el deber de realizar actividades sancionadas por el grupo, aun a costa de gustos y preferencias propias.

“—Pero no sé, yo por ejemplo yo he estado en el Radical, y ya... a mí no me gusta esa música, simplemente... voy porque van mis amigos, porque a mis amigos les gusta y claro, no me voy a quedar en mi casa.”

(HOMBRES, 18-20 AÑOS)

Se sale de fiesta con los amigos, con aquéllos que son más afines. La “marcha” parece muy enfocada a las salidas con un determinado grupo, con el que se comparten ciertas características, aunque no se desprecian otros compañeros más circunstanciales, con tal de que reúnan una serie de requisitos mínimos⁸. El grupo es, a la vez, medio y objetivo de las salidas. Es medio en cuanto proporciona una red básica de vinculación personal y emocional con la que la salida se planifica, se comparte, se disfruta y posteriormente se recrea como experiencia; y es objetivo porque la construcción grupal supone para el individuo el desarrollo de lazos afectivos y emocionales recíprocos, sustentados por una relación de interdependencia desde la cual emergen activos vitales para la persona (solidaridad, apoyo, refuerzo de conductas, etc.). Es en este sentido, en estas dos dimensiones, donde el ocio/fiesta cobra mayor importancia, y donde adquiere un carácter de casi obligado cumplimiento.

Así, es muy significativo comprobar la transformación del rito de salir de fiesta, desde la adolescencia hasta la juventud. Lo que comienza como un deseo, como algo muy aspiracional que se gesta en las primeras etapas de la adolescencia, termina en las cohortes de más edad constituyéndose como una actividad casi sacralizada e ineludible por su contenido y significación.

“—Es que yo creo que lo que más... más importa es salir.

—Sí, porque ya tienes...

—Es una rutina.

—Es una rutina.”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

La única variable que impide al joven extender este tipo de ocio/fiesta a lo largo de más ocasiones durante la semana son las restricciones impuestas por la norma familiar y por la necesidad de cumplir con las obligaciones. Si no fuera por estas limitaciones, el deseo sería extender lo más posible esta actividad, sin considerar que precisamente es su limitación la que da sentido al disfrute.

8. En el estudio *Jóvenes y relaciones grupales* (Rodríguez, Megías y Sánchez, 2005) se apuntan las características más valoradas por los jóvenes para elegir compañeros para una salida “de marcha” (entre ellas, que “sean simpáticos”, “divertidos” y que compartan una misma actitud y filosofía actitudinal, valor recogido en la categoría “nos parecemos”).

—Sí.
 —Está claro. El ocio, más que nada, lo limita lo que son las obligaciones, el colegio y tal, porque yo a mí mis padres les digo un martes que me voy por ahí de copas y me dicen ‘venga chaval, quédate en casa...’
 —Ganas no te faltan.
 —...estás flipando, coge un libro o cógete lo que quieras y ponte a estudiar.’
 —Sí, eso es verdad, está muy limitado.
 —Porque nuestro fin de semana es viernes y sábado, porque el domingo ya no puedes salir porque si al día siguiente tengo colegio y tal y cual... pues...
 —No sales porque no hay plan, tío.
 —Un partido de fútbol y tal, sí, por la tarde, pero por la noche...
 —¿...un plan y no sales un domingo?
 —Sí, claro; me voy de copas y luego con resaca al colegio, al examen...
 —Claro, tío.”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Así, cristaliza una forma de ocio que tiende a lo repetitivo y que es excluyente de otras posibilidades, en la medida en que agota una gran parte de los recursos y, sobre todo, del tiempo disponible, muy centrado en el fin de semana. Tras las declaraciones de imposibilidad de hacer otras cosas, lo cierto es que más pronto o más tarde se explicitan las verdaderas razones: la noche, la fiesta, las salidas, son el mejor recurso al que se cabe aspirar, el que más beneficios de todo orden proporciona, sobre todo emocionales y relacionales.

Y, en concreto, el terreno de las salidas festivas proporciona la base perfecta para la consecución de los objetivos marcados; una base que incluye la búsqueda sexual y unos consumos que hacen esperar la potenciación de la experiencia.

—El caso es que todos los jóvenes acabamos haciendo lo mismo.
 —Es porque nos gusta, ¿no?
 —[RISAS]
 —No, en serio, si vamos a las discotecas es porque nos gusta.
 —[...]
 —En verdad, al final acabamos siendo muy poco... muy poco originales y creativos, pero bueno.
 —No sé, por poder puedes hacer más cosas... Pero lo hacemos porque nos gusta, preferimos irnos a la discoteca.
 —... Todos mis colegas, la gente de mi edad, está en la discoteca. Yo voy para allá.
 —Claro.”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

La realidad, por tanto, es que hay pocas opciones de que puedan promoverse alternativas al ocio/fiesta. Unas veces porque elementos de realidad dirimen el dilema entre ideal y *praxis*; otras, porque no se encuentran actividades que operen tan profundamente en el deseo de los jóvenes como las salidas a fiestas, la experimentación de la noche y la aventura compartida. Y las más de las veces, porque el ritual convenido y acordado con el grupo de pares convierte la elección y la propia libertad en poco menos que una utopía, al recordar al joven que su vida social principalmente es eso: la relación con sus pares en un contexto temporal y topográfico bien definido, y con unas dinámicas y reglas explícitas.

—El caso es que todos los jóvenes acabamos haciendo lo mismo.

—Yo creo que el ocio lo alternas si tienes mucho tiempo. Si...

—[...]

—Pero... si tienes un fin de semana, el fin de semana es para aprovechar... O sea, yo personalmente es para aprovecharlo bien. No quiere decir que me tenga que coger un 'pedo', pero..."

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Los contenidos básicos del ocio/fiesta son salir y reunirse con el grupo de pares, para el disfrute y la experimentación. Y esa experimentación y la relación con el grupo están marcadas de forma casi irremediable por el consumo de sustancias, básicamente alcohol, que facilitan y potencian (al menos, así se cree) el campo de las vivencias deseables. Es inconcebible, para una mayoría de jóvenes, salir sin beber, ya sea por la propia exigencia de experimentación que encuentra en el consumo de alcohol su gran facilitador, o simplemente porque es una pauta conductual de referencia; si todos beben, no beber significa encontrarse fuera del grupo, de sus relaciones emocionales y de la posibilidad de "pasárselo bien". Por mucho que, a veces, se dé una conciencia crítica sobre el fenómeno.

—Diversión igual a alcohol. Y es triste... super... yo lo veo supertriste. O sea, yo a mi hija la veo así y..."

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

Raramente se encuentran declaraciones de salidas a fiesta que no lleven aparejado el consumo, siquiera moderado, de alcohol, y no existe valoración de éste fuera del ámbito festivo. Si antes la socialización del consumo de alcohol se realizaba en el contexto familiar, en la actualidad resulta imposible para el joven abordar su ingesta en otros ámbitos que el de las salidas festivas; así se entiende que rechacen los consumos de alcohol que, con objeto de acontecimientos especiales, son promovi-

dos por los padres⁹. Desde “pillar el punto” hasta el consumo más excesivo que deviene en borrachera, la ingesta de alcohol forma parte ineludible del rito sacralizado de lo festivo, muy anclado en la cultura española y recogido, ampliado y aumentado por el joven, que ha superado, al menos en ciertos casos, el concepto de la instrumentalización del alcohol presente en la tradición nacional (útil para algún fin) para posicionarlo como un fin en sí mismo, pero siempre con la argumentación de que todo forma parte de una pauta global incorporada.

—Y aquí en España, es verdad; y más en bueno, en Madrid, dos pasos, un bar; dos pasos, un bar. Muchos bares se mantienen Y es que todo el mundo bebe. Todo el mundo bebe. Casi todo el mundo.

—¿Pero qué es salir de fiesta, pásarmelo bien, igual a alcohol?

—Es una costumbre...

—Ya, bastante. Es una costumbre bastante... habitual.”

(MUJERES, 18-20 AÑOS)

Y es que el alcohol es un elemento facilitador de las relaciones, que comunica al individuo con el grupo a través de la experiencia compartida, y que potencia la capacidad del individuo para apreciar de manera más intensa esas experiencias. De hecho, se describe una significativa diferencia entre las salidas con y sin alcohol, y la propia necesidad del consumo en aras de un disfrute mayor (o más capaz de satisfacer las demandas de diversión, trasgresión y exaltación del propio espacio y tiempo, consustanciales a ese tipo de ocio) es objeto de un intenso debate. Puesto que el joven necesita de experiencias como medio de afirmación de su propia personalidad, y el ocio es uno de las principales referencias en este sentido, es lógico que surjan interrogantes sobre la necesidad de incrementar en lo posible esas experiencias, potenciándolas o incluso transformándolas.

—Yo soy igual bebiendo que sin beber.

—No, igual no eres.

—Sí, lo soy.

—No sé, yo también.

—Eso es lo que piensas tú.

—Yo te digo que soy igual bebiendo que sin beber.

9. En el estudio *Adolescentes ante el alcohol. La mirada de padres y madres* (Megías, E. (dir.), 2007) se explicita la transición de un modelo socializador del alcohol integrado en el ámbito familiar a un modelo en el que el inicio de los consumos se realiza casi exclusivamente mediante la ingesta con el grupo de pares.

—Sales y bebes, pues... a lo mejor, un vaso de calimocho y... hombre, que te notas un poco más feliz, más extrovertido... Te estás partiendo el culo tú solo.”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

No solamente el beber representa una pauta común en la actividad ocio/fiesta; también están incorporados otros consumos de drogas, unas veces legales y otras ilegales. Y se es consciente de que el consumo de alcohol es un eslabón imprescindible para el consumo de otras sustancias, aunque curiosamente esa posibilidad siempre se asocia a otros jóvenes, como si fueran otros pero nunca uno mismo los que desarrollan tal comportamiento. Evidentemente, no es tan fácil encontrar declaraciones por las que los propios jóvenes acepten el uso de sustancias diferentes al alcohol, quizás por la circunstancia de su ilegalidad, pero sobre todo por una mayor reticencia hacia su consumo, al menos en el discurso formal.

“—Por desgracia, hoy en día... se hace mucho con la droga... Para aprovechar al máximo su tiempo de ocio (dicho por ellos mismos) se drogaban... Esto me lo dijo... hace poco, que tenía no sé si era una o dos horas de ocio a la semana (dicho por él, ¿eh?) y las quería aprovechar al máximo. Y se drogaba. Y se ponía hasta el culo.”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

Se admite con facilidad el consumo de “porros”, mucho más asumido, y que goza de cierto predicamento y es más tolerado por los padres¹⁰. En todo caso, desde una permisividad social frente al alcohol, y en menor medida hacia el cánnabis, siendo lo que se espera del colectivo, el joven encuentra natural el consumo en su tiempo de ocio/fiesta, sabiendo que goza de una cierta “manga ancha” cuya única restricción es no traspasar los límites de lo aceptable; en lo formal importa beber, y en algunos casos combinar este consumo con otras sustancias, pero también importa ocultarlo en cierta medida a los progenitores.

“—Pero... y sé que mis padres eso no se lo piensan, sabrán que bebo, e incluso alguna vez pueden imaginarse que alguna vez me he liado un porro.”

(HOMBRES, 18-20 AÑOS)

10. No es el momento de entrar en consideraciones sobre la imagen social del cánnabis, sobre la que tanto se ha escrito (algunos ejemplos: *La percepción social de los problemas de drogas en España 2004*; *Las culturas de las drogas: ritos y fiestas*; *Jóvenes, valores y drogas*, etc.

Al tiempo que, tal como se ha ido descubriendo, el discurso del ocio se construye desde lo positivo, desde su funcionalidad, también aparecen elementos negativos.

Esta imagen crítica abunda en descripciones que presentan este tipo de ocio como reiterativo e insatisfactorio, a los jóvenes como dependientes de sustancias para poder divertirse, etc., etc. Y ese nivel de insatisfacción parece desplegarse con más fuerza en los grupos más mayores y, especialmente, entre las mujeres. Éstas suelen alcanzar un nivel de autocritica hacia los comportamientos globales de los jóvenes que se escucha mucho más raramente en el caso de los varones. Sin embargo, es un discurso que no parece traspasar la barrera de lo políticamente correcto, de “lo que hay que decir”, puesto que son réplicas casi perfectas de lo que social y mediáticamente se ha elaborado como crítica del ocio joven (desde los padres hasta los educadores). Y lo cierto es que, pese a las autocriticas, se sigue haciendo lo mismo y con igual intensidad.

—Si lo que te apetece... es el ambiente ese... de música a toda hostia y tal, pues oye, de puta madre, porque realmente te lo estás pasando bien. Pero, yo personalmente, en mi caso, yo no me lo paso bien así. O sea, yo a lo mejor cuando tenía 15, 16 años sí que tuve esa época de tontería de... porque sí, ¿sabes? y cuanto más le puedes rascar a tus padres de tiempo de por la noche, que a las 3, que a las 4 pues... de puta madre. Pero ahora mismo, no sé, a lo mejor me estoy pasando un poco pero... yo salir de mi casa a gastarme 15 ó 20 euros mínimo y encima acabar, ¿sabes? con la boca... o sea, con la garganta de gritar a lo largo de la noche... oliendo que tienes una camiseta el... este, oliendo a mierda porque huele a tabaco, a alcohol, o sea que huele a todo... cualquier cosa. Y dices ‘bueno, ésta es mi noche’, ¿sabes? 20 pavos que me he gastado y...

—Y al día siguiente te arrepientes.

—...y dices ‘menudo ocio, ivaya puta mierda!’.”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

La idea fuerza para este tipo de comportamientos, ya se ha dicho, es la convicción de que “todos hacen lo mismo”. Si ese tipo de ocio se vive como una conducta universal, el joven tenderá a integrarlo en sus pautas de comportamiento, si no quiere incurrir en “sanciones” por parte de su grupo de referencia. La “anormalidad” podría estar determinada por la ausencia reiterada del rito festivo y, en menor medida, por el no consumo de alcohol.

—Sí, pero si es que el otro día estaba hablando con mis amigas y eso, que... que los jóvenes sólo pensamos en... bueno, en España por lo menos, en beber y tal... si no he bebido... jo, voy un poco tal, no me lo voy a pasar bien esta noche, sabes.

—Sí, eso...

—*O sea, yo me incluyo en ellos, pero es super triste.*”

(MUJERES, 18-20 AÑOS)

La mayoría asume que para “pasárselo bien”, es necesario incorporar estos hábitos y consumos, dado que no cabe rechazar el ocio/fiesta y, si no se bebe, el nivel de disfrute no se imagina idéntico, y se siente haber perdido una oportunidad irrepetible, haber dilapidado un tiempo precioso y escaso; la trasgresión no se hace explícita, el ritual no se concreta, y la ceremonia pierde su sentido.

Por lo tanto, salir de fiesta y beber (en mayor o menor medida) no es la excepción, es la norma para ser “uno mismo”, pasárselo bien y estar integrado en el grupo. Beber (en su caso, consumir otras sustancias) para intensificar la experiencia es tanto una herramienta de integración como una forma de alienación programada, que facilita la experiencia buscada.

—*Es que te cansas, simplemente, si no vas pedo no te enteras absolutamente de nada.*

—*Es penoso decirlo, ¿eh?*

—*No sólo por el hecho de no beber, es simplemente porque te cansas, porque a las dos y media de la mañana estás ya que te quieres ir a tu casa.*

—*Sí, eso sí.*

—*Simplemente no te enteras.*

—*No... bueno, se te puede animar la noche, pero sin beber... es más difícil pasártelo bien.*

—*Yo personalmente... o sea, tampoco es que beba muchísimo, pero si no estoy en el punto, yo lo noto un montón. O sea, no haces... no hablas, no...*

—*A bailar.*

—*Es verdad, no.*

—*Es muy triste, ¿no?, yo muchas veces lo pienso, digo joder, yo tengo 21 años y que... O sea, que si no bebo un fin de semana... que sí, que... pero... Pero es por lo que nos rodea, porque yo qué sé, si la gente no bebiera en plan aquí... no lo haríamos.*

—*Nos dejamos llevar por todo.*”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

La justificación de este tipo de ocio se fundamenta en el aprendizaje; se hace lo que se ha visto, lo que han hecho los padres y, casi segura e irremediabilmente, harán los hijos, reproduciendo un tipo de comportamientos culturalmente aprendidos.

Porque evidentemente los padres conocen los que hacen sus hijos, por mucho que se pretendan ciegos, y porque ellos mismos lo hicieron con escasas variaciones. La justificación cultural funciona como argumento que evita sancionar estos comportamientos y que actúa como vehículo de transferencia de responsabilidades; la sociedad es la culpable, como lo son las marcas de alcohol, la industria del ocio y las empresas de publicidad o comunicación.

—Nosotros bebemos porque les hemos visto beber y porque nos han puesto ahí el whisky...

—Los adultos han hecho..., menos ordenadores han hecho de todo.”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

De hecho, el tiempo de ocio/fiesta aparece sublimado: marcado por el deseo, es depositario de unas exigencias mitificadas, que la experiencia real nunca puede cumplir; de ahí que se persiga incasablemente una esperanza de aventura que incita a la salida, a la repetición. Desde esa perspectiva, uno de los riesgos, casi el mayor, al que se enfrentan los jóvenes es el de la frustración reiterada de esta esperanza.

—También, porque además cada noche es totalmente diferente, es que... Tú vas con el plan de hacer lo mismo... pero es que luego pasan cosas diferentes... es que luego, a lo mejor... que si te ha pasado esto con esta chica... que si te ha pasado...

—...te lo estás pasando bien

—...Oye, como si te lo estás pasando mal, y has tenido problemas con el... este y... cualquier historia, sí, sí. Pero es que cada... siempre tienes algo que contar al día siguiente.

—Claro.

—Es algo que yo qué sé, es salir en busca... pues de una aventura.

—Sí.

—Sí.

—¡Joder!... que sí icoño!”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Evidentemente también se reconocen otras formas de ocio, a veces a través de una cierta mitificación de las formulas más sencillas, pero sin que eso suponga cuestionar lo principal.

—Sí, al final es como mejor te lo pasas, hablando con tus colegas.

—[...]

—No tienes que gastarte tanto, ¿sabes?

—Sí.
 —Estás ahí media hora o lo que sea.
 —Pero, si a mí... Yo voy, por ejemplo, a un bareto que tiene futbolín... tiene billar... tiene dardos...
 —[...]
 —Y te picas con el futbolín y con la gente y te lo pasas bien.
 —Claro ijoder!
 —...siete u ocho partidas y estás ahí toda la tarde.
 —[...]
 —Para estar un fin de semana, no.
 —Ni de culo.
 —No, pero para pasar la tarde...
 —Cualquier tarde de estas...” (HOMBRES, 18-20 AÑOS)

Las referencias a Internet no se vinculan básicamente al ocio sino al tiempo libre (un tiempo para jugar pero también para enfrentar obligaciones y, sobre todo, para comunicarse con el grupo). Las ventajas que ofrece para poder sostener relaciones con amigos y conocidos de forma privada y muy accesible son especialmente reconocidas, aunque rara vez deja de mencionarse el riesgo de exclusión o aislamiento que puede condicionar.

“—Te ayuda a comunicarte, pero eso, pierdes el contacto físico.
 —[...]
 —Lo que es el concepto de conversación se pierde por completo.
 —Sí, pero bueno, por mi parte es algo que se metió en mi vida... a diario. Es algo que utilizo todos los días.
 —[...]
 —...¿sabes? Va a llegar un momento en que no vamos a sentir la necesidad de decir: ‘tío, bájate un ratito, me apetece dar...’
 —Claro, es que lo tenemos todo por Internet.” (HOMBRES, 18-20 AÑOS)

2. JÓVENES, OCIO Y RIESGOS

El contexto social actual está incidiendo de forma clara en las miradas y en las valoraciones sobre el riesgo. No se dice nada nuevo al señalar que la percepción de inseguridad ciudadana global creció de manera exponencial en las últimas

décadas¹¹. La era postindustrial, con todos los beneficios que representa en el orden material, ha propiciado una sociedad en la que los tradicionales referentes de seguridad, como las redes de relaciones personales, los lazos de solidaridad vecinal, las conexiones familiares y otros elementos del sistema de vinculación e integración social, están debilitándose de manera rápida. Y ello tiene consecuencias, pues, al tiempo que los lazos sociales que creaban en el individuo una sensación de amparo y protección están debilitándose, al menos en lo subjetivo, la percepción de peligro y de incertidumbre frente a los acontecimientos externos va creciendo de forma paralela. Puede discutirse si, efectivamente, existen más delitos o violencia que antaño, pero lo que no puede obviarse en cualquier análisis de las percepciones colectivas (mucho menos cuando se trata de un colectivo especialmente sensible) es la constatación de que el cuerpo social ha desarrollado una visión que asume una carga cada vez mayor de riesgo en las relaciones con terceros.

Así que, al proceder al análisis de las vivencias del riesgo, en el discurso grupal había que diferenciar necesariamente dos planos distintos: el riesgo externo (una cierta vulnerabilidad estructural) y el determinado por la conducta de los propios jóvenes; lejos de ser elementos separados, conforman una red de significados interconectados, que van a tener un peso claro en las vivencias y en las explicaciones y justificaciones tanto de los jóvenes como de sus padres. Además, es innegable la transformación de los modelos de valoración de conductas.

Otra de las consecuencias de la sociedad moderna y postindustrial es la progresiva transformación del sistema de valores imperantes, donde los modelos de referencia rígidos que dictaban lo que era bueno o malo, han sufrido o están en proceso de sufrir un gran cambio, fruto de la necesidad de entender y aprehender una sociedad más compleja y variada, en la que coexisten diferentes visiones del proyecto social individual. Aparece un sistema de valores y referencias, donde prima la permisividad (que coexiste con la intransigencia), fruto del intento de asumir sin choques posturas variadas y enfoques distintos¹². Todo esto afecta, como no puede ser

11. "Finalmente, en la sociedad se ha difundido un exagerado sentimiento de inseguridad, que no parece guardar exclusiva correspondencia con tales riesgos, sino que se ve potenciado por la intensa cobertura mediática de los sucesos peligrosos o lesivos, por las dificultades con que tropieza el ciudadano medio para comprender el acelerado cambio tecnológico y acompasar su vida cotidiana a él, y por la extendida percepción social de que la moderna sociedad tecnológica conlleva una notable transformación de las relaciones y valores sociales y una significativa reducción de la solidaridad colectiva." (Díez, 2003).

12. "En la sociedad moderna se abandona el sistema de referencia tradicional donde todo ocupa el lugar y la importancia que pocos se atreven a cuestionar. En la sociedad moderna, esta seguridad desaparece, en su lugar surgen las dudas y son pocos los que se atreven a juzgar lo que está bien de lo que está mal. Permisividad y eclecticismo, intransigencia y rigidez pueden llegar a coexistir en el mismo espacio y en el mismo tiempo." (Martínez, 2007).

de otra forma, a la lectura que el colectivo joven hace sobre los riesgos y los comportamientos que los condicionan.

El análisis de los discursos juveniles sobre los riesgos en el ocio se planteará por tanto en dos niveles: la lectura de lo estructural, del riesgo externo, y la interpretación de los elementos amenazantes que los propios jóvenes encuentran en sus conductas. Esas dos perspectivas entrelazadas ayudarán a trasladar el discurso de adolescentes y jóvenes sobre su ocio y sobre los riesgos inherentes al mismo.

Cuando los grupos adoptan esta perspectiva, el análisis se acota al tipo de ocio que antes se ha descrito como más importante para el colectivo: las salidas de ocio/fiesta, enmarcadas principalmente en las noches del fin de semana.

Sólo se mencionan, casi de pasada, otras actividades que se configuran como peligrosas, los deportes extremos, los viajes, etc. En estos últimos casos, siempre minoritarios, el riesgo es percibido como algo natural, que no suscita referencias explícitas a temores específicos; es más, en muchos de estos casos, la búsqueda del riesgo es el elemento motivador principal.

—Yo no sabía que dolía [el paint-ball]. Pero lo vi cuando vi el moratón. Dije vale, es mi pierna, madre mía...

—Hombre, de hecho te duele.

—Pero... pero es superdivertido. Porque tienes...

—Moderador: ¿Pero aunque duela?

—Bueno, es que...

—[TODAS A LAS VEZ]

—...se soporta, o sea...

—Sí

—Te lo pasas bien y...

—Duele así un poco, pero luego ya se te olvida y te ríes.

—Sí.

—Y luego lo recuerdas y..."

(MUJERES, 18-20 AÑOS)

Claro está que en esas actividades existen variados niveles de riesgo, pero es evidente que todas ellas operan como medio de exaltación de la aventura, de lo inesperado, de la vivencia de experiencias más o menos extremas donde se exploran los propios límites de tolerancia. Además, suponen el beneficio añadido de la rememoración colectiva de la experiencia, que actúa como un elemento que tiende a consolidar las relaciones del grupo y el papel del individuo en el mismo a través de una biografía compartida.

—Pues... a mí me gustan mucho los deportes estos de... vamos, puenting por ejemplo no, nunca lo haría, pero sí que me gusta mucho el rollo de descenso de cañones... hacer snorkeling... vamos, eso... me gusta un montón.

—Sí, yo no sé si lo que me atrae de eso es el riesgo, o es... la naturaleza, o el cañón en sí, no sé.

—Sí que hay un riesgo... es la sensación de ir un poco al límite, porque hay momentos en los que... que vas al límite, tu cuerpo vas controlando, tienes que tener...

—Bueno, sí.

—Tienes que tener un poder, entre comillas, control para...”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

Los llamados deportes de riesgo han experimentado un gran auge, poniendo de relieve que el deseo de experimentar vivencias intensas como contrapunto a la rutina de la vida diaria está muy presente como nuevo patrón cultural: la exaltación de la necesidad de vivir experiencias y llenar de intensidad “el aquí y el ahora”, aún aceptando la posibilidad (presente intrínsecamente en la actividad pero lejana en la vivencia) de ciertas consecuencias indeseadas¹³.

La necesidad de experimentar está especialmente exacerbada en jóvenes y adolescentes, más aún a partir de unas expectativas pesimistas respecto al futuro y de la conciencia de la supuesta inutilidad del esfuerzo responsable. Secundariamente, este discurso conlleva algún elemento puntual que facilita una cierta dejación de responsabilidades, claramente centralizada en el tiempo de ocio aunque fácilmente traspasable a otros ámbitos vivenciales.

—Es que, de forma inconsciente, es normal que pienses en el futuro de forma negativa, porque es que... visto lo visto... Entonces, es mejor vivir lo que va a pasar ahora, y eso se puede... Se puede hablar de eso hasta en las relaciones entre dos personas. Si empiezas a pensar que a lo mejor no sale bien, que no sé qué... Pues vive lo que estás viviendo, hazlo ahora, y si sale mal, pues mala suerte.

—Exactamente.

—Como tengas que pensar todos los días en el futuro...

—Ya lo pensaré mañana.

—Claro.”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

13. Según la teoría de Zuckerman (1979), la manifestación de una conducta de riesgo podría ser explicada como consecuencia de una búsqueda de sensaciones.

A partir de lo dicho, no es difícil concluir que el riesgo no se percibe como algo ajeno a la experiencia vital del individuo adolescente y joven, sino como una parte más o menos importante de su devenir; y no sólo en el ocio, sino también en otros aspectos.

En la dimensión estructural del riesgo, en aquélla que se deriva del contexto, el discurso juvenil aparece sobre todo fijado en la violencia. Y la violencia está referida, sobre todo, a ese ámbito principal donde el joven emplea la mayor parte de su tiempo de ocio, la noche del fin de semana. En él, la violencia “contextual”, se asume como algo independiente, ajeno al propio comportamiento, en la medida en que emana de la pura evolución negativa de las relaciones sociales.

Este riesgo contextual es, sin duda, el que genera más incertidumbre entre los jóvenes, puesto que, a diferencia de otros, resulta difícilmente controlable. A la vez, considerar que forma parte de los tiempos actuales, hace que sea interpretado en clave de normalidad, de situación asumida (y recogida, en su habitualidad, por el discurso público en los medios de comunicación masiva). Cuando se sale “de copas”, “de marcha”, se cuenta con los peligros que el ambiente representa, siempre concretados en actuaciones de terceros. En general, todos los discursos dibujan un panorama cuando menos hostil, en el que la violencia protagonizada por ciertos grupos (definidos con claridad) o fruto de las acciones puntuales de cualquier sujeto (y precisamente por eso impredecibles), es la principal preocupación de los jóvenes.

De entrada, se es consciente de que algunos grupos se definen por actitudes manifiestamente violentas y agresivas, subproducto de posturas de trasgresión o rebeldía; un “sistema violento” toma cuerpo real en estos jóvenes, que buscan la confrontación como seña de identidad. Esta forma de violencia se percibe al margen de la normalidad y protagonizada por sujetos (grupos de skins, punkis...) ajenos al “patrón de madurez y control” (fundamentalmente frente al manejo de las drogas, con el alcohol a la cabeza).

—No es que estés buscando movida, sino lo que pueda pasar en la circunstancia que por...

—Pero, yo creo que eso te pasa en todos los sitios donde hay droga y...

—[...]

—¿Sabes lo que pasa? Que el problema es Madrid...

—[...]

—Tú ponte, ponte en Madrid, que somos un huevo de jóvenes, ¿vale?, que encima... hay como clases, no clases, pero como grupos apartados, ¿sabes?, que tú ponte, júntalos todos y... se arma la de dios, ¿sabes?, la de dios.”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

En la percepción de la violencia en el tiempo de ocio, son las mujeres las más sensibilizadas; se ven como el colectivo más vulnerable ante unas situaciones violentas que achacan mayoritariamente a los chicos. Pero al tiempo manifiestan de forma clara que una parte cada vez mayor del colectivo femenino, sobre todo de menor edad, comienza a ser un elemento provocador e instigador de acciones violentas, reproduciendo comportamientos masculinos. Según ellas, las generaciones más jóvenes también parecen estar asumiendo un papel protagonista en estas conductas, reafirmando una transformación más que evidente de su comportamiento de género.

—Ahora, la generación de las de 12 y 13 años son agresivas, esperan hasta en la parada del metro, todo. Nosotras nos portábamos mal, lo típico, tal, pero...

—[...]

—Porque están... salvajes, salvajes. Es que no..."

(MUJERES, 18-20 AÑOS)

Pese a todo, el que la violencia esté muy presente en los ámbitos en los que el joven realiza sus actividades de ocio crea menos incertidumbres o temores de lo que cabría suponer. La sociedad ha asumido una situación donde el nivel de riesgo se ha incrementado. Así, cuando en los grupos se habla de este tipo de comportamientos, tienden a asumirse casi como un patrón de normalidad. No existe una naturalización de estos comportamientos violentos que les otorgue justificación, pero lo que sí aparece es una mirada más integradora de los mismos; no se aceptan, pero se incluyen en lo cotidiano desde la resignación e inevitabilidad. De esa forma, estos riesgos anclados en una realidad social interpretada como globalmente peligrosa, experimentan una difuminación de las preocupaciones específicas por los mismos, como si la costumbre contribuyera a debilitar las percepciones y las vivencias asociadas. En definitiva, la imposibilidad de eliminar completamente las situaciones de riesgo ha fomentado conductas atenuantes de los mismos; de lo que se trata es de saber cómo convivir con ellos, y desarrollar estrategias de evitación, porque en cualquier caso lo que no se puede coartar es la necesidad y el deseo de ocio/fiesta.

—Moderador: ¿Estamos en una jungla?

—Sí.

—En cierta manera sí, en cierta manera sí lo es, y dependiendo de los sitios cada vez lo es más.

—Moderador: ¿Y por qué seguís saliendo?

—Y qué vas a hacer.

—Porque es necesario, o sea...
 —No te queda otra.
 —Porque te pueda ocurrir algo en un determinado... no vas a dejar de... no voy a desperdiciar 8 horas porque durante media me pueda pasar algo.
 —Claro.
 —No vas a dejar de cruzar la calle...
 —Es una cosa que tampoco estamos diciendo que... corremos peligro de muerte todas las noches que salimos. Pero... que sí que es verdad que... hay situaciones y circunstancias que son totalmente propicias para que sucedan cosas. Y ya te digo, no sé cómo no pasan más cosas, pero bueno...
 —Pero no por... yo creo que no puedes quedarte encerrado en casa... por ese motivo.”
 (MIXTO, 16-17 AÑOS)

Una de las mejores maneras de ejercer esa convivencia es controlar los espacios de diversión, conociendo aquéllos que estén señalados por la presencia de tribus o bandas que puedan ocasionar problemas. Este conocimiento forma parte del acervo del ocio, y se constituye como una fuente importante de autodefensa.

“—Depende, por ejemplo, en el Dolce yo he ido y no he tenido ningún problema, en Espiki sí, siempre hay problemas, por la tarde y por la noche...
 —Es que allí hay unos cuantos sitios así, unos cuantos sitios así...
 —Están en la misma calle.
 —...todos juntos y... entra la gente así... un poco más...
 —Bakala.
 —Sí, un poco más... de movidas y eso, y otros sitios que son más... por marcas
 —Y también van pasados de tono, que cada vez se consume más drogas y más... y sea la hora que sea. Antes, era más por la noche, pero es que ahora... yo veo gente meterse de todo a las seis de la tarde, o sea que...”
 (MIXTO, 16-17 AÑOS)

Sin embargo, que el riesgo contextual se integre como un factor más de la vida no significa que no se argumente una postura crítica hacia el mismo. El discurso desgrana los cambios que se han operado en la sociedad española y, por extensión, en la propia juventud, la falta de reglas y convenciones, la excesiva permisividad, y los señala como responsables de la situación, en una lectura completamente ajena a la propia responsabilidad, marcando una clara diferencia entre el comportamiento propio y el de los demás.

En concreto, el modelo educativo, al menos el formal, se percibe como responsable de gran parte del estado de cosas, utilizándose como colchón explicativo (“les educan mal”) de estas conductas.

—*Por ejemplo, antes salías a la calle y se supone, creo vamos, era más seguro...
—Cada vez hay menos respeto, incluso en las clases, antes el profesor era...
vamos y... te andaba con la regla y te partía la regla en la cabeza o lo que hiciese
falta. Y ahora los profesores están acongojados, o sea no pueden hacer nada. Ha
cambiado todo, hay muy poco respeto, hay muy poco de todo, menos modales que
antes...*

—*Modales, es que tú preguntas por ahí modales y te dicen '¿qué es eso?'. Educa-
ción, '¿qué es eso?'... ¿sabes?*

—*Yo veo que somos los adultos de mañana y que somos los que vamos a tener
que trabajar y ser responsables y...*

—*...del mundo.*

—*[RISAS]*

(HOMBRES, 18-20 AÑOS)

Cuando se pretende un salto de nivel y fijar el análisis del discurso de los riesgos en el plano de lo personal, del comportamiento propio, se impone repasar la reflexión sobre la necesidad de integración del joven, y de su correlato: las amenazas de exclusión. Formar parte del colectivo juvenil implica adoptar señas de identidad y actitudes definitorias del mismo; apartarse de estas pautas, sobre todo en tiempo de ocio, significa con gran probabilidad crearse dificultades de cara a ese objetivo básico de la inclusión social.

Ya en el año 2001, se explicitaba en las investigaciones sobre el colectivo joven que este patrón de conducta de salidas y fiestas implicaba un “acuerdo no explícito de comportamiento” con el que necesariamente hay que estar identificado:

«Por ello, el verdadero riesgo, la verdadera trasgresión, aparece en el planteamiento de no participar en el “finde” o de participar de manera continua en actividades alternativas. Los chicos y las chicas que no salen “son raros” tanto para los padres como para los adultos y compañeros. Al “no salir” sus actividades son percibidas socialmente como sospechosas. Son sujetos que ponen en duda el nuevo contrato social, es decir, la oferta de diversión a cambio de su capacitación en las nuevas tecnologías. Para evitarlo deben compaginar aquello que verdaderamente desean con los rituales públicos de rebelión alrededor del “botellón”. O, mejor dicho, deben desear obligatoriamente el “botellón”, pero sobre todo el sexo y portarse como “adolescentes”. No salir al “botellón” sería, en la actualidad, tan revelador de un desajuste ideológico como no ir a misa en el año 1940.»¹⁴

14. Comas, D. (2001). “La representación social del fin de semana de los jóvenes” en *Revista de Juventud*, 54.

Así que el joven se enfrenta a una encrucijada vital: incorporarse a unas pautas de comportamiento etiquetadas de “normales” o verse señalado negativamente como “raro” (no sólo desde los propios jóvenes, sino desde la sociedad en su conjunto).

Dado que el impulso a fomentar lazos grupales es tan potente y la renuncia a una “marca” es tan difícil de asumir, en muchas ocasiones el individuo se ve arrastrado a comportamientos que pueden no ser de su gusto, incluyendo salidas poco gratificantes y consumos no deseados o más intensos de lo planeado. Este planteamiento resulta esencial al intentar explicar la conducta de los jóvenes en su tiempo de ocio. Porque el análisis de los riesgos que los grupos realizan no se limita a lo ambiental; una parte importante de los peligros que los jóvenes señalan se derivan de la combinación entre el afán de diversión y la casi necesidad de consumir alcohol y, en menor medida, otras sustancias. Si una parte importante del tiempo de ocio se basa en la experimentación, en la trasgresión y en la vivencia de experiencias intensificadas por el consumo de alcohol y otras sustancias, todo ello implicará la posibilitación de incrementar las conductas de riesgo en algunos grupos o, incluso, en uno mismo.

—*El riesgo que hay, sinceramente, es el de acabar como un pijojo.*
 —*Y si lo buscas.*
 —*O sea, siempre llega el fin de semana y dices ‘me la voy a agarrar gordísima’.*
 —*El alcohol.*
 —*Sí hay días... no por beber ni por lo que te pueda sentar mal, sino por lo que puedas hacer, lo que...*
 —*Sí y de... de beber tanto que no controlas.*
 —*Pero ya no sólo por... por tu estado físico, sino también por lo que puedas tú hacer o por lo que alguien pueda hacer que... que lo...*
 —*Pasarte con el alcohol, el tema de las drogas, el tema a lo mejor de volver a casa que a lo mejor te pueden violar, pero...*
 —*Eso es un caso como el de la puñalada... igual que decís de improbable, el de la violación es muy parecido.*
 —*Sí.*
 —*No y la pelea también, por ejemplo, a mi mejor amigo se la dieron.”*

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

Existe un reconocimiento explícito del riesgo de los consumos aunque las interpretaciones puedan ser sesgadas y no pocas veces intenten integrarlos manipulando la lectura de sus efectos, postulando estrategias que controlan o anulan lo negativo y, en última instancia, autoaplicando el calificativo de irresponsabilidad como algo casi genético, inevitable y por tanto no culposo, que explica la propia conducta.

El consumo de alcohol se percibe como un riesgo menor; primero porque los efectos previstos a corto y medio plazo se consideran más leves que los de otras sustancias; segundo, porque su conexión histórica con los patrones culturales le hace perder potencialidad peligrosa. Beber es el acto más representativo y más común en los tiempos de ocio, y se supone que el individuo puede someter a control la sustancia; así, su manejo y la limitación de las consecuencias negativas se dejan al arbitrio de la capacidad individual. La cuestión, de forma muy mayoritaria no es beber o no hacerlo; puesto que el alcohol es indisoluble del salir de fiesta, la opción es “saber beber”, una figura histórica del acervo cultural español.

Con el cánnabis, los porros, ocurre otro tanto; pese a su estatus legal, lo cierto es que se categoriza como una sustancia de uso común, de prácticamente nulo riesgo, con múltiples virtudes, y de la que se alaban incluso sus bondades terapéuticas.

—Yo lo que veo es que el alcohol y el tabaco son una droga blanda, que sí que está..., que es normal que se hable de ella. Otra cosa es que hablemos de coca o pastillas o algo más..., de droga dura. Es como los porros, los porros... pues están a la orden del día.

—Es que ya como lo hace todo el mundo, como... no es que esté permitido, pero... te lo ...

—¡Como está bien visto!

—Ahí está.”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Retomando el consumo de alcohol, emerge con fuerza el peligro de las potenciales adulteraciones; el mito del ambiente hostil, donde el joven está expuesto a peligros que él mismo no genera, resurge con fuerza para denunciar la amenaza de la adulteración.

—Puede pasar el caso de que te metan alguna cosa en una copa o algo así pero...

—Es un mito.

—¿Que es un mito? A unos amigos míos les ha pasado, que se encontraron luego de culo al día siguiente pero porque les habían metido algo, pero segurísimo.

—No sé.

—Eso es que habían bebido mucho y punto.

—No, no.

—Pero eso tampoco pasa mucho.

—...de culo hasta el día siguiente.

—Sí, puede pasar pero tampoco pasa mucho, ¿no?

—No, no, pasa poco pero pasa. Es un riesgo.

—*Yo eso sí me lo creo perfectamente.*
 —*Yo también lo hago... siempre miro, cuando me están sirviendo siempre lo miro pero... Pero es que cuando dejas la copa, te lo ponen.*"

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Una de las grandes ventajas percibidas del alcohol, que además significa un peligro mucho menor en comparación con otras sustancias, es su capacidad atribuida de potenciar las experiencias, sin transformarlas, cosa que no es posible con otras drogas, que sí modifican radicalmente la experiencia, convirtiéndola en algo individual, no transmisible. El alcohol no te "desconecta" de los otros y no implica un estado de conciencia que te aisle del grupo. En este sentido, el verdadero peligro de la mayoría de las drogas ilegales es el alejamiento del disfrute del grupo, porque forman parte de una experiencia individual (incluso en su forma de ingesta) que, en los casos más extremos, llega a generar imágenes de exclusión social (el drogadicto).

—*Mira, depende por ejemplo, unos chavales fumándose unos porros no hacen daño a nadie, porque no es una sustancia que te altere hasta el punto en el que te puede alterar la cocaína, que no te controlas... Te deja más bien en un estado de... flasheamiento por así llamarlo.*

—*¿De?*

—*De flasheamiento, de... de droga. Por ejemplo, si estás... no sé, si vas a una discoteca y la gente en el baño se mete rayas y tal, y encima con el bakalao a toda mecha, lo que hace es alterarte. Y claro, ahí es cuando se crean los problemas y cuando... hay broncas y todo.*"

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

El otro peligro percibido de las drogas ilegales es la supuesta mayor capacidad para generar una transformación radical de la conducta. Todavía opera con fuerza la imagen del estereotipo del consumidor de heroína, del miedo a una dependencia inmediata y de consecuencias imprevisibles, muy alejada de la fantasía del consumo alcohólico, carente de peligro mientras no se incurra en el exceso continuado (y aun así, porque nada es tan elástico como el concepto de exceso).

—*¿Riesgos? Yo creo que la droga, es el mayor riesgo que existe.*

—*Y el alcohol.*

—*Yo creo que el alcohol no, porque el alcohol ha existido toda la vida.*

—*Claro que ha existido, pero es que para todo, tienes que tener un límite y últimamente la gente no tiene límite.*

—*No, vamos a ver... para el alcohol, vale tienes que tener un límite; pero para la droga ..."*

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

No deja de señalarse la facilidad para conseguir todo tipo de sustancias a unos precios cada vez más asumibles por el joven.

“—Yo creo que el mayor riesgo que hay ahora mismo es las drogas y lo que tú dices, es que ahora mismo... no es que haya... yo qué sé, dos o tres drogas en plan pastis y un poquito más, sino... es que hay ochocientas mil y es que empiezan desde dos, tres euros, ¿sabes?”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

Y se insiste en que, mientras para el alcohol, el tabaco y el cánnabis el problema es el abuso, en las drogas ilegales el miedo es a la pérdida de la voluntad, a traspasar los límites de la adicción, sobre todo porque la salida de una dependencia de este tipo se percibe como muy difícil y problemática.

“—Yo no veo como principal riesgo eso porque a lo mejor lo haces alguna vez, pero... yo qué sé, espontáneamente, es casi sin darte cuenta. Pero... lo malo es que reincidas si realmente te guste y no puedas dejarlo. Eso sí que es realmente la putada, porque por mucho que la gente te aconseje ‘y déjalo, y tal y cual...’ ...es muy chungo.”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Asociado con el consumo de drogas ilegales, surge de nuevo el tema de la violencia, de las conductas violentas o agresivas que su consumo puede provocar o amplificar. Es obvio, y así se reconoce, que el alcohol también es capaz de provocar estas situaciones, pero frente a las otras sustancias el miedo de descontrol es mayor, quizás porque, siendo más conocido, los límites del alcohol parecen más manejables. Además, la situación se complica cuando se proyectan los posibles riesgos sobre la manipulación de “otros”.

“—Yo creo que también más riesgos para las personas que son más manipulables que otras.

—También, que siempre las hay en un grupo.

—Porque hay algunos que siempre dirigen un grupo y que pueden manipular y...

—Claro.

—El que siempre le va a seguir es el manipulado. O sea, yo creo que en un grupo hay el que dice adónde se va, el que sigue ciegamente al que lo dice, y el resto de personas que... Y yo creo que para las personas que son más manipulables hay muchos más riesgos.”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

En los hombres, las cuestiones referidas a las prácticas sexuales ni siquiera entran en el debate, evidenciando la nula o muy escasa percepción de riesgo que tales prácticas conllevan para ellos. En todo caso, las búsquedas sexuales que los hombres explicitan (“ligar”) se citan únicamente desde la perspectiva de formar parte de las experiencias que pueden resultar placenteras. El discurso, entre los hombres, sobre el sexo no pasa de la simple consideración de la necesidad de hacerlo posible, sin que aparezcan apuntes sobre posibles consecuencias indeseables.

—También influye mucho el hecho de... ligar. O sea, yo creo que es un tema que está a la orden del día... que si no ligas no... no sé, te quedas como... A todo el mundo le gusta ligar, ¿no? Y ¿dónde encuentras eso más bien? Pues por la noche

—Claro.

—Es donde hay gente.”

(HOMBRES, 18-20 AÑOS)

Cuando el tema se aborda más en profundidad, son las mujeres las que lo hacen; evidentemente son más conscientes de los riesgos. En general, mientras que los hombres hablan desde una gran desimplicación, cuando no con clara frivolidad, las mujeres afrontan el debate sobre el sexo desde una perspectiva más racional y consciente; parece que esa frivolidad masculina, que supone sin más la búsqueda de contactos variados sin mayores exigencias, las sitúa en un espacio de responsabilización. Evidentemente, no es que este tipo de encuentros se rechacen entre las chicas, pero éstas plantean más reticencias por la mayor conciencia de posibles problemas (y por la creencia de que ellas sufrirán estos problemas más directamente), y por tener todavía incorporado el patrón que exige al sexo no sólo la simple satisfacción de una necesidad sino un cierto compromiso emocional que trascienda el significado de una aventura puntual¹⁵.

—Yo creo que... no sé, nos jugamos más nosotras.

—Exactamente.

—Yo por eso, paso.

15. “Los chicos muestran, de forma mucho más abierta y desenfadada, su predisposición a participar en tales encuentros sexuales casuales y furtivos, en los que no se sienten atrapados por ningún tipo de sentimiento que vaya más allá de la ‘satisfacción inmediata del instinto’ (...) Sin embargo, de las chicas parece esperarse otro planteamiento (...) sin renunciar a los encuentros casuales y esporádicos, su concepción del sexo establece una relación más cercana entre éste y los valores de intimidad y confianza.” (Megías, 2003).

—Un tío que está con una que no conoce de nada que es para un... pues ahora y hasta luego. Le da un poco igual. Pero si yo soy la chica, pues a mí no me daría igual.

—No, pero en una relación larga sí.

—No, vale en una relación larga.

—Con nuestra edad...

—Pero esa gente lo hace a veces sin condón, pero si tienes una relación larga pues claro que sí..."

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

"—Hombre, es lo que dicen ellas, ellas se juegan mucho más, yo no me juego nada."

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Ya se ha comentado que los jóvenes han aprendido a convivir con las situaciones de riesgo ambiental y a reinterpretarlas desde la normalidad, y desde la necesidad de integración. Pero en ocasiones, los riesgos se afrontan mucho más directamente desde una construcción que les otorga sentido por el simple hecho de vivirlos, y sin más argumentaciones justificadoras que la pura y simple motivación.

"—Vamos, yo sé, yo... a lo mejor hago cosas muy arriesgadas, pero yo en mi cabeza estoy convencido de que van a salir. Y aunque todos me digan que estoy loco, como yo estoy convencido..."

—Claro.

—Hay veces que hay gente que me ha dicho: 'Eso no sale, estás loco.'

—Claro, claro.

—Y yo estoy convencido de que sí sale. Entonces... lo hago.

—Claro, a lo mejor un día... es la movida."

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Pese a afirmaciones puntuales que persiguen conductas arriesgadas como búsqueda de emoción, mayoritariamente aparece la necesidad de justificar la presencia y aceptación de los riesgos; los adolescentes han vivido una educación formal e informal que subraya los peligros asociados a determinadas conductas, y necesariamente, aunque sea de manera nominal, están obligados a justificar esas conductas. Lo cierto es que han desarrollado un discurso que explica la integración de esos comportamientos en el espacio/tiempo del ocio como algo inevitable. Y han debido hacerlo porque la necesidad de experimentación, trasgresión y diversión implícitas se impone a cualquier maniobra preventiva (que deberá quedar subordinada al desarrollo de la fiesta).

El primer nivel de justificación se consigue generalizando y construyendo categorías explicativas superiores: es propio del comportamiento juvenil ser irresponsables; mostrar escasa conciencia sobre las consecuencias forma parte del ciclo vital es parte del hecho de “ser joven”. Mostrarse responsable es aburrido, introduce un factor distorsionador de la diversión en un tiempo que parece estar hecho precisamente para exaltar la ruptura con los convencionalismos, los deberes y las obligaciones. No es que no se conozca el riesgo; se obvia en función del bien finalista de la diversión.

—“Porque, por ejemplo, ahora decimos todos que no nos montamos con alguien borracho en el coche y tal. Y después... tú bebes y...

—Sí, es verdad.

—Tú estás un día a las cuatro de la mañana... te acaba dando igual.

—Y te metes en el coche, ¿sabes?

—Y a lo mejor le dices ‘trae para acá que conduzco yo.’

—[RISAS]

—Hay gente muy sensata, pero es que yo pienso que la gente que... es muy sensata... lo que es el ocio lo lleva muy a rajatabla y es más tipo... es más ver la televisión y esas cositas.

—[RISAS]

—Hombre, hay de todo.

—Sí, pero tienes razón, la mayoría de los que salen son más inconscientes.”

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

La sensatez y la responsabilidad parecen valores adecuados para el tiempo semanal, que está suficientemente cargado de deberes y de necesidad de control; ser sensato o responsable cuando se disfruta del ocio/fiesta es extraño y ajeno al propio sentido de la situación. A quien se defina en el tiempo de ocio por la sensatez se le verá, sospechosamente, como “raro”, “fuera de lugar”; y, como ya se ha mencionado, ser etiquetado y ser excluido son riesgos que los jóvenes temen de forma principal.

Ser irresponsable en el tiempo de ocio no significa necesariamente que eso se vaya a extender a todas las actividades del joven, por cuanto parece existir una estrategia de división de significados y actitudes; si el fin de semana es el tiempo para el disfrute, la diversión y la irresponsabilidad, el tiempo semanal estará dedicado a la sensatez, el orden y el trabajo; y los jóvenes no encuentran ninguna incoherencia en ello: puede ser perfectamente compatible un tiempo de responsabilidad con una actitud totalmente contraria en el tiempo de ocio, sin que existan fisuras conceptuales ni rupturas de sentido.

“—*Es que es un poco como que corta el rollo.*
 —[...]
 —*De todas formas yo conozco gente que es la máxima juerguista y después en cuanto a estudios y eso le va bien, muy bien.*”

(HOMBRES, 18-20 AÑOS)

En última instancia, la responsabilidad está referida a un tiempo futuro, un futuro de maduración expresado simbólicamente como futuro laboral, que es el condicionante que opera más claramente como barrera para la limitación de comportamientos. Porque si del trabajo va a depender la obtención de los recursos necesarios para la vida que se desea llevar, sólo esta “responsabilidad laboral” impondrá límites y cortapisas a otras actividades. Las conductas que, por mucho que sean rechazadas por los padres o por los responsables adultos, no aparezcan claramente como opuestas en ese futuro de compromiso laboral, no tendrán por qué ser reprimidas. Nadie va a pedir cuentas más que sobre los comportamientos que afectan al rendimiento laboral. El concepto de “irresponsabilidad sin reclamaciones”, aparece de forma expresa como un refuerzo de la actuación presente.

“—...*Yo, por ejemplo, si me va bien en los estudios y me paso saliendo, pues... Al fin y al cabo, de lo que va a depender de mi vida es del trabajo, de si voy a llegar a algo mejor o peor. O sea, que mientras que me vaya bien en la vida de esa forma, en el trabajo, pues, yo creo que lo que hagas con el resto...*
 —*Pero no sólo los estudios, ¿sabes? Son modales, son formas, son composturas.*
 —*En la universidad no te pide nadie cuentas...*
 —*Luego una vez que salgas de la universidad es otro mundo porque es el curro, ¿vale? ¿Qué pasa? Que no puedes coger salir un domingo, llegar a tu casa a las seis de la mañana y llegar al curro hecho un cristo, con la camisa por fuera, la corbata en la cabeza.*
 —[RISAS]

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

En todo caso, en el discurso formal la responsabilidad se vincula directamente a la capacidad de control del individuo, por mucho que, como se ha comentado, lo inadecuado de las actitudes preventivas haga que los límites de control sean necesariamente laxos, tanto más cuanto más joven se sea. Pues bien, esa capacidad de autocontrol, que debería estar presente pero que en la *praxis* resulta inoportuna, se transfiere al círculo de pares, del que se espera que se vincule emocionalmente con el individuo mediante el despliegue de redes de solidaridad y socorro mutuo. El grupo de pares se mantiene unido no sólo porque comparte una trayectoria vital,

sino porque la integración en el mismo supone un sistema de deberes y obligaciones mutuos; si el individuo va a “perder el control”, lo adecuado es apoyarse en los amigos, que evidentemente esperarán una reciprocidad en ocasiones futuras.

“—Y si no, puedes tener... o sea, yo creo que lo más importante, también, si tú por ti mismo no te sabes controlar o no sabes hasta dónde tienes que llegar... tener un buen grupo de amigas o de amigos que... sepas que si tienes cualquier problema te van a ayudar o que te van a parar los pies. Porque, a lo mejor tú no te das cuenta y siempre piensas ‘yo controlo, yo controlo’ pero luego, en cualquier momento, no controlas. Entonces, tus amigas que saben cómo eres y realmente te aprecian, pues... te dicen: ‘controla hasta aquí’.

—Es que estoy pensando que si tu grupo de amigos tiene la misma mentalidad que tú, pues...”

(MIXTO, 16-17 AÑOS)

Abundando en el discurso sobre los elementos justificativos de esa irresponsabilidad colectiva que no infrecuentemente se señala, aparece la queja de que se ha desplazado a cada joven una tarea que es de otros. El cuerpo social les ha traspasado la responsabilidad de la gestión de su vida, cosa para la que dicen no sentirse totalmente preparados. Además, si ese traspaso de responsabilidad debería haber fomentado una mayor madurez, el efecto parece ser el contrario: el fracaso ha permitido la extensión y amplificación de unos comportamientos irresponsables, para los que no se encuentran excesivos límites. Si, según argumentan los jóvenes, su responsabilidad es una cuestión de todos porque excede de su propio potencial, es la sociedad la que claramente habrá optado por una dejación de funciones en este sentido y, en suma, se convierte en la mayor culpable del estado de situación.

No sólo es que la sociedad haya permitido, por dejación, que el joven se comporte de manera irresponsable, es que incluso parece que lo ha fomentado; existe toda una industria que se beneficia económicamente del ocio juvenil y que es objeto de una importante queja sobre la hipocresía de un sistema que critica ciertos estilos de diversión mientras saca beneficios de ellos. De esa manera se llega al concepto fundamental; si los jóvenes reclaman el tiempo de ocio como su espacio para la libertad y la trasgresión, también apuntan que este tiempo y las actividades y consumos que conlleva son fruto de una cierta imposición desde lo social y lo económico (comportarse como joven, consumir ocio como joven); el marketing, la publicidad, la industria del ocio, las marcas de bebidas, etc. han impuesto un modelo del que parece muy difícil escapar.

Por lo tanto, la libertad de la que supuestamente se goza en este tiempo no es tal, la espontaneidad deja lugar a la obligatoriedad de consumir, y la trasgresión se con-

vierte en una representación sin contenido real. Y el joven no es el protagonista ni el responsable de esta situación; se divierte, disfruta y aprovecha los recursos puestos a su alcance pero, en esencia, parecería actuar como un simple peón en un juego que sobrepasa ampliamente su capacidad de actuación; es la inconsciencia programada.

—Nos han dejado la... responsabilidad a nosotros, ¿sabes? Lo que pasa es que luego, luego dicen que nos pasamos, pero porque tampoco... nos lo han puesto ahí... y se nos ha ido de las manos.

—[...]

—Y está claro que son cosas que a nosotros nos gustan, pero es que ellos están rentabilizando... pero, vamos... están sacando dinero por todos los lados.

—Sí, sí, porque mira, ¿qué pasa? Vas a un garito y te tomas unas copas... el beneficiado ¿quién es? Tú, por una parte, porque estás consiguiendo lo que buscabas, pero el del bar se está beneficiando a costa tuya...

—Sí.

—Eso, luego... pues yo qué sé, la gasolina, por ejemplo... Es todo gasto puro y duro. Luego... imagínate que el chico conoce chica... para el hotel.

—[RISAS]

—Luego los condones y todo...

—[RISAS]

—...Está todo pensado, ¡joder!

—Ya.

—O sea, los taxis...

—...Y tómate un chocolate con churros. Abren a las seis de la mañana precisamente para eso.

—Sí, para los que vienen de fiesta.

—Yo qué sé, ¿qué más te puedo decir...? Y hasta los chinos, tronco, te venden rosas, chicles, yo qué sé."

(HOMBRES, 18-20 AÑOS)

La sensación de inconsciencia programada y fomentada por la sociedad de consumo opera como justificación tan potente de determinadas conductas que la única salida posible es la apuesta por el futuro, un futuro en el que la maduración vital y biográfica dote al individuo de la responsabilidad de la que de momento carece. La sensatez aplazada actúa como intermediaria entre una realidad supuestamente inmanejable y un entorno enormemente crítico con la misma, y ofrece como solución aceptable para las partes una tranquilizadora apuesta por la resolución futura de los conflictos; los excesos son asumibles por la sola justificación de que "ya pasa-

rán”, y comprensibles por ser una característica intrínseca de la juventud pero de carácter transitorio (como si el individuo, por sí mismo y sin aprendizajes ni referencias externas, por el solo hecho de cumplir años, fuera capaz de crear y modular su propia maduración).

—*Hombre, cuando eres mayor no pujas lo mismo.*

—*Claro.*

—*No pujas el... por ejemplo, ahora puedes ir... pujando y decir: 'Voy a ser el más gallito y me voy a pegar con ese'. Cuando, por ejemplo, tienes 25, no sé...*

—*Pero, también puedes...*

—*Ya, pero si vas madurando...*

—*[...]*

—*Si empiezas muy joven, te vas moderando antes. Pero hay gente que es muy cerrada y que... a lo mejor se empieza a abrir con 18, 19 años, y le queda otro mundo por vivir, porque tú y yo ya hemos vivido, a lo mejor a ése le toca ahora. Pero, vamos, yo creo que sí, un porcentaje más alto... le pasa eso, que va buscando planes más tranquilos.”*

(MIXTO, 21-24 AÑOS)

3. LA MIRADA DE LOS ADULTOS

Como ya se explicó en el apartado de Metodología, el estudio incorporó dos grupos de padres, uno con hijos de entre 6 y 15 años y otro de entre 16 y 24 años, con el objetivo de complementar la información desde una mirada diferente. Además se mantuvieron entrevistas con profesionales de la educación, con educadores de calle y con un representante de la Policía Municipal, al objeto de proveer elementos de contraste.

Los padres desarrollan discursos muy parecidos sea cual se la edad de los hijos, aunque con un matiz importante: compartiendo opiniones y percepciones, el grupo de padres con hijos de menor edad muestra una preocupación que, aun real y concreta, es lejana; mientras, el grupo de padres con hijos mayores muestra una cierta hipersensibilidad, justificada desde la conciencia de que sus hijos afrontan una época difícil.

Otro matiz importante se pone sobre la mesa cuando se valoran los riesgos en función del género de los jóvenes. Los padres encuentran mayor motivo de preocupación cuando hablan de sus hijas que cuando hablan de varones. Las “niñas”, las hijas, parecen expuestas a más peligros no sólo por presentar mayor vulnerabilidad

(aparece, como no podía ser de otra manera, la posibilidad de embarazos no deseados o de agresiones sexuales) sino porque opera un discurso que proyecta en las mujeres una supuesta menor capacidad de defensa. Y, de manera muy acusada, porque se sigue alimentando el prejuicio de que es diferente el comportamiento que una mujer debe tener o resulta apropiado que tenga (sobre todo en relación con los encuentros sexuales y con determinados consumos). De esta manera, la óptica desde la que se enfocan las actuaciones y los peligros supuestos de hijos e hijas es claramente diferenciada.

“—Tú eres españolito y que estás acostumbrado desde la adolescencia que tenga lo típico, que se vaya con la chavala si es un chico y eche el primer polvo, se fume un porrito, o si es una chica todo lo contrario.”

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

*“—Para ellas, hay mucho más [peligro].
—Mucho más, claro que hay mucho más.
—No puede, una chica sola no puede a las 2 de la mañana sola, por ir sola. A una chica se le coge cualquiera... los chicos sin embargo sí...”*

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

*“—Es un miedo distinto. No tienes el mismo miedo de lo que pueda pasar a una hija....
—Que a un hijo.
—A una hija la pueden violar, la pueden coger...”*

(PADRES CON HIJOS 6-15 AÑOS)

Pese a todo, como se decía, el discurso de ambos grupos de padres posee una estructura muy similar en contenidos. El abordaje siempre señala como primera cuestión importante la conciencia explicitada de que los hijos se encuentran o se encontrarán dentro de poco en una etapa difícil, la famosa adolescencia, término comodín que aglutina toda una serie de lugares comunes sobre la dificultad de la etapa vital que se va a afrontar y sobre los problemas para conciliar la educación de los hijos con los nuevos deseos de éstos.

Y se sabe que esta entrada en un ciclo vital difícil va a marcar importantes cambios en la relación padres-hijos, especialmente cuando a estos últimos se les achaca una inconsciencia, interpretada desde la rememoración del propio pasado, con actitudes y comportamientos fruto de la inexperiencia y de unas expectativas poco realistas.

“—Yo con la mayor hasta ahora no he tenido problemas porque es una niña muy buena, lo que pasa que ha cumplido los 18 el mes pasado, y ya se piensa ya, vamos, que todo cambia...”

—Sí.

—...que ya tiene todos los derechos del mundo, pero no se da cuenta que los derechos siempre tienen que ir acompañados de responsabilidades, ¿no?

—Sí, de todas formas el problema... yo me acuerdo cuando el mío de 19 cuando tenía 16 por ejemplo, '¿tú te acuerdas de tener 18 años?, yo voy a hacer lo que me da la gana, y tal y cual'...

—Yo también me acuerdo de haber pasado... yo me acuerdo de... de cuando iba a cumplir yo los 18 años que me creía que me iba a cambiar la vida.

—Sí, sí.

—Luego te das cuenta que no.”

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

De hecho, hay una sintomatología que acompaña a esta edad difícil, con señales muy claras y perfectamente percibidas por los padres. Lo primero, el corte abrupto de la comunicación con los hijos; no son pocas las referencias, especialmente de las madres, a la pérdida de esta intercomunicación, que se interpreta como el inicio del desconocimiento de las actividades reales de los hijos. Evidentemente, frente a esta sensación de pérdida, existen grandes diferencias según la edad de los hijos; hay padres que ya han tomado distancia con el asunto, dado que sus hijos rozan los 24 años, y están ya acostumbrados a esas dinámicas; en cambio, la alarma es más aguda en aquellos padres que tienen hijos que están iniciando esos cambios o están de pleno en las edades críticas.

Este sentimiento de ruptura de la comunicación tiende a manifestarse de manera ambigua; por una parte, se expresa como una transformación no deseada de las relaciones de padres e hijos, que se vive de manera más o menos dolorosa; a la vez, tiende a vincularse y a comprenderse como un efecto natural del crecimiento, lógico y adecuado para el tránsito desde la edad infantil. En general, existe un sentimiento exculpatario del adolescente, cuyo cambio actitudinal frente a lo normativo-paterno se entiende como parte de una necesaria transformación personal, que permitirá el nacimiento de un individuo adulto, con su propia personalidad e intereses.

“—A mí por ejemplo mi hija siempre ha sido muy... mi hija le ha gustado mucho hablar, me lo ha contado todo, desde pequeña, pequeña, todo. Pues 'mamá, a fulanita le gusta este restaurán', y sin embargo ahora no me cuenta. Ahora le tienes que sacar las palabras un poco...”

—Ahora ya...

—Van contando menos cosas.

—Hombre, yo de pequeña tampoco quería que me contara todo. Claro, me contaba muchas cosas porque quería que me las contase.

—Pero...

—Que quiero ser su madre y que tenga mucha confianza conmigo, ella sabe que yo voy a estar ahí, que no la voy a fallar, pero su amiga...

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

Lo cierto es que esa pérdida de comunicación deja muchas veces a los padres en una ignorancia importante sobre las actividades de sus hijos, ya que éstos son perfectamente capaces de mostrar una duplicidad de comportamientos según sea el terreno en el que se mueven; ello condiciona una imagen disociada del joven, cuando está en casa o fuera de ella, que ayuda a que ambas partes, padres e hijos, puedan asumir sus papeles teóricos: los hijos se comportan “como deben” en casa y los padres asumen, desde una ignorancia real o simulada, un comportamiento exterior, por esperable y normalizado.

En el caso de los jóvenes, esta ignorancia paterna de sus comportamientos externos es aprovechada para instaurar unas reglas de juego que permiten gran libertad de acción; si en casa se comportan como deben, fuera de casa podrán hacer lo que quieran. Esta es una situación buscada por ambas partes, ya que ahorra enfrentamientos¹⁶.

“—Entonces muchos padres no solamente lo ignoran, es que ni se plantean que el muchacho pueda tener un comportamiento diferente al que tiene en casa. Porque... Desde para los estudios, para el comportamiento, de lenguaje, todo, todo. Y de hecho cambia. Hasta el lenguaje corporal del muchacho, cuando está enfrente de los padres a cuando está en clase, a cuando está en el patio.”

(DOCENTE)

Otras miradas adultas también inciden en este aspecto del desconocimiento de los padres de las verdaderas actividades de los hijos, bien por efecto de una imposibilidad impuesta por la falta de tiempo o por las exigencias laborales, bien como resultado de una actitud defensiva, un “no querer ver”, que facilita la tranquilidad.

16. Hay numerosas referencias sobre el tema de los comportamientos “pactados” entre padres e hijos en la bibliografía. Un ejemplo: Megías, E. (dir.) (2007). *Adolescentes ante el alcohol. La mirada de padres y madres*. Barcelona: Fundación La Caixa.

*“—¿Tú crees que los padres saben bien qué hacen sus hijos fuera de casa?
—No, no, no. O imaginan o a veces no quieren ver. Yo particularmente entiendo que a veces no queremos ver. Mira yo soy padre, pero de momento de pequeños, y yo no sé...”*

(POLICÍA MUNICIPAL)

No infrecuentemente, como se decía, este desconocimiento de lo que hacen los hijos es fruto de unas condiciones de vida que restringen el tiempo necesario; así, la educación de los hijos se traslada a otros ámbitos, como la escuela, claramente insuficientes o inhábiles, por no poder traspasar modelos paternos de referencia.

“—En este distrito, yo te hablo de uno de los problemas principales es que muchos padres, muchas madres, sobre todo gente que viene..., emigrantes y tal, trabajan a horarios muy desfasados. Entonces no existe la figura paterna o materna como tal. Los chavales están en la calle. Y eso es un problema. Incluso cuando yo he intentado entrevistarme con un padre o una madre es que es imposible. No tienen, no tienen... horarios. Hay excepciones. Pero te estoy hablando a nivel general en este distrito la población que hay. Y éste es el..., porque no hay un referente, no hay un adulto que ponga unas normas, que ponga una disciplina, que pongan como modelo... No existe. Entonces andan muy perdidos. Porque si el modelo de por sí, en ese momento, en la adolescencia, es tu grupo de iguales... también es el adulto que está ahí... el maestro, el no sé quién..., pero es que no están.”

(EDUCADOR DE CALLE)

Los padres que quieren conocer los cambios de los hijos, se enfrentan a un reto muy complicado. De hecho, creen tener la evidencia de que el intento de controlar sus actividades será una herramienta inútil (“no les vamos a seguir a todos los sitios”). Así, la vigilancia se aplica finalmente de manera laxa; se asume que el adolescente va a hacer lo que le da la gana. Por esta vía, el adolescente cuenta con una condescendencia paterna casi extrema: “sabe que su padre sabe” que él ya no le cuenta lo que hace, pero que renuncia a controlarlo, porque no lo cree posible.

De esa forma, la postura de los padres se reduce a dos papeles: o bien se mantienen en la ignorancia sobre las actividades de sus hijos (“se dejan engañar”) o bien escogen el camino de la resignación ante una realidad que no pueden controlar. La confianza que se dice poner en los hijos sirve, en parte, como medio para justificar la ausencia de unas reglas y normas que sería muy difícil imponer.

“...Pues sabemos poco. O al menos yo creo que sabemos poco, ¿no? A dónde van, de dónde vienen... Nunca se ha sabido, ¿no? Porque nosotros cuando éramos chavales tampoco sabían nuestros padres dónde íbamos realmente, ¿no? Les engañábamos mucho.

—Hombre, llevas razón en el sentido de que ellos cuando salen no sabemos... no les vamos persiguiendo a ver dónde están

—Sabemos un poco lo que nos dicen

—Confiamos en ellos, pero no...

—Si ocurre algo y entonces...”

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

Los educadores subrayan esta ausencia de reglas de control en el hogar como un problema que se traspasa al ámbito educativo. Refieren incluso que, ante determinadas llamadas de atención por parte de los educadores, los padres optan por justificar la actuación de sus hijos, incluso negando la evidencia de ciertos comportamientos.

“—Entonces no les puedes dar lecciones sobre sus hijos, para nada. Muchas veces se ponen a la defensiva y en lugar de escucharte, lo que están haciendo es buscar una justificación.”

(DOCENTE)

La preocupación paterna sobre el cambio adolescente se combina con la percepción de peligros notoriamente mayores en la sociedad actual. Coincidiendo con lo que expresaban los jóvenes sobre una sociedad en la que abundan los riesgos, los padres comparten la convicción de encontrarse con una realidad cotidiana en la que la exposición a riesgos se ha visto multiplicada con respecto a épocas pasadas. No es que tengan miedo por lo que puedan hacer los propios adolescentes, sino por la consideración de un riesgo muchas veces derivado de la acción de terceros, cosa que se percibe en aumento en los tiempos actuales. Así, igual que manifestaban los jóvenes, los mayores tienden a creer que el ambiente siempre supondrá un peligro potencial e influirá negativamente, llegando casi a negar que el adolescente pueda tener criterio propio o provocar problemas por propia iniciativa.

“—Existe el peligro de las compañías, porque se juntan siempre... pues se lían un porro, tal y cual...”

—Sí.

—...a las tal... o... o incluso a beber. O sea, que hoy en día a lo mejor van a una discoteca light, pero no sabemos si se...

—...porque yo... tengo conocimiento que hay gente que ha ido y ha bebido.”

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

No se señala tanto la responsabilidad del joven (si acaso, por su inexperiencia) como que su comportamiento puede ser negativamente condicionado por factores externos; se fomenta un tópico por el que lo peligroso es la influencia del ambiente en los hijos; imagen renovada de la sociedad del riesgo y metáfora del peligro inherente a unos usos y costumbres donde los comportamientos arriesgados o potencialmente peligrosos forman parte de un hacer social inevitable. Los hijos, por lo tanto, están sujetos a una serie de peligros escasamente controlables aunque muy presentes y concretos, y con una relación con los acontecimientos muy azarosa.

—*Vivimos en una sociedad de muchos miedos. Que sí, que la mía ésta tiene 12 años y todavía, pero que me da mucha pena porque yo creo... Yo me acuerdo cuando yo era joven...*

—*Claro.*

—...y no teníamos móviles. Salíamos, y no había este...

—*Estábamos en la calle. Porque yo... me acuerdo que desde pequeños... en la calle. Y ahora mi hija hasta que no ha tenido 14 años, como aquel que dice, es que no te conocen ni los vecinos.*”

(PADRES CON HIJOS 6-15 AÑOS)

Se concluye que los riesgos son de mayor entidad que en pasadas épocas y, sin embargo, los padres califican a sus propios hijos como más informados, con lo cual, aparentemente, el problema de una exposición a mayores riesgos estaría conjurado por la mayor cualificación. Sin embargo, esta hipótesis no soporta la más mínima prueba empírica pues es evidente que esos adolescentes, supuestamente más informados, caen en los diferentes peligros. Así, deben aceptar la inclusión de la laxitud normativa de su propio papel como educadores: sus hijos son más irresponsables que ellos mismos, cosa que es un lugar común, y además, ellos no son lo suficientemente rígidos en las exigencias educativas.

—*Hay más información...*

—*Hablan más...*

—*Que tengan más información eso no significa que la tomen...*

- Claro.
- ...con más temor.
- No, porque...
- ...el coche... porque los accidentes de tráfico cada vez son más y demás.
- Porque... también. Entonces yo pienso que es el mismo riesgo.
- Con todo... que hay preservativos, que hay otros métodos anticonceptivos y tal, no significa que siempre los usen o los usen bien.
- Ahí está.
- Que decía que los jóvenes son menos responsables que lo que éramos nosotros antes.
- Claro.
- Sí, yo también pienso eso.
- Sí, totalmente.
- Ya no es que éramos menos responsables. Yo lo que sí recuerdo que mi padre era un sargento.
- Mi padre llegaba a las 10:30, apagaba la televisión, y todo el mundo a dormir. Y me acuerdo que mi hermano y yo nos mirábamos así, ¡Heil, Hitler!, me acuerdo. Luego yo tengo que machacar para que a las 11 hay que apagar Internet. Y si me descuido un poco son las 11:30 y...
- Sí, eso pasa en todas las casas.
- A ver si vuelve otra vez la antigua usanza.”

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

¿Cuál es la mejor fórmula educativa? Y más concretamente, ¿cuál es la posible? Es evidente que la imposición de unas rígidas normas de conducta es un camino que muy pocos padres están dispuestos a asumir por el grave conflicto que supondría con sus hijos, y porque sería ir contracorriente; de ese modo, la educación del joven no se aborda tanto desde parámetros de reglas y conductas impuestas y restrictivas; y se deja, al menos en parte y a partir de ciertas edades, a la propia experimentación del joven. Con lo que los padres deben reinterpretar los conceptos educativos: si los nuevos modos y costumbres sociales representan unos riesgos mayores, será necesario que los jóvenes aprendan, lo antes posible, las destrezas necesarias para manejarse en un entorno hostil.

Aun reconociendo los peligros a los que el joven se enfrenta, los padres elaboran un discurso que propone, al menos desde lo actitudinal, una fórmula de educación mediante la cual el joven integre experiencias que le ayudarán para su maduración personal; una postura que tiende de hecho a la justificación de algunos comportamientos en aras de ese supuesto aprendizaje que otorgará al joven la capacidad para enfrentarse al mundo real. Igual que el joven reclama experiencias, autonomía y situaciones en las que él decida o donde él mismo establezca los límites, los

padres tienden a ser más permisivos porque, de hecho, el argumento de la “experiencia vital de fondo” es compartido por todos.

—*Que los tienes que dejar.*
 —*Es que los tienes que dejar, porque esto... los haces inútiles totalmente. Es que no sabes salir ni a la puerta de la calle después.*
 —*No, y aunque no quieras...*
 —*Y se van a tener que defender ellos solitos, o sea, que...*
 —*Es un aprendizaje, entonces tienen que aprender por sí solos.*
 —*Claro, por eso...*”

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

De esta manera se configura un discurso ambiguo, que oscila entre dos ejes actitudinales: por una parte, miedo y preocupación ante un ambiente potencialmente peligroso, que llega a hacer que algunos padres reivindiquen actitudes muy restrictivas; por otra parte, necesidad de permisividad ante la experimentación en ese mismo ambiente, aun a costa de unos comportamientos peligrosos que pueden ser a la vez herramientas de maduración. En realidad, la permisividad deriva tanto de la intención como de la percepción de la imposibilidad de lo contrario; los padres piensan que el joven es casi imparabile en sus reclamaciones de espacio y tiempo independientes; como lo fueron ellos (aunque también se imaginen más responsables que los jóvenes actuales).

Respecto a los consumos de sustancias, el argumento sigue siendo el mismo: el ambiente, la necesidad de experimentación, llevarán con cierto grado de inevitabilidad a comportamientos de prueba, tanto más cuando se cree que esa es la pauta de normalidad de una gran parte de la juventud.

—*Claro, pero que yo estoy segura que probar, lo va a probar.*
 —*El probar o no probar, lo hemos hecho todos.*
 —*Ojalá que no.*
 —*No, no, lo malo es que...*
 —*Que seas inteligente...*
 —*...que se metan donde se metan...*”

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

Tanto padres como educadores sostienen la misma tesis principal en cuanto al riesgo en el tiempo de ocio; el joven tiene una débil percepción del riesgo de comportamientos y consumos porque nunca se ve reflejado, siempre son otros los que sufren las consecuencias.

“—Y los chavales se dan cuenta enseguida cuando estás tocando temas de presión de grupo, y enseguida tratas de otros temas, y ellos obviamente no quieren, no se ven identificados con eso. Si fuesen conscientes de que les pasa eso, actuarían. Y ellos no, no... siempre les pasa a otra gente, a ellos nunca.”

(DOCENTE)

“—Una de las preguntas que yo hago en los centros cuando voy es por qué les gusta... Les pregunto abiertamente: ‘¿Por qué a vosotros os gusta tener conductas de riesgo?’ Y ellos dicen que no entienden la pregunta, ellos no saben qué son conductas de riesgo. Y les digo: ‘Beber y conducir es una conducta de riesgo porque se mata a tanta gente, tener relaciones sexuales sin medios es una conducta de riesgo porque te puedes pillar una enfermedad o puedes dejar embarazada o tener un embarazo no deseado, beber y pelearse, consumo de drogas, tal..’ Luego lo ven. ‘Porque queremos ser mayores, porque tal’. Pero no tienen la percepción que tiene el adulto de lo que puede ser un riesgo.”

(EDUCADOR DE CALLE)

Frente a la inevitabilidad de ciertos consumos, los padres y los educadores coinciden plenamente, y ambos ponen el acento en la presión que se recibe del grupo, y en la necesidad de la experimentación, por encima de estar sobradamente informados.

“—No es por falta de conocimientos, que ellos no sepan. Porque es la presión del grupo... porque no les pasa nada... Porque les da la impresión de que todo lo deben probar. Ese es el problema más grande.”

(DOCENTE)

Obviamente existe una gran diferencia en la percepción de las sustancias. El consumo de alcohol y de tabaco es más comprensible y justificado, sobre todo por la percepción de que son sustancias menos nocivas y más imbricadas en lo cultural. Además, si se comparan con otros consumos, ambas sustancias se legitiman como opciones “menos malas”.

“—Entonces lo que digo, no sé si he hecho bien, a lo mejor es un mal consejo, o lo he hecho mal. Pero cuando... ha venido un poquito bebido y tal, digo mira, puestos al tema drogas, prefiero que te tomes dos copas que sé... que el alcohol, queramos, es una droga, pero más o menos está semi... o sea, se ha legalizado,

tiene unos componentes... registro de Sanidad, etc., etc., que no que te tomes una pastilla que a saber... lo que pueda...

—O sea, yo en eso he sido muy claro. Prefiero que te tomes tres cubalibres, pero que no te tomes pastillas, ni te fumes porros...

(PADRES CON HIJOS 16-24 AÑOS)

¿Y dónde está el límite? ¿Qué protege a los hijos de los consumos peligrosos? De hecho, con mucha frecuencia, el límite y la responsabilidad caen del lado del propio joven; y de unos elementos que se espera sean favorables: que no se junte “con malas compañías” o que sea lo suficientemente inteligente como para plantarse frente a los riesgos inasumibles; esperanza azarosa cuando a la vez se cree que, por la edad, lo que prima por encima de todo es la necesidad de probar.

CAPÍTULO OCHO

Conclusiones

Conviene confirmar de entrada que los resultados generales del estudio ratifican las sugerencias teóricas que se hacían en el capítulo introductorio. Lejos de la lectura simplificadora y tópica de los riesgos de los jóvenes en su tiempo de ocio, la realidad se muestra compleja y se ajusta a conceptualizaciones y definiciones mucho más multidimensionales y dinámicas. Queda fuera de toda duda la trascendencia del tiempo de ocio para los jóvenes, como espacio para la experimentación, como fractura en la rutina cotidiana, como instrumento esencial en la búsqueda de una identidad personal y grupal, incluso como oportunidad de ejercicio de los tópicos que la sociedad adulta espera del joven. Como tampoco deja lugar a dudas la lectura de la construcción grupal de los riesgos o el papel de estos últimos en la dinámica de crecimiento y de individualización, ni la presencia de un contexto etiquetado como peligroso, que se vive como inevitable y al que hay que amoldarse o que es preciso saber manejar.

En ese espacio/tiempo del ocio que los jóvenes consideran como tal, y que se reduce a la “marcha” de los fines de semana (el resto de actividades y de momentos son de “tiempo libre”, que es algo bien diferente), el peligro implícito en los comportamientos de cada cual, en cierta medida se diluye, pasa a incorporarse al clima genérico de “sociedad del riesgo”, y por esa vía sufre un cierto proceso de desresponsabilización. Se supone que las cosas son así, así se espera que sean, y las actitudes y comportamientos individuales aspiran a ser sintónicos con el clima general: el ocio se mueve en contextos de riesgo, muchos de sus componentes son arriesgados por sí mismos y hay que convivir con ello; no sólo porque vivir esos riesgos (y poder contar que se han vivido) es algo positivo y forma parte de la construcción personal,

también porque, en todo caso, es algo inevitable. No pueden evadirse los riesgos, en última instancia, porque lo que resulta irrenunciable es aquello que los contiene, la fiesta, ejemplificada sobre todo y ante todo en las noches del fin de semana.

Todo ello ante la mirada de unos adultos, especialmente de unos padres y madres, claramente ambivalentes. Por un lado, alarmados y un tanto ansiosos ante las amenazas que creen que sus hijos están viviendo; por otro, resignados a la idea de que esas amenazas tienen vida independiente y son ajenas a sus potenciales esfuerzos protectores, y confortados por la esperanza de que sus hijos son “algo diferentes”, que están “bien educados” y podrán sortear unos peligros que finalmente les ayudarán a crecer.

LO QUE DICEN LOS DATOS

Las respuestas de los encuestados sobre su forma de ocupación del tiempo libre ofrecen pocas novedades respecto a lo ya sobradamente conocido: oír música, estar con los amigos, ir a bares, ver televisión, comunicarse por Internet, hacer deporte, leer e ir al cine o jugar con videojuegos son, por orden de frecuentación, las actividades preferidas; no sorprende que la visita de museos o la colaboración con ONGs cierren la jerarquía de prioridades, con poco más del 5% de jóvenes que las realizan. Tan sólo puede recibirse con cierta sorpresa que, contra la opinión sólidamente establecida en la representación social, sólo dos de cada diez jóvenes confiesen ir con cierta habitualidad de “botellón”.

Esta misma jerarquía de prioridades, aunque quizás expresada de forma más clara, se refleja en el análisis multivariable de las distintas propuestas. Todo lo que tiene que ver con la relación grupal y con la música se incluye en el paquete de actividades más realizadas: casi seis de cada diez jóvenes realizan con gran frecuencia las actividades de relación con los amigos, presencialmente o a través de Internet, y oyen música. Ya a importante distancia (poco más de tres de cada diez), se apuntan al complejo bares/discotecas/“botellón”. Son pocos menos los que dicen que con frecuencia “no hacen nada” o practican esa otra forma de hacer casi lo mismo que es ver la televisión. La cuarta parte de los jóvenes suscriben con énfasis hacer deportes o jugar a videojuegos. Finalmente, son menos de uno de cada diez los que dicen realizar con frecuencia un conjunto de actividades culturales o solidarias (leer, ir al cine o al teatro, visitar museos, viajar o colaborar con ONGs).

Son los chicos los que más se apuntan al “botellón”, a los videojuegos o al deporte, mientras las mujeres dominan claramente entre los lectores o los que frecuentan el cine, el teatro o los museos. Por otra parte, los de menor edad priman las actividades de relación grupal, los videojuegos y la televisión; los mayores están

sobrerrepresentados entre quienes van a bares o discotecas, y se dedican a leer o a visitar museos; el “botellón” parece una actividad dominante en quienes tienen edades intermedias. No sorprende que los más religiosos, sobre todo si son practicantes, digan participar menos en la ceremonia del “botellón” y vayan menos a las discotecas.

Y algunos encontrarán significativo que la ideología de centro-derecha tenga mayor frecuencia entre quienes hacen deporte, y que los de izquierda abundan más entre los lectores y, en cambio, practiquen menos los videojuegos. Obviamente, en las actividades más generalizadas (oír música y estar con los amigos) los perfiles diferenciales son escasos y aparecen características más transversales.

En cierta relación con lo anterior, los encuestados señalan que predominantemente pasan el fin de semana con *colegas* (el 52% casi todo el tiempo y el 31% la mitad del mismo). Además, parece que es así como quieren hacerlo puesto que más de nueve de cada diez dicen que ese tiempo pasado con los amigos les resulta enormemente satisfactorio. Sólo uno de cada cuatro dedica gran parte del fin de semana a estar con la familia, mientras un 30% hace lo mismo durante la mitad de ese tiempo. Seis de cada diez chicos y chicas dicen que lo pasan muy bien estando solos, y sin embargo esto queda parcialmente desmentido cuando sólo un 6% declara pasar la mayor parte del fin de semana de esa manera. Son los mayores, los universitarios y quienes dicen tener sensibilidades de izquierda los que están sobrerrepresentados en esta forma de vivir el ocio en soledad; las mujeres dedican más tiempo a la familia, y confiesan mayores niveles de gratificación al hacerlo, mientras los varones parecen preferir claramente compartir el ocio con los amigos.

Tampoco niega lo ya conocido el análisis de las respuestas referidas a las actitudes ante el concepto global del riesgo. Las posturas de chicos y chicas muestran una clara ambivalencia, con un cierto equilibrio (al menos formal) entre las actitudes proactivas y reactivas frente a la idea de arriesgarse. Por un lado, se enfatiza la proactividad (arriesgarse es propio de jóvenes y es necesario hacerlo para progresar en la vida y para vivirla con plenitud) al tiempo que, incluso de manera algo más subrayada, parece sostenerse la necesidad de la prudencia. Una ambigüedad que, a la hora de la verdad, probablemente sólo se resolverá en términos de practicidad, en función de las circunstancias concretas y de las necesidades coyunturales de esas circunstancias. En cualquier caso, las mujeres parecen claramente más prudentes mientras que los posicionados en la izquierda política y los más ajenos a las vivencias religiosas se apuntan con más firmeza a la visión positiva del riesgo.

Esta ambigüedad, defensa formal del riesgo neutralizada por la exigencia de prudencia, tanto si es algo determinado por las respuestas formales como algo más profundamente vivido, se traduce especialmente en el intenso señalamiento del

peligro de todo un repertorio de las actividades tóxicas. Conducir o ir en coche cuando el conductor ha bebido o ha tomado otras drogas, así como consumir habitualmente cocaína, son señaladas como conductas de muy grave peligrosidad: una media de nueve en la escala 1/10. Ligeramente menos graves se consideran tener relaciones sexuales sin la protección del preservativo o conducir a gran velocidad. Mucho más relativo es el señalamiento de peligros en provocar o verse envuelto en peleas, así como en fumar habitualmente porros. Y ya a clara distancia aparece la dimensión de amenaza de los comportamientos que son expresión de dificultades en la relación con los amigos o con los estudios.

Así como en la definición de cierta menor gravedad para las relaciones sexuales sin protección o para la conducción rápida lo que determina una bajada de la puntuación media es la aparición de grupos minoritarios que relativizan la importancia de esas conductas, en la visión más benévola de las peleas o del consumo de porros lo más definitorio es la aparición de grupos importantes que definen el riesgo como algo sólo relativo; en la clara menor importancia de los comportamientos que implican una distorsión en las relaciones (no salir, tener gustos diferentes o tener problemas en los estudios) lo que aparece es una distribución más armónica a lo largo de la escala de gravedad. Es importante señalar como algo muy significativo el bajo rango de gravedad (grupos amplios le quitan importancia) que se otorga a la embriaguez o al hecho de tener relaciones sexuales estando bebido, circunstancias claramente relacionadas que resultan ampliamente normalizadas.

En una mirada conjunta aparece un paquete de comportamientos, básicamente relacionados con la conducción en estado de intoxicación, con los consumos de cocaína y con las relaciones sexuales sin protección, a los que casi ocho de cada diez chicos y chicas otorgan una máxima peligrosidad. A distancia, fumar porros, emborracharse o mantener relaciones sexuales estando bebidos, junto con tener dudas respecto a qué se debe estudiar, son hechos considerados de máxima gravedad por un 55% de jóvenes. A tener gustos diferentes a los del grupo, tener pocos amigos, no salir de fiesta o tener problemas en los estudios, sólo le ven especial peligro menos de cuatro de cada diez chicos y chicas.

En general las mujeres suelen otorgar mayor índice de gravedad a casi todos los comportamientos, mientras quienes tienen menor edad subrayan los peligros relativos a la conducción y a los problemas relacionales, al tiempo que relativizan el riesgo de las peleas. Quienes tienen mayor edad desvalorizan claramente el peligro de fumar porros. No deja de resultar significativo que los que viven solos minimicen la amenaza de tener relaciones sexuales sin usar preservativo, o que quienes viven con amigos tengan una visión claramente más benévola de fumar porros, de emborracharse o de mantener relaciones sexuales estando bebidos.

Cuando se plantea el desvelamiento de las actitudes ante los riesgos teóricos de ocio, un 84% de los jóvenes muestra posturas de rechazo formal de ese riesgo, no quieren arriesgarse “porque sí” y afirman que no necesitan beber para pasarlo bien.

Por el contrario aproximadamente un 76% defiende la noche como aventura y señala que lo que le gusta es precisamente no saber qué va a pasar. Algunos menos (69,5%) desplazan la vivencia del riesgo, entendiendo que en cualquier caso el grupo les va a proteger, o se plantean posturas de clara defensa del descontrol (un 64% asegura que *desfasar* es divertido, otro 56% cree que la prudencia arruina la diversión o que finalmente no va a pasar nada). Algunos menos (34%) defienden una postura tan radical como la de que “el preservativo me corta el rollo”, mientras que casi los mismos (un 33%) son los que están en ciertos niveles de acuerdo con que para no meterse en líos es preferible no salir de casa.

En esta cierta ambigüedad teórica, en la señalada ambivalencia de las definiciones, cobran una especial importancia las posturas en relación con el equilibrio entre riesgos y beneficios a obtener. En teoría, sería de esta relación entre los peligros y las ventajas que pese a ellos se pueden obtener de donde surgirían los condicionamientos actitudinales frente a las diversas conductas. No obstante, hay que tener en cuenta que también estos posicionamientos están marcados, como no puede ser de otra forma, por el troquel formal educativo y por los presupuestos ideales. En una visión conjunta de las conductas, el grupo de éstas integrado por salir “de marcha”, practicar deportes de riesgo o *liarse* con desconocidos parece compensar en mayor o menor medida a unos porcentajes de jóvenes que oscilan entre el 70 y el 80%. Algo menores, alrededor del 60%, son las tasas que priman las ventajas sobre los riesgos de *pasarte* de copas o pasar muchas horas ante el ordenador. Lógicamente son mucho menores, entre el 26 y el 35%, las proporciones de quienes encuentran más beneficios que peligros a no usar condón en las relaciones sexuales, *colocarse* el fin de semana, conducir a mucha velocidad o quedarse sin salir “de marcha”. Y aún son menores los porcentajes de los que defienden la compensación de conducir o ir en coche con alguien que ha bebido, o de tener peleas (entre el 10 y el 15%).

Evidentemente, desde el punto de vista de la definición objetiva de los riesgos, es importante que haya un 4,4% de chicos y chicas a los que parece compensarles mucho no usar preservativo, conducir a mucha velocidad o habiendo bebido, viajar con quien lo haya hecho, tener peleas o colocarse el fin de semana. Igual que también resulta enormemente significativo que esta máxima compensación se dé en casi un 30% de jóvenes frente a salir “de marcha”, *pasarse* de copas, o *liarse* con un desconocido.

Frente a las posibles situaciones de violencia que pueden presentarse en las noches del fin de semana, junto con el rechazo formal de las mismas que se produce de

forma general, la actitud se matiza con la existencia de grupos importantes de encuestados que entienden esa violencia inevitable o que la relativizan.

Simplificando podría decirse que un 46,5% de chicos y chicas, señaladamente los más jóvenes, se abonan a lo que podría entenderse como una visión catastrofista (la existencia de unos niveles graves y amenazadores de circunstancias violentas), mientras que poco más de uno de cada cuatro tienen una visión mucho más benévola respecto a esas situaciones (“no es para tanto”). La mayoría, un 66,9%, se adscriben a posturas matizadas por la “buena voluntad”: existe violencia pero ésta no es generalizada y, en cualquier caso, hay formas de evitarla.

Cuando se analizan los niveles de acuerdo o desacuerdo con distintas proposiciones relativas a los consumos de drogas, a determinados comportamientos sexuales y a conductas relativas a conducir o viajar, las posturas de los jóvenes se definen en una escala claramente determinada. Frente a los consumos de drogas y las circunstancias que éstos conllevan, una mayoría de jóvenes se muestran contrarios y señaladores de los riesgos: facilitan las broncas, los riesgos no compensan, es mejor quedarse solo que ir con un conductor bebido. No obstante, hay claras minorías en desacuerdo con las posiciones mayoritarias; hasta un 10-15% de los jóvenes no abonan esas posturas de confrontación y de enfatización de los peligros de los consumos.

Se está más bien en desacuerdo (entre 4 y 5 en la escala 1/10) con las posturas que relativizan el riesgo en algunas relaciones sexuales (se exageran, algunas relaciones no precisan protección, los peligros son sobre todo para las chicas...); con una distribución bastante armónica de las distintas posturas a lo largo de la escala. El desacuerdo es mayor (entre 3,22 y 3,81 de la escala) con los ítems que defienden la velocidad en la conducción o que niegan los riesgos de las drogas (la velocidad es emocionante, hay que probar de todo, consumir es cosa de jóvenes o todo lo bueno tiene riesgos); en estos casos se da lógicamente una mayor acumulación de encuestados en los tramos de desacuerdo. Finalmente, los mayores niveles de desaprobación (de 2,20 a 2,76) se da frente a ítems que cuestionan claramente la prudencia (la prudencia arruina el sexo, se conduce muy bien habiendo bebido o las drogas no tienen riesgos); en estos caso, pese a que lógicamente las respuestas se acumulan masivamente en los tramos de desacuerdo, no deja de haber minorías significativas, que en algún caso llega al 25% de encuestados, que se sitúan en posiciones contrarias.

Quizás a efectos de la definición objetiva de peligros lo más significativo resulte saber que minorías residuales de chicos y chicas se mostrarían plenamente de acuerdo con las afirmaciones que relativizan los peligros: un 10% cree en términos absolutos que hay que probar las drogas, el 15% apuesta por que consumir drogas

es cosa de jóvenes, más o menos el mismo porcentaje encuentra emocionante la velocidad, y entre el 18 y 25% entiende que el riesgo de las relaciones sexuales es sólo para las chicas, que se exagera mucho y que en algunos casos no se necesita en absoluto ningún tipo de protección.

Las ambivalencias que se han señalado y el peso, en cierta medida condicionador de las respuestas, que supone el ideal correcto, quedan claramente de manifiesto cuando se observan los niveles de presencia real de comportamientos de riesgo que los encuestados refieren en su tiempo de ocio. Casi siete de cada diez dicen haberse emborrachado en el último año (el 32% entre cuatro y veinte veces y un 18,8% casi todos los fines de semana). Más del 45% viajó con alguien que había bebido o tomado drogas (13,4% con frecuencia media y casi el 2,5% de forma habitual). Un 31,4% se vió envuelto en peleas (7,4% con cierta frecuencia y 1,5% habitualmente). Más del 25% tuvo relaciones sexuales sin preservativo (7,2% hasta veinte veces y 2,0% todos los fines de semana). Un 13% condujo bebido (3,9% con frecuencia intermedia y 1,7% con gran frecuencia). Un 11,3% provocó peleas (1,5% con cierta frecuencia y 1,9% habitualmente). Y un 6,8% de jóvenes condujo habiendo consumido drogas (1,8% con frecuencia media y 2,2% casi todos los fines de semana).

En relación con los consumos de alcohol, casi el 15% bebió hasta veinte veces en el último año, un 47,8% lo hizo todos los fines de semana y casi el 5% bebió a diario. El consumo de cánnabis para las diversas frecuencias fue de 5,8% hasta veinte veces, del 7,4% en los fines de semana y del 8,8% para el consumo diario. Un 1,3% consumió éxtasis, anfetaminas o alucinógenos hasta veinte veces al año, igual proporción que la que consumió cocaína; también para la frecuencia semanal se da una similitud en los consumos de estos productos (0,8% para la pastillas y 0,6% para la cocaína); y la coincidencia vuelve a ser absoluta en el consumo diario (1,0% para los dos tipos de sustancias). Los consumos de heroína son residuales, acumulándose en el tramo del consumo diario (1,3%), lo que indicaría la rareza del consumo experimental o el hecho de que el consumo es casi todo él de carácter adictivo.

Frente a todos estos comportamientos, las expectativas que los jóvenes muestran en relación con las actitudes de los padres reflejan unas posturas características. Cuando a los encuestados se les preguntan qué deberían hacer sus padres, casi el 50% (más las chicas y los más jóvenes) dice que aquéllos tendrían que preocuparse e intervenir más, y la otra mitad se divide en dos tramos casi idénticos (un 24,9% cree que los padres tendrían que estar atentos pero no intervenir, y un 26,5% entiende que lo que deberían hacer sus progenitores es ocuparse menos de la cuestión y no implicarse en modo alguno). En cambio, cuando la pregunta es relativa a qué hacen los padres en sus comportamientos reales, un 57,2% opina que estos padres intervienen tratando de orientar a los hijos, un 25,1% que están atentos

pero sin intervenir, y un 17,7% que no actúan de ninguna forma. Como puede verse hay una distancia de 10 puntos entre las expectativas y la observación de la realidad en relación con las dos posturas extremas (los padres que intervienen mucho y los que en absoluto se ocupan de la cuestión); podría decirse que un 10% de jóvenes se siente un tanto agobiado porque cree que los padres actúan más de lo que deberían hacerlo y espera que se corrija esa situación.

Resultaba ineludible, a partir de todos los resultados parciales, integrar la visión en el intento de construir una tipología de jóvenes. Obviamente una tipología determinada por la selección de los elementos que interesaban; en este caso, la percepción de la gravedad de los posibles riesgos, las actitudes globales ante los mismos, las posturas frente al riesgo en el ocio, la visión de los consumos y de las conductas amenazantes, y las vivencias de compensación entre riesgos y beneficios.

Pues bien, trabajando globalmente todos estos aspectos, resultaron cuatro Tipos ideales de jóvenes que integraban el universo estudiado: el Tipo *Adaptativo*, agrupando al 8% de chicos y chicas, el Tipo (*Cuasi*) *Experimentador*, que siendo el más numeroso agrupaba al 56% de la muestra, el Tipo *Prudente*, con el 30% de jóvenes, y el Tipo *Confuso*, con el 6%.

El Tipo *Adaptativo* se define por la priorización del objetivo de integración, pese a los riesgos que este objetivo pueda significar en un contexto de representación social que prima la experimentación juvenil. Presenta una fuerte tendencia a los comportamientos colectivos, por no decir gregarios, aceptando la asunción de los peligros concretos que se derivan de las formas más aceptadas de ocio y de fiesta. Todo ello sin que desaparezca el rechazo teórico del propio concepto del arriesgarse, y encontrando un cierto equilibrio entre las ventajas y los inconvenientes.

Es un Tipo en el que existe una sobremuestra de sujetos en las franjas de edad superior (21-24 años), de estudiantes universitarios, de católicos no practicantes y de individuos autopusicionados en la izquierda. Sus integrantes son grandes consumidores de tabaco, alcohol y cánnabis (las sustancias de la integración), mostrándose más reticentes frente al consumo de cocaína y pastillas, y claramente ajenos a esa sustancia marginalizadora que es la heroína. Entre ellos son frecuentes las borracheras así como los comportamientos ligados a la conducción en estado de embriaguez o a viajar con alguien en esas circunstancias. Como se ve, un perfil muy marcado por lo definido inicialmente: el énfasis en los comportamientos más tópicamente esperables y en los riesgos que éstos suponen.

El Tipo (*Cuasi*) *Experimentador* se distingue de otros grupos porque, en ese contexto general de ambivalencia frente a los riesgos que ya se ha señalado en el colectivo juvenil, tiende a enfatizar tanto la aceptación conceptual del riesgo como la necesi-

ria asunción de la presencia de éste en el espacio del ocio. Está más dispuesto a una experimentación de consumos y comportamientos arriesgados, encontrando un mayor nivel de compensación entre riesgos y beneficios (hay que insistir en que todo ello de forma relativa en relación con los otros Tipos).

Es un grupo en el que existe una sobrerrepresentación de hombres, con una edad media inferior a la del Tipo primero, y con presencia incrementada de sujetos que trabajan, que viven solos o con amigos y que se sitúan en la izquierda política y se confiesan ajenos a las preocupaciones religiosas. Tras los integrantes del Tipo *Adaptativo* son los que más consumen tabaco, alcohol o cánnabis, y están en cabeza de todos los Tipos en el uso de cocaína o pastillas. También frecuentemente conducen habiendo bebido o habiendo consumido otras sustancias, se ven más envueltos en peleas o las provocan, y se embriagan.

El tercer Tipo, el *Prudente*, viene marcado por ser el que más rechazo plantea frente al ejercicio de conductas potencialmente peligrosas, encontrando en las mismas muchas menos compensaciones, pese a que (como no puede ser de otra manera tratándose de jóvenes) acepta moderadamente la utilidad del riesgo como elemento de maduración. Entre sus integrantes hay más mujeres, más individuos de las edades más adolescenciales, lógicamente estudiantes, católicos no practicantes y autopoisonados en el centro político; parece que también se incluye en este Tipo un subgrupo de sujetos mayores que viven en pareja. Coherentemente con sus actitudes, sus integrantes son quienes menos consumen cualquier tipo de sustancias y quienes menos viven situaciones de riesgo relacionadas con el comportamiento sexual, con los viajes en estado de embriaguez y con las borracheras.

El Tipo *Confuso*, cuarto y más reducido de la tipología, es enormemente ambivalente en su construcción. Los jóvenes que lo integran presentan actitudes en cierta medida contrapuestas; por un lado, tienen una visión un tanto catastrofista de los riesgos y, por otro, los reivindicán como ideal, negando las maniobras de prevención. Defienden los riesgos en el ocio pero niegan que compensen y, en su evitación, ocasionalmente prefieren renunciar a la “marcha”. Interpretativamente parecería darse una situación en la que este grupo de jóvenes, con ciertas dificultades de relación social, por un lado viven fóbicamente las amenazas de la integración a través del ocio y, por otro, reaccionan a esos temores en una especie de huída hacia delante, una reacción contrafóbica que les lleva a valorar precisamente aquello que temen, generando una íntima contradicción.

Es un grupo integrado por sujetos de la franja de edad media-alta, poco definidos ideológicamente y sin otro perfil sociodemográfico claro. Son jóvenes que consumen menos alcohol, cánnabis y pastillas, que conducen con poca frecuencia cuando han bebido y que no provocan peleas; por el contrario, frecuentemente se ven

envueltos en estas últimas situaciones y viajan con alguien embriagado; también con frecuencia practican relaciones sexuales de riesgo. En esencia su comportamiento traduce esa ambigüedad contradictoria que se decía: inhibición frente a los comportamientos proactivos de peligro pero facilidad para verse complicados en los mismos cuando la iniciativa es de otros.

AHONDANDO EN LAS CONCLUSIONES

No cabe negar la multiplicidad de conductas de riesgo que jóvenes y adolescentes adoptan en su tiempo de ocio. Como tampoco es posible obviar el hecho de que el análisis de esas conductas desde una óptica adulta enfrenta una dificultad básica: cuando los jóvenes hablan sobre el riesgo, sobre los comportamientos que generan amenazas, y sobre las supuestas consecuencias de éstos, no lo hacen en los mismos términos que cuando hablan padres o educadores, o cuando se expresa la percepción colectiva global.

Se plantea un problema de ángulo y de enfoque del análisis. Si se adopta una perspectiva vertical, que desde una postura adulta de supuesta conciencia de lo real, de lo que debe ser, se fija en los jóvenes, la única conclusión posible sería tacharlos de irresponsables o inconscientes, lo que supondría un pobre resultado, incapaz de ofrecer algo más que la supuesta constatación de una locura colectiva, que impulsa a asumir riesgos sin motivo ni razón aparente. Por otro lado, si se mira el fenómeno desde un punto de vista exclusivamente adolescente o juvenil, ni siquiera esta investigación hubiera tenido sentido, pues no sería posible hablar del riesgo, al menos desde el sentido adulto del término.

Ambas ópticas, por sí mismas, son insuficientes para tratar la cuestión, así que hay que adoptar una perspectiva holística, no sólo integradora de ambas posturas, sino que las enmarque en el contexto social, económico y educativo en el que las conductas y actitudes tienen lugar.

La primera afirmación importante y conclusiva que puede hacerse es que el joven no siempre percibe que desarrolle conductas arriesgadas. Y lejos de ser esta postura fruto de una inconsciencia, resulta ser la derivación de una multiplicidad de circunstancias. Cuando un joven admite que asume peligros, cuando explicita que efectivamente se arriesga, cuando pone en cuestión algunos comportamientos, en muchos casos todo esto será fruto de una imposición de lo que se debe decir, de lo que formalmente está bien reconocer, sin que suponga necesariamente la integración de tales pensamientos o actitudes. Para el adolescente, el mayor riesgo no es beber en exceso, ni consumir sustancias, ni verse envuelto en situaciones o actos violentos; el principal temor, el peligro más evidente que corre, es la exclusión, no

formar parte del grupo, no ser aceptado en un entorno que marca, señala y condena al individuo que se aparta del comportamiento convencional.

En cierta medida esto siempre fue así. La diferencia está en el grado y en el tipo de referencias propias del espacio-tiempo actual: los condicionantes económicos y sociales, los modelos de referencia publicitarios y de *marketing*, los medios de comunicación, la propia industria asociada al ocio, están ahondando la importancia de identificación y de adscripción del individuo, la necesidad de comportarse como un joven cuando lo juvenil es un valor de máximo grado, que cotiza al alza y se revaloriza constantemente.

Que un joven no se comporte como tal, significa ser tachado de raro y de extraño, volverse no reconocible para el conjunto del cuerpo social, en una sociedad que se distingue precisamente por la necesidad de marcar y etiquetar todo. Incluso para los padres, un joven que no se comporte con arreglo a determinadas pautas es una franca excepción, en el sentido más negativo del término, y por tanto no totalmente deseable (incluso a pesar de los riesgos que suponga asumir la no diferencia respecto al estándar).

Por lo tanto, no se puede desaprovechar la oportunidad de ser joven, de parecer joven, de actuar como un joven, incluso cuando biográficamente ya se ha sobrepasado con creces la edad de serlo (nótese, por ejemplo, el espectacular aumento del negocio de la industria dedicada a mantener la fantasía de un estado de juventud eterno). Así, cuando el adolescente y el joven se mueven en el tiempo de ocio, están más preocupados por adaptarse a consumos y comportamientos mayoritarios y “normales” que por los posibles riesgos que éstos pueden acarrear.

Es difícil adoptar posturas prudentes frente a comportamientos o consumos que aumentan la capacidad de disfrute, permiten “mostrarse como joven” y deparan emoción y no sensación de riesgo. Y la dificultad aumenta si se trata de integrar unas pautas preventivas, o de reflexionar sobre consecuencias, cuando el grupo, el ambiente y los otros elementos que interactúan en el ocio joven (la publicidad, la industria del alcohol, etc.), están justamente esperando e impulsando lo contrario¹.

En parte el propio cuerpo social y la cultura de consumo fomentan unos modelos de comportamiento, unos modelos de ocio, que conllevan consecuencias potenciales muy claras. El joven, en este sentido, no hace sino seguir las directrices que se le han marcado. Y cuando se escenifica el conflicto entre los jóvenes y la sociedad a

1. Una realidad que es esgrimida por los jóvenes como exculpatoria pero que no deja de ser constatable. Por ejemplo, no puede soslayarse el hecho de que determinados mensajes publicitarios destinados a un público adolescente y joven exalten los valores de la trasgresión, la aventura, la rebeldía y la propia asunción de riesgos como parte de un modelo moderno y aspiracional de comportamiento, refrendado positivamente por una parte muy importante de la sociedad.

cuenta de los modelos de ocio es porque éstos se salen de lo implícitamente pactado y adquieren características propias. Es el caso del “botellón”, que se critica no tanto por lo que supone de riesgo para la salud de los jóvenes cuanto por ser distorsionador del orden público; así, la solución no es que se deje de consumir alcohol sino que se haga en sitios donde no se perturbe la paz de los vecinos.

Además, hay otro fenómeno que subrayan los jóvenes, en teoría muy alejado del complejo del ocio pero que va a influir de manera especialmente aguda: la negativa percepción de un futuro sobre el que se muestran especialmente pesimistas. La sensación de que la inversión educacional, el comportamiento basado en la responsabilidad y la sensatez, pudieran resultar muy probablemente baldíos, ha provocado una enfatización del presentismo, entendido éste como una postura vital que ensalza el disfrute al máximo nivel del tiempo actual.

El tiempo de ocio, que sirve para romper con los convencionalismos, deberes y obligaciones, también se ha convertido en teórico o discursivo refugio ante las ansiedades del futuro. La compensación que el ocio supone se ha transformado, en cierto sentido, en válvula de escape ante una actualidad poco satisfactoria y frente a un futuro al que no se quiere llegar. El tiempo de ocio no será solamente ruptura con el tiempo de la obligación, sino que aparecerá como una voluntaria fractura en el proceso evolutivo hacia un futuro incierto e indeseado.

Así que la emoción, la necesidad de experimentar de la manera más intensa posible con todos los medios al alcance, ha transmutado de opción a necesidad, de excepción a normalidad, de coyuntura a estructura, sin que la realidad, los deberes, las obligaciones o las aspiraciones ejerzan de freno o de contención reguladora de ese proceso de cambio que entroniza el ocio. Es más, para el joven no existe, no tiene por qué existir, un continuo de identidad personal entre el tiempo de ocio y el tiempo de obligaciones o deberes semanal. En su propio discurso, se puede ser “el máximo juerguista” el fin de semana, y responsable y formal el resto del tiempo, como si se tuviera la capacidad de desarrollar una doble personalidad, adaptable según las circunstancias y el tiempo concreto que se viva.

Y, evidentemente, esto carece de verosimilitud. En primer lugar, porque la fantasía de una identidad doble, que no interactúa y no supone influencias cruzadas, es eso, una fantasía. En segundo lugar, también lo dice el discurso juvenil, porque la ausencia de límites y controles de entidad hace que la irresponsabilidad tienda a no tener cortapisas. Solamente las responsabilidades laborales (presentes o futuras) tienden a poner frenos a unos comportamientos incompatibles con un puesto de trabajo que asegure medios materiales imprescindibles para la supervivencia.

Por otro lado, las redes sociales del ciclo postindustrial están en proceso de transformación, y la percepción mayoritaria es que vivimos en un sistema donde se está

expuesto a mayores riesgos y peligros que en épocas pasadas, en las que el individuo podía contar con los lazos de solidaridad y de apoyo mutuos. Se ha generado un constructo cognitivo que asume una mayor convivencia con el peligro, que se ha modulado en intensidad por la aceptación del mismo como inherente a los tiempos actuales. La costumbre ha generado actitudes y comportamientos tendentes a integrar el riesgo dentro de una pauta más o menos aceptable de vida y, así, la convivencia con cierto grado de peligro no es una anomalía y genera menor reacción y resistencia en el individuo. El umbral perceptivo del riesgo, por tanto, se eleva; algo muy importante en los supuestos de aceptación de conductas o escenarios violentos, que se asumen como algo normal, con lo que hay que contar, y sobre todo que no se puede evitar.

Es más, esta convivencia con cierto grado de incertidumbre y la mayor predisposición a asumir riesgos están especialmente integradas en determinados grupos poblacionales; los deportes de aventura no son ajenos a los gustos y preferencias del joven, que los ve como una expresión de las tan deseadas experiencias vitales intensas. Y si estas actividades son deseables porque ponen en juego la capacidad de resistencia a la tensión generada por un probable peligro, con la emoción que ello implica, es lógico que también se desee extender estas vivencias a la forma de ocio más principal, el de tipo festivo practicado en fin de semana. Por tanto, para el joven, hablar de riesgo en su tiempo de ocio es hablar, en gran parte, de emoción, de jugar con los límites, de experimentar sensaciones, de romper con lo cotidiano, de trasgredir; de vivir, en definitiva, lo más intensamente que se pueda, sin contar con las consecuencias.

Esta necesidad de procurar emoción a la vida se relaciona con el deseo de dar autenticidad a una existencia profundamente imbricada con el presentismo como actitud vital y con la necesidad de fractura con la cotidianeidad y, más aún, con la previsión de un incierto futuro que subraya el énfasis del presente. Pero también enlaza de manera manifiesta con la búsqueda de nuevos objetivos vitales en un entorno que resulta, aunque muchas veces no se reconozca, excesivamente fácil, y que proporciona en abundancia comodidades por las que no se ha tenido que luchar, porque sencillamente están “a mano”.

Todo ello, entendiendo que los riesgos que se asumen también se dan en un escenario vital en el que los jóvenes no están dispuestos a perder mucho de lo que tienen: son riesgos relativos, que se circunscriben desiderativamente a “no jugarse mucho” o a “no jugárselo todo”. Así que la emoción del riesgo resulta gratificante por partida doble: por ser el mecanismo que rompe con un entorno anodino y poco exigente, y porque lo consigue de manera anclada en lo esperable socialmente, en lo integrado.

Si de lo que se trata es de vivir emociones, actividades como ir al cine, leer o hacer deporte, son descartadas; porque se definen como objetivamente caras (sean real-

mente más o menos costosas que otras por las que sí se opta), pero sobre todo porque apenas aportan nada de lo deseado, de lo catalogado como emocionante.

Así, el ocio-fiesta se convierte en la actividad principal; se argumentan muchos motivos por los cuales es muy difícil o imposible para el joven enfrentar actividades alternativas, pero la realidad última es que sólo en este tipo de conducta se da la base para las relaciones sociales y para la experimentación de emociones (sea por consumos, sea por comportamientos) que el joven demanda como principal activo.

La relación con el grupo es uno de los elementos que más motiva a los jóvenes y que les aporta mayor emoción; la posibilidad de salir y relacionarse, la experimentación de las búsquedas y los encuentros sexuales, compartir historias, anécdotas y aventuras, hablar e interactuar con los amigos, ampliar la base de conocidos para extender lo más posible el círculo relacional, son el sustento, el objetivo y la estrategia de cualquier actividad de ocio joven en el fin de semana. Y el amparo de la noche es fundamental, porque es el territorio por excelencia de lo desconocido. La expectativa es que en la noche pueda pasar cualquier cosa, porque los límites convencionales se presumen rotos y porque se permite la aparición de otras identidades y de comportamientos al margen de la norma diurna.

La valoración a la baja del riesgo de exposición a situaciones potencialmente peligrosas es una condición existencial a tener muy presente en el devenir vital. Por ejemplo, no sólo se produce una cierta aceptación de la violencia contextual como algo inevitable; además, el individuo está dispuesto a asumirla como actitud propia, hasta cierto punto, cuando los consumos así lo provocan. En el discurso dominante se escuchan numerosas manifestaciones por las que se declara que ciertos consumos excesivos de alcohol y otras sustancias conllevan de forma frecuente una pulsión agresiva, rechazada desde lo formal (no se debe ser violento a menos que te provoquen) pero aceptada como consecuencia natural y, en alguna medida, comprensible.

De esta manera, por un lado, la conducta propia de riesgo (en consumos, en comportamientos) se presenta como parte de un juego cuyo beneficio es la emoción y la exploración; por otro, cuando este riesgo es externo (grupos violentos, etc.) ajeno a los propios deseos, es rechazado pero asumido como inevitable: pese al discurso formal, todo parece formar parte del juego en el que se introduce el joven en la noche.

En este contexto es en el que jóvenes y adolescentes desarrollan su tiempo de ocio, el que consume mayor esfuerzo temporal y económico, el que tiene potencia y atractivo: la trasgresión, la vinculación con el grupo de pares y esa alienación programada que permite la ruptura de lo cotidiano a través de la intensificación de experiencias en las que intermedian estímulos externos. Si el objetivo fundamental

del joven es la búsqueda de emociones, va a ser lógico que los consumos formen parte ineluctable de esa noche de aventura, porque esperar que la salida sea un éxito pasa necesariamente por recopilar todos los elementos que pueden hacerla posible y que faciliten su desarrollo, entre ellos, el uso de diversas sustancias, sobre todo del alcohol. Pero tampoco estos consumos elevan la percepción del joven sobre el riesgo que supuestamente asumen, porque se han desarrollado representaciones de sus usos que los alejan de esa visión precavida.

En el caso del alcohol, es prácticamente una excepción el no consumo si la fiesta es la protagonista, por lo que el riesgo, si es que se admite que existe, está en que se sobrepasen ciertos límites. Obviamente, se tiende a admitir que se sabe beber, que se controla, pues el exceso que provoca niveles inaceptables de pérdida de control se desplaza siempre a las actuaciones de los otros, y quien protagoniza ese exceso rechazable nunca es uno mismo; en todo caso, se “coge el punto” necesario para experimentar una agradable sensación de disfrute y diversión. Y si el alcohol es capaz de provocar malestar, de causar desajustes y de arruinar la noche no es por su ingesta, sino por la adulteración del mismo, recuperando y trayendo a primer plano el mito de la sociedad peligrosa. La convicción sobre el control propio, hace que, de hecho, se difumine la sensación de riesgo asociado a beber. Además, está el grupo de amigos que ayudará al necesitado o le reconvendrá amistosamente por sus excesos. El control siempre existirá, sea propio o de los demás; entendiendo por los demás al grupo de iguales, nunca a esos adultos cuya presencia en esos momentos resulta inaceptable.

Se sale para beber y se bebe en exceso, e incluso se afirma que la diversión está íntimamente ligada a la ingesta, poniendo sobre la mesa la relación de dependencia entre fiesta y consumo de alcohol. Y cuando de esa mezcla se derivan conductas peligrosas (por ejemplo, conducir bebido o montar en un vehículo con un conductor ebrio) el discurso del joven lo acepta como algo que forma parte de lo inevitable para no quedar excluido. Las circunstancias dificultan pensar en los riesgos, tenerlos presentes; y para poder mantener esa actitud hay que creer que nunca pasa nada, que todo está bajo control.

El cannabis también forma parte de la fiesta y las salidas, aunque de manera menos explícita. Es una sustancia apreciada porque existe un discurso potente sobre sus bondades y sobre la extensión de su uso, que le ha otorgado un claro prestigio entre los jóvenes. Incluso para los padres es relativamente aceptable que sus hijos fumen porros, con tal de que no caigan en otros consumos percibidos como más peligrosos. Las otras drogas ilegales tienen un impacto diferente en la percepción de los jóvenes y en la relación que establecen con el ocio-fiesta; al contrario que el alcohol, no parecen diseñadas para intensificar el experimento festivo, sino para cambiar su sentido de forma total, de tal modo que su uso despierta, al menos discursi-

vamente, más resistencias porque cambia la experiencia grupal del alcohol por una catarsis individual, un “flasheamiento” (*sic*), que aparta al joven de la experiencia con sus pares. Otra vez aparece el riesgo de exclusión como medida de comportamientos y consumos, y como peligro más importante para el joven. Estas sustancias se perciben con cierta distancia y se ven como riesgos mayores, porque se tiene la seguridad de que afectan de manera más importante a la salud y porque arrastran la imagen de una mayor facilidad para caer en la dependencia, con lo que la amenaza de la adicción debilita el argumento del límite automanejado como mecanismo de control operativo.

Y de este modo el joven o adolescente vive su noche de ocio y fiesta. Y cuantas más aventuras y experiencias sea capaz de almacenar y experimentar, más podrá revivirlas con el grupo, lo que le da a éste cohesión y sentido; así, aunque de hecho y en muchas ocasiones se manifiesta hartazgo por la reiteración sin fin de salidas, por un ocio que a veces es repetitivo y monótono, lo cierto es que este tiempo está sublimado y transmutado en un ideal; aunque una noche haya sido decepcionante en los resultados, aunque se manifieste cansancio por la saturación y repetición de las mismas pautas y procesos hasta el infinito, siempre quedará la noche siguiente, donde cualquier aventura podrá pasar, y que se constituirá como la noche perfecta, en la que se cumplirá el sueño de la vivencia más intensa posible y la diversión sin límite.

Evidentemente, ésta es una visión que va cambiando y modificándose con los años, ya que los grupos de mayor edad comienzan a tener una lectura distinta de las mismas actividades, pero que persiste parcialmente en cualquier grupo de edad. Cambiar estas percepciones es cuestión especialmente difícil porque no sólo se ponen en juego actitudes determinadas o conductas anecdóticas y coyunturales, sino todo un compendio de filosofías y posturas ante la vida.

Y los padres afrontan esta situación desde la resignación (por lo inevitable de ciertos comportamientos de sus hijos) o desde la ignorancia, que bien pudiera ser calculada: los progenitores no saben o no quieren saber cómo se comportan sus hijos fuera de casa. Primero, porque dicen que es imposible controlarlos: éstos ya no se comunican con ellos como lo hacían cuando eran más jóvenes, y no les informan de una vida que se desarrolla fuera del entorno familiar. Después, porque (y no se sabe si lo creen realmente o necesitan creerlo) es necesario promover en ellos y ellas la autonomía que les permita experimentar y crecer emocionalmente, madurar.

Padres y madres saben que sus hijos protagonizan o experimentan conductas arriesgadas, al menos lo suponen, pero esperan que sean suficientemente inteligentes o maduros como para afrontar los peligros que están “ahí fuera”. Así confían, hasta cierto punto al azar, que sus hijos “no vayan por mal camino”, porque una cosa sí tienen segura: es imposible ejercer un control férreo sobre los hijos y, aunque ello fuera posible, esta postura encontraría muchas resistencias, cuando no

franca rebeldía. Por otra parte, expresan la convicción de que sus hijos se comportarán inevitablemente como jóvenes, porque es normal que así lo hagan; es decir, beberán y probarán otras cosas, pero se espera que estos consumos no pasen de lo sancionado como aceptable (alguna borrachera de vez en cuando, o consumir cannabis como máximo). En todo caso, y coincidiendo, cómo no, con la opinión de los propios jóvenes, también piensan que el riesgo de sus hijos está tanto en que “no se comporten como se espera de ellos” como en que incurran en excesos.

Curiosamente, padres y jóvenes comparten una misma visión sobre la “teoría del límite en el consumo”: los progenitores no esperan que no se beba ni, en casos excepcionales, se prueben otras sustancias, porque son perfectamente conscientes de que el joven lo hará tarde o temprano, aunque sólo sea por experimentar; lo que manifiestan, al igual que sus hijos, es la esperanza de que estos consumos no deriven en excesos. “Que se controlen” es el objetivo de muchos padres, y en eso coinciden con el discurso de muchos de sus hijos. Así que, utilizando el pragmatismo como solución única, se han instalado en una postura que pretende ser un camino intermedio entre el control y una cierta permisividad; intentan controlar, es decir, asumen un papel normativo en el hogar, sabiendo que los jóvenes les engañan cuando están fuera del círculo familiar, en un engaño consentido a cambio de que, de puertas adentro, el joven parezca cumplir con prevenciones y recomendaciones. La negociación y el reparto de papeles son conceptos clave en el actual desarrollo de las familias.

Con lo cual se toca otro de los epicentros de la cuestión: en casa, los límites normativos son laxos, tanto porque los criterios educativos han evolucionado de las normas rígidas del pasado a una convivencia basada en la individualidad y en la expresión personal e igualitaria de los miembros de la familia, como porque las necesidades laborales de una mayoría dan como resultado un escaso tiempo para la educación de los hijos. Si se tiene poco tiempo para estar juntos, no se va a emplear en discutir. De esta manera, la educación se ha fiado casi en su totalidad a la escuela, algo de lo que se quejan los profesionales de la educación y que da como resultado que adolescentes y jóvenes tengan escasos referentes adultos de comportamiento, en una dinámica que, en los casos más agudos, condiciona desadaptaciones graves.

Sobre todo, hay algo en lo que educadores, padres y jóvenes, independientemente de su edad, sexo y condición, coinciden: la inevitabilidad de que las cosas sean de esta manera, porque todos son claramente, “hijos de su tiempo”.

BIBLIOGRAFÍA

APTER, M.J. (1992). *The dangerous edge: The psychology of excitement*. New York: The Free Press.

BALLESTEROS, J.C. (2008). “Riesgo, juventud y experiencias de socialización”. *Revista Estudios de Juventud*, 82: 83-51.

BAUMANN, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

BECK, U. (2006). *La Sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.

BECK, U. (1999). *La Sociedad del Riesgo Global*. Madrid: Siglo XXI de España Editores (2002).

CABALLO, V. (2002). *Manual de técnicas de terapia y modificación de conducta*. Madrid: Siglo XXI.

CALAFAT, A.; BECOÑA, E. y cols. (2000). *Salir de marcha y consumo de drogas*. Madrid: Plan Nacional sobre Drogas/Obra Social de Caja Madrid.

CHANDLER, M.; BOYES, M. y BALL, L. (1990). “Relativism and stations of epistemic doubt”. *Journal of Experimental Child Psychology*.

COMAS, D. (2005). *Informe juventud en España 2004*. Madrid: INJUVE.

COMAS, D. (2004). *Jóvenes y estilos de vida*. Madrid: FAD/INJUVE.

COMAS, D. (2001). “La representación social del fin de semana de los jóvenes” en *Revista de Juventud*, 54.

- CONDE, F. (1999). *Los hijos de la desregulación. Jóvenes, usos y abusos en los consumos de drogas*. Madrid: Cruz Roja Española.
- DIAZ-AGUADO, M.J. (1996). *Programas de educación para la tolerancia y prevención de la violencia en los jóvenes*. Madrid: Instituto de la Juventud. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- DIAZ-AGUADO, M.J. (2003). *“Prevenir en Madrid” Programa de Prevención de Drogodependencias en Contextos Educativos del Ayuntamiento de Madrid*. Madrid: Instituto de Adicciones de Madrid Salud.
- DIEZ, J.L. (2003). “De la sociedad del riesgo a la seguridad ciudadana”. *Revista de ciencia penal y criminología*.
- DOUGLAS, M. (1986). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Barcelona: Paidós (1996).
- ELKIND, D. (1967). “Egocentrismo en la adolescencia”. *Child Development*, 38: 1025-34.
- GARDNER, H. (1993). *Mentes Creativas*. Barcelona: Paidós.
- JESSOR, R. (1992). “Risk behavior in adolescence: a psychological framework for understanding and action”. *Developmental Review*, 12: 374-390
- JONAS, H. (1995). *Le principe de responsabilité. Une éthique pour la civilisation technologique*. Paris. Ed. du Cerf 1979, trad. Barcelona: Herder (1995).
- KRAUSKOPF, D. (1993). *Participación y Desarrollo Social en la Adolescencia*. Fondo de Población de Naciones Unidas.
- LUHMANN, N. (1998). *Sociología del Riesgo*. Triana, México: Universidad Iberoamericana.
- LUJÁN, J.L. y ECHEVERRÍA, J. (eds.) (2004). *Gobernar los riesgos. Ciencia y valores en la sociedad del riesgo*. Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI)/Biblioteca Nueva.
- MARTÍN SEOANE, G. (2003). *Adolescencia, riesgo y afrontamiento emocional*. Tesis Doctotal. Universidad Complutense de Madrid.
- MARTÍN SERRANO, M. y VELARDE HERMIDA, O. (2001). *Informe Juventud en España 2000*. Madrid: INJUVE.
- MARTÍNEZ, J.I. (2007). *Seguridad e Inseguridad en la Opinión Pública Europea*. Observatorio de Seguridad de Madrid, Colección de Estudios del Área de Seguridad y Movilidad. Madrid: Ayuntamiento de Madrid.

- MEGÍAS, E. (dir.) (2007). *Adolescentes ante el alcohol. La mirada de padres y madres*. Colección Estudios Sociales, nº 22. Barcelona: Fundación La Caixa.
- MEGÍAS, E. y ELZO, J. (codirs.) (2006). *Jóvenes, valores y drogas*. Madrid: FAD/Caja Madrid.
- MEGÍAS, I. (2007). *Una mirada sobre jóvenes, valores y drogas*. Madrid: FAD/Caja Madrid.
- MEGÍAS, I. (2003). “Jóvenes ante el sexo: valores y expectativas asociadas”. *Revista de Juventud*, 63.
- MEIL, G. (2006). *Padres e hijos en la España actual*. Colección Estudios Sociales La Caixa, núm 19. Barcelona: Fundación La Caixa.
- NAVARRO, J. Y GÓMEZ, E. (1997). *Estudio del consumo de drogas y factores asociados en el municipio de Madrid*. Madrid: Plan Municipal contra las Drogas, Ayuntamiento de Madrid.
- OLIVA, J.M. (2004). “La importancia de la enseñanza de las ciencias en Primaria y Secundaria hoy. Algunas propuestas de futuro.” *Revista de Estudios de Juventud*, 82.
- PASCUAL, F. (2002). “Percepción del alcohol entre los jóvenes”. *Adicciones: revista de SOCIDROGALCOHOL*, 14 (supl. 1): 123-131.
- PUY, A. (1994). *Percepción social del riesgo. Dimensiones de evaluación y predicción*. Tesis Doctoral. Departamento de Psicología Social. Facultad de Psicología. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- RAMOS, R. (2003). “Al hilo de la precaución: Jonas y Luhmann sobre la crisis ecológica”. *Política y Sociedad*, 2003. Vol. 40. Num. 3: 23-52.
- RODRIGUEZ, E. y MEGÍAS, I. (2007). *Jóvenes en los medios. La imagen mediática de la juventud desde su propia mirada*. Madrid: FAD/INJUVE.
- RODRIGUEZ, E. y MEGÍAS, I. (2001). “La noche; un conflicto de poder”. *Revista de Juventud*, 54.
- RODRIGUEZ, E.; MEGÍAS, I. y SÁNCHEZ, E. (2005). *Jóvenes y relaciones grupales*. Madrid: FAD/INJUVE.
- RODRIGUEZ, E.; MEGÍAS, I. y BALLESTEROS, J.C. (2008). *Docentes o maestros. Percepciones de la educación desde dentro*. Madrid: FAD.
- RODRÍGUEZ, E.; MEGÍAS, I.; BALLESTEROS, J.C. y RODRÍGUEZ, M.A. (2008). *La lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad*. Madrid: FAD/Caja Madrid.

- RODRÍGUEZ SAN JULIÁN, E. y MÉNDEZ GAGO, S. (2008). “Jóvenes y gestión del riesgo”. *Revista de Estudios de Juventud*. INJUVE.
- SCHINKE, S.; BOTVIN, G. y ORLANDO, M. (1991). *Substance abuse in children and adolescents. Evaluation and intervention*. Newbury, California: Sage.
- VAN DER ZANDEN, J.W. (1989). *Manual de Psicología social*. Paidós Básica.
- VVAA (2006). “Jóvenes y educación no formal”. *Revista de Juventud*, 74.
- VVAA (2006). *Jóvenes españoles 2005*. Madrid: Fundación Santa María.
- VVAA (2000). *La percepción de los problemas de drogas en España*. Madrid: FAD.
- WERTSCH, J.V. (1993). *Voces de la mente. Un enfoque sociocultural para el estudio de la acción mediada*. Madrid: Visor.
- ZUCKERMAN, M. (1979). *Sensation Seeking: Beyond the Optimal Level of Arousal*. Hillsdale N.J.: Lawrence Erlbaum.

ANEXO UNO

Tablas de los capítulos 2 a 6

TABLA A2.1.
“ESCUCHAR MÚSICA/RADIO” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	3.0
En Paro	6.8
Con estudios primarios 1º y 2º de ESO	7.9 6.5
Alta frecuencia	
Total General	65.6
En Paro	75.3
1º y 2º de ESO	76.3

TABLA A2.2.
“ESTAR CON AMIGOS” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	5.0
De 21 a 22 años	7.2
En paro	11.0
Religiones no católicas	9.6
Viven con la pareja	12.5
Con estudios primarios 1º y 2º de ESO	10.5 11.8
Alta frecuencia	
Total General	62.6
De 15 a 16 años	72.2
De 17 a 18 años	75.5
Católicos practicantes	68.1
Viven solos	69.2
3º y 4º de ESO	68.1
Módulos FP	69.6

TABLA A2.3.
“VER TELEVISIÓN” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	13.6
De 23 a 24 años	18.4
Viven con amigos	23.5
Viven solos	42.3
Alta frecuencia	
Total General	42.5
De 15 a 16 años	54.3
De 17 a 18 años	50.0
En paro	57.5
Católicos practicantes	52.8
De centro	49.3
Con estudios primarios	57.1
3º y 4º de ESO	59.0

TABLA A2.4.
“IR A BARES/DISCOTECAS” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	16.4
De 15 a 16 años	33.2
En paro	24.7
Católicos practicantes	27.0
Religiones no católicas	28.2
3º y 4º de ESO	26.3
Alta frecuencia	
Total General	43.4
De 19 a 20 años	48.4
De 21 a 22 años	47.7
De 23 a 24 años	49.7
Trabajando	50.4
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	50.4
Con ingresos semanales >75 euros	54.0
Agnósticos, ateos	49.0
Módulos FP	49.3
Universitarios	51.7

TABLA A2.5.
“INTERNET” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	16.1
En paro	24.7
Religiones no católicas	27.4
Viven con la pareja	28.4
Viven solos	26.9
Con estudios primarios	31.4
Alta frecuencia	
Total General	38.8
De 15 a 16 años	48.9
De 17 a 18 años	46.9
Estudian, no trabajan	45.9

TABLA A2.6.
“HACER DEPORTE” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	25.3
Mujer	36.6
De 21 a 22 años	32.4
En paro	35.6
Religiones no católicas	35.6
Agnósticos, ateos	30.9
De izquierda	30.4
Viven con la pareja	39.5
Viven solos	42.3
Alta frecuencia	
Total General	29.8
Mujer	18.0
Hombre	40.7
De 15 a 16 años	39.9
Estudian, no trabajan	33.9
Católicos practicantes	40.5
Viven con sus padres	31.9
3º y 4º de ESO	39.5

TABLA A2.7.
“IR AL CINE/TEATRO” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	20.3
Trabajando	24.9
En paro	27.8
Religiones no católicas	37.5
Viven con la pareja	43.8
Con estudios primarios	48.6
1º y 2º de ESO	33.0
Alta frecuencia	
Total General	20.7
Mujer	23.3
Católicos practicantes	23.3
Viven solos	34.6

TABLA A2.8.
“LEER” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	29.4
Hombre	35.2
De 15 a 16 años	41.3
Católicos no practicantes	37.1
De centro	33.7
Trabajadores	34.0
En paro	33.3
Con estudios primarios	47.4
1º y 2º de ESO	49.5
Alta frecuencia	
Total General	22.7
Mujer	28.3
De 21 a 22 años	27.9
De 23 a 24 años	27.2
Agnósticos, ateos	29.4
De izquierda	30.0
En paro	40.0
Viven con amigos	29.3
Universitarios	32.2

TABLA A2.9.
“VIAJAR” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	34.1
De 15 a 16 años	39.9
Trabajadores	37.3
En paro	43.1
Viven con la pareja	44.3
Con estudios primarios	48.9
Universitarios	60.5
Alta frecuencia	
Total General	16.9
De 15 a 16 años	20.6
De 23 a 24 años	18.0
Estudian, no trabajan	18.2
Viven con la pareja	21.5
Viven con amigos	19.5
Con estudios primarios	21.3

TABLA A2.10.
“HACER BOTELLÓN” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	42.7
Mujer	45.5
Hombre	40.2
En paro	62.5
Católicos practicantes	57.1
Religiones no católicas	65.7
Viven con la pareja	62.0
Viven solos	56.0
Con estudios primarios	54.3
1º y 2º de ESO	48.4
3º y 4º de ESO	51.3
Alta frecuencia	
Total General	21.0
Hombre	24.0
De 17 a 18 años	29.0
De 19 a 20 años	25.4
Católicos no practicantes	22.6
Viven con los padres	23.1
Viven solos	12.0
Con estudios primarios	25.7
COU/Bachillerato	25.4

TABLA A2.11.
“NO HACER NADA” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	42.1
De 23 a 24 años	46.3
Trabajadores	50.0
Religiones no católicas	50.0
Viven con la pareja	50.6
Viven con amigos	50.8
Viven solos	65.4
Alta frecuencia	
Total General	17.4
De 15 a 16 años	22.9
De 17 a 18 años	21.1
Católicos no practicantes	22.9
Viven con sus padres	18.9

TABLA A2.12.
“VIDEOJUEGOS” (Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula frecuencia	
Total General	49.7
Mujer	66.1
De 21 a 22 años	56.6
De 23 a 24 años	52.8
Religiones no católicas	59.7
Agnósticos, ateos	56.3
De izquierda	56.8
Viven con la pareja	59.3
Viven con amigos	66.4
Viven solos	69.2
Módulos FP	56.6
Universitarios	54.4
Alta frecuencia	
Total General	20.2
Hombre	28.7
De 15 a 16 años	29.3
Estudian, no trabajan	24.0
Católicos practicantes	23.5
De centro	25.1
Viven con los padres	22.1
De 1º y 2º de ESO	29.0
De 3º y 4º de ESO	28.1

TABLA A2.13.
“VISITAR MUSEOS”
(Perfiles de frecuencia).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
<hr/>	
Baja/Nula frecuencia	
Total General	64.3
Hombre	69.0
De 15 a 16 años	74.0
De 17 a 18 años	72.2
Católicos practicantes	76.1
De derecha	72.8
De 1º y 2º de ESO	80.6
De 3º y 4º de ESO	73.4
<hr/>	
Alta frecuencia	
Total General	6.9
Mujer	8.9
De 19 a 20 años	7.8
De 23 a 24 años	8.0
Religiones no católicas	12.3
De centro	8.8
Viven con amigos	9.8
Con estudios primarios	14.3
<hr/>	

TABLA A3.1.
“EN LA VIDA HAY QUE ARRIESGARSE”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
<hr/>	
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	7.2
Mujer	8.9
Viven con los padres	10.1
<hr/>	
Alto Acuerdo	
Total General	52.2
Hombre	56.8
Viven con amigos	56.8
<hr/>	

TABLA A3.2.
“LA PRUDENCIA ES FUNDAMENTAL EN LA VIDA”
(Grado de acuerdo). Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	7.1
Agnósticos, ateos	10.2
Módulos FP	12.5
Alto Acuerdo	
Total General	46.5
Católicos practicantes	58.3
Religiones no católicas	68.5
Con estudios primarios	54.3
3º y 4º de ESO	55.0

TABLA A3.3.
“PREFIERO PENSAR LA COSAS ANTES DE HACERLAS” (Grado de acuerdo). Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	5.9
Agnósticos, ateos	8.4
Alto Acuerdo	
Total General	54.5
Católicos practicantes	68.1
Religiones no católicas	64.4
Con estudios menos que primarios	66.7
Con estudios primarios	65.7

TABLA A3.4.
“ME GUSTA EXPERIMENTAR AUNQUE SEA UN RIESGO” (Grado de acuerdo). Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	17.8
Mujer	19.6
Alto Acuerdo	
Total General	29.8
Hombre	33.7
Con estudios menos que primarios	66.7

TABLA A3.5.
“LOS JÓVENES ARRIESGAN MÁS” (Grado de acuerdo).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	6.3
Mujer	7.5
En paro	12.5
Alto Acuerdo	
Total General	50.0
Hombre	56.1
Trabajando	54.3

TABLA A3.6.
“JUGARSE EL TIPO EN AVENTURAS ES UNA LOCURA” (Grado de acuerdo).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	11.1
Agnósticos, ateos	15.4
De izquierda	15.4
Alto Acuerdo	
Total General	42.2
Católicos practicantes	56.4
Religiones no católicas	62.5
De derecha	49.7

TABLA A3.7.
“IMPORTA EL PRESENTE, NO EL FUTURO” (Grado de acuerdo).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	29.1
Estudian no trabajan	32.3
Universitarios	34.4
Alto Acuerdo	
Total General	25.6
En paro	42.5
Con estudios menos que primarios	66.7
Con estudios primarios	48.6

TABLA A3.8.
“MEJOR EVITAR COSAS QUE NOS PUEDAN COMPLICAR EL FUTURO” (Grado de acuerdo).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	6.0
Religiones no católicas	8.3
De izquierda	9.2
Alto Acuerdo	
Total General	60.4
Religiones no católicas	72.2
De derecha	63.3

TABLA A3.9.
“LOS QUE ARRIESGAN SON LOS QUE GANAN” (Grado de acuerdo).
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	10.9
De 15 a 16 años	16.6
En paro	15.1
Religiones no católicas	19.2
Alto Acuerdo	
Total General	33.8
De 21 a 22 años	36.2
De 23 a 24 años	38.6
Trabajando	39.3
Católicos practicantes	37.4
Religiones no católicas	39.7

TABLA A3.10.
“PREFIERO UNA VIDA TRANQUILA, SIN RIESGOS” (Grado de acuerdo). Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nulo acuerdo	
Total General	20.3
Trabajando	24.2
Agnósticos, ateos	24.5
De izquierda	24.0
Viven con amigos	22.7
Viven solos	23.1
Alto Acuerdo	
Total General	32.6
En paro	47.9
Católicos practicantes	42.3
Religiones no católica	52.1
De centro	35.9
De derecha	35.4
Viven con la pareja	46.3

TABLA A3.11.
Nivel de problemas que puede causar
“IR CON CONDUCTOR BEBIDO”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	5.4
De 17 a 18 años	10.8
Con estudios menos que primarios	14.3
1º y 2º de ESO	8.7
COU/Bachillerato	8.8
Muy importantes	
Total General	86.2
De 15 a 16 años	89.2
Católicos practicantes	88.9
Agnósticos, ateos	88.9
Universitarios	91.7

TABLA A3.12.
Nivel de problemas que puede causar
“CONducir BEBIDO”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	5.4
Hombre	6.1
De 17 a 18 años	8.9
Con estudios primarios	11.4
Universitarios	11.4
Muy importantes	
Total General	86.2
Mujer	89.5
De 15 a 16 años	91.4

TABLA A3.13.
Nivel de problemas que puede causar
“SER CONSUMIDOR FRECUENTE DE COCAÍNA”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	6.8
Hombre	7.8
Viven en pareja	11.1
Con estudios primarios	14.3
COU/Bachillerato	11.0
Muy importantes	
Total General	83.6
Mujer	86.9
Con ingresos semanales <30 euros	86.1
Viven con los padres	85.4
Universitarios	87.5

TABLA A3.14.
Nivel de problemas que puede causar “TENER RELACIONES SEXUALES SIN PROTECCIÓN”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	6.4
Viven en pareja	8.6
Viven solos	11.5
Con estudios primarios	14.3
COU/Bachillerato	10.9
Muy importantes	
Total General	77.5
Mujer	83.4
Viven con los padres	79.4
Módulos FP	80.1

TABLA A3.15.
Nivel de problemas que puede causar “CONDUCIR A DEMASIADA VELOCIDAD”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Muy importantes	
Total General	76.7
Mujer	83.4

TABLA A3.16.
Nivel de problemas que puede causar “PARTICIPAR EN PELEAS”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	10.7
Hombre	12.5
De 17 a 18 años	13.4
De 19 a 20 años	13.1
De izquierda	12.1
Con estudios primarios	14.3
1º y 2º de ESO	22.3
Muy importantes	
Total General	68.9
Mujer	75.7
De 21 a 22 años	73.4
De 23 a 24 años	71.7
De centro	73.1
Módulos FP	73.5
Universitarios	73.1

TABLA A3.17.
Nivel de problemas que puede causar “FUMAR FRECUENTEMENTE PORROS”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	13.8
Trabajando	16.6
Agnósticos, ateos	16.2
De izquierda	18.6
Viven en pareja	18.5
Viven con amigos	20.3
COU/Bachillerato	15.4
Muy importantes	
Total General	54.5
De 15 a 16 años	67.3
De 17 a 18 años	59.8
Estudian, no trabajan	58.2
En paro	68.5
Católicos practicantes	69.3
Religiones no católicas	61.6
De centro	62.0
Viven con los padres	58.3
Con estudios menos que primarios	66.7
3º y 4º de ESO	67.5

TABLA A3.18.
Nivel de problemas que puede causar
“NO TENER CLARO LO QUE SE QUIERE ESTUDIAR”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	10.8
Trabajando	13.8
En paro	13.7
Con estudios primarios	20.0
Muy importantes	
Total General	45.0
Estudian, no trabajan	47.3
Católicos practicantes	54.0
De centro	51.1

TABLA A3.19.
Nivel de problemas que puede causar
“TENER PROBLEMAS CON LOS ESTUDIOS”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	15.5
De 15 a 16 años	17.0
De 23 a 24 años	17.2
Trabajando	17.5
Católicos no practicantes	21.4
Con estudios menos que primarios	33.3
1º y 2º de ESO	35.5
Muy importantes	
Total General	47.7
De 15 a 16 años	56.5
En paro	57.5
Católicos practicantes	60.2
Religiones no católicas	52.1
Con estudios menos que primarios	66.7
3º y 4º de ESO	56.5

TABLA A3.20.
Nivel de problemas que puede causar
“TENER POCOS AMIGOS”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	20.5
De 23 a 24 años	22.7
En paro	30.1
Católicos no practicantes	24.3
De centro	25.4
Muy importantes	
Total General	46.2
De 15 a 16 años	54.5
De 17 a 18 años	49.5
Estudian, no trabajan	49.5
Católicos practicantes	58.6
Religiones no católicas	50.7
De derecha	59.7
Viven con los padres	49.4

TABLA A3.21.
Nivel de problemas que puede causar
“TENER RELACIONES SEXUALES ESTANDO BEBIDO”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	25.3
Hombre	27.7
De 23 a 24 años	31.3
Trabajando	31.7
Con ingresos semanales de 31-75 euros	31.5
Con ingresos semanales de >75euros	30.8
Agnósticos, ateos	30.1
De izquierda	33.7
De derecha	32.9
Viven con la pareja	34.6
Viven con amigos	33.1
COU/Bachillerato	27.8
Universitarios	30.3
Muy importantes	
Total General	46.9
Mujer	54.5
De 15 a 16 años	66.5
Estudian, no trabajan	51.4
En paro	53.4
Con ingresos semanales de <30 euros	54.2
Católicos practicantes	57.7
Religiones no católicas	58.9
De centro	56.5
Viven con los padres	49.5
Viven solos	57.7
1º y 2º de ESO	62.8

TABLA A3.22.
Nivel de problemas que puede causar “EMBORRACHARSE
LOS FINES DE SEMANA”. Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	19,3
De 21 a 22 años	23,0
De 23 a 24 años	22,5
Trabajando	24,6
Con ingresos semanales de 31-75 euros	24,6
Con ingresos semanales de >75 euros	23,8
Católicos no practicantes 23.1	
Agnósticos, ateos	26,7
De izquierda	24,0
De derecha	24,1
Viven con la pareja	27,2
Viven con amigos	31,6
Con estudios primarios	22,9
Universitarios	21,5
Muy importantes	
Total General	39,6
Mujer	43,3
De 15 a 16 años	58,7
Estudian, no trabajan	44,5
En paro	47,9
Con ingresos semanales de <30 euros	47,4
Religiones no católicas	48,6
De centro	48,0
Viven con los padres	42,1
Viven solos	46,2
1º y 2º de ESO	47,3
3º y 4º de ESO	51,7

TABLA A3.23.
Nivel de problemas que puede causar “NO PODER SALIR CUANDO
OTROS LO HACEN”. Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	24,0
De 23 a 24 años	29,4
Católicos no practicantes	28,5
De centro	29,0
Viven solos	26,9
Con estudios menos que primarios	33,3
Con estudios primarios	31,4
Muy importantes	
Total General	31,7
De 15 a 16 años	40,1
De 17 a 18 años	37,1
Católicos practicantes	36,2
De derecha	42,4
Viven con los padres	34,5

TABLA A3.24.
Nivel de problemas que puede causar
“TENER GUSTOS Y AFICIONES DIFERENTES AL GRUPO”.
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Nada/Poco importantes	
Total General	36.5
Viven con los padres	38.2
Con estudios menos que primarios	66.7
Muy importantes	
Total General	19.0
Viven con la pareja	22.2
Con estudios primarios	34.3

TABLA A4.1.
“LO QUE MÁS ME GUSTA DE LA NOCHE ES NO SABER LO QUÉ VA A PASAR”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	24.1
Trabajando	27.2
En paro	38.9
Católicos practicantes	28.8
Viven con la pareja	40.7
Viven solos	34.6
Con estudios primarios	45.7
Alto Acuerdo	
Total General	34.3
Católicos no practicantes	39.2
Viven con amigos	43.6
1º y 2º de ESO	37.0
Módulos FP	39.7
Universitarios	37.1

TABLA A4.2.
“ME DIVIERTO MÁS CUANDO DESFASO”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	35.9
Mujer	40.9
Trabajando	39.7
En paro	47.2
Con ingresos semanales de <30 euros	39.4
Católicos practicantes	46.0
Religiones no católicas	58.9
Agnósticos, ateos	48.9
Alto Acuerdo	
Total General	18.2
Hombre	21.8
Con ingresos semanales de 31 a 75euros	21.3
Con ingresos semanales de >75 euros	20.6
Católicos no practicantes	23.1

TABLA A4.3.
“USAR PRESERVATIVO ME CORTA EL ROLLO”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	65.8
Mujer	72.1
Con ingresos semanales de <30euros	70.4
De centro	70.5
Alto Acuerdo	
Total General	13.2
Hombre	17.1
Trabajando	17.0
Con ingresos semanales de >75 euros	20.7
De derecha	23.3

TABLA A4.4.
“TRATAR DE SER PRUDENTE ARRUINA LA DIVERSIÓN”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	43.9
Mujer	47.8
De 19 a 20 años	45.7
De 23 a 24 años	47.3
Católicos practicantes	46.0
Religiones no católicas	58.9
Alto Acuerdo	
Total General	13.5
Mujer	14.2
De 21 a 22 años	21.6
Católicos no practicantes	23.1

TABLA A4.5.
“NO ESTOY DISPUESTO A ARRIESGARME SÓLO PORQUE OTROS LO HAGAN”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	15.2
En paro	31.5
Con estudios primarios	34.2
Alto Acuerdo	
Total General	57.9
Estudian, no trabajan	59.1
Universitarios	64.5

TABLA A4.6.
“ME DIVIERTO IGUAL AUNQUE NO BEBA”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	15.5
Hombre	18.6
De 19 a 20 años	18.0
De 23 a 24 años	19.0
Trabajando	19.0
Con ingresos semanales de 31-75 euros	18.1
Con ingresos semanales de >75euros	19.1
Agnósticos, ateos	20.8
De izquierda	20.8
Viven con la pareja	23.5
Viven con amigos	21.8
Alto Acuerdo	
Total General	50.0
Mujer	52.3
De 15 a 16 años	64.0
De 17 a 18 años	52.6
Estudian, no trabajan	50.5
En paro	65.3
Con ingresos semanales de <30 euros	54.9
Católicos practicantes	65.0
Religiones no católicas	56.9
De centro	55.0
Viven con los padres	52.4

TABLA A4.7.
“NO IMPORTA ARRIESGARSE, AL FINAL NO PASA NADA” (Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	43.3
De 15 a 16 años	46.2
De 23 a 24 años	48.6
Religiones no católicas	56.9
Alto Acuerdo	
Total General	10.6
De 15 a 16 años	14.9
Católicos practicantes	16.6

TABLA A4.8.
“NO IMPORTA ARRIESGARSE; SI PASA ALGO, LOS COLEGAS ME AYUDARÍAN”
(Grado de acuerdo)
VARIABLES QUE SUPERAN SIGNIFICATIVAMENTE LA MEDIA (%)

	%
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	30.1
Mujer	34.4
Católicos no practicantes	43.1
Viven con amigos	37.6
Viven con la pareja	39.5
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Alto Acuerdo	
Total General	20.4
Hombre	21.08
Viven solos	34.6
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	

TABLA A4.9.
“PREFIERO NO SALIR DE MARCHA PARA NO METERME EN LÍOS”
(Grado de acuerdo)
VARIABLES QUE SUPERAN SIGNIFICATIVAMENTE LA MEDIA (%)

	%
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	67.0
Trabajando	70.0
Agnósticos, ateos	82.8
De izquierda	76.9
De derecha	78.0
Viven con amigos	79.5
Viven solos	76.9
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Alto Acuerdo	
Total General	9.4
Trabajando	11.1
En paro	25.0
Católicos practicantes	16.0
Religiones no católicas	20.8
De centro	13.1
Viven con la pareja	14.8
Viven solos	11.5
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	

TABLA A4.10.
“NO USAR PRESERVATIVO” (Grado de compensación)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	64,5
Mujer	71,3
De 15 a 16 años	76,3
De 17 a 18 años	67,9
Estudian, no trabajan	66,5
Con ingresos semanales de <30 euros	70,1
Católicos practicantes	68,3
Agnósticos, ateos	71,1
De izquierda	67,4
COU/Bachillerato	69,7
Módulos FP	68,7
Alta Compensación	
Total General	9,7
Hombre	13,9
De 19 a 20 años	12,3
De 23 a 24 años	10,8
Trabajando	12,7
En paro 15,3	
Con ingresos semanales de >75 euros	14,2
Católicos practicantes	11,8
Católicos no practicantes	10,8
Religiones no católicas	12,7
De derecha	14,6
Con estudios primarios	21,1
1º y 2º de ESO	12,8

TABLA A4.11.
“CONDUCIR VEHÍCULOS CUANDO SE HA CONSUMIDO
ALCOHOL U OTRAS DROGAS”
(Grado de compensación) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	89,8
Mujer	92,3
Estudian, no trabajan	91,6
Módulos FP	94,0
Alta Compensación	
Total General	2,0
En paro	5,6
Con estudios primarios	10,5
1º y 2º de ESO	3,2

TABLA A4.12.
“TENER PELEAS” (Grado de compensación)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	86.3
Mujer	90.4
De 19 a 20 años	90.2
De 21 a 22 años	90.5
Módulos FP	93.3
Universitarios	92.0
Alta Compensación	
Total General	2.0
Hombre	2.4
De 15 a 16 años	2.7
De 17 A 18 años	3.6
1º y 2º de ESO	5.3

TABLA A4.13.
“PASAR MUCHAS HORAS ANTE EL ORDENADOR”
(Grado de compensación) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	40.5
De 15 a 16 años	43.0
De 23 a 24 años	45.7
De centro	44.8
1º y 2º de ESO	44.6
3º y 4º de ESO	45.0
Módulos FP	53.7
Alta Compensación	
Total General	12.0
Hombre	13.9
De 15 a 16 años	17.5
De derecha	15.1
1º y 2º de ESO	17.4

TABLA A4.14.
“CONducIR A MUCHA VELOCIDAD”
(Grado de compensación)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	73.4
Mujer	80.8
Con ingresos semanales de <30 euros	76.3
Universitarios	77.2
Alta Compensación	
Total General	3.8
Hombre	5.5
Con ingresos semanales de >75 euros	5.7
Con estudios primarios	13.2

TABLA A4.15.
“PRACTICAR DEPORTES DE RIESGO”
(Grado de compensación)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	28.5
Mujer	33.2
Católicos practicantes	34.8
Alta Compensación	
Total General	23.1
Hombre	27.9
Agnósticos, ateos	25.2

TABLA A4.16.
“IR EN UN COCHE O MOTO QUE CONDUCE ALGUIEN QUE HA BEBIDO”
(Grado de compensación) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	84.2
Con ingresos semanales de <30 euros	86.1
Módulos FP	87.3
Universitarios	87.2
Alta Compensación	
Total General	2.6
Trabajando	3.4
En paro	6.9
Con estudios primarios	10.5
1º y 2º de ESO	3.2
Módulos FP	5.2

TABLA A4.17.
“PASARTE DE COPAS UN FIN DE SEMANA”
(Grado de compensación) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	39.3
Mujer	41.6
De 15 a 16 años	50.7
Con ingresos semanales de <30 euros	43.7
De centro	40.5
3º y 4º de ESO	49.8
Alta Compensación	
Total General	17.9
Hombre	21.6
De 19 a 20 años	20.5
De 21 a 22 años	22.6
Con ingresos semanales de 31-75 euros	23.3
Con ingresos semanales de >75 euros	29.9
De izquierda	19.6
De derecha	25.8
Con estudios primarios	23.7
Universitarios	24.3

TABLA A4.18.
“COLOCARTE EL FIN DE SEMANA”
(Grado de compensación)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	72.4
Mujer	77.5
De 15 a 16 años	81.9
Estudian, no trabajan	79.4
Con ingresos semanales de <30 euros	78.0
Católicos practicantes	78.5
Religiones no católicas	75.7
De centro	76.7
Viven con los padres	76.4
3º y 4º de ESO	81.4
Alta Compensación	
Total General	6.4
Hombre	9.5
De 17 a 18 años	7.8
De 23 a 24 años	9.2
Trabajando	9.3
En paro	11.1
Con ingresos semanales de >75 euros	12.7
Católicos no practicantes	7.0
Religiones no católicas	7.1
De izquierda	7.0
Viven con la pareja	9.9
Viven con los amigos	7.7
Viven solos	7.7
Con estudios primarios	13.2
COU/Bachillerato	7.5
Módulos FP	9.7

TABLA A4.19.
“SALIR DE MARCHA TODA LA NOCHE”
(Grado de compensación)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	18.9
De 15 a 16 años	27.5
Católicos practicantes	26.4
Religiones no católicas	39.4
De centro	23.5
Con estudios primarios	31.6
1º y 2º de ESO	29.0
3º y 4º de ESO	28.8
Alta Compensación	
Total General	42.3
De 17 a 18 años	49.2
De 19 a 20 años	46.7
De 21 a 22 años	46.8
Agnósticos, ateos	46.0
De izquierda	48.8
De derecha	50.6
COU/Bachillerato	44.5
Módulos FP	47.8
Universitarios	48.5

TABLA A4.20.
“LIARTE CON DESCONOCIDOS” (Grado de compensación)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	28.8
Mujer	35.9
De 15 a 16 años	35.7
De 17 a 18 años	33.7
Con ingresos semanales de <30 euros	32.7
Católicos practicantes	39.3
Religiones no católicas	53.5
De centro	31.1
Con estudios primarios	42.1
1º y 2º de ESO	40.9
Alta Compensación	
Total General	32.2
Hombre	42.1
De 19 a 20 años	33.2
De 21 a 22 años	36.5
De 23 a 24 años	33.8
Con ingresos semanas de 31-75 euros	36.0
Con ingresos semanales de >75 euros	35.1
Agnósticos, ateos	38.3
De izquierda	39.1
De derecha	43.3
Módulos FP	33.1
Universitarios	41.9

TABLA A4.21.
“NO SALIR DE MARCHA POR LAS NOCHES”
(Grado de compensación) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Baja/Nula Compensación	
Total General	67.6
De 19 a 20 años	73.0
De 23 a 24 años	71.5
Estudian, no trabajan	69.2
COU/Bachillerato	69.4
Alta Compensación	
Total General	6.9
De 15 a 16 años	10.9
Trabajando	7.8
En paro	9.7
Con estudios primarios	15.8
1º y 2º ESO	15.1

TABLA A4.22.
“DE FIESTA SON FRECUENTES LAS SITUACIONES VIOLENTAS”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	23.7
De 23 a 24 años	28.9
Católicos practicantes	26.4
Agnósticos, ateos	29.8
De izquierda	29.5
Viven con la pareja	26.3
Viven con amigos	31.8
Viven solos	34.6
Universitarios	30.7
Alto Acuerdo	
Total General	28.2
De 15 a 16 años	38.3
De 17 a 18 años	33.5
Católicos no practicantes	35.6
Religiones no católicas	38.6
De centro	34.3
Viven con los padres	30.5
Con estudios primarios	65.8
1º y 2º de ESO	56.5
3º y 4º de ESO	37.1

TABLA A4.23.
“POR LA NOCHE NO HAY TANTA VIOLENCIA COMO SE DICE”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	21.3
Con estudios primarios	28.9
1º y 2º de ESO	33.0
Alto Acuerdo	
Total General	24.6
1º y 2º de ESO	28.6
3º y 4º de ESO	26.6
Módulos FP	27.2

TABLA A4.24.
“HAY GENTE QUE SÓLO SE DIVIERTE BUSCANDO BRONCA”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	4.3
Viven con la pareja	7.5
Viven solos	7.7
Con estudios primarios	7.9
Alto Acuerdo	
Total General	66.0
Viven con los padres	68.6
1º y 2º de ESO	75.5
3º y 4º de ESO	73.1

TABLA A4.25.
“AUNQUE SE PROCURE EVITAR SITUACIONES VIOLENTAS,
EN OCASIONES RESULTA IMPOSIBLE”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	9.5
Mujer	10.2
De 23 a 24 años	13.0
Con ingresos semanales de 31-75 euros	11.2
Católicos practicantes	12.3
De izquierda	11.7
Viven con amigos	16.5
Viven solos	26.9
Universitarios	12.3
Alto Acuerdo	
Total General	45.2
Hombre	49.4
De 15 a 16 años	56.6
De 17 a 18 años	46.9
Con ingresos semanales de <30 euros	48.9
De centro	48.8
Viven con los padres	48.4
Con estudios primarios	55.3
1º y 2º de ESO	64.5
3º y 4º de ESO	59.3

TABLA A4.26.
“QUIEN NO QUIERE METERSE EN BRONCAS, NO SE METERE”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	8.9
De 15 a 16 años	12.3
De 17 a 18 años	11.3
Religiones no católicas	13.9
Agnósticos, ateos	10.4
De izquierda	11.7
Con estudios primarios	13.2
1º y 2º de ESO	12.8
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Alto Acuerdo	
Total General	58.1
De 15 a 16 años	61.8
De 17 a 18 años	60.3
Católicos practicantes	65.4
3º y 4º de ESO	63.4
Módulos FP	64.0
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	

TABLA A4.27.
“SE RESUELVEN MEJOR LOS PROBLEMAS SIN PELEAS”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	3.1
De 15 a 16 años	5.5
De 17 a 18 años	5.2
1º y 2º de ESO	5.3
3º y 4º de ESO	5.2
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Alto Acuerdo	
Total General	75.7
De 19 a 20 años	79.9
De 21 a 22 años	81.5
De 23 a 24 años	78.8
Módulos FP	81.6
Universitarios	81.6
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	

TABLA A4.28.
“A PESAR DE LO QUE SE DICE, LA GENTE POR LA NOCHE SE RESPETA”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	14.8
De 17 a 18 años	21.6
En paro	22.2
Con estudios primarios	23.7
1º y 2º de ESO	30.8
Alto Acuerdo	
Total General	27.1
De 19 a 20 años	31.8
De 21 a 22 años	29.1
De 23 a 24 años	29.8
Trabajando	29.4
En paro	37.5
1º y 2º de ESO	29.7
Módulos FP	32.4
Universitarios	29.2

TABLA A4.29.
“EN LA VIDA HAY QUE PROBAR DE TODO. TAMBIÉN LAS DROGAS”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	63.1
Mujer	69.2
De 15 a 16 años	78.4
Estudian, no trabajan	67.8
En paro	68.5
Con ingresos semanales de <30 euros	71.4
Católicos practicantes	73.6
Católicos no practicantes	68.2
De centro	70.9
Viven con los padres	65.2
Viven solos	73.1
1º y 2º de ESO	70.2
3º y 4º de ESO	76.2
Alto Acuerdo	
Total General	10.4
Hombre	13.6
De 21 a 22 años	10.5
De 23 a 24 años	13.6
Trabajando	14.9
Con ingresos semanales de >75 euros	20.0
Agnósticos, ateos	12.5
De izquierda 13.1De derecha	11.9
Viven con la pareja	12.3
Viven con amigos	15.9
Viven solos	15.4
Con estudios primarios	18.4

TABLA A4.30.
“LAS DROGAS TIENEN RIESGOS, COMO TODO LO QUE MERECE LA PENA”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	62.8
Mujer	68.6
De 15 a 16 años	67.0
De 23 a 24 años	64.8
Estudian, no trabajan	65.8
Con ingresos semanales de <30 euros	66.5
De centro	70.1
3º y 4º de ESO	69.3
Universitarios	66.0
Alto Acuerdo	
Total General	15.4
Hombre	17.0
De 15 a 16 años	19.7
En paro	26.0
Con ingresos semanales de >75 euros	24.1
De izquierda	17.1
1º y 2º de ESO	26.9

TABLA A4.31.
“SE CONDUCE IGUAL DE BIEN CON UN PAR DE COPAS”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	80.7
Mujer	84.1
De 15 a 16 años	88.7
De 23 a 24 años	84.1
Estudian, no trabajan	65.8
Con ingresos semanales de <30 euros	83.9
De centro	82.9
3º y 4º de ESO	86.6
Módulos FP	85.1
Alto Acuerdo	
Total General	3.6
Hombre	4.0
De 19 a 20 años	4.5
De 21 a 22 años	5.5
Con ingresos semanales de 31-75 euros	4.9
Con ingresos semanales de >75 euros	5.7
De derecha	4.4
Con estudios primarios	5.3
1º y 2º de ESO	6.5

TABLA A4.32.
“LAS DROGAS NO SUPONEN MÁS PELIGROS
QUE CUALQUIER OTRO FORMA DE DIVERSIÓN”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	74.5
Mujer	79.5
Estudian, no trabajan	76.8
Con ingresos semanales de <30 euros	77.5
Católicos practicantes	76.1
Agnósticos, ateos	79.0
Alto Acuerdo	
Total General	4.8
Hombre	5.6
Trabajando	5.9
En paro	12.3
Católicos practicantes	6.1
Católicos no practicantes	5.8
Religiones no católicas	5.6

TABLA A4.33.
“SI SE PIENSA MUCHO EN PROTEGERSE,
SE ARRUIAN LAS RELACIONES SEXUALES”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	71.5
Mujer	77.2
Estudian, no trabajan	74.7
Con ingresos semanales de <30 euros	76.3
De centro	82.9
Alto Acuerdo	
Total General	6.3
Hombre	7.2
Trabajando	7.6
En paro	9.6
Con ingresos semanales de >75 euros	7.9

TABLA A4.34.
“CONSUMIR DROGAS ES COSA DE JÓVENES”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	58.9
Agnósticos, ateos	66.2
De izquierda	64.4
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Alto Acuerdo	
Total General	14.7
Católicos practicantes	27.0
De derecha	23.4
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	

TABLA A4.35.
“ES PREFERIBLE QUEDARSE SOLO A VIAJAR EN UN COCHE
QUE CONDUCE ALGUIEN QUE HA BEBIDO”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	15.6
Hombre	16.2
De centro	19.8
1º y 2º de ESO	25.5
COU/Bachillerato	19.4
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Alto Acuerdo	
Total General	61.9
Mujer	67.3
De izquierda	64.6
De derecha	66.2
3º y 4º de ESO	66.4
Universitarios	64.9
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	

TABLA A4.36.
“USAR DROGAS NO TIENE BENEFICIOS DE NINGÚN TIPO”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	16.7
Hombre	18.9
Religiones no católicas	19.4
Agnósticos, ateos	21.3
De izquierda	18.6
Alto Acuerdo	
Total General	61.4
Mujer	65.4
Católicos practicantes	73.0
Católicos no practicantes	68.1
Religiones no católicas	65.3
De centro	66.0

TABLA A4.37.
“SE EXAGERA MUCHO LOS RIESGOS DE LAS RELACIONES SEXUALES”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	45.7
Mujer	53.4
De 17 a 18 años	50.5
De 21 a 22 años	51.8
Estudian, no trabajan	47.2
COU/Bachillerato	49.3
Universitarios	50.4
Alto Acuerdo	
Total General	18.4
Hombre	22.3
De 15 a 16 años	24.2
Con estudios primarios	28.9
1º y 2º de ESO	29.3
3º y 4º de ESO	24.1

TABLA A4.38.
“USAR DROGAS TIENE DEMASIADOS RIESGOS, ES PREFERIBLE EVITARLAS”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	11.7
Hombre	14.9
De 21 a 22 años	13.7
De 23 a 24 años	13.9
Trabajando	13.6
Con ingresos semanales de >75 euros	14.4
Religiones no católicas	16.7
Agnósticos, ateos	15.0
De izquierda	14.9
De derecha	12.2
Viven con la pareja	18.5
Alto Acuerdo	
Total General	65.2
Mujer	70.5
De 15 a 16 años	75.6
De 17 a 18 años	67.2
Estudian, no trabajan	69.8
Con ingresos semanales de <30 euros	69.7
Católicos practicantes	76.1
Católicos no practicantes	70.6
Religiones no católicas	69.4
De centro	70.1
Viven con los padres	67.6

TABLA A4.39.
“LA VELOCIDAD TE DA EMOCIONES QUE NO TE PUEDES PERDER”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	54.7
Mujer	64.5
Alto Acuerdo	
Total General	14.2
Hombre	18.2

TABLA A4.40.
“EL ALCOHOL Y OTRAS DROGAS FACILITAN LAS BRONCAS”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	6.0
Mujer	7.4
De 15 a 16 años	9.5
En paro	15.1
Con ingresos semanales de >75 euros	8.8
Católicos practicantes	6.8
Religiones no católicas	16.7
De centro	7.0
Viven con la pareja	11.1
Alto Acuerdo	
Total General	74.3
Mujer	75.8
De 15 a 16 años	74.7
De 17 a 18 años	80.4
Estudian, no trabajan	77.7
Con ingresos semanales de 31-75 euros	76.1
Católicos practicantes	77.2
Católicos no practicantes	79.3
De centro	75.8
Viven con los padres	76.9
Viven solos	76.9

TABLA A4.41.
“LOS RIESGOS EN LAS REL. SEXUALES SON SOBRE TODO PARA LAS CHICAS”
(Grado de acuerdo) Variables que superan significativamente la media (%)

	%
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	43.7
Hombre	49.6
De 19 a 20 años	48.6
De 21 a 22 años	46.8
De 23 a 24 años	53.0
Agnósticos, ateos	52.4
De izquierda	51.7
Viven con amigos	58.3
Viven solos	53.8
Módulos FP	46.7
Universitarios	52.6
Alto Acuerdo	
Total General	23.8
Mujer	32.4
De 15 a 16 años	32.6
De 17 a 18 años	33.3
Católicos practicantes	32.7
De derecha	24.1
Viven con los padres	24.8
Con estudios primarios	39.5
1º y 2º de ESO	34.4
3º y 4º de ESO	27.0

TABLA A4.42.
“ALGUNAS RELACIONES SEXUALES NO NECESITAN PROTECCIÓN”
(Grado de acuerdo)
Variables que superan significativamente la media (%)

	%
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Bajo/Nulo Acuerdo	
Total General	49.0
Mujer	57.3
De 15 a 16 años	61.5
Con ingresos semanales de <30 euros	52.4
Católicos practicantes	54.6
De centro	54.0
Viven con los padres	50.5
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	
Alto Acuerdo	
Total General	24.8
Hombre	31.5
De 23 a 24 años	27.6
Trabajando	28.8
Católicos practicantes	28.8
Religiones no católicas	28.6
De derecha	36.1
Viven con los amigos	34.1
<hr style="border-top: 1px dotted #000;"/>	

TABLA A5.1.
“HE TENIDO RELACIONES SEXUALES CON ALGUIEN
QUE NO ERA MI PAREJA SIN PRESERVATIVO”
Grado de frecuencia (Variables que superan significativamente las medias, en %)

	%
Con frecuencia media/baja*	
Total General	23.9
Hombre	28.0
De 21 a 22 años	30.6
De 23 a 24 años	33.1
Trabajando	28.2
En paro	26.0
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	31.0
Con ingresos semanales de >75 euros	29.6
Viven con amigos	33.3
Con estudios primarios	32.4
Módulos FP	30.9
Universitarios	28.3
Con alta frecuencia**	
Total General	2.0
Mujer	2.3
De 19 a 20 años	2.5
De 21 a 22 años	2.3
En paro	5.5
Viven con la pareja	5.0
Con estudios primarios	8.1
No se realizó***	
Total General	74.1
Mujer	78.3
De 15 a 16 años	88.3
De 17 a 18 años	81.3
Estudian, no trabajan	77.8
Con ingresos semanales de <30 euros	79.7
Viven con los padres	75.5
Viven solos	80.8
3º y 4º de ESO	80.0
COU/Bachillerato	81.6

* 1-20 veces en el año

** Los fines de semana o a diario

*** En el último año

TABLA A5.2.
“HE CONDUCIDO HABIENDO BEBIDO”
Grado de frecuencia (Variables que superan significativamente las medias, en %)

	%
Con frecuencia media/baja*	
Total General	11.3
Hombre	16.7
De 23 a 24 años	21.8
Trabajando	19.1
Con ingresos semanales de >75 euros	24.8
Viven con la pareja	21.0
Viven solos	19.2
Con estudios primarios	15.8
Módulos FP	14.7
Universitarios 1	5.5
Con alta frecuencia**	
Total General	1.8
Hombre	1.9
De 21 a 22 años	4.1
Estudian, no trabajan	1.9
Con ingresos semanales de >75 euros	3.7
Viven con la pareja	3.7
Viven con amigos	2.3
Con estudios primarios	5.3
COU/Bachillerato	2.2
No se realizó***	
Total General	86.9
Mujer	93.0
De 15 a 16 años	96.4
De 17 a 18 años	93.2
De 19 a 20 años	92.6
Estudian, no trabajan	92.5
Con ingresos semanales de <30 euros	94.8
Viven con los padres	88.6
1º y 2º de ESO	88.2
3º y 4º de ESO	92.3
COU/Bachillerato	90.3

* 1-20 veces en el año

** Los fines de semana o a diario

*** En el último año

TABLA A5.3.
“HE CONDUCTIDO HABIENDO TOMADO OTRAS DROGAS”
Grado de frecuencia
(Variables que superan significativamente las medias, en %)

	%
Con frecuencia media/baja*	
Total General	4.5
Hombre	6.6
De 21 a 22 años	6.3
De 23 a 24 años	8.2
Trabajando	8.0
Con ingresos semanales de >75euros	11.2
De derecha	10.1
Viven con la pareja	13.6
Viven solos	11.5
Con alta frecuencia**	
Total General	2.3
Hombre	2.4
De 21 a 22 años	4.1
En paro	2.8
Con ingresos semanales de 31-75 euros	2.6
Viven con la pareja	3.7
Viven con amigos	3.0
No se realizó***	
Total General	93.2
Mujer	95.6
De 15 a 16 años	97.3
De 17 a 18 años	95.8
Estudian, no trabajan	95.6
Con ingresos semanales de <30 euros	96.2
Viven con los padres	94.8

* 1-20 veces en el año

** Los fines de semana o a diario

*** En el último año

TABLA A5.4.
“HE VIAJADO EN UN COCHE QUE CONDUÍA
ALGUIEN QUE HABÍA BEBIDO O TOMADO OTRAS DROGAS”
Grado de frecuencia (Variables que superan significativamente las medias, en %)

	%
Con frecuencia media/baja*	
Total General	43.1
Hombre	49.2
De 19 a 20 años	52.9
De 21 a 22 años	48.2
De 23 a 24 años	48.9
Trabajando	51.2
En paro	45.2
Con ingresos semanales de 31-75 euros	55.3
Con ingresos semanales de >75 euros	54.9
De izquierda	46.3
De derecha	51.6
1º y 2º de ESO	49.5
Módulos FP	52.2
Universitarios	50.8
Con alta frecuencia**	
Total General	2.3
Mujer	2.6
De 17 a 18 años	4.2
De 21 a 22 años	4.1
En paro	4.1
Con ingresos semanales de 31-75 euros	3.4
Con ingresos semanales de >75 euros	3.8
De izquierda	3.0
Con estudios primarios	10.5
Módulos FP	2.9
No se realizó***	
Total General	54.6
Mujer	60.9
De 15 a 16 años	77.0
De 17 a 18 años 5	6.8
Estudian, no trabajan	61.0
Con ingresos semanales de <30 euros	66.4
De centro	58.3
3º y 4º de ESO	70.7
COU/Bachillerato	56.6

* 1-20 veces en el año

** Los fines de semana o a diario

*** En el último año

TABLA A5.5.
“ME HE VISTO ENVUELTO EN PELEAS”
Grado de frecuencia (Variables que superan significativamente las medias, en %)

	%
Con frecuencia media/baja*	
Total General	29,9
Hombre	38,8
De 15 a 16 años	33,9
De 17 a 18 años	41,7
Con ingresos semanales de 31-75 euros	33,2
Católicos no practicantes	35,5
De centro	33,3
Viven con los padres	34,4
Con estudios primarios	36,8
1º y 2º de ESO	55,9
3º y 4º de ESO	36,2
Módulos FP	34,6
Con alta frecuencia**	
Total General	1,4
Mujer	1,6
De 15 a 16 años	1,8
De 17 a 18 años	2,1
Con ingresos semanales de 31-75 euros	2,9
Católicos practicantes	2,5
De derecha	3,1
Viven con la pareja	2,5
Viven con amigos	3,0
Viven solos	3,8
Con estudios primarios	7,9
1º y 2º de ESO	3,2
No se realizó***	
Total General	68,6
Mujer	78,1
De 19 a 20 años	71,3
De 21 a 22 años	72,1
De 23 a 24 años	74,8
Con ingresos semanales de <30 euros	70,6
Con ingresos semanales de >75 euros	70,7
Católicos practicantes	74,2
Religiones no católicas	69,4
Agnósticos, ateos	72,3
De izquierda	75,1
Viven con la pareja	79,0
Viven con amigos	85,7
Viven solos	88,5
COU/Bachillerato	69,9
Universitarios	79,5

* 1-20 veces en el año

** Los fines de semana o a diario

*** En el último año

TABLA A5.6.
“HE PROVOCADO PELEAS”
Grado de frecuencia
(Variables que superan significativamente las medias, en %)

	%
Con frecuencia media/baja*	
Total General	9,4
Hombre	12,8
De 15 a 16 años	13,5
De 17 a 18 años	13,5
De derecha	17,6
Con estudios primarios	21,1
1º y 2º de ESO	16,0
3º y 4º de ESO	15,6
Con alta frecuencia**	
Total General	1,8
Mujer	2,1
De 15 a 16 años	2,7
De 17 a 18 años	2,6
De 21 a 22 años	2,7
De izquierda	2,2
De derecha	2,5
Con estudios primarios	7,9
1º y 2º de ESO	3,2
COU/Bachillerato	2,2
No se realizó***	
Total General	88,8
Mujer	92,3
De 19 a 20 años	90,9
De 21 a 22 años	91,0
De 23 a 24 años	92,1
De izquierda	91,0
De centro	91,4
COU/Bachillerato	89,9
Módulos FP	91,9
Universitarios	95,2

* 1-20 veces en el año

** Los fines de semana o a diario

*** En el último año

TABLA A5.7.
“ME HE EMBORRACHADO”
Grado de frecuencia (Variables que superan significativamente las medias, en %)

	%
Con frecuencia media/baja*	
Total General	50,3
Mujer	52,3
De 21 a 22 años	58,1
De 23 a 24 años	58,2
Trabajando	56,7
Con ingresos semanales de 31-75 euros	58,3
Católicos no practicantes	52,4
De izquierda	53,0
Módulos FP	55,9
Universitarios	60,8
Con alta frecuencia**	
Total General	18,8
Hombre	23,1
De 17 a 18 años	21,8
De 19 a 20 años	23,0
Trabajando	21,0
Con ingresos semanales de 31-75 euros	23,9
Con ingresos semanales de >75 euros	24,1
Agnósticos, ateos	21,6
De izquierda	20,9
De derecha	25,3
Con estudios primarios	21,1
COU/Bachillerato	21,1
Módulos FP	23,5
No se realizó***	
Total General	30,8
Mujer	33,5
De 15 a 16 años	56,6
Estudian, no trabajan	36,2
En paro	38,4
Con ingresos semanales de <30 euros	40,3
Católicos practicantes	38,3
Religiones no católicas	50,0
De centro	33,9
1º y 2º de ESO	36,6
3º y 4º de ESO	46,6
COU/Bachillerato	36,4

* 1-20 veces en el año

** Los fines de semana o a diario

*** En el último año

TABLA A5.8.
Perfil de consumidores de tabaco en fines de semana y a diario o casi a diario,
según características sociodemográficas y otras variables (%)

	%
Total	47,8
Hombre	48,5
Mujer	47,0
De 15 a 16 años	26,0
De 17 a 18 años	42,3
De 19 a 20 años	51,3
De 21 a 22 años	53,6
De 23 a 24 años	59,6
Viven con los padres	46,4
Viven con la pareja	40,7
Viven con amigos	60,2
Viven solos	50,0
Católicos practicantes	36,8
Católicos no practicantes	48,3
Religiones no católicas	37,0
Agnósticos, ateos	52,3
Trabajando	59,4
Estudian, no trabajan	40,0
En paro	41,1
Con estudios menos que primarios	66,7
Con estudios primarios	57,2
1º y 2º de ESO	54,3
3º y 4º de ESO	31,4
COU / Bachillerato	38,9
Módulos FP	61,8
Universitarios	53,7
Con ingresos semanales de <30 euros	38,4
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	57,9
Con ingresos semanales de >75 euros	58,8
De izquierda	53,5
De centro	43,8
De derecha	56,6

TABLA A5.9.
Perfil de consumidores de alcohol en fines de semana y a diario o casi a diario,
según características sociodemográficas y otras variables (%)

	%
Total	52,6
Hombre	57,4
Mujer	47,5
De 15 a 16 años	20,6
De 17 a 18 años	50,0
De 19 a 20 años	58,2
De 21 a 22 años	59,5
De 23 a 24 años	67,9
Trabajando	51,0
En paro	53,4
Con estudios primarios	57,1
1º y 2º de ESO	48,9
3º y 4º de ESO	31,0
COU / Bachillerato	48,0
Módulos FP	62,5
Universitarios	65,9
Con ingresos semanales de <30 euros	41,2
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	66,2
Con ingresos semanales de >75 euros	64,4
De izquierda	61,2
De centro	48,3
De derecha	56,6
Viven con los padres	51,2
Viven con la pareja	46,9
Viven con amigos	69,9
Viven solos	61,5
Católicos practicantes	41,1
Católicos no practicantes	52,3
Religiones no católicas	36,9
Agnósticos, ateos	57,1

TABLA A5.10.
Perfil de consumidores de cannabis de al menos 11 veces al año,
según características sociodemográficas y otras variables (%)

	%
Total	22,0
Hombre	27,7
Mujer	14,9
De 15 a 16 años	10,7
De 17 a 18 años	17,5
De 19 a 20 años	23,4
De 21 a 22 años	26,2
De 23 a 24 años	28,7
Viven con los padres	-
Viven con la pareja	-
Viven con amigos	-
Viven solos	-
Católicos practicantes	11,7
Católicos no practicantes	16,0
Religiones no católicas	13,7
Agnósticos, ateos	33,3
Trabajando	29,4
Estudian, no trabajan	16,8
En paro	17,9
Con estudios menos que primarios	0,0
Con estudios primarios	37,2
1º y 2º de ESO	22,4
3º y 4º de ESO	15,1
COU / Bachillerato	18,7
Módulos FP	30,2
Universitarios	24,7
Con ingresos semanales de <30 euros	16,1
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	27,2
Con ingresos semanales de >75 euros	31,1
De izquierda	31,0
De centro	17,2
De derecha	20,7

TABLA A5.11.
Perfil de consumidores de cánnabis en fines de semana y a diario o casi a diario,
según características sociodemográficas y otras variables (%)

	%
Total	16,2
Hombre	21,3
Mujer	9,8
De 15 a 16 años	6,7
De 17 a 18 años	13,4
De 19 a 20 años	18,5
De 21 a 22 años	19,9
De 23 a 24 años	20,5
Viven con los padres	-
Viven con la pareja	-
Viven con amigos	-
Viven solos	-
Católicos practicantes	8,0
Católicos no practicantes	11,7
Religiones no católicas	12,3
Agnósticos, ateos	24,4
Trabajando	22,8
Estudian, no trabajan	11,4
En paro	16,5
Con estudios menos que primarios	0,0
Con estudios primarios	34,3
1º y 2º de ESO	20,3
3º y 4º de ESO	11,8
COU / Bachillerato	13,5
Módulos FP	19,9
Universitarios	17,5
Con ingresos semanales de <30 euros	10,9
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	21,8
Con ingresos semanales de >75 euros	23,2
De izquierda	22,8
De centro	12,8
De derecha	18,2

TABLA A5.12.
Perfil de consumidores de éxtasis, anfetaminas o alucinógenos en el último año,
según características sociodemográficas y otras variables (%)

	%
Total	8,0
Hombre	9,8
Mujer	5,8
De 15 a 16 años	2,1
De 17 a 18 años	6,6
De 19 a 20 años	5,7
De 21 a 22 años	14,0
De 23 a 24 años	10,1
Trabajando	10,0
Estudian, no trabajan	5,5
En paro	6,9
Con ingresos semanales de <30 euros	4,2
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	10,6
Con ingresos semanales de >75 euros	14,4

TABLA A5.13.
Perfil de consumidores de éxtasis, anfetaminas o alucinógenos
de al menos 11 veces al año,
según características sociodemográficas y otras variables (%)

	%
Total	3,1
Hombre	3,4
Mujer	2,6
De 15 a 16 años	1,7
De 17 a 18 años	2,0
De 19 a 20 años	2,4
De 21 a 22 años	6,4
De 23 a 24 años	2,8
Trabajando	4,0
Estudian, no trabajan	2,6
En paro	1,4
Con ingresos semanales de <30 euros	2,2
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	4,5
Con ingresos semanales de >75 euros	3,3

TABLA A5.14.
Perfil de consumidores de cocaína en el último año,
según características sociodemográficas y otras variables (%)

	%
Total	8,6
Hombre	11,1
Mujer	5,7
De 15 a 16 años	2,2
De 17 a 18 años	7,7
De 19 a 20 años	7,4
De 21 a 22 años	9,9
De 23 a 24 años	13,6
De izquierda	1,7
De centro	6,8
De derecha	10,7
Trabajando	10,0
Estudian, no trabajan	4,8
En paro	9,6
Con estudios menos que primarios	-
Con estudios primarios	11,4
1º y 2º de ESO	8,5
3º y 4º de ESO	3,0
COU / Bachillerato	8,7
Módulos FP	8,8
Universitarios	11,2
Con ingresos semanales de <30 euros	4,1
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	11,4
Con ingresos semanales de >75 euros	17,1

TABLA A5.15.
Perfil de consumidores de cocaína
al menos de 11 veces al año,
según características sociodemográficas y otras variables (%)

	%
Total	2,9
Hombre	3,0
Mujer	2,5
De 15 a 16 años	1,7
De 17 a 18 años	2,0
De 19 a 20 años	2,0
De 21 a 22 años	4,6
De 23 a 24 años	3,4
De izquierda	3,6
De centro	2,8
De derecha	1,9
Trabajando	3,8
Estudian, no trabajan	3,1
En paro	2,8
Con estudios menos que primarios	-
Con estudios primarios	8,6
1º y 2º de ESO	2,2
3º y 4º de ESO	1,5
COU / Bachillerato	2,6
Módulos FP	2,9
Universitarios	3,5
Con ingresos semanales de <30 euros	2,9
Con ingresos semanales de 31 a 75 euros	3,2
Con ingresos semanales de >75 euros	5,1

TABLA A6.1.
Perfil de los diferentes Tipos ideales
(Variables que superan significativamente las medias, en %)

	%	
TIPO 1	Total General	8.1
	Mujer	8.5
	De 19 a 20 años	11.7
	De 23 a 24 años	12.5
	Estudian, no trabajan	9.9
	Con ingresos semanales de >75 euros	15.4
	Católicos practicantes	13.5
	De izquierda	10.0
	De centro	17.1
	Viven con la pareja	10.4
Viven con amigos	11.3	
TIPO 2	Total General	55.3
	Hombre	60.0
	De 17 a 18 años	58.3
	Trabajando	57.9
	Con ingresos semanales de >75 euros	60.1
	Agnósticos, ateos	70.3
	De izquierda	66.8
	Viven con amigos	68.5
	Viven solos	69.2
TIPO 3	Total General	30.3
	Mujer	34.8
	De 15 a 16 años	43.2
	En paro	49.3
	Con ingresos semanales de <30 euros	34.5
	Católicos practicantes	46.2
	Religiones no católicas	58.1
	De centro	33.0
Viven con la pareja	36.4	
TIPO 4	Total General	6.4
	Mujer	6.6
	De 15 a 16 años	8.0
	De 23 a 24 años	8.8
	Con ingresos semanales de <30 euros	7.1
	Con ingresos semanales de 31-75 euros	8.5
	Católicos no practicantes	15.1
	De centro	14.3
Viven con los padres	8.1	

TABLA A6.2.
Composición por sexo (p=006)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4	TOTAL
Hombres	50,0	57,1	45,4	50,7	52,6
Mujeres	50,0	42,9	54,6	49,3	47,4
Total	100	100	100	100	100
N	90	615	337	71	1113

TABLA A6.3.
Composición por edad (p=000)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4	TOTAL
De 15 y 16 años	3,3	15,3	25,5	22,5	17,9
De 17 y 18 años	15,6	17,1	15,1	14,1	16,2
De 19 y 20 años	30,0	20,2	21,1	11,3	20,7
De 21 y 22 años	28,9	18,4	17,2	15,5	18,7
De 23 y 24 años	22,2	29,1	21,1	36,6	26,6
Total	100	100	100	100	100
N	90	615	337	71	1113

TABLA A6.4.
Composición por situación laboral propia (p=006)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4	TOTAL
Trabajando	34,4	42,1	41,1	25,4	40,1
Estudian, no trabajan	65,6	52,7	49,1	71,8	53,9
En paro	0,0	5,2	9,8	2,8	6,0
Total	100	100	100	100	100
N	90	615	337	71	1113

TABLA A6.5.
Composición por nivel de ingresos disponibles (p=000)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4	TOTAL
Con ingresos semanales de <30 euros	36,7	51,2	60,8	59,2	53,5
Con ingresos semanales de 31-75 euros	31,1	30,4	25,8	39,4	29,6
Con ingresos semanales de >75 euros	32,2	18,4	13,4	1,4	16,9
Total	100	100	100	100	100
N	90	615	337	71	1113

TABLA A6.6.
Composición por adscripción religiosa (p=000)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4	TOTAL
Católicos practicantes	23,3	10,2	21,6	1,4	14,2
Católicos no practicantes	40,0	35,9	38,1	95,8	40,8
Religiones no católicas	2,2	3,6	10,8	2,8	5,6
Agnósticos, ateos	34,4	50,2	29,4	0,0	39,4
Total	100	100	100	100	100
N	90	615	337	71	1113

TABLA A6.7.
Composición por ideología política (p=000)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4	TOTAL
De Izquierda	42,2	45,4	30,4	5,6	38,2
De Centro	30,0	39,5	56,2	94,4	47,2
De Derecha	27,8	15,0	13,4	0,0	14,7
Total	100	100	100	100	100
N	90	615	337	71	1113

TABLA A6.8.
Composición por situación de convivencia (p=000)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4	TOTAL
Viven con los padres	75,6	76,4	81,8	100,0	79,5
Viven con la pareja	8,9	6,7	8,4	0,0	7,0
Viven con amigos	15,6	13,9	7,5	0,0	11,2
Viven solos	0,0	2,9	2,4	0,0	2,3
Total	100	100	100	100	100
N	90	615	337	71	1113

TABLA A6.9.
Composición por nivel de estudios alcanzados (p=000)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4	TOTAL
Con estudios primarios	0,0	3,4	5,2	0,0	3,5
1º y 2º de ESO	0,0	6,7	10,3	16,9	8,0
3º y 4º de ESO	1,3	19,2	34,5	28,2	23,2
COU/Bachillerato	18,8	22,3	17,6	18,3	20,3
FP	5,0	12,3	11,2	15,5	11,7
Universitarios	75,0	36,0	21,2	21,1	33,4
Total	100	100	100	100	100
N	90	615	337	71	1113

TABLA A6.10.
**“HACER DEPORTE” Diferencias en la frecuencia de realización,
 según Tipos (en % de integrantes de cada Tipo)**

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	21,1	26,0	28,8	7,0
Frecuencia media	55,6	41,8	39,5	78,9
Alta frecuencia	23,3	32,2	31,8	14,1
N	90	615	337	71

TABLA A6.11.
“LEER” Diferencias en la frecuencia de realización, según Tipos
(en % de integrantes de cada Tipo)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	2,2	27,4	33,2	56,3
Frecuencia media	72,2	49,5	41,8	42,3
Alta frecuencia	25,6	23,1	24,9	1,4
N	90	615	337	71

TABLA A6.12.
“ESCUCHAR MÚSICA” Diferencias en la frecuencia de realización,
según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	0,0	2,9	3,9	2,8
Frecuencia media	32,2	36,8	24,0	19,7
Alta frecuencia	67,8	60,3	72,1	77,5
N	90	615	337	71

TABLA A6.13.
“IR A DISCOTECAS/BARES” Diferencias en la frecuencia de realización,
según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	6,7	11,4	29,9	2,8
Frecuencia media	28,9	43,7	37,0	32,4
Alta frecuencia	64,4	44,9	33,1	64,8
N	90	615	337	71

TABLA A6.14.
“VER LA TELEVISIÓN” Diferencias en la frecuencia de realización,
 según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	1,1	17,9	11,6	0,0
Frecuencia media	42,2	48,6	38,0	29,6
Alta frecuencia	56,7	33,4	50,4	70,4
N	90	615	337	71

TABLA A6.15.
“ESTAR CON AMIGOS” Diferencias en la frecuencia de realización,
 según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	0,0	4,4	7,7	2,8
Frecuencia media	36,7	36,1	25,3	32,4
Alta frecuencia	63,3	59,5	67,0	64,8
N	90	615	337	71

TABLA A6.16.
“VISITAR MUSEOS” Diferencias en la frecuencia de realización,
 según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	31,1	62,2	75,3	63,4
Frecuencia media	60,0	31,8	19,6	15,5
Alta frecuencia	8,9	6,0	5,1	21,1
N	90	615	337	71

TABLA A6.17.
“COLABORAR CON ONGS” Diferencias en la frecuencia de realización,
según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	100,0	72,9	81,1	70,4
Frecuencia media	0,0	19,2	13,5	16,9
Alta frecuencia	0,0	7,8	5,4	12,7
N	90	615	337	71

TABLA A6.18.
“INTERNET” Diferencias en la frecuencia de realización,
según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	4,4	16,4	21,4	5,6
Frecuencia media	74,4	45,1	36,5	53,5
Alta frecuencia	21,1	38,4	42,1	40,8
N	90	615	337	71

TABLA A6.19.
“NO HACER NADA” Diferencias en la frecuencia de realización,
según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	1,1	44,8	54,3	2,8
Frecuencia media	74,4	41,0	31,9	38,0
Alta frecuencia	24,4	14,2	13,7	59,2
N	90	615	337	71

TABLA A6.20.
“VIDEOJUEGOS” Diferencias en la frecuencia de realización,
según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	46,7	50,8	59,2	2,8
Frecuencia media	23,3	32,2	26,5	38,0
Alta frecuencia	30,0	16,9	14,3	59,2
N	90	615	337	71

TABLA A6.21.
“VIAJAR” Diferencias en la frecuencia de realización,
según Tipos (en % de integrantes de cada Tipo)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	31,1	31,2	45,1	0,0
Frecuencia media	61,1	51,9	36,4	71,8
Alta frecuencia	7,8	16,9	18,5	28,2
N	90	615	337	71

TABLA A6.22.
“HACER BOTELLÓN” Diferencias en la frecuencia de realización,
según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	15,6	36,9	69,2	0,0
Frecuencia media	60,0	40,0	19,2	60,6
Alta frecuencia	24,4	23,2	11,7	39,4
N	90	615	337	71

TABLA A6.23.
“IR A CINE/TEATRO” Diferencias en la frecuencia de realización,
según Tipos (en % de integrantes)

	TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4
Baja/Nula frecuencia	2,2	21,5	25,4	0,0
Frecuencia media	80,0	60,0	53,4	60,6
Alta frecuencia	17,8	18,5	21,2	39,4
N	90	615	337	71

ANEXO DOS

Cuestionario

OCIO (Y RIESGOS) DE LOS JÓVENES MADRILEÑOS

Antes de comenzar la entrevista, se necesita obtener permiso del tutor, en el caso de la minoría de edad. Es igualmente necesario realizarla en un espacio con suficiente intimidad para el/la entrevistado/a.

Cuestionario número

P. A. Sexo

Varón 1

Mujer 2

P. B. Edad cumplida

P. C. Nacionalidad

Español

Otras

 Lationamericanos

 Magrebíes

 Subsaharianos

 Otros (especificar)

P. 1. ¿Cuál es tu situación laboral actual?

Trabajo habitualmente	1
Trabajo esporádicamente	2
No trabajo, estoy estudiando	3
No trabajo, estoy en paro	4
NS/NC	9

P. 2. ¿Estás estudiando actualmente?

Sí	1
No	2
NS/NC	9

A los que contesten 'Sí' pasar a pregunta 2.A
 A los que contesten 'No' pasar a pregunta 2.B
 A los que contesten 'NS/NC' pasar a pregunta 3

P. 2A. (SÓLO SI ESTÁ ESTUDIANDO) ¿Qué estudias actualmente?

1º ESO	01
2º ESO	02
3º ESO	03
4º ESO	04
1º Bachillerato	05
2º Bachillerato	06
Módulos FP	07
Diplomatura	08
Licenciatura	09
Otro tipo de cursos o formación	10
NS/NC	99

P. 2B. (SÓLO SI NO ESTUDIA) ¿Cuál es el nivel de estudios finalizado?

Menos de primarios	1
Primarios	2
Primer ciclo ESO	3
Segundo ciclo ESO	4
COU/Bachillerato	5
Módulos profesionales	6
Estudios universitarios (medios o superiores)	7
NS/NC	9

ACTIVIDADES DE TIEMPO LIBRE

P. 3. Para empezar dime con qué frecuencia realizas cada una de las siguientes actividades de tiempo libre. Valora de 1 a 10, siendo 1 “que no las realizas nunca” y 10 “que las realizas con muchísima frecuencia”. (Preguntar uno a uno. Ir rotando)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	NS/NC
1. Hacer deporte	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
2. Leer libros, revistas, cómics	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
3. Oír la radio/escuchar música	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
4. Ir a bares/discotecas/bailar	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
5. Ver televisión	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
6. Estar con amigos/as sin más	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
7. Visitar museos, exposiciones	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
8. Colaborar con asociaciones, ONGs	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
9. Chatear/navegar por internet	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
10. Pasar el tiempo sin hacer nada	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
11. Jugar con videojuegos, consolas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
12. Viajar	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
13. Hacer botellón	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
14. Ir al cine, teatro, conciertos	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99

P. 4. Pensando en tu tiempo libre durante los fines de semana, ¿qué porcentaje aproximadamente pasas de ese tiempo con tu familia? (Enseñar tarjeta)

Prácticamente nada	1
Poco	2
Más o menos la mitad	3
Algo más de la mitad	4
Prácticamente todo el tiempo	5
NS/NC	9

P. 5. ¿Y con tus amigos?

Prácticamente nada	1
Poco	2
Más o menos la mitad	3
Algo más de la mitad	4
Prácticamente todo el tiempo	5
NS/NC	9

P. 6. ¿Y solo/a?

Prácticamente nada	1
Poco	2
Más o menos la mitad	3
Algo más de la mitad	4
Prácticamente todo el tiempo	5
NS/NC	9

P. 7. Y ese tiempo libre que pasas con tu familia ¿dirías que es muy satisfactorio, bastante, regular, poco o nada satisfactorio?

Muy satisfactorio	1
Bastante	2
Regular	3
Poco	4
Nada satisfactorio	5
NS/NC	9

P. 8. Y el tiempo libre que pasas con tus amigos o amigas ¿dirías que es muy satisfactorio, bastante, regular, poco o nada satisfactorio?

Muy satisfactorio	1
Bastante	2
Regular	3
Poco	4
Nada satisfactorio	5
NS/NC	9

P. 9. Y el tiempo libre que pasas solo/a ¿dirías que es muy satisfactorio, bastante, regular, poco o nada satisfactorio?

Muy satisfactorio	1
Bastante	2
Regular	3
Poco	4
Nada satisfactorio	5
NS/NC	9

VALORACIÓN DE RIESGOS POTENCIALES

P. 10. A continuación te voy a leer una serie de situaciones. De cada una de ellas se trata de que digas en qué medida te parece que pueden suponer un problema importante para los jóvenes, en una escala del 1 al 10, siendo 1 “nada importante” y 10 “muy importante”.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	NS/NC
1. Tener relaciones sexuales sin protección	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
2. Tener gustos y aficiones diferentes a las de tu grupo	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
3. No tener libertad o posibilidades de salir cuando otros amigos/as lo hacen	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
4. Tener pocos amigos o conocidos	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
5. Ser consumidor/a frecuente de cocaína	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
6. No tener claro lo que se quiere estudiar	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
7. Participar en peleas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
8. Fumar frecuentemente porros	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
9. Emborracharse los fines de semana	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
10. Tener relaciones sexuales estando bebido	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
11. Tener problemas con los estudios	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
12. Conducir (coche o moto) bebido	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
13. Ir en un coche o moto que conduce alguien que ha bebido	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
14. Conducir a mucha velocidad	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99

ACTITUDES ANTE EL RIESGO “EXISTENCIAL”

P. 11. A continuación te voy a leer una serie de afirmaciones, para que me digas en cada una de ellas hasta qué punto estás de acuerdo con lo que dice. Vamos a utilizar la misma escala del 1 al 10, de tal manera que 1 es que no estás nada de acuerdo y 10 que estás totalmente de acuerdo con la afirmación.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	NS/NC
1. En la vida hay que arriesgarse	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
2. La prudencia es fundamental en la vida	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
3. Prefiero pensar las cosas antes de hacerlas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
4. Me gusta experimentar cosas nuevas, aunque supongan riesgos	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
5. Es normal que los jóvenes se arriesguen más . . .	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
6. Jugarse el tipo en aventuras es una locura	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
7. Importa lo que pase ahora, no lo que pase en el futuro	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
8. Más vale evitar las cosas que nos pueden complicar el futuro	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
9. Los que se arriesgan son quienes consiguen cosas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
10. Prefiero una vida tranquila, sin riesgos	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99

OPINIONES SOBRE OCIO Y RIESGOS

P. 12. A continuación te voy a leer una serie de afirmaciones, para que me digas en cada una de ellas hasta qué punto estás de acuerdo con lo que dice. Vamos a utilizar la misma escala del 1 al 10, de tal manera que 1 es que no estás nada de acuerdo y 10 que estás totalmente de acuerdo con la afirmación.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	NS/NC
1. Lo que más me gusta de la noche es no saber lo que va a pasar	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
2. Me divierto más cuando desfaso	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
3. Tratar de ser prudente me arruina la diversión ..	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
4. Usar preservativo me "corta el rollo"	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
5. No estoy dispuesto a arriesgarme sólo porque otros lo hagan	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
6. Me divierto igual aunque no beba	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
7. No importa arriesgarse; al final, no pasa nada ..	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
8. No importa arriesgarse; si pasara algo, los colegas me ayudarían	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
9. Prefiero no salir de marcha para no meterme en líos	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99

PERCEPCIONES ANTE LA VIOLENCIA

P. 13. Te voy a leer una serie de afirmaciones que otros jóvenes nos han hecho sobre diversas situaciones cuando salen "de marcha". Dime, para cada una de ellas, si estás de acuerdo utilizando la misma escala de 1 a 10.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	NS/NC
1. Cuando se sale de fiesta son frecuentes las situaciones violentas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
2. Por la noche no hay tanta violencia como se dice	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
3. Hay gente que sólo se divierte buscando bronca .	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
4. Aunque se procure evitar situaciones violentas, en ocasiones resulta imposible	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
5. Quien no quiere meterse en broncas no se mete	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
6. Se resuelven mejor los problemas sin peleas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
7. A pesar de lo que se dice, la gente por las noches se respeta	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99

ACTITUDES ANTE LAS DROGAS Y LOS COMPOR TAMIEN TOS DE RIESGO

P. 14. Dime hasta qué punto estás de acuerdo con cada una de las siguientes frases. Recuerda, la escala va de 1 “Nada de acuerdo” a 10 “Completamente de acuerdo”.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	NS/NC
1. En la vida hay que probar de todo; también drogas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
2. Los riesgos en las relaciones sexuales son sobre todo para las chicas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
3. Las drogas tienen riesgos, como todo lo que merece la pena en la vida	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
4. Se conduce igual de bien con un par de copas . .	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
5. Las drogas no suponen más peligros que cualquier otra forma de diversión	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
6. Si se piensa mucho en protegerse, se arruinan las relaciones sexuales	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
7. Consumir drogas es cosa de jóvenes	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
8. Es preferible quedarse solo a viajar en un coche que conduce alguien que ha bebido	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
9. Usar drogas no tiene beneficios de ningún tipo .	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
10. Se exagera mucho los riesgos de las relaciones sexuales	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
11. Usar drogas tiene demasiados riesgos; es preferible evitarlas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
12. La velocidad te da emociones que no te puedes perder	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
13. El alcohol y otras drogas facilitan las broncas . .	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
14. Algunas relaciones sexuales no necesitan protección	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99

VIVENCIA RIESGOS/BENEFICIOS

P. 15. En la vida casi todo tiene ventajas y desventajas. ¿Hasta qué punto te compensaría asumir los posibles riesgos para poder disfrutar de las ventajas de los siguientes comportamientos?

Puntúalos en una escala donde 1 es que no compensaría nada en absoluto y 10 que compensaría completamente.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	NS/NC
1. No usar preservativo	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
2. Conducir vehículos cuando se han consumido alcohol u otras drogas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
3. Tener peleas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
4. Pasar muchas horas ante el ordenador (chateando, jugando, navegando...)	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
5. Conducir a mucha velocidad	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
6. Practicar deportes de riesgo	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
7. Ir en un coche o moto que conduce alguien que ha bebido	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
8. "Pasarte" de copas un fin de semana	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
9. "Colocarte" el fin de semana	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
10. Salir de marcha toda la noche	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
11. "Liarte" con alguien desconocido	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
12. No salir de marcha por las noches	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99

PREGUNTAS SOBRE CONSUMO Y COMPORTAMIENTOS DE RIESGO

P. 16. A continuación te voy a nombrar una serie de productos. Dime, por favor, si has consumido alguno en el último año (ATENCIÓN: SEGÚN HAYA CONSUMIDO O NO, SEGUIR INDAGANDO. DEJAR CLARO QUE SE REFIERE A LOS ÚLTIMOS 12 MESES)

	SÍ (MOSTRAR TARJETA)					NO		NS/NC
Tábaco	1	2	3	4	5	6	7	9
Alcohol	1	2	3	4	5	6	7	9
Cánnabis	1	2	3	4	5	6	7	9
Anfetaminas alucinógenos, éxtasis	1	2	3	4	5	6	7	9
Cocaína	1	2	3	4	5	6	7	9
Heroína	1	2	3	4	5	6	7	9

RESPUESTA TIPO

- | | |
|---|------------------------------------|
| 1. Entre una y tres veces en este año | 5. Sí a diario o casi a diario |
| 2. Entre cuatro y diez veces | 6. No, nunca lo probé |
| 3. Entre once y veinte veces | 7. No, lo consumí pero este año no |
| 4. Sí, todos o casi todos los fines de semana | 9. NS/NC |

P. 17. Dime, por favor, si has hecho alguna de estas cosas en el último año (después, graduar frecuencia) (ATENCIÓN: SEGÚN LA RESPUESTA, SEGUIR INDAGANDO. DEJAR CLARO QUE SE REFIERE A LOS ÚLTIMOS 12 MESES)

	SÍ (MOSTRAR TARJETA)					NO	NS/NC	
1. He tenido rel. sexuales (con alguien que no era mi pareja habitual) sin preservativo . . .	1	2	3	4	5	6	7	9
2. He conducido habiendo bebido	1	2	3	4	5	6	7	9
3. He conducido habiendo tomado otras drogas	1	2	3	4	5	6	7	9
4. He viajado en un coche que conducía alguien que había bebido o tomado otras drogas . . .	1	2	3	4	5	6	7	9
5. Me he visto envuelto en peleas	1	2	3	4	5	6	7	9
6. He provocado peleas	1	2	3	4	5	6	7	9
7. Me he emborrachado	1	2	3	4	5	6	7	9

RESPUESTA TIPO	
1. Entre una y tres veces en este año	5. Sí a diario o casi a diario
2. Entre cuatro y diez veces	6. No, nunca lo he hecho
3. Entre once y veinte veces	7. No, lo hice pero este año no
4. Sí, todos o casi todos los fines de semana	9. NS/NC

ATENCIÓN: PARA LOS ITEMS 2 Y 3, EN EL CASO DE LOS MENORES DE EDAD, SI DECLARAN QUE POR SU EDAD NO PUEDEN HACERLO, SE ANOTARA EL CODIGO "6" (NUNCA LO HE HECHO)

P. 18. En relación con estas cuestiones sobre las que hemos preguntado (relaciones sexuales, peleas, consumos...), ¿qué crees deberían hacer tus padres?

No meterse. Dejarme tranquilo	1
Estar más enterados de lo que hago, pero sin decirme lo que tengo que hacer	2
Preocuparse y tratar de orientarme	3
NS/NC	9

P. 19. Y en relación con estas cuestiones sobre las que hemos preguntado (relaciones sexuales, peleas, consumos...), ¿qué es lo que hacen tus padres habitualmente?

No meterse. Dejarme tranquilo	1
Estar más enterados de lo que hago, pero sin decirme lo que tengo que hacer	2
Preocuparse y tratar de orientarme	3
NS/NC	9

Y PARA FINALIZAR

P. 20. ¿Cómo te consideras en materia religiosa? (Leer)

Católico practicante	1
Católico no practicante	2
Otras religiones	3
No creyente/Ateo/Indiferente/Agnóstico	4
NS/NC	9

P. 21. ¿Dónde te posicionarías políticamente, en una escala en la que el 1 sería extrema izquierda y el 10 extrema derecha?

P. 22. ¿De cuánto dinero dispones, aproximadamente, para tus gastos de ocio y diversión a la semana?

euros

P. 23. ¿Con quién vives actualmente? (Leer)

Con mis padres y/o hermanos	1
Con mi pareja/Mujer/Marido	2
Con un grupo de amigos/compañeros de piso	3
Con otros familiares (no los padres)	4
Solo/a	5
Otros	6
NS/NC	9

P. 24. ¿Cuál es la actividad profesional u ocupación, en la actualidad, de la persona que mayores ingresos aporta a la unidad familiar? (Leer)

Empresarios grandes, altos directivos de la empresa privada o la Administración ...	01
Empresarios medios y pequeños, autónomos, comerciantes y pequeños propietarios agrícolas	02
Profesionales, técnicos y cuadros medios	03
Funcionarios y miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad	04
Trabajadores y empleados de los servicios (no funcionarios)	05
Trabajadores de la industria y la construcción	06
Trabajadores y jornaleros del campo	07
En paro	08
Jubilado o pensionista	09
Otra situación. Especificar	10
NS/NC	99

MUCHAS GRACIAS POR TU COLABORACIÓN